



Verna B. Carleton
REGRESO A BERLÍN

Lectulandia

Como las viejas y buenas historias, esta fascinante novela comienza en un buque repleto de pasajeros muy distintos entre sí. Tras un largo viaje por el Caribe, lleno de complicidades, el londinense Eric Devon, su esposa Nora y una lúcida periodista estadounidense deciden viajar a un Berlín que se recupera de los desastres de la última guerra y de los perversos efectos del nazismo. Vacilante y presa de los fantasmas de otro tiempo, Eric, por fin, se enfrentará allí a su pasado, oculto durante décadas. En una ciudad devastada por la guerra, pero llena de vida, a nuestros protagonistas les espera una gran sorpresa. Nada es lo que parecía ser: Eric irá asistiendo, página a página, capítulo a capítulo, a una serie de revelaciones que lo cambiarán ya para siempre.

Lectulandia

Verna B. Carleton

Regreso a Berlín

ePub r1.0

Titivillus 23.04.2018

Título original: *Back to Berlin. An Exile Returns*

Verna B. Carleton, 1959

Traducción: Laura Salas Rodríguez

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice

PRIMERA PARTE. ¿Nadie va a Alemania?

Uno

Dos

Tres

SEGUNDA PARTE. Berlín: El oso que ya no baila

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

TERCERA PARTE. Bergen-Belsen... ¿Y después?

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Sobre el autor

Notas

Para Sophie y mis amigos alemanes

PRIMERA PARTE

¿NADIE VA A ALEMANIA?

UNO

Nos hallábamos a solo unas cuantas horas de Fort Lauderdale, Florida, perdidos en el doloroso fulgor del sol implacable, sobre un ofuscado mar tropical, cuando conocí a los Devon.

El *Caribe*, un viejo barco italiano (de un blanco sucio) que cubría la ruta Southampton-Génova-Venezuela, era el tipo de nave en la que uno embarca no por propia decisión, sino por necesidad acuciante. Quería pasar el verano en Europa, y el único pasaje disponible a última hora (la arrebatada furia turística de julio de 1956) se encontraba a bordo de aquel vapor voluminoso pero aún testarudo. Para cuando yo embarqué, sin embargo, el *Caribe* llevaba días enteros errando por el suave mar que le daba nombre, recogiendo pasajeros holandeses en Curazao, británicos en Jamaica y sudamericanos y españoles en La Guaira, junto con una surtida variedad de otras nacionalidades, gracias a las cuales se formaba un coro tan desconcertante de lenguas que nuestro comedor parecía una asamblea de las Naciones Unidas durante una crisis particularmente turbulenta.

En contraste con la multitud colorida y palpitante, aquella silenciosa pareja británica daba la impresión de estar completamente perdida, fuera de lugar. Me los encontré acurrucados el uno contra el otro en un banco de la cubierta superior, mirando desconsolados hacia la minúscula piscina, que a aquella hora era un hervidero de niños que chillaban y se arracimaban allí como abejas de vuelta a la colmena. Cuando me acerqué, ambos levantaron la vista con rapidez, como si saludasen cualquier interrupción con cierto alivio.

—Esto está horriblemente atestado, ¿verdad? —dijo la mujer, mientras una sonrisa asomaba a su rostro pálido, anguloso y algo tímido.

—Terriblemente —respondí—. ¿Llevan mucho a bordo?

—Cuatro días —dijo—. Embarcamos en Kingston. El consignatario de buques nos dijo que era un barco encantador, perfecto para el reposo. Lento, sí, pero...

—Eso mismo me dijeron a mí. —Recordé el deleite con el que había visualizado una larga y serena travesía por el Atlántico, una tumbona extendida en cubierta, los chillidos de las gaviotas—. Lo cierto es que vamos a bordo de un barco de inmigrantes que transporta a trabajadores de un lado a otro entre Europa y Sudamérica.

—Y en qué condiciones tan horribles —exclamó la mujer llena de indignación—. Verá cuando baje al agujero que lleva por nombre «tercera clase» y vea cómo han hacinado a los pobres jamaicanos que van a trabajar a Inglaterra. ¡Como ganado, con

este calor! —Se quedó un momento esperando, como si pensase que su marido iba a añadir algo, pero no fue así—. Cuando llegue a casa voy a escribir una carta a *The Times* para protestar. De verdad. Es una vergüenza.

—¿Qué tal la comida?

—¡Atroz! Lo que no está frito llega a la mesa flotando en una salsa aceitosa. — Pero en esta ocasión empleó un tono medio de disculpa, como si considerase de mala educación quejarse cuando había otros en situación mucho peor. A la clara luz color limón de la cubierta vi que sus ojos eran de un delicado marrón arena, casi de la misma gama que su pelo lustroso y suave recogido en un moño apretado. La superficie de su piel ligeramente pecosa exhalaba una tierna fragancia de lilas.

En aquel momento un altavoz, oculto en algún lugar cercano al salón, desató sobre nosotros una aterradora avalancha de jazz estadounidense que sumó su frenético impacto a la ya confusa mezcolanza de voces humanas, gritos infantiles y la cansina vibración de los motores del barco.

—Música grabada para calmar nuestros nervios —explicó la mujer al tiempo que dejaba sitio en el banco para que me sentase junto a ellos—. Nos la ponen todas las mañanas de diez a doce, y también todas las tardes.

—¿Y cómo vamos a conseguir aguantarlo dos semanas? —dije sintiendo que me flaqueaba el valor.

—Mi marido y yo también nos lo preguntamos. Por suerte hay unas cuantas personas agradables a bordo que hablan inglés y nos afligimos todos juntos. Lo que es espantoso es enfrentarse solo a las cosas, ¿no cree?

Su voz, que poseía una vibración vivaz y una bella modulación, parecía pertenecer a una persona más joven. Ella, a mi entender, debía de rondar los cuarenta. Hablaba con prisa febril y comencé a sospechar, mientras escuchaba la descripción de algunos pasajeros de a bordo, que me retenía con ellos por una razón particular, por miedo, quizá, a quedarse en cubierta con su marido expuestos, ambos solos e indefensos, a la embestida de los lenguajes foráneos y a aquel desconcertante barullo.

La música cesó tan bruscamente como había empezado, solo para dar comienzo un momento después a un danzón cubano. Un grupo de españoles que se hallaba justo ante nosotros acometió con voces desafinadas pero vigorosas los joviales compases de una canción andaluza que retaba al altavoz a un duelo de potencia. Sepultadas entre aquellas dos fuerzas pujantes, la mujer y yo proseguimos desesperadamente nuestra conversación, como si deseásemos, solo con nuestras frágiles palabras, construir una barrera protectora contra aquel entorno que amenazaba con descomponernos los nervios.

Se llamaban, me dijo, Eric y Nora Devon (Nora venía de Eleonora, por la Duse, así se las gastaba su madre). Vivían en Londres, en Chelsea para ser exactos, y habían pasado varios meses en Jamaica con la hermana de ella, Cordelia, cuyo marido cultivaba azúcar, toneladas de azúcar. La bronquitis de Eric se había mostrado especialmente severa el verano anterior, por lo del neblumo, y albergaban la

esperanza de que los trópicos fuesen de alguna ayuda. El pesimismo de su voz indicaba que no había sido así. Su marido estaba en plantilla en una editorial y ella realizaba ilustraciones para libros infantiles (nada de lo que presumir en realidad, pero por alguna afortunada razón parecían atraer al público).

—¿Y adónde se dirige? —preguntó.

Primero a Londres, respondí; luego tenía la intención de vagar un poco por Europa. Particularmente, deseaba ver Berlín.

—¿Berlín? —repitió Nora, como si hubiese dicho «Marte». Vi que echaba una rápida mirada al hombre, que nos escuchaba sin decir palabra; por primera vez, Eric Devon se giró directamente hacia mí, de modo que su rostro enjuto, como tallado a cuchillo, y que hacía un momento era solo perfil, se amplió de repente, convirtiéndose en una franja de frente alta, un pelo rubio ceniza ligeramente grisáceo y una boca bien formada pero desfigurada por cierta tensión interna.

—¿Por qué Berlín? —preguntó, como a punto para rechazar cualquier explicación corriente.

Respondí que a veces colaboraba escribiendo artículos para algunas revistas y que Berlín, después de todo...

—¡No, por favor! —me interrumpió con un bramido de protesta—. No me diga que va a ir en avión a la ciudad dividida para pasar un fin de semana y conseguir otra columnita horripilante de esas, que tratan del lujo en una parte y de los cuerpos cadavéricos en la otra...

—¡Eric! —reprendió su mujer con brusquedad.

—Lo siento.

—No lo sienta —respondí—. Nunca se me ha pasado por la cabeza escribir sobre Berlín. Solo quiero verlo.

—Claro que los turistas nunca ven nada en profundidad —señaló, como consolándose con tal pensamiento—. Si habla con los alemanes le llenarán la cabeza de afirmaciones deslumbrantes. Le dirán que siempre han sido una cuadrilla de buenos demócratas. Todo el dolor que se le ha infligido a la Europa ocupada ha sido obra de tres o cuatro malvados que de ninguna manera representan al preclaro y espiritual pueblo alemán.

Nora se giró hacia mí de nuevo, sobresaltada por la amargura que se percibía en la voz de su marido.

—Por favor, perdónenos si parecemos algo rencorosos. En Inglaterra aún no se ha olvidado la guerra. En Estados Unidos es distinto.

—Sí. No nos han bombardeado nunca. Esa es la diferencia.

—¿Por qué no va mejor a Viena? —Eric se plantó ante mí tras levantarse del banco; se hallaba de pie en cubierta, alto y muy delgado, con sus bermudas color blanco roto y su camisa informal de rayas; algo en su cuerpo me recordaba a un sabueso, todo fibra nerviosa, tembloroso de expectación.

—Lo siento, iré a Berlín —dije.

—Pero ¿por qué? —repitió; por alguna razón, el asunto había adquirido una importancia vital.

—Quizá no lo entienda usted. O quizá sí, recordando la guerra como la recuerda. El mismo día que llegue a la ciudad iré a Berlín Este: quiero plantarme ante las ruinas del búnker de Hitler. Entonces recordaré a todos mis amigos alemanes que murieron asesinados a manos de los nazis o en el exilio, sin poder volver. Y en su nombre diré en voz alta: «¡Gracias a Dios! He vivido para ver el “Reich de los mil años” en ruinas».

—¿Qué mesa le han dado en el comedor? —Su voz se había teñido de una alterada curiosidad.

—La número cuatro.

—Entonces está con los Van Nost. Son agradables, pero hay que conseguir que la coloquen con nosotros. Tiene que sentarse en nuestra mesa, Nora —dijo volviéndose hacia su mujer en busca de apoyo.

—Ay, sí, por favor —me urgió con su voz suave—. Así el viaje resultará mucho más agradable, no se puede hacer una idea.

Desde el primer momento en que me senté en la mesa de los Devon intuí que aquella pareja sensata y en apariencia muy feliz se estaba enfrentando a algún tipo de crisis en su vida; y la gente, durante las crisis, se vuelve extrañamente vulnerable y excesivamente dependiente, en especial cuando siente que se le tiende una mano amistosa de tacto reconfortante.

Después de cenar, en el salón tapizado de cuero rojo, conocí a gran parte de los espíritus afines, que Nora daba la impresión de haber reunido alrededor de Eric y ella misma como protección contra una amenaza a la que solo Nora sabía poner nombre. El primero era un catedrático francés divertido y sardónico llamado André Nollet, un hombre en la cincuentena con unos atusados mechones de pelo gris, semejantes al musgo y separados con precisión por encima de un rostro monacal y demacrado; después, una despistada niñera inglesa, miss Leeds, que había pasado la mayor parte de sus sesenta y seis años trabajando para familias acaudaladas; y, por último, los Van Nost, una pareja de holandeses silenciosos y achaparrados, de una conspicua semejanza, ambos en torno a la «mediana edad» y con unos ojos del azul intenso de la brillante cerámica de Delft.

Durante las siguientes veinticuatro horas, mientras el barco vagaba lánguidamente hacia Cuba, donde teníamos que atracar de nuevo para recoger provisiones y pasajeros, nuestro pequeño grupo, como una colonia abandonada en una isla desierta, fue cobrando cohesión durante las tórridas y asfixiantes horas que rozaban el tormento gracias a la música casi constante de una gaita española que tocaban en la cubierta superior. Nos las apañamos para encontrar una mesa vacía en la esquina del abarrotado salón y decidimos turnarnos para defenderla de los intrusos durante el resto del viaje, si era posible. En ella, los Devon hacían solitarios, la señora

holandesa, encaje, monsieur Nollet corregía con tremenda concentración el manuscrito de su nuevo libro sobre los poetas franceses del siglo XVIII, y miss Leeds rememoraba el París de la época de Proust.

Sin embargo, incluso cuando nos sentábamos todos juntos, había una corriente fluida de comprensión y profunda simpatía entre los Devon y yo que nos apartaba un poco de los demás y otorgaba significado a cualquier alusión, por pequeña que fuese, o a cualquier palabra recalcada. Cada vez que se despejaba la melancolía de Eric me deleitaba la claridad y precisión de su mente, que parecía haber encontrado su correspondiente femenino en la de Nora. Saltaba a la vista que ambos eran gente de lo más considerada, leal y digna de confianza; y resultaba conmovedor ver lo enamorados que estaban. Su amor no se expresaba en palabras vanas ni en gestos sentimentales, sino en la total y silenciosa aceptación de la personalidad del otro, de modo que sus pensamientos parecían fluir de uno a otro en perfecta consonancia sin que ningún desacuerdo perturbase el diálogo. Nora era de naturaleza extremadamente reservada; y sin embargo, allí, en mitad del océano, la conciencia de nuestro aislamiento y las horas que transcurrían parecían liberarla de cualquier inhibición, de modo que en cuanto estábamos a solas se lanzaba de inmediato a vívidas descripciones de su vida con Eric, de las experiencias compartidas y de los preciados recuerdos atesorados con el transcurso de los años.

No eran, como a veces daba la impresión, recién casados; habían contraído matrimonio a finales de la guerra, cuando ella tenía treinta años y Eric cinco años más; así pues, su felicidad no se cimentaba en el indómito impulso de la juventud, sino que, bien al contrario, era fruto de la madurez, el sacrificio mutuo y el sufrimiento. Pero lo que Nora no podía contarme era la naturaleza de la plaga que asolaba sus vidas; intuía que se trataba de algo que tenía que ver con la enfermedad de Eric, a quien el largo reposo no lo había calmado en absoluto.

Con Cuba en el horizonte, fino penacho de verde grisáceo en la distancia, Eric y yo salimos a cubierta mientras Nora se quedaba en el salón, enfrascada en una conversación con los Van Nost sobre complejos hoteleros en Holanda. Nos detuvimos para asomarnos por la barandilla, mirando la espuma, y de algún modo comenzamos a hablar sobre la gente que atraviesa crisis emocionales y sus reacciones. Eric contó el caso de una amiga de la pareja que de pronto, sin razón aparente, intentó ahogarse en el Támesis, y cuando la sacaron se limitó a decir: «Sentía que no podía seguir».

Luego Eric prosiguió con el mismo tono apagado, contemplando un buque de carga que llevaba la inscripción *Rotterdam* pintada en letras brillantes:

—Nora cree que debería ir al psiquiatra.

El carguero tocó la sirena en nuestro honor.

—Fui a Jamaica —confesó—, no por la bronquitis ni nada, sino porque... Bueno, la verdad es que sufrí un colapso. Yo también tenía la sensación de que no podía seguir viviendo.

El buque deslizaba su pesada carga mar adelante, hundiéndose ligeramente para después emerger de nuevo, como un inmenso pato abriéndose camino en la ciénaga.

—Supongo que todos nos sentimos así en ocasiones —dije—. Pero la vida continúa... después de haber tenido la oportunidad de pensar las cosas.

—Pero estará de acuerdo en que es mucho mejor que uno solucione solo sus problemas, ¿no? —preguntó con ansiedad.

Respondí cautelosamente que todo dependía de la persona y las circunstancias. Después de todo, en momentos de abatimiento emocional es difícil pensar con claridad y objetividad, y es entonces cuando un psiquiatra, o un consejero con formación en psicología, o incluso un amigo paciente y cariñoso pueden ser de inmensa ayuda. No valen las soluciones fáciles cuando uno sufre en soledad.

—Aun así —respondió al rato, tras observar en la distancia cómo varias olas rompían y se retiraban—, yo he decidido enfrentarme solo a mis problemas. Nadie más puede ayudarme.

Estaba decidido, lo supe, y nada lo haría cambiar de opinión; dudaba que llevase más allá su confesión, ni siquiera en el retiro del barco; después dudé de que alguna vez llegase a enterarme de lo que realmente perturbaba a Eric Devon y de por qué su mujer, al hablar de él, parecía a veces al borde de la desolación absoluta.

Una hora más tarde atracamos en La Habana. Allí ocurrió algo totalmente inesperado, uno de esos «accidentes del destino» en apariencia insignificantes que, como una reacción en cadena, precipitan una serie de acontecimientos que se extienden hasta un futuro lejano.

Herr Emil Grubach de Colonia, Alemania, embarcó en el *Caribe*.

No llegó solo. También embarcaron otros cuarenta y seis pasajeros, la mayoría de ellos cubanos. A continuación, mientras todos estábamos inclinados sobre la barandilla mirando la rampa, apareció, jadeante y sudoroso, aquel hombrecillo con cara de luna, tan retadora e inconfundiblemente alemán que parecía una caricatura de periódico encarnada por un momento en forma tangible.

Apenas habían desaparecido en la distancia las torres achaparradas color rosa grisáceo del castillo del Morro, que presidía la bahía en forma de media luna, cuando Herr Grubach descubrió nuestra mesa en el salón, le gustó la apariencia de nuestro grupo y nos saludó a todos con amistosa exuberancia. Al cabo de un segundo, sin que nadie se lo pidiese, trajo una silla para él, sacó un pañuelo ribeteado de rojo, se enjugó lo que le quedaba del escaso pelo rubio y nos soltó una perorata a modo de presentación.

Según parecía, Herr Grubach había estado en los Estados Unidos visitando a unos parientes que, en un momento de desatino, lo habían convencido para volar desde Miami a La Habana para visitarla antes de coger el barco de regreso. Lamentaba profundamente haber cometido tal error. La Habana era cara; estaba mugrienta e infestada de rebeldes. Por supuesto, nada de lo que había visto lo había sorprendido

«porque Cuba pertenece a los cubanos, que son latinos, y todos los latinos son mugrientos, aunque los italianos más que nadie». El barco, sin ir más lejos. Había perdido por un día un maravilloso carguero alemán y en su lugar se había visto obligado a reservar un pasaje para el *Caribe*. Nunca en su vida había puesto los ojos en un horror semejante. Había una costra de mugre de varios centímetros de grosor en el suelo de la cabina, los baños estaban cubiertos de una sustancia viscosa y, apenas unos segundos antes, al pasar por el comedor, había visto con sus propios ojos al camarero colocando los entrantes en los platos con las manos sucias. Por supuesto, era imposible que algo así ocurriese en el país de Herr Grubach.

Era curioso; todos nos quejábamos de las mismas cosas entre nosotros, pero Herr Grubach conseguía que sus críticas sonasen, no como una acusación dirigida contra aquel barco específico y mal capitaneado, sino como una condena a todos los latinos y no germanos en general. De repente, como en un acuerdo tácito, monsieur Nollet comenzó a alabar al personal porque, aunque poco eficiente, era tan *sympathique*; miss Leeds señaló trémulamente que el baño de su pasillo estaba immaculado; yo observé que el Mediterráneo había sido la cuna de la civilización moderna y los Van Nost se mostraron de acuerdo.

Los Devon no tenían nada, absolutamente nada que decir.

Pero Herr Grubach no era de los que se retiran en mitad de la batalla; su sonrisa, que dejaba al descubierto unos pequeños dientes amarillentos, nos desafiaba a todos.

—¿Nadie va a Alemania? —preguntó.

—Yo —respondí de un modo tan instintivo que no me dio tiempo a medir las consecuencias.

—Le va a encantar Alemania —dijo Herr Grubach. Todo estaba tan impecable, tan limpio allí. A él le ponía enfermo viajar por otros países, la gente era tan repugnante (cómo no, hasta en París).

Monsieur Nollet ocultó un bostezo con dedos nerviosos y crispados.

Pasamos la hora siguiente escuchando en medio de un atribulado silencio el relato de cómo la nueva Alemania se alzaba triunfante de entre las cenizas de la destrucción. Una interminable procesión de barcasas surcaba de nuevo arriba y abajo el glorioso Rin; resplandecientes rascacielos presidían el horizonte antaño en ruinas de Colonia, Fráncfort y Berlín Occidental; las universidades rebosaban de estudiantes felices, los comercios de ofertas increíbles y los restaurantes adornaban sus pasteles con bolas de nata montada, como en los viejos tiempos.

En algún momento me pregunté si el entusiasta Herr Grubach no sería empleado de alguna agencia de viajes o del Deutsches Reisebüro, pero después nos habló de su floreciente comercio de suministros eléctricos en Colonia y de lo próspero que era en relación con los primos a los que acababa de visitar, los que habían emigrado a Filadelfia en los años veinte y adquirido la nacionalidad estadounidense. Fue muy preciso con la fecha, como si quisiese dejar grabado en nuestras suspicaces mentes el hecho de que sus parientes no se habían visto en modo alguno implicados en los

desafortunados acontecimientos que más tarde pesaron sobre su patria. Claro que aquel alemán de pro no pronunció ni una vez la desagradable palabra «guerra». A partir de aquellas frases ágiles que sacudían la indolencia de la tarde, uno podría pensar que estaban reconstruyendo Alemania tras una catástrofe natural, una marea gigante o un terremoto que se había llevado consigo a siete millones de personas.

Y entonces, con la misma brusquedad con la que había comenzado, Grubach sacó el reloj, dijo que era la hora de sus pastillas para el hígado y se marchó, triunfante e irradiando felicidad por haber hecho nuevos amigos. Los demás nos quedamos allí sentados sin decir palabra, como si la visión del resurgir de una Alemania representada por millones de Herr Grubach fuese demasiado pavorosa para hacer comentario alguno.

La primera en hablar fue la señora Van Nost, con su voz apagada de angora, que parecía incapaz de expresar ira abiertamente.

—Me pregunto —dijo— si podré volver a hablar con un alemán sin sentir una oleada de terror y odio. Después de todo lo que nos han hecho...

—A todos nosotros —corrigió Nollet, en su inglés de perfecta pronunciación.

—Yo, personalmente, no tengo ninguna queja de los alemanes. Se portaron muy bien conmigo —se sintió obligada a declarar miss Leeds al volver a la conversación presente desde un mundo de nebuloso ensueño.

—¿Se portaron muy bien con usted durante la guerra? —preguntó Nollet, mirando a la frágil señora como si no diese crédito a lo que oía.

—Fueron encantadores —respondió ella—. En aquella época yo era institutriz de los dos hijos del *Comte* de M. Quizá haya oído hablar de la familia y de su mansión.

—Pues claro que sí —respondió el francés con tono de desaprobación. Miss Leeds no se hizo más de rogar y se lanzó a una inútil descripción de la magnífica mansión y del delicioso pueblecito, y de cómo en 1940, cuando el ejército nazi ocupó Francia, el oficial a cargo de la región (un perfecto caballero que hablaba un inglés y un francés impecables) expresó ante *madame la Comtesse* su profundo pesar por las inconveniencias de la guerra y les prometió hacerles la vida lo más cómoda posible para todos. Y así fue. A otras mujeres inglesas, de tan buena familia como la propia miss Leeds, e igual de indefensas, las habían reunido para llevarlas a los campos y les habían ocurrido cosas terribles. Pero ella había pasado toda la guerra con el *Comte* y su *famille* en la mansión, bajo la protección del oficial alemán, que se comportaba como un invitado de honor y se conducía con el mejor de los gustos, lo cual demostraba, concluyó miss Leeds triunfante, que todo el mundo albergaba bondad si éramos capaces de buscarla sin reservas en el corazón.

—Qué suerte tuvo usted —exclamó la señora Van Nost, arrugando la frente blanca y rechoncha—. Los nazis no fueron ni encantadores ni correctos con los holandeses. Trataron de someternos a base de hambrunas. Nos robaban todo lo que caía en sus manos: comida, medicamentos, muebles, ropa; cada día salían coches cargados hacia Alemania, mientras el resto de Europa se enfrentaba a la muerte.

Hacia el final, mi marido y yo estábamos demasiado débiles para salir de la cama. La liberación nos encontró reducidos a esqueletos. Personalmente, no le deseo ningún mal a Herr Grubach, pero no me va a conmovér contándome cuentos de lo que han sufrido los pobres alemanes. Hay cosas que ninguno de nosotros olvidará. A mi único hijo, de veinte años, le dispararon siendo rehén.

Un niño comenzó a llorar en cubierta, con los sollozos forzados y repetitivos de quien evoca el recuerdo del dolor, más que su sensación. Nadie era capaz de enfrentarse a la mirada congelada de la holandesa, que contemplaba por la ventana del salón el pálido mar, quizá oyendo el llanto de otro niño en otra vida que le habían arrebatado para siempre.

—Eric. ¿Nos refrescamos un poco antes de la cena? —Nora habló por primera vez en lo que parecía un interludio largo y afligido.

Cuando Eric se puso en pie con un murmullo de disculpa, advertí la angustia en sus ojos azules, que daban la impresión de haberse hundido por completo en sus cuencas.

—Pobre hombre —dijo la señora Van Nost de modo inesperado.

Levanté sorprendida la vista. Había retomado el encaje y sus dedos se movían sobre los hilos blancos con la pericia de un arpista.

—¿Devon? —inquirí—. Me pregunto qué es lo que le ocurrirá realmente. ¿Cree usted que fue prisionero de guerra?

—No, no ha sido el ejército —respondió con rapidez, como compadeciéndose de mí, que, por estadounidense, quedaba excluida de la tragedia de Europa—. Los soldados, al menos, pueden hablar de sus experiencias después. Pero los hombres como Devon tuvieron que jurar silencio de por vida. Les ocurrieron cosas horribles, pero, por supuesto, no pueden admitirlas. El primer día, en Kingston, cuando Devon y mi esposo hablaron de los alemanes y vi el odio dibujado en su rostro, lo supe, sin que me dijera ni una palabra más.

—¿Supo qué? —pregunté siguiendo con la vista el confuso y brillante recorrido de la minúscula aguja de acero que tenía en la mano.

La señora Van Nost miró en derredor, al abarrotado salón, a miss Leeds que se alejaba, apoyada en el sólido antebrazo de Nollet; a juzgar por la precaución que mostraba, se habría dicho que la guerra aún no había terminado y que estábamos conspirando en algún bar de Ámsterdam.

—Inteligencia británica, por supuesto. Algo me dice que además estaba en Alemania —susurró; y luego, en voz algo más fuerte, añadió—: Créame, es un milagro que uno solo de esos pobres hombres saliese vivo.

DOS

El barco había alcanzado la dolorosa monotonía de una travesía que parecía no tener fin; viajábamos cada día bajo el constante destello de un sol tropical que en aquel mes de julio no se veía enturbiado por la más mínima nube ni promesa de lluvia; por la noche vagábamos como perdidos bajo un cielo de un púrpura tan negruzco que aprisionaba el barco (el barco y a todos nosotros) en un tórrido cercado.

Los pasajeros, nerviosos, cansados, aburridos ante la completa semejanza de las horas, la estridencia de la música que emitían los altavoces y los gritos de los niños, que jugaban frenéticos por todas las cubiertas aburridos ante montones de pescado aceitoso, patatas fritas, ensaladas marchitas y helados aguados se encontraban sometidos a una prueba extrema de autocontrol y resistencia.

Estallaban riñas por todo, una ligera irritación se magnificaba hasta convertirse en drama, pequeños conflictos insignificantes adoptaban proporciones de tragedia griega. En plena indefensión, los miembros de nuestro pequeño grupo recurriamos al consuelo del otro, en busca del constante intercambio de charlas y evocaciones que, de algún modo, nos ayudaba a recordar que éramos seres civilizados, después de todo, y que deberíamos poder soportar dos semanas de aislamiento del mundo exterior.

Pero pronto tuvimos un problema real entre manos que nos ocupó la mayor parte del tiempo libre y ofuscó cualquier interés posible por los demás acontecimientos de a bordo. Observamos, primero con diversión, después con intranquilidad, y finalmente con franca alarma, que Herr Grubach emprendía una verdadera cruzada para ganarse el respeto y la amistad de Eric Devon. Herr Grubach aparecía cada día en cubierta recién refregado, rosita como un anuncio de jabón para niños, con el prominente estómago atrapado por un cinturón brillante de cocodrilo que había comprado en La Habana, y, como una paloma mensajera liberada de alguna prisión miserable, se lanzaba en picado sobre nuestra mesa del salón, o sobre nuestras sillas si estábamos en cubierta, y allí se quedaba horas y horas. Nunca se le ocurrió pensar que quizá no fuese bienvenido. Si se le hubiese planteado el caso en un plano abstracto, habría argumentado que no quería nada de nosotros, más allá de un cordial intercambio de cotilleos y charlas. Era obvio que nos consideraba los más agradables del barco. Quería ser nuestro amigo. Y, por alguna razón que solo él conocía, quería causarle buena impresión a Eric en particular.

Eric se armaba de valor para el encuentro diario con creciente aprensión; a veces no aparecía en absoluto por cubierta, prefiriendo el calor y la asfixia de la cabina a la

tensión del salón. O aparecía a la hora en que sabía que Grubach estaría almorzando, pues el alemán, por suerte, se sentaba con el primer grupo y nosotros con el segundo. Sin embargo, por mucho que se esforzase, la batalla de Eric era desigual; la tenacidad alemana desafiaba los buenos modales británicos.

Una tarde estábamos todos en el salón, sorbiendo vermut helado, cuando Nora levantó la vista y dijo con voz que dejaba traslucir su desesperación: «Aquí viene otra vez». Entonces los Devon cogieron su baraja, murmuraron una disculpa y huyeron. Su escape resultó tan obvio que cuando Grubach se sentó en la misma silla que Nora había dejado vacía, pensé para mí: «Seguro que se ha dado cuenta de la verdad».

—Ese hombre no está bien —dijo Grubach, mirando cómo la alta figura de Eric desaparecía por el vestíbulo.

—Bronquitis crónica —respondí.

André Nollet, con aire de resignación suprema, le sirvió un vermut a Grubach.

—Qué pena. Con la pareja tan bonita que hacen. Me gustan los británicos. Siempre se puede confiar en ellos —respondió Grubach cogiendo el vaso.

Nollet y yo quedamos a la espera de la siguiente ocurrencia de aquel contradictorio hombrecillo.

—Pero a ella no la entiendo —confesó—. ¿Por qué se pasa el día preocupada por todos los jamaicanos de abajo? Lo que les dan de comer, que si duermen apretujados... No habla de otra cosa.

Pero si cuando él subió a bordo encontró terribles las condiciones, le recordé, o al menos eso dijo, y en tercera clase eran mucho peores. No solo Nora Devon, sino todos nosotros estábamos horrorizados por las condiciones en las que se transportaba a aquellos trabajadores jamaicanos, hombres y mujeres, a Inglaterra.

La perplejidad de Grubach se incrementó; los suaves pliegues mantecosos que yacían bajo los ojillos parecieron cerrarse de repente, como si estuviésemos hablando un lenguaje extranjero.

—Pero si a ellos no les importa —dijo por fin—. Si son negros.

Dicho aquello se encogió de hombros, se levantó y se marchó, dejándonos al francés y a mí más helados que el vermut que contenían nuestros vasos.

Unos días más tarde dejamos por fin atrás las Azores, y el barco comenzó a transitar lentamente hacia la costa española; de repente el calor extremo dio paso a un fresco viento salado que alivió a todo el pasaje.

Cuando Eric subió a cubierta aquella mañana con aspecto macilento y agotado (aquella comida terrible, explicó Nora), Herr Grubach escogió la ocasión para explorar un nuevo tema. Ya no hablaba de Alemania. Era Inglaterra la que lo tenía cautivado. Se inclinó sobre la barandilla y procedió a contarles a los Devon cuánto admiraba a los británicos: su eficiencia, su coraje moral, sus sólidas virtudes. No lo dijo (habría sido demasiado obvio), pero uno se daba cuenta, por el tono, de que las consideraba también virtudes teutónicas.

—Mi querido amigo —dijo Nollet con suavidad cuando Grubach se marchó finalmente a almorzar—, ese hombre intenta halagarlo. Como la mayoría de los alemanes, Grubach considera el mayor privilegio de Dios haber nacido en su gloriosa patria, pero si el ingrato destino lo hubiese obligado a elegir otro país, habría sido Inglaterra.

—Si supiese el desprecio que me inspira, nunca volvería a hablarme —respondió Eric velozmente.

Lo dominaba una agitación demasiado intensa para seguir conteniéndola y su voz resonante y modulada, que en algunas ocasiones sonaba como la de un actor, comenzó a contarnos a toda velocidad que en un momento dado de la guerra lo habían designado para trabajar con un grupo de psicólogos y doctores militares a los que se les había encargado la tarea de desenmascarar a posibles espías nazis entre los refugiados alemanes antinazis que habían ofrecido sus servicios al gobierno británico. Lo que le había resultado más deprimente de todo era que muchos de los auténticos refugiados habían huido solo tras sufrir algún tipo de ataque personal. Durante los primeros años, mientras la marea nazi aumentaba hasta convertirse abiertamente en un reinado de terror, y las SS y la Gestapo liquidaban implacablemente a toda la oposición, la mayoría de aquellos alemanes se había quedado en casa, con actitud pasiva, cerrando los ojos ante la realidad, con la simple esperanza de salir indemnes cuando acabase la pesadilla.

Señalé que aquello era patético pero muy humano.

—Sí —respondió Eric—. Pero usted y Nollet no conocen a los alemanes como yo: su terrible servilismo, su masoquismo, su necesidad nihilista de un líder fuerte...

—No me gustaría nada pensar que conoce usted a los alemanes mejor que yo —dijo Nollet, haciendo crujir sus dedos con elaborada atención—. Fui su invitado... en Buchenwald.

Los ojos de Eric, molestos por el reflejo de la luz en el mar del mediodía, quedaron tan paralizados como los de un animal asustado.

—Por suerte —prosiguió Nollet con la misma dulzura que si le estuviese explicando a un grupo de alumnos el delicado matiz de una frase de Rimbaud—, no me detuvieron hasta la primavera de 1944, lo cual explica que esté vivo. Una tarde estaba sentado en un cafetín de la rue des Écoles cuando me arrestaron los alemanes. Me traicionó alguien de nuestra propia célula de resistencia, un espía que la Gestapo colocó allí. Luego, ¿sabe qué fue lo que más lamenté?

Sobre nuestras cabezas, en la cubierta superior, una muchacha española bailaba un zapateado mientras sus amigos, formando un corro, tocaban las palmas y cantaban. Debajo, donde estábamos sentados, la voz de Nollet continuó con su ritmo apagado, sin rastro de ira o desesperación.

—Tras sufrir un castigo y un tormento tan humillantes y terroríficos, lamenté haber hecho tan poco para merecerlo. Deseé haber sido más atrevido en mi resistencia, menos humano en cuanto a matar y sabotear a un enemigo que se había

deshecho de toda ética moral, de toda decencia civilizada. Lo que se puede decir de los nazis —dijo, con la mirada clavada en Eric— es que sus campos de concentración gozaban de una organización fantástica, cuyo objetivo no era solo liquidar cualquier oposición, sino prolongar toda tortura individual para que la víctima, antes de morir, se diese plena cuenta de lo idiota que había sido al oponerse a los nazis.

—¿Por qué no le cuenta a Grubach lo que le hicieron en Buchenwald? —preguntó Eric.

—No se me ocurre cosa más fútil. —Nollet sonreía como si en realidad tal pensamiento le hiciese gracia—. Él juraría que los campos de concentración y las cámaras de gas (si existieron realmente, cosa que él duda) fueron obra de un puñado de malvados que de ninguna manera representan al amable y bondadoso pueblo alemán. O si no diría, como un distinguido alemán que vino a París para un congreso dijo a un grupo de intelectuales franceses no hace mucho: «No deben olvidar que los aliados también tenían sus campos de concentración, y que trataban a los exnazis con gran descortesía; hasta los obligaban a fregar suelos». ¡Imagínese!

Llegaron risas de la cubierta de arriba, las voces frescas y victoriosas de la juventud.

—Quizá le interese saber —añadió Nollet— que me han invitado a dar una conferencia en Alemania el invierno que viene y he aceptado. Un viaje así contrastará del modo más irónico con el otro, ¿no le parece?

—Yo, en su lugar, me habría negado —contestó Eric.

La sonrisa de Nollet parecía de disculpa.

—Lo hice por mi hija Caroline. Tiene diecisiete años. Los idealistas seguimos pensando que la buena voluntad puede crear un mundo nuevo para los jóvenes. Al menos podemos intentarlo.

Eric se inclinó para enderezar un trozo de alambre que sobresalía por debajo de la barandilla.

—¿Y visitará Buchenwald? —preguntó.

—Por supuesto —respondió Nollet—. ¿Qué cree que me ha ayudado a vivir? La creencia obsesiva de que un día volvería para mirar aquellos macabros muros desde fuera y ver a mis enemigos derrotados por completo.

—Entonces —respondió Eric muy despacio, mientras se erguía en la silla—, ha esperado demasiado. Lo que verá ahora es una Alemania de nuevo arrogante, no derrotada, y no le sorprenda encontrarse a antiguos enemigos otra vez en lugares muy destacados.

Aquella noche los Devon no acudieron a la cena; a la mañana siguiente, miss Leeds, que ocupaba la cabina contigua a la suya, nos informó de que habían llamado al médico durante la noche para que le recetase a Eric unas pastillas; según había confesado en un descuido Nora en el pasillo, eran para los nervios de su marido.

Alrededor del mediodía, cuando avistamos la oscilante costa española, en la que debían desembarcar gran número de pasajeros, el barco se convirtió en escenario de una ajetreada confusión. Yo, con la idea de que quizá unas horas en tierra firme le sentarían bien a Eric, bajé a la cabina y llamé a la puerta. Nora abrió rápidamente.

—Qué alegría que hayas venido^[1] —dijo; después, con el tono vigoroso y alegre de una enfermera profesional que tiene que vérselas con un paciente difícil, llamó—: Eric. Tenemos visita.

Eric estaba tumbado en la litera de abajo, pero se puso en pie de un salto, me acercó una silla y me sirvió un vaso de agua mineral cuando decliné el whisky con soda que estaban bebiendo. Eric dijo que no le interesaba lo más mínimo poner un pie en la España de Franco, pero lo instamos a que se diese un paseo por La Coruña; había que comprar recuerdos, y luego podíamos tomar el aperitivo en un café; cualquier cosa con tal de romper la rutina tras dos semanas en el mar.

Al final Eric consintió en venir con nosotros cuando el barco atracase, y entretanto comenzó a quejarse del modo más irritante (impropio de su usual dominio de sí mismo) del viaje al completo, que le había resultado una absoluta pesadilla. Aunque intentó bajar la voz y actuar con normalidad, no pude dejar de observar las tensas líneas que la fatiga nerviosa dibujaba a ambos lados de aquella nariz delgada de puente alto, y el temblor de la mano extendida en busca del whisky.

—Y luego, para colmo —concluyó—, tuvo que subir a bordo ese individuo, Grubach...

—¿Por qué te molesta tanto Grubach? —pregunté, mirando cómo sus atormentados ojos azules se volvían casi grises en la penumbra de la cabina—. ¿O prefieres no hablar de ello?

—¿Por qué no iba a hablar de ello? —Parecía enfadado—. Ese hombre es un verdadero fastidio.

—Quizá sí. Pero al resto de la gente no la pone tan enferma como a ti.

Con precaución, Eric se abrió camino por el silencio espinoso que nos rodeaba en aquel momento; parecía casi desnudo en su angustia, incapaz de pedir ayuda abiertamente, pero con tanta necesidad de ella que todo su cuerpo se había transformado en una inconsciente súplica de comprensión.

—Digámoslo así —dijo—. En nuestra época, millones de personas han sufrido lo indecible a causa no de una, sino de dos guerras. Pero lo que me saca de mis casillas de Grubach y los demás alemanes que uno se encuentra por ahí es su pusilánime negativa a admitir la más mínima responsabilidad por el terror que los alemanes han infligido al mundo entero. Nollet tiene razón. Cuando hablas con ellos te vuelves loco. Siempre fingen que toda la ocupación nazi de Europa, los campos, los asesinatos masivos y los saqueos han sido obra de un puñado de líderes y que el resto de los alemanes son víctimas inocentes que ahora necesitan que los cuide y los perdone el mundo entero. ¡Los odio!

La cortina de rayas rosas ondeaba suavemente en la brisa que entraba por el ojo de buey; los motores del barco nos arrullaban.

—Eric, me da la impresión de que solo has conocido a la peor clase de alemanes —dije, y añadí que mis amigos eran antinazis y antimilitaristas que se exiliaron o se enfrentaron a la muerte antes de aceptar un régimen que les imponía el horror a ellos y al resto del mundo. Y, por extraño que pareciese, aunque eran víctimas de tal régimen, aceptaban plenamente la responsabilidad de su existencia.

No me gustaba la manera en que me miraba Eric, con los labios fruncidos y pestañeando; pero ya no había vuelta atrás.

—No estoy de acuerdo con que los alemanes no tengan sentimiento de culpa —dije—. Tengo amigos alemanes tan abrumados por la culpa que cuando se exiliaron no solo cambiaron de nacionalidad, sino también de nombre y de historia. Se han pasado el resto de su vida tratando de dissociarse de su trágico pasado alemán. Tengo un amigo en Canadá que finge haber nacido en Viena en lugar de Múnich. Otra en Nueva York que dice ser de Alsacia en lugar de Fráncfort. Y otro en París que...

Me detuve, alarmada; Eric había intentado colocar el vaso en la mesa, pero este, de algún modo, se había hecho pedazos contra el suelo; todos contemplamos, estupefactos, el charco de líquido que manchaba el linóleo verde.

Entonces Eric habló con una voz deliberadamente relajada; solo sus sombríos ojos azules revelaban el pánico que sentía en su interior.

—¿Cuándo te has dado cuenta? —preguntó.

Me agaché para recoger un trozo de cristal que tenía junto a los pies y luego le devolví la mirada, incapaz de responder de inmediato, pero consciente del hecho de que, cuando las palabras volviesen a fluir, sería inevitable que la verdad que había salido a la luz cambiase todo lo ocurrido y lo que quedaba por ocurrir entre los Devon y yo.

—No me he dado cuenta. Me lo acabas de decir —dije.

—Soy uno de esos alemanes. —Habló en voz alta, no para mí, que ahora sabía la realidad de su drama, ni para Nora, que llevaba años viviendo con aquel conflicto; quizá necesitase la sensación, tan extraña y ajena, de oírse expresar abiertamente en palabras algo reprimido durante tanto tiempo.

—Cómo me alegro, Eric —exclamó Nora, ante él en la cabina, con el triste rostro súbitamente manchado por una salpicadura de rosa furioso en forma de pétalo—, de que por fin se lo hayas confesado a alguien. Ahora quizá comprendas que es una locura desarrollar un complejo así. A nadie le importa dónde naciste. Solo les importas tú como individuo. Llevo años diciéndotelo.

Nora, fuerza neutral en tan desgraciado conflicto, se volvió hacia mí, y su historia se desbordó en una serie de anécdotas distorsionadas, frases semicoherentes y alusiones a hechos que no significaban nada para un extraño. Le habían presentado a Eric en una fiesta, durante la guerra, en el piso de un periodista en Kensington que

sentía simpatía por ambos e intuía que debían conocerse. Eric, según le explicó su amigo de antemano, era un tipo «raro», muy reservado, pero innegablemente brillante; era de algún lugar del norte, aunque nadie sabía de dónde exactamente, y tampoco tenía familia, a juzgar por las apariencias. Además, por aquella época estaba trabajando con los militares en algo más bien secreto que no hacía más que incrementar el aire de misterio que flotaba a su alrededor; a Nora no le importó, porque cualquiera que hablase con Eric cinco minutos se daba cuenta de que era un corderito, con familia o sin ella. Se enamoraron de inmediato, pero pronto Nora comprendió que a Eric le daba pánico casarse. Había más cosas que parecían aterrorizarlo, pero no hablaba de ellas.

—Es muy triste enamorarse de alguien que no menciona nada de su infancia, ni de sus padres, ni ninguno de esos pequeños detalles íntimos que hacen que un ser humano se sienta cerca de otro. Entre nosotros se alzaba siempre un muro. Me puse enferma —se quejó.

Entonces Nora decidió romper la relación, tras haber llegado a la dolorosa conclusión de que Eric era hijo ilegítimo (aunque a ella no le importaba), o de que su padre había cometido un asesinato o algún crimen terrible. Por supuesto, se habría casado con él pese a todo, pero lo que la sumía en la depresión era su constante silencio; parecía preferir perderla antes que hablar abiertamente.

Al fin, una noche crucial, tras una escena muy tensa (porque además estaban bebidos), Eric se derrumbó y lloró. Sí, lloró como un niño desgraciado. Luego dijo: «Querida Nora, daría cualquier cosa por casarme contigo, pero no puedo. En realidad no soy británico. Solo naturalizado. Llegué a Londres como refugiado y no quiero arrastrarte a una vida de pesadilla como la mía».

Nora, que esperaba una confesión terrible, se rio con un alivio casi histérico.

—Allí estábamos —dijo—, luchando contra los nazis, y Eric se disculpaba porque había luchado contra ellos antes de que lo hiciésemos nosotros. ¿No es absurdo?

—Obviamente, no para Eric —le respondí.

Eric estaba tumbado en la litera de abajo, aparentemente dormido; se había aislado de nosotros y del dolor inmediato para refugiarse en la cálida protección de su propio mundo interior.

Pero lo peor de todo, concluyó Nora, era que Eric seguía manteniendo aquella farsa hasta el día de hoy. Se negaba a que Nora le contase a su familia o a sus amigos su pasado alemán. Y por eso ella sentía que le había fallado como esposa.

—Después de tantos años —explicó— de amar tanto a Eric y de apoyarlo moralmente en todas sus crisis, aún no he sido capaz de darle la seguridad necesaria para admitir la verdad sobre sí mismo. El invierno pasado, cuando manifestó una depresión aguda, le rogué que acudiese a un psiquiatra. Se negó. Afirma que quienes necesitan a un psiquiatra son los enfermos mentales y que nadie más tiene derecho a

reclamar su valioso tiempo. Eric dice que no está enfermo, sino que está deprimido por el miserable estado del mundo.

—¿Y qué ocurre con los antiguos amigos de Eric? Debe de haber gente en Inglaterra (otros refugiados alemanes) que conoce su identidad real, gente que lo vio nada más llegar.

Hablábamos de él como si no estuviese allí; Eric había cruzado los brazos sobre el pecho y yacía como un cadáver, en silencio; solo le faltaban los proverbiales lirios a un lado para convertirlo en una estatua.

—Por supuesto que existen esos amigos —aclaró Nora—, pero Eric los rehúye como la peste. Un día, saliendo del teatro Saint James, nos encontramos a un viejo amigo suyo llamado Conrad, que de inmediato comenzó a hablar con Eric en inglés sobre cosas triviales, como temiéndose que yo no supiese la verdad sobre mi propio marido.

—No veo —repuso Eric, irguiéndose de un brinco— qué ganaríamos pregonando la verdad a bombo y platillo. No es asunto de nadie el lugar en que nací.

Parecía estar luchando por mantener el autocontrol en las fauces de un pánico aplastante; todo el pasado, pútrido e infecto, surgía súbitamente del enfangado mundo de la represión a la inmisericorde luz del día; y se encontraba de repente a solas con él, en sus manos; sentía el contorno del fantasma, su gélido aliento, a un paso.

Señalé que no se trataba de pregonar la verdad, sino de aceptarla en silencio. Después de todo, Nora y él eran tremendamente infelices en la presente situación.

—Somos desdichados, muy desdichados —subrayó ella.

Fuera, en el pasillo, se oían despedidas; la corriente nos acercaba al muelle; cesó el ruido de los motores y el chapoteo del agua quedó suavemente enmudecido al otro lado del ojo de buey.

—Es terriblemente agotador llevar una vida ficticia, Eric —dije; el miedo constante de encontrarse a alguien del pasado que conociese la verdad, la necesidad de vigilar cada palabra por miedo a traicionarse sin darse cuenta.

—Eric no es consciente de lo inquieto que está siempre —añadió Nora.

—Se esfuerza mucho por ser un inglés llamado Devon. Pero en su interior sigue existiendo ese Eric de Alemania, por mucho que no quiera admitirlo.

—Posiblemente ese otro Eric era un chico muy agradable. —Posó la vista en su marido, como si quisiera hacerlo hablar.

—Y ahora se le niega el derecho a vivir; tantos años condenado al olvido... —Yo también miré a Eric—. ¿Cuál era su nombre completo?

—Erich Dalburg —admitió con reticencia, como si le doliese pronunciar aquellas palabras.

—¿Nació en Berlín?

—Berlín-Schöneberg. Es un barrio, o lo era. Por lo que sé, gran parte desapareció en los bombardeos.

—¿Y cuánto tiempo pasó aquel muchacho en Alemania?

—Desde 1910, su nacimiento, hasta 1934, cuando huyó al exilio.

—Y, según parece —interrumpió Nora—, sigue huyendo.

—Pero hay cosas que debéis intentar entender —porfió Eric en una súplica—. Mi familia, especialmente mi madre, siempre fue probritánica, como Nollet dijo de Grubach. Teníamos primas que se casaban con miembros de la nobleza inglesa. Siempre se dieron muchos viajes e intercambios sociales entre Alemania e Inglaterra. Hasta se puede decir que la Primera Guerra Mundial fue solo una interrupción temporal. Recuerdo a mi madre diciendo a principios de 1917: «¿Cuándo terminará esta estúpida guerra para que podamos ir a Londres a alquilar un piso para la temporada y ver a nuestros amigos?». Cuando años más tarde me encontré en Londres siendo un refugiado, me sentí perfectamente en casa. Gracias a uno de los primos ingleses de mi madre, ya fallecido, recibí los papeles de naturalización con gran facilidad. Debéis comprender todo esto, si no nada tendrá sentido.

—Pero si lo comprendemos, querido —lo reconfortó Nora—. A nadie se le ocurriría siquiera pensar que no eres inglés. Tu manera de hablar, tus modales... Son cosas que se aprenden de pequeño.

Pero ¿qué pasaba con esa madre que alquilaba pisos en Londres? ¿Y el padre, a quien aún no había mencionado? ¿Hermanos? ¿Hermanas? Muchas incógnitas, aún sin responder, revoloteaban en el aire, a nuestro alrededor, como polillas brillantes.

Eric carraspeó un poco.

—Por favor, no me hagáis hablar del pasado. Me ahogo. Olvidémonos de toda esta historia.

Me miró como buscando mi aprobación. Dije que dudaba mucho que pudiese olvidarse de nada aunque así lo deseara, y que lo único que esperaba era que un día, de algún modo, alcanzase un estado de comprensión respecto a su país nativo, una objetividad que le dejase ver lo bueno y lo positivo que había al lado de los aspectos destructivos.

—Es imposible —dijo—. No hay nada positivo en mi pasado alemán.

—Si bien Alemania creó a los nazis y las cámaras de gas, también fue la cuna de Thomas Mann y de Einstein.

—No —respondió con voz velada por una infinita tristeza—. La gente comete un gran error juzgando a Alemania por unos cuantos genios exiliados, todos ellos expulsados, que tuvieron que huir del odio de sus conciudadanos. Alemania, la verdadera Alemania, la Alemania básica e inalterable, se compone de millones de Grubach, que un día gritan *Heil Hitler!* y al siguiente alaban la democracia. Creedme: es un país sin esperanza.

Me acerqué al ojo de buey y miré a través de él; nos rodeaba por completo la suave curva de la bahía de La Coruña; la pálida luz del sol la pintaba de ámbar y salpicaba las suaves colinas color verde grisáceo, que parecían deshacerse al dar paso a las casas bajas con balcones enrejados de la orilla.

—Vayamos a dar un buen paseo, Eric —dijo Nora con una voz que sonaba agotada.

—Una excelente idea. Beberemos un buen jerez para celebrarlo —propuso Eric levantándose.

Cuando los tres abandonamos la cabina, no le pregunté qué es lo que se suponía que teníamos que celebrar, salvo la habilidad humana para sobrevivir pese a cualquier obstáculo.

Al final de la tarde nos sentamos en la terraza de un café, cansados después de un largo paseo que nos llevó colinas arriba, por detrás del puerto, y luego de vuelta pasando por el mercado, a lo largo del gran bulevar que bordeaba la bahía; entramos y salimos de tiendas que vendían joyas de oro con filigrana de Toledo, monederos de piel hechos a mano, fulares chillones de seda que llevaban escrito RECUERDO DE LA CORUÑA, ceniceros de cerámica de Vigo y mantillas de encaje de Sevilla. Nora decidió llevarse recuerdos de España para toda la familia, porque eran muy coloridos, y apiló, en precario equilibrio, los bultos envueltos en la silla contigua a la suya.

El camarero nos trajo un magnífico jerez en pequeñas copas aflautadas; estas capturaban los rayos de la puesta de sol que se filtraban a través de las rígidas palmeras del bulevar. La Coruña, tanto en ambiente como en arquitectura, recordaba un poco a Portugal, que se encontraba a escasa distancia costa abajo. Las ventanas cerradas a cal y canto de las casas miraban a la bahía como filas de centinelas ciegos, protegidas por pequeños balcones de hierro. La mayoría de hoteles y de edificios públicos pertenecía a un siglo XIX atrozmente recargado, apasionado por las alas desplegadas, las torres y los frisos ondulados, elementos todos que les daban aire de pastel de cumpleaños a los que se les había derretido el glaseado hacía rato. Dondequiera que uno mirase, resultaba imposible encontrar rasgo alguno de verdadera armonía entre la belleza natural del paisaje y las construcciones al azar que se alineaban en la costa, empujándose unas a otras, gritando a voz en cuello su necesidad de que las reparasen, las pintasen o incluso les pusieran un simple cristal en las ventanas rotas. España era pobre. Y España mostraba su desgracia desafiante, abiertamente.

La prensa española estaba amordazada por la censura. Pero en la calle principal compramos con gran despreocupación un periódico londinense lleno de noticias sobre España; en aquel mismo momento se producía una revuelta estudiantil en Barcelona, las madres habían organizado una marcha de protesta en Madrid y el corresponsal británico aseguraba que a la Falange le estaba costando suprimir la oposición, no porque estuviese infestada de agitadores comunistas, como insistía Franco, sino simplemente porque el pueblo español estaba cansado de que lo gobernasen unos líderes ineptos, deshonestos y absolutamente incompetentes.

—Se mire donde se mire ocurre lo mismo —dijo Eric malhumorado mientras doblaba el periódico hasta devolverle el tamaño de correo aéreo—. Todo el mundo

amenazado por una crisis de liderazgo cuando tan necesarios resultan los hombres de Estado con visión de futuro y perspicacia.

—¡Mirad, ahí va Grubach! —interrumpí para hacernos regresar a un plano más realista—. Él también ha ido de compras.

Estaba cruzando la carretera y se dirigía al muelle con los brazos cargados de paquetes; de un bolsillo asomaba un pañuelo de seda rojo metido a toda prisa. Era obvio que Grubach tenía familia e hijos que esperaban en casa los regalos; por primera vez me pregunté cómo sería su familia, qué tipo de hombre sería Grubach en su propio entorno social, lejos del forzoso aislamiento del barco.

—Gracias a Dios nos libraremos de él dentro de otras cuarenta y ocho horas —exclamó Eric de repente, como desesperado.

Señalé, mientras dejaba la copa sobre la mesa, que si Grubach había molestado a Eric en el viaje, era en cierto modo culpa del propio Eric. Podría haber acabado con todo aquello de un plumazo, si realmente lo hubiese deseado.

—¿Cómo? —preguntó.

Bueno, dije, para empezar, si Grubach lo había exasperado tanto, ¿acaso no era porque Eric sentía miedo, el miedo instintivo y ciego de que aquel hombre distinguiese a través de su envoltorio británico el alma germana que se ocultaba debajo?

Eric decidió tomarse otro jerez mientras consideraba la cuestión.

—Quizá —admitió.

—Entonces, si no hubiese sido por el miedo, podría haberlo aniquilado el primer día.

—¿Cómo?

Bueno, allí estaba el pobre Grubach, creyendo que aquel Devon que lo miraba por encima del hombro era un floreciente ejemplo de virtud británica. Lo único que Eric tenía que hacer era decirle cinco palabras en un perfecto e inconfundible acento berlinés y el pobre hombre se caería redondo del susto.

Eric observó cómo el camarero le servía el líquido gota a gota; la luz coagulaba el dorado en minúsculas joyas.

—Me resulta imposible hablar alemán —dijo.

—Querrás decir que no quieres.

—No —respondió—. Es algo que escapa a mi control.

Ocurrió en el funeral de su madre, que murió en Londres en 1936. Había acudido allí desde Alemania para que le trataran el cáncer. En el funeral, algunos viejos amigos (alemanes) se acercaron a Eric para decirle las palabras de consuelo habituales en esos casos. Pero Eric se sorprendió a sí mismo respondiendo automáticamente en inglés. Luego volvió solo al piso que compartía con su madre cerca de Regent's Park y se sentó, en el salón helado y vacío, en absoluta soledad hasta el amanecer.

—Debió de ocurrirme algo aquella noche —concluyó Eric mientras levantaba el vaso, le daba un sorbo y luego lo volvía a soltar—. Quizá, en cierto modo, yo también morí. Al día siguiente me mudé a otro piso. Comencé a usar el nombre de Devon. Más tarde, cuando me llegaron los documentos de naturalización, legalicé mi nombre. Pero fue mucho después de descubrir que mi lengua nativa había desaparecido junto con mi antigua identidad. En alguna ocasión he intentado hablar alemán, pero me ahogo. Quizá no me creáis, pero incluso olvido algunas palabras.

Observé que a Grubach se le caía un paquete, lo recogía usando pies y manos y luego continuaba su trote, con aquellas piernas cortas que lo propulsaban como a un robot.

—Ya sé que es extraño perder la lengua materna, pero... —Eric hizo una pausa para mirar también a Grubach.

—En realidad no la has perdido, querido —replicó Nora—. Lo que quiero decir es que la podrías hablar ahora mismo, en este mismo minuto; si tuvieses, por supuesto, una razón de peso para hacerlo.

—No, no podría. No me saldría ni un sonido —respondió inexpresivo.

Nora suspiró.

—Ojalá hubiese aprendido yo alemán de pequeña —dijo—. Sería tan bonito leer ahora a Goethe, a Heine y a tantos escritores maravillosos en su lengua original.

—Tonterías —dijo Eric mientras nos levantábamos de la mesa—, tienes a Shakespeare.

El viaje tocaba prácticamente a su fin y el barco vibraba con espíritu festivo; aquella última noche, en el salón, decidimos organizar nuestra propia celebración. Nollet trajo una botella de champán, yo contribuí con un coñac que había comprado en España, los Van Nost, con un *apéritif* holandés, aromático pero muy fuerte, y los Devon abrieron un whisky. En unos minutos, tras el segundo brindis, nos pusimos de acuerdo en olvidar el calor, la comida insípida, el ruido y las cabinas atestadas, y recordar solo la agradable compañía que se había reunido en torno a aquella mesa.

Nollet nos enseñó un telegrama que había recibido de su hija Caroline, que lo esperaba para ir al lago de Annecy en las vacaciones de agosto. A miss Leeds la había invitado a pasar el resto del verano una vieja amiga, una institutriz jubilada como ella, que vivía en una casa de campo cubierta de rosas a las afueras de Tunbridge Wells. Los Van Nost iban a reunirse con un primo y sus hijos en Zandvoort aan Zee. Los Devon aún no habían decidido si pasar unos días tranquilos en su piso de Chelsea antes de que Eric empezase de nuevo a trabajar o bajar a Cornualles para disfrutar de una breve estancia con los padres de Nora.

Era inevitable, por supuesto, que justo en tan delicioso momento de abandono y relajación levantásemos la vista para encontrarnos con Herr Grubach, abatiéndose sobre nosotros botella en mano. Aceptó nuestras sonrisas como si fuesen una bienvenida y, tras aproximarse con la arrebatada alegría de un cocker spaniel, acercó

una silla, descorchó su botella, nos ofreció una copa (era brandy), y luego comenzó a contarnos sus planes también. Un día en Londres para ver el Museo Británico, la Abadía de Westminster y, por supuesto, el Palacio de Buckingham; otro día en París, la Torre Eiffel y la Tumba de Napoleón; luego el expreso para regresar a Colonia.

Aprovechaba la oportunidad, dijo con su voz más formal, para invitarnos, a todos y cada uno de nosotros, a visitarlo cuando pasásemos por Alemania, como daba por sentado que haríamos, por supuesto. Tras sacar una pequeña libreta del bolsillo comenzó a anotar su dirección y su número de teléfono para que pudiésemos informarlo si queríamos que fuese a buscarnos al aeropuerto o a la estación de tren, o dondequiera que hiciese falta, con el pequeño Volkswagen que se había comprado el año pasado y que constituía el coche ideal para una visita turística. Con la cara resplandeciente ante el feliz pensamiento de volver a vernos, Grubach comenzó a distribuir las hojitas; miss Leeds manifestó duda, los Van Nost indignación y Nollet mucho aburrimiento ante la idea.

—¿Señor Devon? —Grubach abanicó con la hojita de papel la nariz de Eric.

Todo el cuerpo de Eric se encogió y se puso rígido.

—Lo... siento. No, gracias. —Hizo una pausa—. Nunca pondré un pie en Alemania.

Grubach se sonrojó; su cara redonda y húmeda se tornó de un rosa polvoriento, como si le hubiesen arrojado el líquido de su vaso.

—Sé cómo se siente —dijo con una serena dignidad en la voz que suscitaba respeto—. Mi padre murió en la Primera Guerra Mundial. A mí me movilizaron a los diecisiete y volví a casa herido de gravedad. En esta última guerra he perdido a mis dos hermanos, mi hija murió de fiebre tifoidea por la falta de medicinas y comida, y mi hijo mayor tiene una pierna lisiada de cuando bombardearon nuestra casa. La guerra nos ha hecho sufrir a todos. Dondequiera que vaya, lo único que quiere la gente es olvidar y vivir en paz. ¿No podemos olvidar, señor Devon? —rogó—. ¿Olvidar que es usted británico y yo alemán? ¿Debemos seguir siendo enemigos eternos?

Eric estaba frente a él, pero no habló; había un muro de completo vacío, un mundo reducido a cenizas en aquella mirada glacial y ciega. Estaba mirando a Grubach y sin embargo no lo veía. Cuando por fin habló, su cuerpo entero pareció derrumbarse por el peso del esfuerzo, como si cada palabra tomase una forma agonizante en sus labios.

—*Herr Grubach* —dijo—, *wir deutsche Juden werden niemals vergessen*.

Nosotros, los judíos alemanes, no podemos olvidar, nunca. Vi que los Van Nost se encogían, con los ojos plácidos y claros llenos de asombro; observé la perplejidad de Nollet mientras recurría a sus propios conocimientos de alemán y se daba cuenta, al mismo tiempo, de que aquello explicaba muchas cosas sobre Devon que hasta aquel momento no había logrado entender.

Entonces, como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, todos miramos hacia Grubach y vimos su estupefacción, con los ojos duros y saltones debido al inesperado shock; tras un momento, se levantó, todo desequilibrio, con la cara reducida a una máscara tensa e inexpresiva, como si toda ilusión, toda falsa esperanza de felicidad, lo hubiese abandonado para siempre. Después se alejó, salió del salón para perderse en la soledad de aquella despedida no compartida.

TRES

Tras el viaje caluroso y tropical por mar, Londres, con sus pesadas sombras y cortinas de lluvia, nos heló hasta los huesos cuando los Devon y yo nos metimos en un taxi en la estación. Mi dirección quedaba bastante lejos de su camino, pero insistieron en llevarme y, mientras avanzábamos, Nora se esforzó por convencerme de que cancelase la reserva de mi habitación y me quedase con ellos en su casa. Le dije que no podía hacerlo de ninguna manera, que había reservado la habitación con semanas de antelación en el cuartel general de un club de mujeres al que pertenecía. Pero lo cierto era que tenía la sensación de que los Devon necesitaban estar solos después de todo lo que les había ocurrido últimamente.

—Londres es una ciudad encantadora —dijo Nora mientras atravesábamos el silencio empapado de Hyde Park; allí yacían, desoladas y abandonadas, las aguas del lago Serpentine, bajo el reflejo de las nubes, de un desgastado gris plateado; los pocos jinetes intrépidos que insistían en trotar por Rotten Row lucían los rostros rígidos y sombríamente decididos de los soldados que hacen de la derrota una victoria hueca.

—¡Ay, espero que todo vaya bien por casa! —dijo Nora; le habían alquilado el piso a una chica de la oficina de Eric, una muchacha de lo más considerada; había prometido regarles los bulbos. Y había un gato que alimentar, medio ciego, pero un encanto también. Se llamaba Chaucer. La mujer de abajo le daba de comer cuando ellos no estaban y ellos hacían lo mismo con su gato cuando era necesario.

—¿Crees que Chaucer se acordará de nosotros? —le preguntó a Eric con una pizca de ansiedad.

Nora daba la impresión de esforzarse por convertir la llegada a casa en un asunto rutinario, como si Eric fuese el mismo hombre que se había casado con ella, como si no hubiese sufrido ningún colapso nervioso ni hubiese sentido que no podía seguir adelante, como si, para colmo, no hubiese habido ningún Grubach.

Eric no respondió. Estaba mirando por la ventanilla, contemplando la lluvia y a los vendedores de periódicos junto al hotel Lancaster Gate que, apiñados en el vasto soportal, gritaban: «¡Crisis en Suez! ¡Léanlo, entérense de todo!».

—Los gatos son verdaderos explotadores de los humanos —dijo por fin—. A Chaucer le importa un comino quién le da la leche mientras que alguien se la dé.

Bajé en Bayswater Road.

—Te llamo luego —dijo Nora.

—Sí, hagamos algo mañana por la noche —me gritó Eric—. Cenar, o ir al teatro, o algo. Londres es un lugar magnífico. No te puedes imaginar lo feliz que me hace estar aquí.

Subí las escaleras hacia mi habitación; y allí, después de un momento, comprendí qué era lo que me perturbaba de la despedida de Eric. Que había hablado con el tono forzado, artificial y demasiado cálido de alguien que intentase, a la desesperada, crear una emoción que en realidad no sentía.

Nora llamó tarde por la noche.

—¿Te molesto? —Oí su voz queda y ahogada—. Tendría que haber llamado antes, claro, pero había tanto que hacer.

—No te preocupes. Me preguntaba si lo habrías encontrado todo bien en casa.

—Ha ocurrido una cosa increíble. ¿Me oyes? —Por alguna razón, hablaba en susurros.

—Claro.

—Eric está encerrado en su estudio. Lleva allí desde que llegamos. Es increíble. Está hablando alemán consigo mismo; parece como si recitase. Está fluyendo un torrente de palabras.

—Me alegra mucho oír eso.

—Espero que no acabe completamente agotado. —Luego hizo una pausa—. ¿Has pasado una tarde agradable?

—La he disfrutado. He ido de compras, he tomado el té yo sola en el Savoy. Pero la verdad es que adoro Londres siempre, llueva o truene.

—Por favor, resérvanos el día de mañana. Primero almorzaremos aquí en casa. Ya tienes la dirección. Estoy impaciente por hablar contigo.

Dicho aquello colgó, y yo me fui a la cama. Pero aquella noche pasé horas sin poder dormir; me perseguían imágenes de Alemania, el Rin fluyendo en decenas de películas, la catedral de Colonia alzándose sobre una ciudad bombardeada, Hitler pasando revista a las tropas, las divisiones de las SS desfilando por la Europa ocupada, los esqueletos temblando en el suelo cuando las tropas aliadas liberaron los campos de concentración. En medio de tal laberinto, de tal procesión de imágenes informes, confusas y angustiosas, se me antojaba ver a Eric Devon, paseándose con precisión ritual arriba y abajo por su estudio mientras trataba de recordar pasajes de Goethe, Schiller y Heine que quizá había memorizado en su apasionada adolescencia. En aquel momento, pensé, debían de estar surgiendo a su alrededor en fragmentos, esperando a que los entretejiere de nuevo en el eje central de su vida, tras un largo y oscuro periodo de represión total.

Al día siguiente, cuando llegué al piso de los Devon en Chelsea, una bruma se había concentrado alrededor del Támesis, cubriendo por completo el río, los sólidos edificios de la orilla de enfrente e incluso la cumbre del puente más cercano, de modo

que las lentas barcazas, que avanzaban con soltura majestuosa, parecían estar deslizándose, no sobre el agua, sino sobre la propia niebla, suavemente ondulada.

El edificio del siglo XVIII, de cuatro plantas, daba al río; cuando levanté la vista antes de tocar el timbre, vi que la figura de Nora se retiraba de las cortinas, como si hubiese estado acechando mi llegada con impaciencia. Subí las escaleras y dejé atrás la elaborada escena de caza pintada en el papel vinilo de la pared; luego Nora abrió de un golpe la puerta del piso.

—Qué alegría verte —dijo, como si nos hubiesen separado años en lugar de horas. Llevaba un traje de *tweed*, de un tono cobrizo cálido y distinguí el destello de unos pendientes redondos de oro en sus orejas.

—¿Cómo está Eric?

—Esta noche no ha pegado ojo —respondió cuando pasamos al interior, atravesando un vestíbulo pequeño y sombrío hasta llegar al espacioso salón comedor, salpicado de una cretona brillante color blanco y azul—. Escucha.

Nos detuvimos junto a la ventana; la vista, en aquel día nublado, recordaba a un Turner. Me quedé allí de pie, desconcertada, y entonces me llegó el sonido desde detrás de una puerta cerrada al otro lado del vestíbulo, un débil eco rítmico, como un canto lejano flotando sobre un cenagal sombrío.

—Acabará por desmayarse si sigue así. No ha comido nada; no hace más que tomar tazas y tazas de café —dijo Nora, muy preocupada—. Esta mañana, cuando entré, lo hallé sumido en la desesperación porque no se acordaba de una parte del *Fausto* que antes se sabía de memoria, y todos los libros alemanes están metidos en cajas... Le he prometido sacarlos lo más pronto posible.

Hizo una pausa silenciosa cuando se abrió la puerta y Eric avanzó por el pasillo hasta llegar al salón y unirse a nosotras.

—He oído el timbre —explicó—. Ya veo que estás admirando la vista. Nos quedamos con el piso principalmente por eso. Ah, ¿te ha contado Nora las malas noticias?

—Acabo de entrar. Apenas nos hemos saludado.

—Chaucer ha muerto.

—¿Chaucer? —Luego recordé—. El gato. ¿Cuándo ocurrió?

—Hace semanas. Una muerte tranquila. Se quedó dormido, según nos dijo la inquilina. No nos escribió porque no quería estropearnos las vacaciones.

Eric me estaba ofreciendo un jerez; luego él se sirvió otro. Nora había desaparecido en la cocina.

—Chaucer —continuó— tenía bastante personalidad. Lo echaremos de menos. Era como los profesores de Oxford: muy pomposo en apariencia, pero rebosaba de humor socarrón por dentro.

Del cuerpo de Eric parecían emanar olas de desasosiego que le impedían concentrarse en lo que estaba diciendo; lo vi atravesar la habitación abriendo cajas, aparentemente en busca de un cigarrillo, pero tras encontrar uno, lo sujetó entre los

dedos, sin encenderlo. Luego fue a enderezar un grabado colgado en la pared, a contemplar la niebla de fuera, las barcas y el puente curvo; a continuación volvió para ayudar a Nora a colocar una ancha fuente sobre la pequeña mesa servida con una vajilla de cerámica florentina azul.

Nos sentamos a comer; Nora había preparado un pollo al vino blanco excelente, pero Eric no posó siquiera los ojos en la comida colocada ante él. Una llama ascendente de ansiedad interna ardía a través de su carne traslúcida y sus ojos ensombrecidos; además, no podía dejar de hablar, aunque sus palabras constituían los símbolos enfebrecidos que uno usa, no para comunicarse, sino para ocultar sus pensamientos reales. Parecía temer que, si se detenía, el silencio se abatiera sobre nuestras cabezas como un golpe físico. Obviamente, su lengua nativa, tanto tiempo reprimida, había dado vida en su despertar a una masa de visiones estremecedoras que se arremolinaban a su alrededor, miraban por encima de su hombro y le tiraban de la cabeza, de modo que de vez en cuando se sacudía nerviosamente, como intentando escapar de algún fantasma invisible pero no por ello menos repulsivo.

Me preguntaba qué intentaba decirnos yéndose por las ramas. Nora se inclinó para ponerme más pollo en el plato.

—En fin, parece que le di a Grubach un susto de muerte, ¿no? —exclamó Eric de repente, como si hubiese encontrado el camino más corto, el trayecto en línea recta en medio de un laberinto—. Me sorprendí al oír mis propias palabras, de hecho, pero por supuesto sé por qué.

—¿Y por qué? —preguntó Nora.

—Porque me llamé a mí mismo «judío alemán». —Parecía muy satisfecho de su logro—. Después de todo, según las horripilantes leyes raciales de Núremberg que elaboraron los nazis, a cualquier alemán que tuviera aunque solo fuese un abuelo judío se le declaraba «no ario». Pues la madre de mi padre, Charlotte Ahrenfeld, era judía, la familia de su padre eran luteranos de Prusia, y eso convertía a mi padre en un paria bajo el régimen de Hitler, lo que llamaban un *Mischling*.

—El pollo está delicioso, querido. Come un poco —le suplicó Nora.

—Antes de Hitler —prosiguió, ignorándola—, la palabra «judío» no me decía casi nada porque nadie de mi familia inmediata era en absoluto religioso, así que no había nada, ninguna barrera, que separase a los primos. Sin embargo, cuando la otra noche me encontré mirando al entonces tan humilde Grubach, y mientras todo mi instinto me advertía de que una vez había sido un nazi recalcitrante, me identifiqué de modo inmediato con esa rama perseguida de mi familia que ahora...

Se detuvo, incapaz de seguir.

—Háblanos de tu abuela Charlotte —dijo Nora.

—Una mujer extraordinaria —continuó, aferrándose a aquella idea—. Por suerte murió en 1932, a la edad de setenta y nueve años. Digo «por suerte» porque era una mujer tan culta y con una perspectiva tan internacional y liberal que el mero pensamiento de Hitler en el poder habría bastado para matarla. Mi abuelo Dalburg era

un conocido cirujano, un hombre muy brillante también. Murió cuando yo era pequeño.

Siguió describiendo la encantadora villa que su abuela, ya viuda, poseía en una calle llamada Hubertusallee, una casa blanca de veinte habitaciones rodeada por un jardín en la que se daban cita para jugar todos sus nietos, sus primos y sus amigos, pues se prestaba a las escenas más imaginativas; allí las flores crecían, no en hileras definidas, sino en la profusión más tropical y extravagante, formando emparrados y arcos, enrollándose alrededor de las estatuas de mármol y las fuentes para pájaros con esculturas. Cómo había adorado la villa de la abuela Lotte. Nunca había vuelto a ser tan feliz. Pese a la Primera Guerra Mundial y a la depresión económica que la siguió, al volver la vista atrás, Eric no podía decir que hubiese pasado ni un momento de infelicidad en su más tierna infancia. Se preguntaba si sus primos, en caso de encontrarse en algún momento de nuevo con alguno de ellos, recordarían la villa con la misma nostalgia.

—Claro que había algunos primos a los que odiaba —dijo, descubriendo por fin el pollo; lo pinchó con el tenedor, dio un mordisco, decidió que no estaba para nada malo y entonces comenzó a comer sumido en un silencio malhumorado—. La familia de mi madre, los Von Ludowitz, eran aristócratas prusianos, unos aburridos. —Prosiguió—: Mi tío, que murió gloriosamente defendiendo a su patria en la Primera Guerra Mundial, no era mal tipo para ser militar, pero sus dos hijos eran imposibles. Por supuesto, lo desconozco, pero no me sorprendería que hubiesen seguido los pasos de su padre y acabasen de generales de la Wehrmacht con Hitler, como tantos otros aristócratas.

—Yo también tengo primos a los que no he visto desde pequeña. No teníamos nada en común. —Nora estaba intentando que la tensa conversación sonase trivial.

—Había dos a los que nunca olvidaré —se apresuró a decir—: Leo y Magda Ahrenfeld, que en realidad eran primos segundos. ¿Te he hablado de Magda, cariño?

—Quizá, no lo recuerdo —respondió Nora, mintiendo con arrojo.

—Estaba locamente enamorado de ella cuando tenía veinte años.

—Yo a los veinte estaba locamente enamorada de un actor que ni siquiera sabía de mi existencia —replicó Nora.

Según nos contó, Magda tenía unos ojos oscuros, oscurísimos, de lo más hermosos, y pelo color miel, la combinación más romántica. Por desgracia, contrajo la tuberculosis, y cuando Eric regresó a casa un verano, después de unas vacaciones en el Rin, Leo lo recibió con la trágica noticia de que su hermana se encontraba en un sanatorio suizo.

—¿Murió? —preguntó Nora.

La pregunta pareció asombrarlo. En realidad, no lo sabía. Pero había pasado tanto tiempo con la imagen mental de verla descansando pacíficamente bajo montículos de flores alpinas que no podía contemplar ninguna otra posibilidad.

Luego volvió a Leo, el primo que estaba tan cerca de su edad que a menudo celebraban juntos los cumpleaños. Leo, como su abuela Lotte, a la que se parecía, era excepcionalmente brillante, nos contó Eric, y nunca olvidaría cómo tocaba el violín, con la ceja levemente alzada y la mano grácil, tan diestra con el arco. Había dejado boquiabiertos a los profesores de la Universidad Humboldt con su vasta cultura; sabía muchas lenguas, incluso las clásicas. Todo el mundo estaba de acuerdo en que Leo habría sido un magnífico diplomático, si su próspera familia no lo hubiese elegido a él para ser el sucesor del negocio de antigüedades... y, por supuesto, si no hubiese sido judío, porque de ninguna manera fueron los nazis los que inventaron el antisemitismo en Alemania. Ellos simplemente lo llevaron a un extremo patológico.

—Hace unos años conocí a un hombre que acababa de llegar de Israel —continuó Eric, tras una pausa—. Dijo que había varios Ahrenfeld en Tel Aviv, pero no se acordaba de los nombres completos.

—Pues seguro que eran tus primos, sanos y salvos —lo reconfortó Nora.

—Pero la que más me atormenta es Käthe. No soporto pensar que esté muerta, y sin embargo, ¿por qué si no nunca ha escrito?

En eso Nora no podía ayudarlo; nunca había oído hablar de Käthe, su expresión lo revelaba; ¿otra prima, otro amor?

—Después de todo, era casi mi hermana —declaró Eric.

Pasamos de la mesa al sofá, ante la chimenea, y allí Nora nos sirvió café mientras Eric, paseando de arriba abajo, comenzó a rellenar los huecos sobre tan importante miembro de esa familia que surgía de repente.

Tenía, si recordaba bien, ocho años y estaba francamente muy mimado, como hijo único que sabe que sus padres lo adoran. Una noche, muy tarde, su madre acudió a su dormitorio a despertarlo y, medio dormido, aturdido y poco lúcido, se irguió en la cama para mirar a una niña de cara triste con trenzas rubias y flequillo; se trataba, según parecía, de su prima Käthe, hija única del hermano de su padre, que vivía en Dresde. Lo que más lo impresionó fue la ahogada voz de su madre al decir: «Käthe ha venido a vivir con nosotros y ser nuestra hijita». Transcurrieron meses y meses hasta que él y Käthe se enteraron de la verdad: su madre había muerto en un parto muy complicado; el bebé también, y el tío Heinrich —tras seis meses de lágrimas y lamentos— se había fugado de repente con otra mujer. Así pues, a Käthe la criaron los padres de Eric, y como ambos niños eran Dalburg, todo el mundo creía que eran hermanos de sangre. Con el tiempo, ellos mismos acabaron por olvidar que solo eran primos hermanos.

Se detuvo bruscamente como si necesitase una pausa ante él se extendía una zona oscura de miedos ocultos y tragedia aún silenciada.

—Cuando los nazis arrestaron a mi padre —dijo con voz susurrante—, todo el peso recayó en los hombros de Käthe. Yo estaba aquí en Londres, como refugiado, y mi madre también, enferma, sin esperanzas de reponerse.

Desde que llegaron al poder, continuó diciendo, los nazis hicieron lo posible por arruinar la editorial de Walter Dalburg, obra de toda su vida; el arte era sospechoso para ellos, particularmente los pintores a los que llamaban «degenerados» —Matisse, Picasso, Klee y demás, cuyas obras reproducía su padre en bellísimas ediciones—. Por supuesto, su padre resistió a todos los esfuerzos para convertirlo y al final lo mandaron a la cárcel. Eric recibió una carta del abogado de la familia, Herr Rudneck, carta que tardó semanas en llegar porque había salido de Alemania de modo clandestino, vía Suiza. El abogado decía, con franqueza, que Herr Doktor Dalburg tenía demasiadas cosas en su contra: resistirse a los nazis, un hijo antinazi que había huido al exilio, una madre judía, parientes judíos a los que había «ayudado y protegido». Unos antecedentes impresionantes que obligaban al abogado a temerse lo peor.

—Meses más tarde, recibí el lacónico mensaje de que mi padre había muerto en prisión. Me las apañé para ocultarle la noticia a mi madre, gracias a Dios, y murió sin sospechar nunca la verdad, creyendo aún que él se reuniría con ella en Inglaterra algún día.

Nora se echó hacia delante y, separándole las manos apretadas, las tomó suavemente entre las suyas.

—La última carta que recibí de Käthe venía de Suiza, meses después —dijo; y la confesión se hacía tan difícil que buscaba las palabras como si ya no se sintiese a gusto en ninguna lengua. Käthe había logrado escapar, pero en lugar de ir a Londres a reunirse con él (¿no tenía él derecho a esperar tal cosa?), bueno, pues en lugar de eso, le anunciaba que se iba a París, que había conocido a un ingeniero francés en Lausana, donde se había refugiado temporalmente, y que se iban a casar. Le daba una dirección en París...

—¿Respondiste? —preguntó Nora.

La miró, asombrado; no, sacudió la cabeza. En aquel momento lo recordó. No, no respondió. Se sintió amargamente herido; se sintió abandonado por ella, traicionado, de algún modo. Una estupidez, por supuesto. Y además estaban las noticias que le daba de su tía Rosie, todo en la misma carta. Casi se vuelve loco al enterarse de lo que había hecho su tía Rosie. Adoraba a su tía, la única hermana de su madre, aunque se había casado con un banquero apellidado Seidler que siempre había sido un imbécil presuntuoso y que, por supuesto, se convirtió en un apasionado nazi. Pero Eric confiaba en ellos, y pensaba que querían a su padre a pesar de todo.

Pues bien, Käthe escribía que ni la tía Rosie ni su marido movieron un dedo para salvar a su padre. Käthe acudió una noche a su casa, se arrojó a sus pies, casi loca de pena, y ellos se limitaron a decir: «No lo entiendes, hija mía. No podemos hacer nada».

—¡Y aquello —gritó— era Berlín en 1936! Ni los altos cargos nazis se atrevían a mover un dedo para salvar a sus parientes, por miedo a que los condenasen también.

Recordad las purgas inmisericordes que realizó Hitler entre algunos de sus colaboradores más cercanos.

Le iba resultando difícil hablar; sus frases, espesas y poco vocalizadas, parecían envueltas en algodón.

—Me sentía avergonzado —confesó—; avergonzado de ser alemán, avergonzado de pertenecer al país que permitía la existencia de un régimen tan atroz. Como Erich Dalburg no podía enfrentarme a la vida. Como Eric Devon encontré una manera de sobrevivir.

Una manera artificial, por supuesto, podría haberle señalado alguien; pero era fácil de entender una autodefensa asentada en una inseguridad y una angustia tan profundas. Parecía obvio que la defensa había funcionado durante un tiempo, permitiéndole trabajar, casarse y actuar como un hombre razonablemente normal. Me pregunté por qué se desmoronaba años después, cuando toda amenaza inmediata y todo peligro habían dejado de existir.

—Nunca te lo he preguntado antes, Eric (quizá esperaba que tú me lo dijese) —dijo Nora en voz muy queda—, pero ¿de dónde sacaste el apellido Devon?

—¿Por qué no lo has hecho? Es muy simple. A mi madre le encantaba la costa del condado de Devon. Una vez, de pequeño, hasta alquilamos una casa allí. Así que, tras su muerte, se me ocurrió apellidarme Devon. Debe de tener algún significado profundo, ahora me doy cuenta; un vínculo con mi madre, por supuesto.

Levantó la cabeza y todos sus miedos, su pena y su angustia parecieron cristalizarse en un punto tembloroso de culpa abrumadora, una culpa a la que no podía seguir enfrentándose solo.

—Debería haber regresado a Berlín en 1936 —dijo, con amargo dolor—. ¡Debería haber vuelto e intentado salvar a mi padre!

Ahora que por fin había hablado, ahora que la llaga supurante había atravesado la tierna piel que la protegía para estallar, pudo inclinarse de nuevo contra el sofá, con los ojos cerrados, aferrado a la mano de su mujer, y abandonarse a su juicio.

—Pero querido —repuso ella, toda calidez y compasión—, tu madre se estaba muriendo. No podías abandonarla. Estoy segura de que tu padre se enfrentó a la muerte con más valor precisamente por pensar que su mujer y su hijo estaban al fin a salvo.

—Si ni su abogado —añadí—, ni sus amigos bien relacionados, ni siquiera sus parientes nazis pudieron salvarlo, ¿qué podrías haber logrado tú, un muchacho refugiado ya caído en desgracia para el régimen?

Incorporó nuestras palabras al bagaje de su cansado pensamiento para examinarlas y encontrarles defectos, en busca de una manera de seguir flagelándose.

—Por favor, no me digas que sientes que debías haber sacrificado tu vida, que debías haber muerto con tu padre. —Nora combatía la desesperación de Eric con el sentido común—. Yo también sufrí la guerra. Y sé que en este mundo terrible no hay lugar para heroicidades fútiles.

Abrió los ojos y miró con tristeza por la ventana.

—No, supongo que no.

—Está lloviendo de nuevo —exclamó Nora, más por la necesidad de romper la tensión que por otra cosa. El salón se había oscurecido tan de repente a causa de la niebla y la bruma de fuera que todos aparecimos lívidos y lúgubres cuando Nora encendió la lámpara color ámbar de detrás del sofá. Le dijo a Eric—: Ve a tumbarte un rato.

La fatiga transformó su rostro vencido en un bajorrelieve transparente mientras se reclinaba para reposar la cabeza en el cojín azul.

—Creo que lo haré —respondió al tiempo que se levantaba lentamente—. Quizá si el tiempo se despeja podamos salir esta noche a cenar a algún sitio y al teatro.

Desapareció pasillo adentro y la puerta del dormitorio se cerró tras él. El rostro de Eric, al alejarse, revelaba la desesperación interna de un hombre que se siente derrotado más allá de toda esperanza. Aquella tarde no había dejado de hablar, en su pugna por encontrar alivio y claridad en su interior, pero la paz no llegaría solo a través de las palabras. Durante veinte años Eric Devon había intentado reprimir una pregunta que no podría apartar para siempre: ¿cómo murió su padre? ¿Ejecutado, asesinado en la celda, por suicidio o por causas naturales? Un padre había muerto en prisión y su único hijo no conocía ni el más mínimo detalle.

Dudaba —y también Nora lo dudaba— que Eric encontrase alguna vez la paz interior hasta que, de algún modo, reuniese valor para enfrentarse al misterio y buscar, por fin, una respuesta.

En lugar de amainar, la tormenta se intensificó con tal furia que al final Nora insistió para que pasase la noche en la habitación de invitados. Se mostraba tan nerviosa y reacia a quedarse sola que acepté. Nora me prestó una cálida bata de lana y unas zapatillas para que me pusiese cómoda, y ella se enfundó un albornoz de cuadros escoceses; luego pasamos a la pequeña cocina pintada de amarillo, para protegernos del frío húmedo. Allí hicimos té y pusimos en la tostadora unos sándwiches de queso; de vez en cuando Nora echaba una ojeada al dormitorio, pero Eric seguía profundamente dormido, con un sueño que ponía fin a semanas de completo agotamiento.

Entonces fue Nora quien empezó a hablar sin pausa, como si necesitase aclarar su propio papel en aquel conflicto. En su opinión, Eric no hacía más que empeorar en lugar de mejorar, pese al supuesto reposo en Jamaica. Hasta hacía seis meses había estado muy activo en la editorial, donde disponía de un excelente puesto como ayudante de editor. Tenían montones de conocidos (de acuerdo, no se podían llamar amigos íntimos), pero, sea como fuese, su vida estaba llena de conciertos, teatros, exposiciones y, por supuesto, té literarios. Eric parecía pasarlo bien conociendo a gente. Es cierto, habían existido aquellos rápidos e inexplicables arrebatos de depresión aguda que daban algo de miedo, pero siempre remitían. Sin embargo, el invierno pasado fue distinto. Un día, simplemente se derrumbó, se fue a la cama y se

negó a comer, a hablar y a ver a nadie. El doctor le diagnosticó un exceso de trabajo, aunque Eric no había estado demasiado ocupado en los meses anteriores, de no ser por sus asuntos rutinarios. Pero, bueno, también tenía bronquitis, que era la mejor excusa para ausentarse.

—No te puedes ni hacer una idea de lo fenomenal que se han portado mis padres con todo este asunto —dijo—. Ojalá pudiese contarles la verdad. Pero Eric no quiere ni oír hablar del asunto.

Respondí que estaba segura de que ya sabían la verdad; pareció sorprenderle la idea, así que le señalé lo considerados y cuidadosos que ella decía que eran, y que gente así no se limita a quedarse de brazos cruzados ante una crisis. El padre de Nora era un oficial del ejército jubilado que gozaba de excelentes relaciones con los altos círculos del gobierno, así que no debía de haberle costado más de cinco minutos y una discreta llamada personal conseguir toda la información sobre el misterioso nuevo yerno, cuyos documentos de naturalización podían quedar ocultos para los amigos, pero no para el gobierno británico que se los había proporcionado.

Nora se preguntó cómo no se le había ocurrido antes. Recordó el cuidado que ponía su familia siempre en distinguir entre los nazis y los refugiados alemanes que estaban «de nuestra parte»; y además su madre siempre se refería a Eric como «ese pobre muchacho», sin explicarle por qué le daba tanta pena.

—Esta tarde debe de haber sido un horror para Eric, pero imagínate cómo me sentía yo al escucharlo —confesó súbitamente, dejando al descubierto el núcleo de su dolor.

Sí que me lo imaginaba. Casarte con un hombre, le dije, que al parecer entra en la existencia en 1936, con un vacío anterior. Vivir con él años y años, sin oír mención alguna del pasado, ni siquiera el nombre de un pariente, y de repente...

—Sí que sabía que su madre había muerto de cáncer aquí en Londres —repuso con lealtad—. Un día, por casualidad, pasamos con el coche por el hogar de ancianos de Hampstead y Eric me lo comentó. Pero no sabía que su padre murió en la cárcel...

Ni había oído hablar de la rama judía de la familia, que debía de ser la que más había sufrido, ni de la villa de la infancia feliz, ni de la tal Käthe a quien Eric consideraba una hermana, estaba segura. Aquella, declaró Nora, era la revelación más increíble; cómo puede separarse uno por completo de una hermana, se preguntó, luchando contra la estupefacción que crecía en ella.

—No sabe lo que ha sido de ningún miembro de su familia, esa es la verdad. Puede que estén ya todos muertos, y él no lo sepa.

No podía ser Eric Devon, inglés, y mantener al mismo tiempo el contacto con sus parientes alemanes, respondí.

—Pobrecillo. Ha perdido a toda su familia —murmuró Nora.

—Se ha perdido a sí mismo —repliqué.

En aquel momento oímos el sonido ahogado de lo que parecía ser Eric tosiendo casi con desesperación, como si algo se le hubiese atascado en la garganta. La cocina

se hallaba justo al otro lado del pasillo, y en el silencio de la noche calada de lluvia, los sonidos llegaron hasta nosotros magnificados, dolorosamente agudos. Vi que Nora se levantaba de un salto, con tanta rapidez que derramó la taza de té que tenía a la mitad.

—¡Eric! —exclamó dominada por una aguda aflicción—. Otra vez uno de esos sueños terribles.

Entró corriendo en el dormitorio y yo la seguí. Eric estaba tumbado en la cama, completamente vestido, con los ojos medio abiertos y la frente húmeda por un sudor nervioso. Luchaba por liberarse de algún sueño que lo había arrastrado a las profundidades de un sufrimiento insoportable.

—¡Eric! —lo llamó Nora cogiéndolo del hombro.

La había oído, pero no era capaz de responder. Encendí la lámpara del techo para que todas las esquinas de la espaciosa habitación, con su cama con dosel, la chimenea de mármol estilo Regencia y las fotos de la familia de Nora, lo trajeran de regreso a la serenidad y el consuelo de la luz.

—Le traeré un poco de té caliente con ron. Eso siempre ayuda —dijo Nora mientras se dirigía de nuevo a la cocina a toda prisa.

Eric abrió unos ojos como platos, pero su respiración, fatigosa y agitada, siguió perforando el aire con sus pesados espasmos. Aún lo dominaba el temor de lo que había visto en la oscuridad, y Nora, que había regresado con la taza de té, el mismo dormitorio y la lluvia golpeando la ventana debían de resultar totalmente irreales, mientras que la pesadilla parecía dotada de vida.

Nora empezó a darle el té a sorbitos; Eric recorrió con los ojos la habitación por encima del borde de la taza, escrutando todas las esquinas, en busca de un lenitivo, de la certidumbre de encontrarse de veras allí, en su casa. Al final se incorporó y hasta intentó sonreír un poquito, medio disculpándose.

—Esta vez ha sido terrible, cariño. Quizá el peor —le dijo a Nora.

—¿De qué trataba?

—De un cementerio en Berlín. En el sueño no me daba cuenta de dónde me encontraba, pero ahora veo que era uno que existe, o que existía, en un barrio muy pobre llamado Wedding. Había una tormenta, la Gestapo, tumbas, y solo recuerdo correr, ir corriendo en mitad de la noche...

—Ya pasó, querido —dijo Nora con firmeza.

—No aguanto más estas pesadillas horribles. Después de tantos años... —Su voz sonaba como al borde del agotamiento.

—Eric... ¿Por qué no venís Nora y tú a Berlín conmigo unos cuantos días? —propuse mientras me acercaba a la cama—. Para verlo tal como está ahora: sin desfiles a la luz de las linternas, sin Gestapo.

—Pero si esta tarde has dicho...

—Que habría sido inútil regresar hace veinte años. Pero hoy es diferente. Los nazis no te mataron, pero quizá lo haga su fantasma si sigues así.

—Quizá podamos averiguar —sugirió Nora— qué ha sido de tu familia, de tu casa. Puede que sea una experiencia terrible, pero no hay otra salida.

Nos escuchaba como si nuestras palabras le hubiesen provocado una parálisis total; el sueño extendía sus dedos finos, agitándonos a todos con sus horrores silenciados. Eric yacía allí tumbado, incapaz de hablar, de discutir contra la posibilidad de regreso alguno. De repente cogió la mano de Nora, como buscando en plena crisis el apoyo que solo el amor podía prestarle. No podía decidir por sí mismo; solo Nora, que lo quería, podía tomar aquella decisión en nombre de los dos. Se inclinó y lo besó en la frente.

—Compraré los billetes de avión mañana —dijo—. Al menos, Eric, no regresarás solo a Berlín.

SEGUNDA PARTE

BERLÍN: EL OSO QUE YA NO BAILA

UNO

Cuando la contemplamos aquel primer día desde el aire, a través del finísimo velo del temprano sol de agosto, Berlín lucía engañosamente bella; si había ruinas debajo de nosotros la distancia las trataba con amabilidad, rellenaba con ventanas los huecos en los que no había y prestaba sustancia a edificios macizos que en realidad eran puro armazón. Berlín, vista desde arriba, con sus canales serpenteantes y sus anchos lagos, con la franja de bosque alrededor y sus innumerables parquecitos, resultaba de lo más reconfortante y pacífica. Desde aquella altura, toda la destrucción causada por el hombre quedaba oculta por los brotes verdes y veraniegos que resurgían; según describíamos círculos, empezaron a tomar forma anchas avenidas, altos edificios modernos y bloques de nuevos apartamentos. Ningún forastero podía adivinar, a no ser que conociese las famosas marcas, dónde se dividía la ciudad; allí tendida, debajo de nosotros, desparramada a lo largo de millas de superficie terrestre, Berlín daba la impresión momentánea de ser de nuevo la capital unida y vibrante de una nación poderosa.

Eric apenas había proferido una palabra desde que dejamos Londres. Se daba cuenta de que habíamos iniciado el descenso, pero no miró por la ventanilla. En la mano llevaba un ejemplar del *Frankfurter Allgemeine*, doblado por un artículo sobre Goethe que parecía incapaz de terminar, a juzgar por la cantidad de tiempo que llevaba observando la misma columna.

El aeropuerto de Tempelhof estaba situado en la propia ciudad y los aviones pasaban rozando los mismísimos tejados de las casas, con los tranvías justo debajo. Después avanzamos sobre ruedas hasta la puerta de la sala de espera, cubierta por un largo techado. Me pregunté si Eric se encogería ante el primer contacto con su ciudad natal, pero mientras bajábamos unos escalones y luego subíamos otros para llegar a la sala de recogida de equipaje, lo vi siguiendo de modo automático al resto de pasajeros, como si fuese uno más de los discretos turistas. Me pregunté si le hablaría al empleado de equipaje en inglés o en alemán. Resolvió el problema, si es que lo había, optando por un absoluto silencio. Más tarde, Nora encabezó la marcha hacia un taxi y yo le di el nombre de nuestro hotel al conductor.

Avanzó lentamente por la calle, dejando atrás el altísimo monumento de cemento a la aviación aliada, el símbolo más fotografiado del Berlín Occidental; después, tras ganar velocidad, el taxi comenzó a zigzaguear para evitar el tráfico que parecía marchar a toda prisa en dirección al centro de la ciudad. Al llegar a un letrero que rezaba NOLLENDORFPLATZ, la ciudad, que en un principio se mostraba más bien gris y

desvencijada, estalló de repente en un panorama deslumbrante y ajetreado de reconstrucción, con andamios que se alzaban contra el cielo límpido y solares vacíos en los que poco antes debía de haber pilas de escombros. Dondequiera que hubiese una nueva construcción en proceso se advertían anchas láminas con el símbolo de Berlín, el oso negro danzarín, de pie sobre la bandera estadounidense y la de la República Federal Alemana, con las palabras BERLINER AUFBAU-PROGRAMM MIT UNTERSTÜTZUNG DURCH USA UND BUND. Se estaba reconstruyendo el Berlín Occidental con la ayuda de los fondos federales estadounidenses y alemanes.

Justo entonces Eric, que miraba con melancolía la sucesión de calles por la ventana, habló por fin.

—Berlín nunca fue una ciudad hermosa, pero tenía carácter. Me temo que de todo eso ya no queda nada.

El taxi se detuvo ante el hotel, situado en una pequeña plaza resplandeciente de flores; era obvio que acababa de llevarse a cabo una reconstrucción completa del edificio; sin embargo, se veía bastante de la fachada anterior como para que Eric pudiese reconocer el lugar y decir, mientras entrábamos, que allí era donde sus tíos y tías se alojaban siempre cuando venían de otras partes de Alemania a visitar la ciudad.

Pronto me di cuenta de que Herr Grubach tenía mucha razón al decir que Alemania estaba realizando un enorme esfuerzo para ganarse de nuevo al turismo extranjero. El firme empleado de bigote gris que se erguía tras el mostrador nos dio una bienvenida de lo más cordial; los alegres botones eran jóvenes de mejillas frescas que parecían ansiosos por atendernos; arriba, una camarera de ojos azules y hoyuelos se apresuró para comprobar que todas las toallas y los percheros de nuestras habitaciones contiguas estuvieran listos.

Ambas habitaciones estaban atestadas del mobiliario barroco y demasiado tapizado que uno asociaba con la época sólida, boyante y próspera que había precedido a la Primera Guerra Mundial, cuando Alemania daba la impresión de haberse atrincherado con seguridad contra cualquier desastre económico; todo quedaba rodeado de cortinas de encaje, edredones acolchados, alfombras de flores, espejos dorados y querubines.

Me di una ducha rápida y fui a reunirme con Nora, sentada ante el vestidor; lucía un aspecto muy distinguido con un traje de *tweed* verde, de hermoso corte, que resaltaba aún más gracias a la blusa de seda color junquillo.

—Pues habrán bombardeado Berlín casi hasta hacerlo desaparecer del mapa, pero se han salvado muchos muebles —dije mientras me acercaba para observar las enormes camas unidas por un cabecero que contenía más querubines, esta vez bailando una alegre gavota.

—Fantástico, ¿a que sí? Eric jura que el interior del hotel es el mismo, salvo la pintura nueva y los ascensores modernos. Incluso ha intentado convencerme de que

su tío Gustav se quedó en esta misma habitación cuando estaba empapelada de rosas rojas, pero dudo que pueda acordarse de algo así, ¿no te parece?

—Quizá —respondí. Otro tío; cómo se había multiplicado la familia de Eric desde el primer día de confesión desesperada.

Eric, según me decía Nora en ese momento, había bajado nuestros pasaportes para rellenar los formularios de registro para la policía, y como se había marchado hacía veinte minutos, albergaba la esperanza de que hubiese conocido a alguien y estuviese manteniendo una conversación agradable que le hiciese un poco más fácil el primer día. Cuando se levantó y empezó a ponerse los guantes beis, Eric abrió la puerta y entró.

—¿Listas? —preguntó.

¿Para qué?, pensé. Me temía que vacilase en adentrarse en la propia ciudad, en el núcleo mismo de su drama íntimo, pero en aquel momento, en realidad, sonaba impaciente; ya que no puedo echarme atrás, avancemos, parecía proclamar allí de pie, con las manchas del sol de la tarde iluminando su rostro cansado y su pelo rubio ceniza.

—He estado hablando con el empleado —anunció de repente—. Lo que me ha dicho es...

Nora se quedó inmóvil, con un guante a medio poner y los ojos tensos.

El hombre había comenzado a charlar de cosas triviales, explicó Eric, todo en inglés, por supuesto, las tonterías que les suelta uno a los turistas; luego salieron a la luz los pasaportes, su lugar de nacimiento, Berlín-Schöneberg. El empleado era un tipo listo, ni siquiera parpadeó, pero un segundo más tarde pasó al alemán y el tono de la conversación cambió de modo tan radical que nadie que no lo presenciase lo habría creído. Consciente de la especial debilidad alemana por los títulos académicos, Eric había dejado caer que era doctor en Filosofía y Letras, y de inmediato se convirtió en Herr Doktor, ¿cuántos años había pasado Herr Doktor fuera de Berlín?, mientras le revelaba las sutiles confidencias que separaban al nativo que regresaba del turista común.

—Ese tipo no tiene un pelo de tonto —prosiguió Eric encendiendo un cigarrillo—. Lleva toda la vida en el negocio hotelero, bajo el Káiser, la República de Weimar, después con Hitler (al que por supuesto afirma que siempre ha despreciado) y ahora, en la ocupación. Un realista de los buenos.

—¿Y a qué conclusiones ha llegado tu realista?

Eric hizo una pausa como queriendo reproducir las palabras exactas.

—Entre otras cosas me ha contado, de modo confidencial, por supuesto, porque si dijese cosas así abiertamente se quedaría sin negocio, que en su opinión la ocupación rusa de la Zona Este es un regalo de Dios para Alemania, porque sin ella los aliados, y en especial los Estados Unidos, nunca aflojarían tantos billones para reconstruir esta zona. Así pues, el juegucito de estrategia, por lo que veo, consiste ahora en

esperar que los rusos no se muestren demasiado amables ni dejen de constituir una amenaza... Al menos hasta que...

Efectuó una nueva pausa; el humo le llegó a los ojos y los dejó un momento a oscuras.

—Hasta que la Alemania Occidental esté reconstruida por completo y fortalecida hasta el punto de poder mantenerse sola en pie y despachar tanto a las fuerzas rusas como a las aliadas —concluyó Nora por él.

—¿Cómo lo has sabido?

—Se te olvida que mi padre es militar jubilado. Lleva prediciendo justo lo mismo desde que acabó la guerra. Nunca conseguirá confiar en la maquinaria militar alemana.

—A mí me da la impresión de que el caballero de abajo piensa que el gran día de la reivindicación alemana no queda demasiado lejos —admitió Eric.

—No sé de qué te sorprendes —respondió Nora, cogiendo el bolso de piel de cocodrilo de la mesa—. Seamos realistas también nosotros. A ningún pueblo le gusta estar ocupado por tropas extranjeras, jamás. Los alemanes lo vivieron en sus carnes al ocupar la mayor parte de Europa y granjearse así un odio más allá del perdón. No puedes esperar que ahora les guste a ellos estar ocupados, aunque ocurra en nombre de la seguridad nacional.

—Pero esa no es la cuestión —exclamó Eric, enfadado—. Lo que me molesta es que este hombre parece haber olvidado por completo por qué Alemania fue ocupada, para empezar.

—Pero eso ya lo sabías antes de venir, Eric —le recriminé—. ¿Por qué perder el tiempo enfadándose?

—Se pueden saber las cosas de modo abstracto y seguir llevándose un chasco cuando se encuentra uno con la prueba viviente —prosiguió.

—Escúchame, cariño —dijo Nora con su voz clara y empática—. Ayer por la noche, cuando hicimos el equipaje y tú estabas de tan mal humor, nos pusimos de acuerdo en una cosa: en que aquí, en Berlín, intentarías ver las cosas del modo más despegado y objetivo posible, ¿te acuerdas?

—Dije que lo intentaría. —Eric extendió la mano y nos abrió la puerta—. No que fuese a conseguirlo.

—¿No hay nada que te resulte familiar, querido? —preguntaba Nora unos minutos más tarde, de pie en la esquina de la ajetreada y repleta avenida Kurfürstendamm, tras un pequeño paseo por el vaporoso sol del atardecer. En algún lugar las campanas daban las cuatro.

—Solo la iglesia —respondió tras mirar un momento en vano a su alrededor—. Y es... Bueno, está en ruinas.

La Kurfürstendamm, producto deslumbrante, lujoso y chillón del repentino boom económico de la Alemania Occidental, se había convertido no hacía mucho en una de

las avenidas más fotografiadas del mundo. En apenas unas manzanas se apiñaban conocidas tiendas que antaño se distribuían por el casco antiguo, en kilómetros a la redonda; también concentraba todos los restaurantes importantes, que, llenos de orgullo, cubrían con alegres toldos de rayas las cafeterías de las aceras, repletas a aquella hora de berlineses nativos y turistas veraniegos que se tomaban el café mientras observaban la fila de paseantes.

La calle entera estaba reluciente de pintura nueva, y los macizos de petunias color escarlata y blanco colocados en jardineras ante cada restaurante se reflejaban con destellos movedizos en las enormes lunas de las tiendas ultramodernas. Anuncios de colores brillantes pasaban a toda prisa, adheridos a los flamantes autobuses beis de dos pisos, cuyo volumen formaba un curioso contraste con los pequeños y rápidos Volkswagen y Opel que les obstaculizaban el paso en medio del tráfico. Daba la impresión de que cada manzana poseía un edificio imponente de cemento que lucía, en letras gigantes, el nombre BERLINER BANK; las farolas redondas, como las de París, estaban cubiertas con listas impresionantes de nuevas obras de teatro, conciertos y películas, tanto alemanas como extranjeras.

También resultaban muy parisinos los soberbios caniches, bien peinados y alimentados, que se bamboleaban atados a sus correas, acompañando a sus elegantísimas dueñas por la misma calle en la que, tan solo unos años atrás, al final de la guerra, los reporteros describían cómo los berlineses se desplomaban de repente a causa del hambre. El hambre era ya un recuerdo, si acaso, y la Kurfürstendamm se asemejaba a cualquier otra opulenta avenida principal de una ciudad grande y cosmopolita... salvo por un toque dramático.

Los ojos de uno pasaban de las tiendas de lujo que mostraban abrigos de marta, perfume francés, caviar y latas de conserva estadounidenses, todo a precios bien abultados, al desfile de impactantes carteles de neón y multitudes emergentes, lo seguían hasta el final, y allí, presidiendo aquella escena de bonanza y ostentación de nuevos ricos, se alzaba un fantasmal espectro del pasado, un reproche a la humanidad: la silueta destrozada, mutilada, bombardeada, de la famosa Kaiser-Wilhelm-Gedächtniskirche, la Iglesia Memorial.

—Era una iglesia muy fea, está claro —dijo Eric tras un lapso de silencio lleno de desdicha—, pero mi madre iba allí porque se encontraba con muchas amigas de la infancia.

Seguimos caminando; todo Berlín parecía haberse arremolinado allí aquella tarde, seguramente porque, con la ciudad dividida, había muy pocos sitios adonde uno pudiese ir a dar un paseo, ver algún escaparate y tomarse una taza de café decente. Dejamos atrás a parejas jóvenes empujando carros con bebés rechonchos y solemnes; a ancianos que avanzaban vacilantes, como si les costase adaptarse a tanta confusión; y allí, alardeando de su pasión por la osadía y la novedad, estaba la juventud de Berlín, cuya indumentaria se hallaba bajo la influencia de la *rive gauche* parisina, con

su curiosa semejanza entre chicos y chicas, todos con sus pantalones negros ajustados, sus jerséis anchos y las chaquetas sin forma.

—Me pregunto —señaló Eric al observar a un grupo que pasaba— si los adolescentes de hoy siguen diciendo *knorke* cuando les gusta algo, como hacíamos nosotros.

Era una nueva generación, que había crecido después de Hitler, hijos de la ocupación, con escasos recuerdos de la guerra en sí. Me pregunté cómo serían. Si Eric entablase conversación con ellos, ¿no encontraría puente alguno que salvase el intervalo de más de veinte años?

—No os podéis imaginar qué raro me resulta todo esto —dijo con un desconcierto total dibujado en el rostro—. Cuando yo vivía aquí la Kurfürstendamm era solo una calle más. Nosotros pasábamos la mayor parte del tiempo en Unter den Linden, donde se halla la Universidad Humboldt, en Friedrichstrasse o en tantos otros lugares que entonces eran el verdadero centro de la ciudad. Ahora todo eso está en Berlín Oriental. Imagínate, le dijo a Nora, un Londres desgajado del Palacio de Buckingham, de Piccadilly y de Trafalgar Square, que concentrase todo el comercio y la vida nocturna en la nueva calle «principal» de Knightsbridge, por ejemplo.

—O Nueva York sin Times Square y todo arremolinado en torno a West Central Park —añadió.

Nos detuvimos de nuevo en el cruce de otra calle ancha con el nombre-trabalenguas de Tauentzienstrasse, donde vimos cantidad de almacenes modernos, tiendas más pequeñas e incluso un Woolworth's; lo familiar del nombre trajo consigo casi un alivio en aquella escena desconcertante.

Eric había fijado la vista, no en la iglesia, sino en otro solar vacío justo tras ella, que formaba un islote rodeado de ramas de tráfico divergentes.

—Debía de estar aquí mismo —dijo en voz alta, como si hubiese llegado a una conclusión difícil—. La iglesia... Bueno, solo consigo orientarme gracias a ella.

Resultaba raro llamar a aquello una iglesia, pensé, al ver la estructura desde otro ángulo: carecía de techo, de altar y de bancos, se trataba solo de una fachada semejante a un lóbrego esqueleto, y tras ella un espacio despejado de escombros donde una vez se reunían los fieles. Sin embargo, no dejaba de ser un punto de referencia, una brújula que podía guiar a alguien perdido y confuso que regresa al hogar en medio de un desconocido mundo de andamios nuevos.

—Sí, por supuesto. ¡Aquí estaba! —exclamó de repente Eric en tono convencido, más feliz al verse en situación de afirmar algo con seguridad. Lo que «allí estaba» tenía nombre: era el Romanisches Café, famoso lugar de encuentro para los intelectuales de vanguardia en la época pre-Hitler. Eric se recordaba a sí mismo como estudiante, con diecisiete años, lleno de respeto por los célebres pintores, escritores y críticos que se reunían alrededor de las mesas para beber cerveza, coñac y café mientras discutían sobre la poesía de Brecht, el teatro de Reinhardt y Piscator, y, por supuesto, los libros de Freud y Jung. Eric frunció el ceño, esforzándose por recordar

algunos nombres más, como si, al recitarlos al modo de un canto, pudiese obligar a la isla de espacio vacío a ceder alguna sustancia olvidada, alguna sensación tangible de la vida que una vez latió en aquel pequeño recinto.

Sus padres, nos contó, se quedaron de piedra al ver cómo Eric se transformaba en bohemio, con los afectados cortes de pelo y las corbatas chillonas, y frecuentaba algunas compañías que ellos consideraban claramente «poco respetables». Solo se reconciliaron con la idea cuando uno o dos de aquellos genios incomprendidos alcanzaron la fama casi de la noche a la mañana, siguió diciéndonos en un dolorido lamento, identificándose de repente con una época estimulante y llena de decisión por la que podía por fin expresar su duelo.

Observé ociosamente que un tranvía se detenía junto al cruce; estaba formado por dos vagones unidos, uno para los fumadores, marcado RAUCHER, y el otro para los no fumadores. Eric también los vio, y la expresión de su rostro cambió por completo, de la pasiva remembranza de los acontecimientos perdidos a un estado de ánimo inesperado.

—Rápido —apremió, cogiéndonos del brazo y haciéndonos cruzar la calle a toda prisa, a través del tráfico, hasta llegar al vagón; después nos subió a bordo a empujones, justo un segundo antes de que cerrasen las puertas.

—Qué diablos... —exclamó Nora al cogerse de la anilla, intentando encontrar el equilibrio cuando el vagón se puso en marcha de un tirón. Eric se había detenido junto a la puerta para pagar los billetes. Nora, cogiendo el bolso, que casi se le había caído al suelo, preguntó—: ¿Adónde vamos?

No había visto qué ponía en la delantera del tranvía, pero yo sí; y comprendí qué le había ocurrido a Eric: se trataba de un impulso condicionado ante un nombre conocido. Solo un momento antes, Eric estaba ensimismado en su época de estudiante, absorto en el apasionado torbellino de Berlín, en su momento de mayor brillantez y creatividad. Pero en aquel instante se sumergía más aún en su pasado, para llegar al lugar donde había nacido.

—Schöneberg —susurré.

Los ojos marrones de Nora se estremecieron de horror.

—¿Y si no queda nada que ver? —me susurró ella a su vez.

Llevábamos diez minutos de trayecto, alejándonos del centro de la ciudad, y transitábamos por una calle con el imponente nombre de Martin Lutherstrasse cuando Eric dijo: «Nos bajamos en la siguiente esquina».

Si Eric se había sentido confuso en la Kurfürstendamm, con el espectro de una iglesia por toda guía, me pregunté cómo encontraría ahora el camino. Las ruinas son trágicas, pero al menos indican dónde existió una casa, dónde un techo protegió el nacimiento y la muerte de generaciones enteras; sin embargo, nuestra primera impresión de Schöneberg fue como de haber entrado en una aventura inmobiliaria aún por desarrollar en los barrios alejados de una ciudad nueva, donde las calles,

todas recién pavimentadas, separaban una manzana vacía, rellena con césped, de otra, con unos cuantos edificios desperdigados en medio.

No obstante, Eric, sin decir una palabra, comenzó a avanzar lleno de brío, sin que le fallase el sentido de la orientación en medio de aquel laberinto; había abandonado su ciudad natal más de veinte años atrás, cuando resplandecía de marchas con antorchas y de entusiasmo por un nuevo régimen destinado, según prometía su Führer, a gobernar durante mil años. El paisaje, lacerado y maltrecho, debía resultar irreconocible aun para alguien nacido allí, pero Eric llegaba hasta el final de una calle, se giraba automáticamente y atajaba por un solar, como si hubiese estado allí el día anterior. Conforme caminábamos, el silencio se iba cargando de expectación.

En ningún lugar de Berlín se distinguía más el contraste entre lo viejo y lo nuevo: era obvio que las casas construidas a toda prisa que brotaban en mitad del campo abierto habían sido levantadas casi de un día para otro con el fin de contrarrestar la tremenda carencia de alojamiento; todas eran absolutamente uniformes y monótonas, como cajas alargadas, con ventanas pequeñas y un balcón en miniatura clavado en cada apartamento, del tamaño justo para contener unas cuantas macetas. Quizá los arquitectos albergasen la esperanza de aliviar con pintura luminosa las sombrías tinieblas de los berlineses que habitasen su interior, pues uno pasaba junto a las combinaciones más asombrosas de verde guisante con balcones rosas, o junto a una estructura color azul turquesa que quedaba realzada por el contraste de las molduras en malva, algo parecido a los paquetes de chocolatinas que uno contempla en los escaparates. Aquellas casas podían estropear cualquier escena por sí mismas, pero, además, intercaladas entre los edificios viejos de piedra gris negruzca reparados a toda prisa (modelos del siglo XIX del estilo semi-Núremberg que una vez reinó en la zona) y las casas huecas, bombardeadas, que aún esperaban la demolición, el contraste se volvía insoportable.

De repente, Eric se detuvo en un cruce de dos calles que formaban una placita; las bombas habían arrasado por completo los tres bloques de casas que una vez dieron a la plaza. Estábamos de pie en el césped, mirando un único arbusto; al otro lado se veían al menos los cimientos de lo que debió de haber sido un bloque de edificios aún más grande.

—Aquí —dijo Eric dándole una patada al arbusto— es donde nació. Y al otro lado de la calle, en esa otra casa, vivió Einstein.

Eric atravesó con la mirada el vasto vacío que nos rodeaba para observar las traseras de un edificio nuevo donde había varios niños jugando cerca de unas papeleras; se trataba de una estructura bombardeada de cinco plantas, cuyo ángulo contra el cielo era tan absurdo que parecía suspendida en el aire, como si la hubiesen colocado allí los niños, de broma.

—Qué espaciosos eran los pisos de entonces —dijo Eric, golpeando la hierba con un palo—. Mi cuarto estaba allí, al final del pasillo.

Señaló una esquina del solar; un periódico que flotaba por el aire temblaba en la brisa.

—Käthe dormía allí, a mi lado. Luego estaba el dormitorio de mis padres, al otro extremo. Todo el espacio que va desde el arbusto hasta ese niño era el salón, con unas puertas que lo separaban del comedor. Cuando dábamos alguna fiesta grande se abrían las puertas, y muchas veces tuvimos hasta cien invitados.

Se volvió hacia nosotros con una pizca de angustia y nos dijo:

—Era un sitio grande de veras, ¿no? Pensé que quizá no lo recordase bien. Cuando eres pequeño te haces ideas erróneas sobre el tamaño de las cosas.

A continuación se alejó de nuevo, midiendo con pasos decididos más habitaciones, abriendo mentalmente puertas para pasar, girando en vestíbulos, mirando por un balcón; hasta se detuvo a mirar el cielo en busca de una inexistente araña veneciana de cristal. Pero ¿cómo se le había olvidado? La cocina, por supuesto. Y al lado, las dos habitaciones para el servicio; Else, la vieja ama de llaves, que rondaría los ochenta si es que seguía viva, ocupaba la más grande. Se inclinó con rapidez, recogió un guijarro y lo tiró al matorral. Pensé con lástima en los niños que por todo el mundo jugaban a las «casas»; trozos de piedra que marcaban las habitaciones, un techo que desplegaba suaves alas solo en los confines de la feliz imaginación.

—Nunca pensé que volvería a ver Haberlandstrasse —dijo Eric, luchando por mantener un tono de voz animado.

—Nördlingerstrasse —replicó Nora señalando un letrero.

Eric levantó la vista, con un silencio alarmado.

—Ay, cariño —exclamó Nora, con el alivio de alguien que se ha perdido y por casualidad da con una calle conocida—. A lo mejor esta no es tu casa, después de todo. Todo está tan cambiado. Todos los sitios bombardeados se parecen. Cualquiera podría equivocarse.

—Aquí —repitió Eric con voz inexpresiva y sorda— es donde yo nací y donde viví hasta la edad de diecisiete años. Aquel año, mi padre compró una casa en el barrio de Grunewald, pero yo siempre sentí que mi verdadera casa era Schöneberg. Conozco todas las calles, todas las casas, creo, del Barrio Bávaro. Podría ir con los ojos vendados ahora mismo a la escuela o a casa de mis parientes y amigos. No me digas que me he equivocado. No me importa lo que diga el letrero.

Pero, de repente, como si él mismo albergase una duda que en realidad nosotros no sentíamos, comenzó a repoblar la escena entera, evocando testigos mudos del pasado como si necesitase saber que no le estaba fallando la memoria, aun en aquel mundo en ruinas.

—Mira —dijo señalando triunfante una base de piedra redonda que se alzaba en mitad de la calle—. Eso era una estatua de San Jorge y el dragón. En aquella acera había una fila entera de casas que tenían las plantas bajas ocupadas por tiendas, y allí hacía la mayor parte de las compras Else.

Después, todo entusiasmo, recordó el nombre de uno de los tenderos, un tal Herr Krüger, un hombrecillo achaparrado de bigote rubio y puntiagudo; vendía un chucrut fantástico, fresco, que extraía del barril colocado a la derecha de la entrada. Para gran asombro de sus padres, Eric pasó una fase de su adolescencia en la que siempre daba la impresión de no tener hambre en las comidas. La verdad era, aunque ellos nunca lo supieron, que se llenaba subrepticamente de cucharadas de chucrut que le vendían a cinco *Pfennig* cada una, y de un horrible *Kuchen* a tres *Pfennig* de la *Bäckerei* de al lado, una galleta hecha de pan añejo y pasteles recalentados más pesada que el plomo, por supuesto. El mero pensamiento le daba escalofríos, pero a los quince poseía un estómago que resistía a todo insulto gastronómico.

Luego guardó silencio de nuevo, y miró con desesperación a los niños que pateaban una lata y al gato de rayas grises que se aproximaba con languidez a nosotros a través de los hierbajos. El vacío completo y terrible de aquella escena lo estrechó en su amargo abrazo.

—¿Por qué ibais a creerme? —exclamó—. Podría llevaros a cualquier lugar bombardeado y decir: «Esta fue mi casa una vez», pero ¿cómo podría probarlo? ¿Cómo puedo esperar que creáis que este fue una vez el centro de un bullicioso barrio residencial y que aquí vivían miles de familias en grandes casas, con unos balcones tan anchos que muchas veces cenábamos en ellos en verano? En estas calles jugaban tantos niños que mi padre se quejaba de que el ruido lo volvía loco, por no hablar de las bocinas de los coches y de que siempre había algún vecino dando una fiesta con música.

El gato se detuvo, con una pata levantada; un pájaro pasó volando por encima de nuestras cabezas, arrancándole un susurro al silencio.

—Por supuesto que te creemos, querido —dijo Nora.

Pero la duda había germinado, y Eric, buscando desesperadamente una prueba, una confirmación de que no había olvidado el pasado, cruzó al otro lado de la calle, por donde pasaba una anciana encorvada con un vestido negro informe y una cesta de la compra en el brazo. Cuando se acercó al letrero, Eric la detuvo y señaló hacia él. El cansado rostro de la mujer se transformó y comenzó a hablar, puntuando las palabras con gestos rápidos y dramáticos. Por fin se separaron; y, cuando Eric regresó con nosotros, su rostro exhibía el mismo agotamiento que el de la señora.

—Cambiaron el nombre hace años, pero, por supuesto, era Haberlandstrasse. Esa mujer lleva más de cuarenta años viviendo en una casa que, como por arte de magia, aún sigue en pie.

El gato había encontrado un lugar para descansar en medio de las hierbas; luego se estiró, silencioso, a la luz del sol.

—Frau Keptnar recuerda la noche en que voló toda la manzana —dijo Eric; lo recordaba porque su hija estaba dando a luz en el sótano. Para entonces, todo Berlín estaba en llamas. Sabían desde hacía semanas que habían perdido la guerra, aunque la

radio no dejaba de eructar órdenes histéricas para la victoria final. Por la noche, el cielo sobre Berlín era de un rojo brillante.

—Lo sabemos —dijo Nora—. ¿Te acuerdas de la noche en que quedamos atrapados en Lower Regent Street durante el bombardeo? Fue ese día...

—Solo que a los alemanes se les había prometido que no caería bomba alguna sobre Alemania —dijo Eric, con la mirada puesta en los cimientos de piedra desnuda del otro lado de la calle, que resplandecían como huesos despojados de toda carne. Continuó lentamente, con la misma lentitud con la que se alejaba la anciana—: dice que si vuelve a haber guerra, ella y su familia se matarán. Bueno, ahora ya saben.

En aquel momento se inclinó de repente para sacar de entre las hierbas un cuadrado de baldosín de un amarillo brillante.

—¡Mira! ¡Mira, Nora! —exclamó—. Es mi casa, ¿lo ves? Es un baldosín del zaguán. ¿Me crees ahora?

—¡Pero si ya te he dicho que te creía! —La voz aguda de Nora hizo añicos el silencio; después, con el pañuelo en los ojos, se echó a llorar; derramaba lágrimas por todas las casas en ruinas, por los muertos inocentes de todos los sitios; y nadie podía decir nada para consolarla.

DOS

Aquella tarde vagamos por Berlín bajo sombras alargadas, a pie, en trolebús y en autobús; avanzábamos unas cuantas manzanas y luego nos apeábamos rápidamente en busca de una dirección, de una señal o de alguna pista de aquel pasado que emergía a toda prisa, el pasado de un hombre que debía de sentir que lo que veía superaba la peor de sus pesadillas.

En un momento dado de nuestra trágica indagación llegamos a Potsdamer Platz, lugar de encuentro de las fuerzas de la ocupación y principal linde entre el Berlín Oriental y el Occidental. Daba la impresión de que los turistas podían cruzar a pie sin que les tosieran, pero vimos que a ambos lados había guardias que registraban los vehículos particulares en busca de artículos de contrabando. Allí acababa la línea de los tranvías del sector occidental; los pasajeros que se dirigían «al otro lado» se veían obligados a bajar, caminar una manzana y, después, coger un trolebús o autobús del sector oriental. Allí se veía en acción la tan cacareada ciudad dividida, una segmentación de vidas humanas en mundos diferentes, cada uno con su propio gobierno, moneda y sistema social. Resultaba inviable incluso a primera vista.

Caminamos por Leipzigerstrasse, adentrándonos en el corazón del sector oriental; a nuestro alrededor, con dramático silencio, yacía la destrucción que había causado la batalla de Berlín; habían pasado once años y, sin embargo, los armazones cadavéricos de los edificios antaño enormes, las estatuas tiradas en el suelo trillado, el frío y las sombras, todo daba la impresión de que la guerra había terminado solo unas horas antes. Un silencio de muerte resonaba en las calles.

¡Wilhelmstrasse! Vi el letrero y comprendí que llegábamos al núcleo mismo del terrorífico régimen de Hitler. Unos momentos después Eric se detuvo en una pequeña plaza, Thälmann Platz, ante un imponente edificio que parecía servir para uso gubernamental; dos guardias de Berlín Este hacían la ronda de la puerta en silencio.

Eric miraba a través de una alambrada un vasto y desolado campo infestado de hierbajos; en el medio se veía un pequeño montículo marcado por dos columnas derruidas.

—Leí que los rusos habían cerrado esto hacía tiempo porque los turistas se lo llevaban todo de recuerdo. —La voz de Eric sonó inesperadamente estentórea contra el silencio hueco.

¿El búnker subterráneo de Hitler? ¿Aquel montón insignificante de escombros? Nora me miró; luego nos acercamos hasta tocar el frío vallado que lo circundaba. Alambrada de espino; así se habían cercado los campos de concentración; y de

repente el escenario del mayor drama de Hitler, su improvisado matrimonio con Eva Braun justo antes del desenlace, su derrumbe final, su suicidio y la doble cremación, todo aquello era un recuerdo oculto bajo las dispersas hierbas de un campo silencioso y devastado.

—Por desgracia somos demasiado decentes —dije en voz alta; mi mente volvió al primer encuentro que tuve con los Devon y cómo había declarado que me alzaría allí triunfante, encantada, sintiendo cualquier cosa excepto aquel dolor triste y sordo.

—Sí. No podemos disfrutar de la destrucción, ni siquiera cuando afecta a nuestros enemigos —respondió Nora.

Miramos a nuestro alrededor; triunfo o aniquilación, había proclamado siempre Hitler; seguro que recibió suficiente cataclismo como para saciar sus deseos más masoquistas aquella noche de abril en que el Führer y sus seguidores borrachos se dieron cuenta de que había llegado el fin y de que nada podía salvar a Alemania de la más absoluta derrota. No tuvo más que subir al campo que una vez había sido el jardín de la Cancillería; allí, a su alrededor, se consumía entre llamas y bombardeos una de las ciudades más importantes del mundo. Los nazis subieron al poder gracias a las llamas en el Reichstag que ellos mismos habían instigado cuidadosamente; quizá fuese adecuado que el régimen entero viese su fin con un fuego.

Eric comenzó a caminar de nuevo; nosotras nos dimos la vuelta para seguirlo, dejando atrás ruinas que a la luz menguante y malva parecían tan eternas como las de Pompeya; entrábamos y salíamos de una estructura sin techo tras otra, subíamos y bajábamos calles en cuyos letreros recién pintados refulgían los nombres, único recordatorio de una existencia anterior. No nos dimos cuenta de ello el primer día, pero Eric, en aquella búsqueda, nos había conducido precisamente a la parte más devastada de todo Berlín, aquella en la que no se había reconstruido nada porque, al final de la guerra, no quedaba ni una estructura que mereciese tanto esfuerzo; toda la zona conformaba una tierra de nadie entre ambos sectores.

Eric había estado caminando por las calles con una expresión de asombro en el rostro aturdido; y de repente, cuando vio un letrero que rezaba Niederwallstrasse, se detuvo y no fue capaz de dar otro paso. Allí, a nuestro alrededor, surgían vastos espacios huecos que llevaban a horizontes infinitos en la distancia, donde las siluetas de lo que antes habían sido elevadas estructuras, torcidas como grotescos esqueletos, formaban un esbozo dentado contra el cielo. Era una escena de completa desolación y, no obstante, a juzgar por la altura de los pocos muros desnudos que aún había en pie, uno se daba cuenta de que aquello debía de haber sido un barrio concurrido de callejones estrechos y bloques de oficinas tan juntos que, en aquella época, alguien de pie allí no vería horizonte alguno, sino solo un parche de cielo por encima de la cabeza.

—Bueno, esto es... increíble. —Aquello era lo único que Eric pudo decir al principio, riéndose un poco, no por diversión sino de dolor—. Ahora mismo nos hallamos en el corazón de la antigua industria textil de Berlín, que una vez contó con

sólidas filas de fábricas, oficinas y almacenes. Mis primos los Ahrenfeld tenían un depósito enorme justo aquí... —Señaló de nuevo un campo vacío, que esta vez ni siquiera contaba con un matorral para marcar el lugar—. Lo usaban para las antigüedades que no les cabían en la tienda de Unter den Linden. Aquí fue...

Se detuvo; sobraban las palabras, o eso pareció querer decir el modo en que se encogió de hombros.

—Cariño... ¿No eras consciente de hasta qué punto habían bombardeado Berlín? —le preguntó Nora cuando retomamos la marcha.

Eric contemplaba a dos niños que corrían alegres por los descampados desiertos, dejando atrás el reproche de los muros, desafiando con su risa vibrante de juventud la luz decreciente de la tarde.

—No, la verdad es que no —respondió.

Pero por otro lado, prosiguió, uno no podía permitirse ponerse sentimental allí, y más si pensaba en Varsovia, a la que habían borrado del mapa deliberadamente (mucho más que a Berlín), o en Stalingrado, una ruina consumida, o en Rotterdam, la hermosa y majestuosa Rotterdam, que los aviones alemanes destruyeron solo para dar una lección a los holandeses.

Pero, afirmó Nora con firmeza, recordando las bombas que caían sobre Londres, siempre pagaban los inocentes, y allí murieron los bebés de Berlín; no como la mayoría de los líderes nazis, que habían conseguido escaparse a tiempo a sus escondrijos de Baviera y del extranjero, seguro.

Eric no respondió; conforme caminábamos su depresión se hizo más difícil de sobrellevar que las fachadas ciegas y destrozadas. De repente, el primer brote de vida humana, de actividad incansable, nos llegó al doblar una esquina y penetrar en una gran plaza con tribunas blancas en un lado, la Marx-Engels Platz, que se había convertido en el centro del Berlín Oriental. Algunos pequeños coches avanzaban briosos calle abajo, un grupo de jóvenes del Berlín Oriental (indistinguibles de los del Berlín Occidental) clavó la vista en nosotros con curiosidad cuando pasamos. El suelo de la plaza estaba revestido de un mosaico de azulejos; a un lado, el contorno demolido y quemado, pero aún imponente, de la catedral, con su recargada cúpula en forma de bulbo, desafiaba la austeridad proletaria de las tribunas desnudas y las plataformas blancas donde se realizaban los mítines masivos.

—El *Schloss*. —Eric parecía perplejo cuando ya creíamos que estaba inmunizado contra las conmociones—. Estaba aquí.

¿Qué *Schloss*? Nora y yo nos miramos como turistas desconcertadas; el Berliner Schloss, por supuesto, el Palacio del Káiser. Imagínate Londres sin Buckingham. Dios sabe que no era una preciosidad de lugar; en lo que a palacios se refiere, los italianos y los franceses hacían esas cosas mucho mejor que los alemanes, pero Berlín resultaba tan extraña sin él... Es verdad que había leído todo aquello, pero una cosa era leerlo y otra verlo por sí mismo. Ojalá que los rusos o los berlineses occidentales o quienquiera que fuese el responsable hubiese puesto algo un poco más estético en

su lugar, en vez de aquella *Platz* con su mosaico de colores; desde el punto de vista arquitectónico, era directamente un espanto, igual de terrible que aquellas casas de caramelo que ponían en el sector occidental.

—Berlín nunca fue una ciudad hermosa —dijo, repitiendo inconscientemente las palabras exactas que había pronunciado a su llegada—, pero va a ser un verdadero horror cuando ambos sectores acaben de reconstruirla, a no ser que por algún milagro consigan esbozar un plan común.

Tras la destrucción que habíamos contemplado en las calles anteriores, parecía sorprendente que nos encontrásemos de nuevo en una avenida ancha, llena de gente que seguía con la rutina de su vida; niños que comían helados en las escaleras de un teatro devastado, mujeres empujando carritos de bebé, grupos de hombres que hablaban en las esquinas. Cerca, en los ventanales de una oficina gubernamental, unos carteles brillantes anunciaban...

—Dios mío. Solo por esto vale la pena el viaje —dijo Eric, deteniéndose bruscamente para mirar por la ventana uno de aquellos carteles, en los que unas nubes atómicas de un rojo llameante se contraponían a una fila de trabajadores.

—¿Qué, querido? —preguntó Nora.

—Esto es Unter den Linden, el famoso, famosísimo...

—Lo sé, por supuesto. Pero ¿qué es lo que te hace tanta gracia?

—Estoy pensando en mi tío Friedrich, en cómo me gustaría verle la cara ahora mismo. —Eric se apartó a regañadientes de la ventana—. El nazi, el que no movió un dedo para ayudar a mi padre.

—¿Y eso te hace gracia? —le preguntó.

Regresó con nosotras, despertando de sus pensamientos.

—No; quizá podría considerarse justicia divina. El tío Friedrich era banquero. Y tanto los banqueros e industriales como toda la aristocracia rica y no tan rica estaban de acuerdo en que había que apoyar a Hitler porque iba a salvar el país del comunismo.

La *Brandenburger Tor*^[2] destacaba firme y clara en la distancia.

—¡Y mira lo que se han llevado! —exclamó, y otro póster, otra ventana, le llamaron la atención—. Eslóganes marxistas en la avenida más aristocrática de Berlín. Me parece desternillante.

—No, no creo que te lo parezca. Porque hay demasiada gente muerta —dijo Nora—. Y si crees que los que quedan vivos han aprendido la lección...

Un autobús turístico del Berlín Occidental paseaba por la avenida en nuestra dirección; en su interior, un megáfono escupía palabras deformadas por la distancia. De él asomaban cabezas curiosas, algunas cubiertas de pañuelos de flores, otras con sombreros de paja; todas observaban, contemplaban, comentaban, como hacen los turistas en todo el mundo. Los monumentos de Berlín eran, como las ruinas de Atenas, unas cuantas piedras que fotografiar para pegar después en álbumes inertes.

Y allí estábamos nosotros, paseando en silencio bajo los árboles que le otorgaban una cierta gracia a la avenida, una vaga remembranza de lo que debió de ser en días anteriores. Eric andaba inquieto, señalando una esquina donde había estado un café famoso, los restos bombardeados de alguna embajada... Berlín había sido un lugar alegre cuando sus padres eran jóvenes...

Se detuvo bruscamente; habíamos llegado a la otra esquina de Wilhelmstrasse; ante nosotros se alzaba la Brandenburger Tor, despojada de sus famosos caballos pero aún poseedora de cierta belleza con su silueta contrapuesta al crepúsculo lila; encuadrado en el arco se veía el Tiergarten replantado en el que, según nos dijo Eric, jugaba él de pequeño.

—Acabo de recordar el último día que estuve aquí —dijo, y sus palabras sonaron como si se las arrancaran de la garganta. Hitler conducía el descapotable Charlottenburger Chaussee abajo, atravesando aquella misma puerta seguido por sus tropas de asalto, los elegidos para conquistar el mundo. Qué prisa se había dado la gente en ir a ver cómo pasaba su Führer, en expresar a gritos su amor y su devoción—. Aquellos fanáticos eran capaces de molerte las costillas solo porque no vitoreabas lo bastante fuerte —recordó. Luego hizo una pausa—: solo me salvó una cosa.

—¿Qué? —preguntó Nora.

—Mi inglés. Si me cogía un grupo de nazis rabiosos por el brazo para intentar obligarme a gritar el *Heil*, fingía ser extranjero.

¡Extranjero! Así pues, hacía tiempo que el teatro de Eric había comenzado su sutil curso; no en Londres, tras la muerte de su madre, sino mucho antes, allí, en un Berlín que había dejado atrás todos los estándares de vida normales.

—Nunca olvidaré a una mujer que estaba a mi lado aquel día —prosiguió Eric, cuando empezamos a caminar hacia el sector occidental—. Debía de rondar los cuarenta, y tenía la cara pecosa húmeda por las lágrimas de alegría y adoración. No dejaba de murmurar una y otra vez en una especie de éxtasis: «Qué hermoso es nuestro Führer». Al escucharla, advertí desconcertado la peculiar cualidad del genio hitleriano.

Estábamos cruzando la Puerta; los guardias allí situados paraban coches e interrogaban a los muchachos que pasaban en bicicleta, pero a nosotros no nos molestaron.

—Hitler era un gran genio; aquel hombrecillo bajo, feo y analfabeto —dijo Eric, ahuyentando la extenuación— era capaz de convencer a las mujeres de que era hermoso y a los estrategas militares de que sabía más que ellos al planear batallas. Obligó a hombres de Estado extranjeros a obedecer sus deseos e hizo que sus seguidores aceptasen ciegamente cualquier sacrificio por la causa. —Su voz resonó con más fuerza—. Si Hitler estaba loco, también lo estaba el pueblo alemán. No salió de la nada por pura casualidad. Hitler se formó gracias a lo más oscuro y atormentado del espíritu germano.

Ante nosotros teníamos ahora la ancha avenida, que llevaba al corazón del Berlín Occidental, con la estatua de la Victoria al final. Vi que Eric le echaba una mirada al siniestro esqueleto macizo y quemado que una vez había sido el famoso Reichstag, escenario de los triunfos más espectaculares de Hitler. Qué fácil resultaría estando allí de pie, pensé, recordar solo la derrota de Hitler y no su increíble éxito; engañarse a sí mismo puerilmente y creer que toda una forma de pensar, el espíritu mismo de la dictadura, yacía tan muerta y enterrada bajo aquellos escombros que nunca podría alzar de nuevo la cabeza.

—Querréis saber mis impresiones sobre Berlín, ¿no? —preguntó Eric como si albergase la esperanza de que nos negásemos.

—Nos hacemos una idea —dijo Nora, intentando evitarle el mal trago.

Eric forzó la voz hasta encadenar un sonido inexpresivo y carente de pena, como el de un boletín radiofónico lejano.

—Imaginaos —dijo— que alguien os pide que vayáis a la morgue a identificar un cadáver. Está mutilado y destrozado, imposible de reconocer. Sin embargo, hay ciertas pistas: un anillo, fragmentos de un vestido, mechones de pelo apelmazado y manchado de sangre. Gracias a todo ello puedes decir en voz alta: «Es el cuerpo de mi madre». Pero incluso mientras pronuncias esas palabras, todo tu ser protesta. ¿Cómo puede ser esa masa pastosa y nauseabunda de carne mutilada la mujer que te dio a luz, la madre a la que querías? Quieres gritar: «¡No, no lo es!». Quieres salir corriendo, rechazar lo que tus ojos ven y lo que tu cerebro te cuenta que es real. Quieres...

—¡Taxi! ¡Taxi! —oí chillar a Nora, presa de una desesperada angustia. Un pequeño taxi cruzaba despacio la calle en nuestra dirección; sus ruedecillas sisearon contra el hormigón aún caliente.

Metimos a Eric en el coche, y se desplomó con la cara casi gris por el esfuerzo. Nora le dio al joven conductor de pelo rizado la dirección de nuestro hotel y este se adentró de inmediato a toda velocidad en la noche inminente.

Un momento más tarde, a través de una mezcla nebulosa de cansancio, nos dimos cuenta de que el muchacho había entablado con alegría una conversación de lo más extraña, en un inglés propio de una película de gánsteres hollywoodense. Willi, así se llamaba, quería enseñarnos los «puntos candentes» de la vida nocturna berlinesa aquella misma noche, todo por diez pavos y sin estafas. Cosas auténticas. Travestis, ¿saben a qué me refiero, no? ¿No esta misma noche? Entonces quizá mañana. Allí estaba su tarjeta y «si yo no estoy, pregunten por mi viejo». No, nunca había estado en los Estados Unidos. Había aprendido inglés allí en Berlín con sus amigos soldados. Le volvía loco todo lo estadounidense. Su sueño era ver un día Hollywood y echarle un ojo en carne y hueso a todas aquellas monadas. ¿De qué parte de Estados Unidos éramos nosotros? Le dije dónde había nacido yo, pero añadí que mis amigos eran ingleses. «Ah», dijo, perdiendo el interés; y después de aquello ya no hablamos más.

Cuando por fin alcanzamos la relativa tranquilidad de nuestras habitaciones de hotel era la hora de cenar, pero Nora y yo estuvimos de acuerdo en que no nos sentíamos capaces de enfrentarnos al ajetreo de un restaurante, así que pedimos que nos subiesen un poco de pollo frío, ensalada y una botella de Riesling. Mientras esperábamos a que llegase, me dejé caer en un sillón cerca de la ventana de su habitación, agradecida ante la súbita brisa que hacía ondear los visillos. Nora estaba ayudando a Eric a ponerse la bata y las zapatillas y oí su voz, llena de sensatez y comprensión, intentando amortiguar el golpe de aquella tarde horrible.

—Tengo una idea —decía—. Intentemos localizar a algún miembro de tu familia. Hoy ha sido atroz: nada más que edificios en ruinas. Necesitas hablar con seres queridos que se alegren de que hayas vuelto.

—No creo que haya ni un solo miembro de mi familia vivo en Berlín; ni siquiera mis primos.

—¿Y qué hay de Käthe?

—Ya te dije —respondió él con desgana— que la última vez que tuve noticias estaba en Suiza, camino de Francia. Se casó con un francés, llegó la guerra y seguro que está muerta.

—Qué tontería. ¿Por qué iba a estar muerta? No me sorprendería que se encontrase aquí ahora. Acuérdate de lo que pasaba en Inglaterra. —Eric se sentó en un sillón, y ella le ahuecó un almohadón para colocárselo tras la cabeza—. Las bombas espantaron a la gente, que huyó al campo; les pasaron un montón de cosas. Pero luego todos volvieron al lugar en el que vivían antes. Si hasta tengo unos amigos que no pudieron salvar su casa de Finchley Road, y se mudaron a otra en Swiss Cottage, apenas a cinco minutos. La gente es en todas partes la misma; no me digas que no.

Dicho aquello, se abalanzó sobre la guía telefónica de Berlín que había sobre la mesa.

—Busca a los Ahrenfeld —dijo Eric, como si no esperase nada pero quisiera apaciguarla—. A-h-r-e-n—...

Pasó rápidamente las páginas con los dedos.

—Ay, cariño... Ni uno... Ni rastro...

—No me esperaba que hubiese —respondió.

Se puso de nuevo a pasar las páginas.

—El apellido de Käthe era Dalburg, ¿no?

—De nacimiento. Pero se casó, y si está viva podría llamarse de cualquier manera ahora.

Nora deslizó el dedo por la lista, y levantó la vista con el ceño fruncido.

—Qué cosa. Hay un Dalburg en la lista, pero sin nombre propio; como una dirección comercial. Está en Berlín-Grunewald, en una calle llamada Hagenstrasse. —Se detuvo para preguntar con ansiedad—. ¿Qué pasa, cariño?

—A ver. —Eric le arrebató la guía de las manos. Leyó el solitario nombre una y otra vez, con el rostro poseído por la confusión y la perplejidad—. Es imposible. No me lo puedo creer.

—¿Qué es imposible?

—Esa es la dirección de mi casa, la que mi padre compró cuando nos fuimos de Schöneberg. Pero mi padre lleva veinte años muerto. Todas sus propiedades, o eso creía, se las confiscaron los nazis. En esa casa deben de vivir ahora unos completos extraños.

—Entonces cojamos el teléfono (hazlo tú, querido) y dile a la persona que conteste: «Soy un viejo amigo de la familia Dalburg, y me gustaría tener noticias de ellos». Ya sabes que después de tantos años en Londres aún recibimos llamadas así, de gente que busca a viejos amigos.

Nora conseguía que todo sonase simple.

—Esto es Berlín, no Londres. Mi padre murió en la cárcel. No puedo llamar así como así y decirle a un completo extraño... —Se detuvo, el mero pensamiento lo abrumaba.

—Pero, Eric —argüí—, la persona que vive en esa casa debe de tener algún derecho legal sobre el nombre de Dalburg; si no...

—¡Es Käthe! —exclamó Nora triunfante—. Volvió y tomó posesión de la propiedad. Nadie con más derecho. Podía probar que era la sobrina de Walter Dalburg, criada como una hija. Eric, el otro heredero, había desaparecido.

No, nos interrumpió Eric, todo aquello era una fantasía; Käthe era una mujer muy enérgica y, si hubiese vuelto, habría localizado a Eric a través de los canales del gobierno de Alemania Occidental. No era Käthe quien vivía en aquella casa, de eso estaba seguro.

—Entonces, ¿quién si no podría haber reclamado la casa? —preguntó Nora.

Su rostro envejeció de repente, como si toda la emoción de las últimas horas hubiese dado paso a una súbita depresión.

—Yo sé quién está allí —dijo con fría certidumbre—. La hermana de mi madre, la tía Rosie, con su marido nazi, Friedrich Seidler.

No había otra respuesta, dijo; debían de haber obtenido posesión legal de la propiedad de su padre antes de que la confiscaran, de la misma manera en que los nazis se enriquecían cuando sus parientes y amigos antinazis y judíos se veían obligados a marchar al exilio, o los conducían a la bancarrota o a la muerte. Su padre adoraba a la tía Rosie, todos lo hacían, creían que era la víctima de aquel marido imposible. Confiaban en ella, y ella los había traicionado. Pero su padre no podía prever tal posibilidad. Era la única persona a la que él le habría legado todo alegremente, feliz, creyendo que ella se lo guardaría a su vez para sus hijos. Cómo se iba a imaginar su padre que, mientras él estaba en prisión, aquellos buitres le dirían a Käthe: «No podemos hacer nada por Walter. Estamos indefensos».

—Ahora han sobrevivido. —Su voz delataba amargura—. Son como todos los demás exnazis que ves viajar por Europa: gordos, ricos, arrogantes, con sus fortunas robadas. ¡Son ellos los que viven en mi casa!

—Entonces ¿por qué están usando el apellido Dalburg? —dijo Nora en voz muy baja—. ¿Es lógico?

La miró, confuso.

—No... no lo sé —confesó. A continuación, a medida que el pleno impacto de la pregunta se le asentaba en el cerebro, se levantó inquieto de la silla—. En cualquier caso, no me pidáis que llame esta noche. Estoy dispuesto a ir mañana a la casa y enfrentarme a quien viva allí. Una vez juré que nunca volvería a ver ni a hablar a mi tía Rosie de nuevo después de lo que había hecho, pero si está allí, al menos le diré lo que pienso. ¡Nunca es demasiado tarde para enterrar a los muertos!

En la habitación en penumbra, el inesperado golpe en la puerta llegó con un impacto alarmante, y nos sobresaltó un segundo, como un trueno repentino. Respondió Nora; allí estaba el anciano y amable camarero, que nos traía la bandeja en un carrito.

—Nos sentará bien comer —dijo Nora, con la determinación de alguien que ha llegado tras un camino tortuoso a un claro y acepta, más allá de toda duda, el camino que queda por recorrer—. Ocurra lo que ocurra mañana, necesitaremos fuerzas.

TRES

A la mañana siguiente, me encontraba desayunando en el comedor del hotel cuando levanté la vista y allí estaban los Devon, inmaculadamente vestidos y a todas luces intentando plantarle cara al día como si fuese uno cualquiera de su existencia. Eric llevaba un periódico, *Die Welt*, bajo el brazo, y cuando se sentaron junto a mí comenzó inmediatamente a comentar los titulares. Siempre las mismas trifulcas y tonterías en todo el mundo, dijo, las mismas estupideces murmuradas una y otra vez, como si nuestros hombres de Estado fuesen niños empeñados en imponer su voluntad mediante ataques puramente verbales contra cualquiera que pensase de modo diferente a ellos. Pensemos en Berlín. Allí se estaba gestando otra crisis; pasó la página para seguir una noticia. ¿Cómo podía esperarse que el Este y el Oeste se uniesen si cada uno confiaba ciegamente en que su propio modo de vida era el único correcto, la única respuesta válida a los problemas de Alemania, y hasta la posibilidad de cualquier negociación serena y objetiva que implicase un sacrificio mutuo en aras de un bien común quedaba excluida?

Tras el café, Nora, aún esforzándose por aparentar despreocupación, mencionó por fin que tenía la impresión de que debíamos coger un taxi e ir a Grunewald. No querían darle demasiada importancia al tema. Al contrario, era solo cuestión de pasar por la casa y ver quién vivía allí. Ni siquiera era necesario que Eric se identificase, pensándolo bien, si quienes abrían la puerta eran extraños. Podía limitarse a preguntar por Käthe Dalburg. Podía haberla conocido en París, por qué no, como cualquier inglés que viajase. Nora dijo que quizá incluso fuese mejor que ella hiciese las preguntas. Después de todo, tenía un montón de amigos en Europa. La misma noche anterior le había hablado a Eric de dos refugiados alemanes encantadores a los que habían conocido sus padres en Beaulieu-sur-Mer a finales de la década de los treinta, y con los que habían mantenido correspondencia durante años después de que los Roth se hubiesen mudado a América del Sur.

Y así, con aquella actitud desenfadada y desenvuelta, como actores desempeñando un papel obligados por la necesidad, salimos a una mañana de sol pálido y cogimos un taxi en la esquina. Un momento después atravesábamos una parte de la ciudad que la guerra parecía haber dejado intacta, como un espejismo formado por los destellos de las villas reconstruidas y los jardines brillantes bajo el esplendor de agosto. Dondequiera que se alzaba una casa en ruinas, única en su desnudez, mero fantasma de vigas expuestas, el rico follaje del exterior ayudaba a protegerla de miradas impertinentes. Antes de darme cuenta de que nos acercábamos

a nuestro destino, Eric le hizo una seña al conductor para que se detuviese. Salimos a una plaza muy bonita llena de rosales.

—¿Por dónde? —le pregunté a Eric cuando miró alrededor.

—No tengo ni idea. —Parecía completamente desconcertado.

—¿No hay nada que te resulte familiar?

—No —respondió con sequedad.

Pero es imposible, quise protestar, las rosas son rosas, fuesen de un rosa claro o de color rubí, y estaba absolutamente segura de que aquellos matorrales, u otros parecidos, ya habían florecido en aquella plaza el día, o la noche, en que Eric se marchó de una casa vecina, y de Alemania. Era obvio que aquella parte de Berlín la había dispuesto la próspera burguesía alemana, aficionada a las anchas calles silenciosas, a multitud de árboles y a las villas cómodas para su vida familiar. Quizá uno o dos bloques de apartamentos muy nuevos que había al otro lado de la plaza no estuviesen allí cuando se marchó Eric, pero ¿qué es un edificio o dos comparado con el escenario en sí, la forma del barrio, el rostro eterno de la rosa que se aja y florece de nuevo?

El día anterior Eric nos había guiado a Nora y a mí calle tras calle en un Schöneberg reducido a ruinas sin que le vacilase ni un momento el pie ni experimentase un solo instante de duda. Y allí en Grunewald, al enfrentarse a la ausencia de cambios visibles y al shock de descubrir un pasado intacto, había enmudecido como si lo hubiesen traído del espacio exterior para soltarlo en aquel escenario.

Nora dio unos cuantos pasos y miró el letrero de la calle.

—Aquí está —dijo.

—¿De veras? —preguntó Eric sin ninguna alegría. Sentí que habría preferido que nos saltásemos la calle, que habría preferido tenernos toda la mañana vagando arriba y abajo en aquel enredo de rosales, hasta que por fin, vencidos por el cansancio, abandonásemos la búsqueda de una casa que, en realidad, no quería encontrar.

La noche anterior se había mostrado dispuesto a enterrar a los muertos a cualquier precio; pero el presentimiento del dolor inminente parecía haber cubierto con un velo protector sus pensamientos, entumeciéndolo ante lo que ocurría, de modo que, a medida que caminábamos calle adelante bajo las suaves ramas de los castaños, fue capaz de aminorar el paso para deambular como un turista indiferente y desinteresado, lejos de sus rutas habituales.

Una niñita con trenzas rubias perseguía a un perro policía entre hileras de peonías rígidas en un jardín vallado con estacas blancas. Eric la vio, se alejó y, después, se cogió del brazo de Nora.

—Ya te has dado cuenta, por supuesto, de que no me merezco a Nora —dijo con una sonrisa nerviosa.

—Eric, por favor, deja de decir idioteces —protestó ella.

—Pero si es verdad. —Continuó hablando conmigo—. Se ha perdido un montón de cosas buenas de la vida por mi culpa.

—Eric. —Nora sonó irritada—. No empecemos de nuevo. Porque ayer por la noche, cuando no podías dormir...

—Pero si es verdad. —Parecía agradecerle haber encontrado un tema que lo distrajera y desviase su atención de la procesión de casas y jardines enlazados.

—Si has hecho feliz a Nora, entonces te la mereces —dije.

—Pero hay cosas que no sabes. —Estaba decidido a hacerse pasar por malo.

—¿A que es ridículo? —exclamó Nora—. Pues esto es solo una muestra, ayer nos pasamos horas así, casi hasta el amanecer. Eric se puso a sacar cosas que pensé que estaban arregladas desde que nos casamos.

—Fue idea mía no tener hijos. —Alzó la voz ligeramente para dar énfasis—. Sentía que con el mundo tal y como está hoy, la terrible inseguridad... —Se detuvo, esperando algún reproche; luego lo encontró en sí mismo—. Supongo que eso quiere decir que yo mismo sigo siendo infantil; que no podía aceptar la responsabilidad que conlleva la paternidad, y por eso le echo la culpa al estado del mundo.

¿Habría desencadenado la calle familiar, me pregunté, y todo lo que llevaba asociado, un largo tren de culpa relacionado con los hijos que nunca había deseado, con el rechazo deliberado de la paternidad? ¿Se estaría preguntando: «¿Y si mi padre me hubiese rechazado de la misma manera?» en aquel mismo momento?

—Casarme con Eric es una de las cosas más maravillosas que me han ocurrido en la vida. —Nora se giró hacia mí con aire confidencial—. Yo soy la afortunada. Ojalá conocieses a mi hermana Cordelia, la que vive en Jamaica. Entonces me entenderías.

—¿Bella y llena de talento? —adiviné.

—Muchísimo. Cuando éramos pequeñas, yo era siempre la hermana inútil. Notas normalitas en la escuela, mientras que Cordelia sacaba matrículas. La presentaron en sociedad e hizo estragos; escogió al hombre más cualificado de su grupo y ahora tiene tres niños preciosos, toca el piano maravillosamente y todo el mundo la adora. Cuando me encuentro a los amigos de la familia, siempre me preguntan: «¿Cómo está nuestra querida Cordelia? Es que es tan, tan...».

—Pero Eric te quiere a ti —precisé.

—Sí —respondió, con la voz teñida de sentimiento—. Tampoco sé muy bien por qué. Es absurdo por su parte atormentarnos con cosas imposibles.

Justo en ese momento Eric se detuvo ante el portón de hierro de una gran casa adosada blanca, rodeada de árboles; su rostro delataba tensión al leer un pequeño anuncio: MÖBLIERTES ZIMMER ZU VERMIETEN, se alquilan habitaciones amuebladas. El mero pensamiento pareció perturbarle. Retrocedió y se giró para mirar las demás casas, como poniendo a prueba su memoria; luego, de repente, se acercó al cerrojo, lo abrió y lo seguimos por el camino empedrado hasta llegar a los anchos escalones flanqueados por macetas con arbustos verdes y, por fin, al umbral. Sin pausa,

automáticamente, como debía de haber hecho cientos de veces en el pasado, extendió el brazo y llamó al timbre.

Esperamos con mucha paciencia hasta que una sombra apareció tras el cristal esmerilado de la puerta blanca y una mano agarró el pomo por dentro; después se abrió la puerta.

Una mujer joven nos dio la bienvenida: era pelirroja, tenía unas cuantas pecas y llevaba unas gafas de rombos escoceses sobre el rostro amable e inteligente.

—Hola, ¿vienen por la habitación? —preguntó en inglés mirando en dirección a nosotros, turistas, evidentemente.

—Sí —respondió Nora con rapidez—. Espero que no sea demasiado temprano.

—En absoluto. Entren, por favor. Yo me voy al trabajo, pero alguien se ocupará de ustedes dentro de un minuto.

Entramos a un vestíbulo más bien oscuro del que colgaban unos bordados chinos; allí nos detuvimos mientras la chica se dirigía a la habitación contigua; pudimos oír unas voces suaves murmurando contra el silencio. Un segundo más tarde estuvo de vuelta, y entonces, con una sonrisa amable, salió por la puerta principal y nos dejó solos en el vestíbulo.

—Por aquí —dijo Eric, y nos llevó al salón.

—Eric —susurró Nora—. ¿Ha dicho algún nombre? ¿A quién esperamos?

—La señora de la casa, eso ha dicho. No es una gran pista, ¿verdad? —preguntó, y se detuvo a mirar la habitación que se abría ante nosotros.

Me pregunté, absolutamente asombrada, cómo haría la gente para proteger las antigüedades de la guerra y la destrucción; a juzgar por su expresión, Nora estaba pensando lo mismo. A nuestro alrededor había una colección digna de un museo: muebles labrados y tapizados, vitrinas que exhibían unas porcelanas magníficas, miniaturas enmarcadas en terciopelo, campanas de cristal con flores de coral, y manuscritos medievales ilustrados. En la esquina opuesta, cerca de la puerta que daba al jardín, se alzaba un gran piano cubierto por un pañuelo de seda chino de un rojo sangre, bordado con dragones dorados. Encima había una serie de retratos familiares en recargados marcos: mujeres de pecho firme con indumentaria impresionante; hombres regordetes de bigotes cuidadosamente encerados y varios bebés sostenidos en orgullosos brazos maternos. Nora y yo escrutamos las fotos con esperanza, pero ¿quién podría reconocer en aquellos niños rechonchos y confiados cualquier semejanza con el hombre escuálido y atormentado que ahora examinaba el mobiliario pieza a pieza?

—¡La alfombra! —exclamó Eric justo entonces.

Miramos hacia abajo; era una alfombra persa, desgastada pero muy bonita, cuyas rosas habían adquirido un tono lavanda suave que contrastaba con el gris de las perlas sumergidas.

—Recuerdo cuándo la compró mi padre. Aún vivíamos en Schöneberg. Tenía que tener mucho cuidado para no pisarla con las botas llenas de barro.

Durante un segundo la voz contuvo una nota de ánimo, como si se le hubiese devuelto la cordura tras una época en la que lo había puesto todo en cuestión; en aquel momento buscaba con ansia más objetos familiares: un pequeño escritorio estilo Sheraton, medio oculto por un biombo francés del siglo xvii; luego un jarrón grabado color turquesa casi escondido tras una bailarina de porcelana de Dresde.

—Pero si esta vitrina —dijo perplejo— es de la villa de los Ahrenfeld. Esas sillas rojas pertenecían a mi tía Hilde y... —Se detuvo para observar una pintura al óleo—, ¿Qué demonios están haciendo aquí todas estas cosas de mis tíos y mis primos?

Nora y yo nos giramos al oír que alguien entraba en la habitación.

—Lamento haberlos hecho esperar —murmuró una voz de mujer.

—Es culpa nuestra por haber venido tan temprano —respondió Nora, apresurándose en buscar palabras que los sacaran airosos de los primeros momentos difíciles.

Al parecer, la mujer no había oído la angustiada pregunta de Eric, pues se aproximó a nosotros con una serena sonrisa; tenía una figura baja pero erguida, de apariencia más bien francesa, con el pelo blanco, casi azul, bien peinado; una cintura minúscula y el porte confiado que uno ve tan a menudo en París. Incluso su acento sonaba francés, como si hubiese aprendido dos lenguas extranjeras simultáneamente y las fundiese al hablar.

—Es una habitación doble —dijo vacilante al ver que éramos tres: dos mujeres que la observaban con nerviosismo y un hombre alto que le daba la espalda; al parecer, el jardín ofrecía para él más interés que la casa.

—Es solo para mi esposo y para mí —comenzó Nora; después se detuvo, incapaz de continuar.

Entonces quizá la habitación fuese de su agrado, sugirió la mujer, porque estaba en la planta de arriba, daba al jardín y era muy tranquila. En aquel momento solo había tres huéspedes más en la casa: la joven de Toronto que nos había abierto la puerta, un doctor danés y su mujer, que asistían a la Universidad Libre de Berlín en el marco de un proyecto de investigación.

Daba muestras de unos modales exquisitos al hablar; su aire frágil pero determinado recordaba a alguna de las mujeres que aparecen en las páginas de Proust, que aceptan, con plena conciencia y serena resignación, el hecho de que su época histórica particular ya ha quedado atrás. Sin duda, había gozado de una belleza arrebatadora de joven; incluso entonces, rondando por lo menos los setenta, sus huesos seguían poseyendo una nitidez de silueta que transformaba la escasa carne que los cubría en un contorno límpido y refulgente. Su piel, en la que llamaban la atención la ausencia de arrugas y la blancura brillante, relucía aún más gracias al contraste de las cejas firmes, de un negro intenso, que coronaban una mirada de un penetrante marrón dorado.

—Vengan por aquí, por favor. —Se dirigió al vestíbulo y Nora dio un paso tras ella, deteniéndose después para volver la vista hacia Eric, como si pidiese ayuda en un momento de crisis.

—¡Nora, quédate aquí! —Todas las minúsculas esferas de cristal rosa de la araña parecieron vibrar ante la brusquedad de su orden.

Desconcertada, la mujer se volvió; su mano se aferró de modo instintivo al pequeño medallón que le colgaba del cuello. En aquel momento, Eric surgió de la sombra que lo protegía; un rayo de sol lo alumbró, desvelando un rostro tan lleno de odio como si un extraño hubiese tomado posesión de su cuerpo. Ninguno de ellos habló; se miraron en medio de un silencio amargo mientras la araña tintineaba.

—Has tardado mucho en volver, Erich —dijo por fin.

—¿Qué te hacía pensar que lo haría alguna vez, tía Rosie? —Su voz no era la suya.

—Nadie puede alejarse para siempre de su lugar de nacimiento —respondió.

Eric parecía incapaz de hablar. Ella dejó que las palabras se disolvieran en el aire, que se esfumasen, con expresión inalterable, y luego, volviéndose hacia Nora con una actitud más vivaz, le tendió la mano.

—Así que eres la esposa inglesa de Erich. Bienvenida a Berlín. Espero que esta ciudad no te resulte demasiado chocante tras la paz de Chelsea. ¿Cuándo llegasteis?

Ayer mismo, respondió Nora, y me presentó; había encontrado la noche anterior la dirección de la casa en la guía telefónica. Sentía el malentendido, lo de la habitación amueblada. Pero como Eric no tenía ni la menor idea de quién vivía allí...

La tía Rosie dijo que lo entendía perfectamente, y que era muy amable por su parte ir allí antes de ver a los «demás», observación que provocó un respingo de sorpresa en Eric. Pero luego, sin aclarar sus palabras, sugirió que tomaran un café, aunque si preferían té...

Nora y yo accedimos al café; la mujer dirigió una mirada de interrogación a Eric, pero él le dio de nuevo la espalda, alejándose de nosotras en dirección al piano protector y a sus fotografías. Era obvio que las reconocía todas.

—Siempre me ha encantado Chelsea —comentó la tía Rosie, volviendo de la cocina tras un segundo con paso rápido y brioso—. Me han dicho que bombardearon de forma horrible la iglesia antigua. Qué lástima.

—Ahora han empezado a reconstruirla —respondió Nora.

—Pero es un pobre consuelo, ¿no?

Y allí la conversación llegó a un punto muerto; se detuvieron como viajeros desorientados, sin saber qué les esperaba más adelante. Me pregunté por qué Nora no intentaba averiguar cómo sabía que vivían en Chelsea. Tía Rosie también daba la impresión de esperar la misma pregunta, pero al enfrentarse al silencio y a la espalda obstinada de Eric, se limitó a mencionar con despreocupación que había mucha gente que iba y venía de Londres a Berlín de nuevo, como en los viejos tiempos. Sin ir más lejos, el mes anterior la había visitado un amigo de Eric, Konrad Geisler.

Eric se giró, como espoleado por el nombre.

—¿Qué puede haberte contado Konrad de mí? Llevo años sin verlo.

—Es justamente lo que dijo él. Que no te ve nunca.

Eric vaciló, y luego se lanzó.

—No me digas que Konrad se alegraba de volver, o que deseaba quedarse.

—Nadie esperaba que se quedase. Vino solo a visitar a su familia.

—Pero supongo que todo el mundo lo criticó por no quedarse —dijo alzando la voz.

—Mira, Erich...

—Nadie de aquí puede entender cómo se siente uno al volver del exilio, aunque sea para unos cuantos días —Rodeó con ambas manos una fotografía—. Ya, ya lo sé —prosiguió—. No hace falta. Ya sé lo que me vas a decir. Que el pasado ha muerto. Que los nazis han desaparecido para siempre. Que ahora hay un boom. Que todo el mundo está contento... —Tragó saliva; luego habló de nuevo—. Pero no puedes engañar a alguien que recuerda el pasado, los *Heil* y los desfiles... —La tía Rosie se sentó en el sofá sin decir una palabra, con los brazos cruzados, sin que su rostro distante dejase traslucir respuesta alguna—. Y hablando de nazis... —Miró una fotografía—. ¿Dónde está el tío Friedrich? Ah, no me lo digas —repitió de nuevo—. También me acuerdo de que una vez juré que no volvería a hablarle tras la pelea que tuvimos en vuestra casa. Pero ayer, de pie en Unter den Linden, con tanta propaganda marxista a mi alrededor, recordé la noche en que nombraron canciller a Hitler y lo contento que estaba el tío Friedrich. «Nuestra única esperanza de una Alemania fuerte, unida», eso decía. Bueno, ¿qué dice ahora tu marido? Qué maravilla de Alemania unida nos trajeron él y sus amigos, ¿no?

Quedó a la espera de que se moviese un labio, o que hubiese un parpadeo.

—Tía Rosie, ¿no tienes nada que decir?

—De momento, estoy escuchando —respondió ella.

—Si por lo menos tú y el tío Friedrich hubieseis sido más listos —dijo intentando mantener bajo control la emoción que teñía su voz, cubriendo con ironía la herida que yacía por debajo—. Sí, porque había millones de nazis que adoraban también a su Führer, pero muchos de ellos se aseguraron, muy juiciosamente, alguna alternativa contra el impredecible futuro. Cuando sus amigos y parientes germano-judíos acabaron en prisión o en el exilio, tuvieron pequeños gestos, no porque les gustasen los judíos, sino para poder decir algún día: «Nunca fuimos nazis de verdad. Aquí hay un cuadro que pertenecía a un amigo judío y nosotros lo conservamos a pesar de todos los riesgos hasta que volviese. Qué pena que lo gasearan».

La foto se le cayó de las manos y dio en el piano con un golpe sordo.

—Si al menos el tío Friedrich y tú hubieseis movido un solo dedo para salvar a mi padre, entonces hoy, quizá...

Se le quebró la voz; ella levantó rápidamente la mano para mandarlo callar con un gesto.

—Di lo que quieras de mí, Erich. Yo estoy aquí sentada, puedo defenderme. Pero tu tío...

—¿Ha muerto? —El pensamiento lo dejó perplejo y lo despojó de toda fuerza.

—Se pegó un tiro.

—Como su Führer.

—Al contrario. Se suicidó en 1940, cuando el mundo entero pensaba que Hitler era invencible.

—Entonces no lo entiendo —murmuró con desgana.

—¿Cómo ibas a entenderlo? Llevas veintidós años viviendo en el exilio, ocultándote como un avestruz.

Apoyó la espalda contra el piano; y de repente, allí donde lo había mantenido la furia con su fuerza clara e impaciente, solo se veían la frustración y el desconcierto pintados en el rostro.

—Solo sé lo que me escribió Käthe —dijo, en tono más suave—. Que os suplicó que la ayudaseis y le cerrasteis la puerta en las narices. A día de hoy, sigo sin saber cómo murió mi padre.

—¿Te has esforzado mucho por intentar averiguarlo?

Eric permaneció en silencio; parecía que la campana de cristal que cercaba las flores de coral se había movido para cobijarlo a él también, de modo que veíamos los movimientos de Eric, hasta su respiración, pero de forma remota, como si lo separase de nosotros una mano invisible. Se quedó inmóvil un momento más, sufriendo el reproche de sus antepasados desde las paredes pintadas de marfil; luego, tras una rápida derrota, buscó refugio en la silla contigua a la de Nora.

La tía Rosie se levantó del sofá y se acercó al escritorio estilo Sheraton; allí abrió un compartimento y sacó un sobre largo y plano.

—Llevo muchos años esperando para darte esto —dijo, tendiéndole a Eric el sobre—. Sacamos clandestinamente de la cárcel, con gran riesgo, unas páginas que escribió tu padre. Pero cuando las leas verás hasta qué punto creció su espíritu en los últimos días. Y entonces quizá entiendas por qué rechazó nuestro ofrecimiento de ayudarlo a escapar. En aquella época sentía que se había equivocado en su decisión. Pero ahora la respeto y sé que no podría haber tomado ninguna otra. Muy poca gente goza del privilegio de elegir su muerte y transformarla en un acto de heroísmo espiritual.

Una joven camarera trajo la bandeja del café y la colocó sobre la mesa, delante del sofá. La tía Rosie comenzó a servir, y pronto solo nos rodearon las espirales de su fragancia y el tintineo de las cucharas contra las tazas.

Entonces, serena y deliberadamente, la mujer comenzó a hablar de otras cosas, distrayéndonos como una anfitriona con tacto al darse cuenta de que debe relajar la tensión. Mientras nos ofrecía galletas de pasas nos habló del verano frío y lluvioso que habían tenido aquel año (sin embargo, el día anterior había sido delicioso, para variar); y del renacimiento del teatro, tanto en el sector occidental como en el

oriental, pues había que ser completamente justo y reconocer que en Berlín Oriental se celebraban representaciones y conciertos maravillosos. Además, septiembre siempre traía miles de visitantes al Festival de Otoño, y a veces uno se llevaba la vivificante impresión de que Berlín era la de antes, una capital importante de nuevo, aunque cuando decía «la de antes» se refería a la época anterior a 1933, por supuesto.

Su atención, como un pájaro hipnotizado, volvió a rondar a Eric; le estaba dando tiempo para decidir si abriría el sobre o lo guardaría para leerlo más tarde, con tranquilidad. Pareció aliviada al verlo desaparecer en los bolsillos de Eric, como si hubiese aceptado el hecho de que el pasado no puede recobrase en una noche.

—Todo el mundo —afirmó con una sonrisa triste— lamenta el hecho de que Alemania esté dividida en oriental y occidental. Hay otra división más profunda que no ve ningún forastero. Me refiero al abismo que divide a los alemanes que se quedaron aquí mientras todo ocurría y los que se marcharon. La distancia entre ellos es tan grande que a veces dudo que pueda salvarse. ¿Qué dices tú, Erich?

—Reconozco —dijo en tono reticente— que debía de ser imposible para cualquiera que estuviese en el interior de Alemania ver el terror al completo, como lo veíamos nosotros desde fuera. Pero eso no es una excusa para la ceguera total, el abyecto servilismo...

—Nadie dice que lo sea. —Parecía sorprendida. A continuación, con el mismo tono sosegado, continuó—: Erich, dime una cosa. Ahora que llevas tanto tiempo viviendo fuera y, espero, puedes contemplar con objetividad tu país natal, ¿qué rasgo del carácter alemán es el que más molesta a los extranjeros?

—Su nauseabunda autocompasión —exclamó sin dudarlo—. Fue lo primero que chocó a los aliados cuando hicieron su entrada. Toda Alemania llorando por sus casas bombardeadas, las suyas, por su hambre, la suya. Ni una palabra de remordimiento por las cámaras de gas, por el hambre y el terror que azotaron los países ocupados cuando ellos, los alemanes, eran los vencedores. Siempre que te encuentras a un alemán en el extranjero, anda buscando simpatía. En el barco vino uno con nosotros, un tal Herr Grubach, un tipo de lo más repulsivo...

Los ojos con pintas doradas de la tía Rosie observaban el modo en que Eric desmenuzaba nerviosamente su galleta de pasas en el plato.

—Es cierto que los alemanes carecen de fibra moral y de resistencia —convino—. Hay que enfrentarse a la verdad. Yo siento, aunque quizá sea un prejuicio, que los berlineses poseen un carácter especial que les es particular. Recordad que los nazis siempre llamaron a esta ciudad Berlín la Roja porque era un bastión de la oposición. Los trabajadores de Alemania gozan de sólidas virtudes (después de todo, ¿quién es quien sufre más en las crisis?), pero nuestra clase media, nuestra *Kleinbürgertum*, como tú dices, se queja todo el rato. Estoy de acuerdo; es de lo más repugnante.

Habló con un tono tan suave que Eric pareció dejarse arrastrar por él para ahondar en la cuestión.

—No sé por qué —dijo, casi confidencialmente—, pero los alemanes, tan débiles y tan incapaces de gobernarse a sí mismos, recaen una y otra vez en la descabellada ilusión de que son una raza victoriosa destinada a liderar el mundo.

—Bastante descabellado. Aunque también otros pueblos han sufrido el mismo espejismo, no lo olvidemos.

—Pero no construyeron cámaras de gas para liquidar a las minorías...

—No, gracias a Dios.

—La eficacia alemana —dijo él.

Sus ojos seguían manteniendo una llama en lo más profundo que lo animaba a continuar.

—Pese a que hace muchos años que acabó la guerra, sigo avergonzándome de tener algo que ver con los alemanes. Ni siquiera la familia de mi mujer sabe dónde nació.

—Eso es... lamentable —coincidió ella.

—Si al menos... —La desesperación lo tenía destrozado—. Si al menos los alemanes hubiesen aceptado con dignidad la derrota... ¡No soporto a los llorones!

—Qué extraño. Porque desde que has entrado en esta habitación no has hecho más que lloriquear.

La contempló como si fuese un niño abofeteado.

—Cuanto más te oigo, Erich, más alemán sueñas —prosiguió aprovechando la ventaja ganada—. Debo confesar que es algo que me tiene absolutamente fascinada, porque sé lo que se esforzó tu madre por hacer de ti un perfecto caballero inglés.

Antes de que él pudiese verbalizar una objeción, ella clavó la mirada en el piano, con todos aquellos fantasmas enmudecidos rodeados de lazos dorados.

—Supongo que te habrás visto aquí con Collins, la institutriz; tenías dos años. Tu madre y yo fuimos personalmente a Londres para elegir a una joven con acento correcto, pues Agnes tenía la impresión de que una niñera del montón no valía para su hijo.

Eric extendió la mano para coger su foto; luego la dejó caer a toda prisa.

—Cuando te he visto por primera vez aquí en la habitación —continuó—, he pensado para mí: «Erich se ha convertido por fin en un completo inglés». Tienes los modales, hasta los gestos, de un inglés, además de un sastre excelente. Savile Row, por supuesto. Pero luego has abierto la boca y todo el espejismo se ha disipado. ¿Sabes por qué? —Eric no la miró. No quería saber ni eso ni ninguna otra cosa, al parecer; pero ella prosiguió; tras tantos años de espera, como ella había dicho, se mostraba implacable—. Lo que más odias de los alemanes es precisamente lo que te atormenta de ti mismo —le dijo—. Lo que consideras sus taras son las tuyas propias, aminoradas y modificadas, por supuesto, por los años en el extranjero y la excelente educación. Tu madre podía pagarte el acento, pero no había manera de comprarte unos cuantos rasgos británicos de esos tan admirables, como la estabilidad de carácter, el sentido del humor, del juego limpio y la capacidad de ver los dos lados en

un conflicto (estoy segura de que tu mujer posee todas esas cualidades de nacimiento, lo cual debe de ser una de las razones por las que te casaste con ella). Pero tú, mi pobre muchacho, debes reconocer que eres alemán y lo serás hasta el día en que te mueras. O haces las paces contigo mismo o aceptas la derrota, como tú dices, con dignidad.

Las rosas de la alfombra no podían detener su mirada por más tiempo, y al mirar a la mujer que se alzaba ante él, tuvo la decencia de avergonzarse.

—Quiero disculparme, tía Rosie. He sido muy injusto contigo. Era joven, soportaba una presión terrible...

—¿Ves a qué me refiero? —No permitió que el triunfo alterase la cadencia inexpresiva de su voz—. Tú eras joven, tú soportabas una presión terrible. Tu padre murió. Tú te exiliaste. Siempre eres tú quien sufre. Por ejemplo, ¿te has preguntado al menos una sola vez, desde que entraste en esta casa, «¿Qué extraordinario que haya sobrevivido alguien de mi familia! ¿Qué cosas horribles les habrán ocurrido a ellos?»?

Era evidente que no, y ahora se le echaba la culpa encima. Eric buscó alivio en la mano de Nora, a la que se aferró con firmeza.

—¿Quién, hace veintidós años —le preguntó su tía en voz queda y fría—, quién llegó a toda prisa a esta misma casa en plena noche con un pasaporte obtenido mediante sobornos a los altos cargos nazis amigos de su marido para que su querido sobrino pudiese escapar? ¿Quién había vendido en el mercado negro sus pendientes de topacio, herencia de los Von Ludowitz, para poder meterle un fajo de dólares americanos en la mano? ¿Quién lo había ayudado a hacer el equipaje cuando su madre, histérica, se vino abajo ante la mera idea de un peligro? ¿Quién le había dicho en la despedida: «Querido muchacho, no te preocupes, porque tu tía Rosie te quiere como a un hijo. Tú y Käthe sois todo lo que tiene en su vida, y nunca dejará que os ocurra nada mientras ella esté sobre la faz de la tierra»? ¿Quién?

Se enfrentó a él casi con lástima, como si viese en Eric, no a un enemigo contra el que había que luchar, sino al niño infeliz que había sido, el niño al que le decían que no manchase la alfombra persa con las botas llenas de barro.

Él, desde Londres, según le recordaba su tía, le había escrito cartas llenas de afecto y amor, vigiladas, por supuesto, para escapar a la censura, y firmadas con otro nombre. Pero cuando arrestaron a su padre, ella no podía contestar, por muchas razones, ni dar explicaciones de sus planes para salvar a Walter. Eric debería haber sido el primero en comprender la necesidad de mantener todo en secreto. Ni siquiera podían confiar en la pobre Käthe. Friedrich y ella tuvieron que fingir que no estaban moviendo un dedo mientras que, a escondidas, se estaba haciendo todo lo posible para ayudar a Walter a escapar con seguridad. Pero ¿se le pasó por la cabeza a Eric tal posibilidad? ¿Tuvo en cuenta el pasado y confió en su tía? En absoluto. Se apresuró en sacar conclusiones equivocadas, creyó lo peor y después desapareció de la

dirección que tenía su tía, con lo cual después le devolvieron carta tras carta hasta que...

Se detuvo para escrutar el rostro de su sobrino en el sofá, como si aún no pudiese aceptar aquella aparición inesperada.

—Pasé años creyéndote muerto y llorándote —dijo. Pero después, con la llegada de la paz, empezaron a circular poco a poco noticias de quienes se habían marchado. Todos los que estaban fuera y tenían familia en Berlín intentaban desesperadamente retomar el contacto con ellos, simplemente para ver quién seguía vivo. Entonces ella pensó que Eric escribiría, o que iría, o que localizaría a su familia a través de la Cruz Roja. Los días se le habían hecho eternos de tanto esperar. Había corrido a visitar a los hijos de amigos que habían regresado, gente que quizá hubiese visto a Eric en algún lugar, durante la guerra. Y luego, al final, le llegó la verdad, no de una, sino de muchas fuentes: «Rosie, Erich se ha vuelto inglés ahora; lleva otro nombre, y tiene una esposa inglesa. Quiere olvidarnos a todos». Y aquello fue lo que más pena le dio, el golpe definitivo tras tantos años de sufrimiento, que él le diese la espalda a la tía que siempre lo había querido, la tía que debería serle más cercana que nunca, ahora que sus padres habían muerto—. Todo el mundo afirmaba: «Erich nunca volverá. Olvídate de él», pero yo me decía: «Un día volverá, y cuando lo haga, tendrá que escucharme, si es que estoy viva para entonces» —concluyó la mujer.

Hasta entonces había sido un pozo controlado de dolor y sosiego, pero de repente se llevó un pañuelo con bordados de encaje a los ojos, llorando casi en silencio, invadida por la aflicción involuntaria de alguien que ya no puede resistir más pruebas.

—Por favor, tía Rosie. Ahora Eric ha vuelto y las cosas serán diferentes. Además, también me tendrá a mí —dijo Nora en tono de consuelo.

—Gracias, querida —dijo la mujer irguiéndose—. ¿No será increíble cuando le cuente a Käthe...?

—¿Käthe está... aquí? —preguntó Eric.

—Pues claro. ¿Dónde querías que estuviese? El nombre de la guía telefónica es el suyo. La pobre niña no quería usar el nombre de pila, porque decía que sonaba triste, quería que cualquiera que buscara a la familia pensara que había muchos de nosotros bajo este techo, no dos mujeres solas.

Eric se había puesto en pie de un salto, pero ella lo retuvo.

—No. No está en casa en este momento. Se fue a la librería que regenta en Kantstrasse poco antes de que llegásemos.

—¿Qué le ocurrió a su marido?

—Le dispararon los nazis en París. Estaba en la Resistencia. Después se le murió su hijita allí, durante la ocupación, mientras Käthe estaba escondida. No vas a reconocer a Käthe. Le han ocurrido demasiadas cosas. Pero tiene un valor tremendo y nunca se queja.

En su voz resonaba de nuevo un sutil reproche, pero luego la realidad de las tazas vacías, las horas que transcurrían y un montón de detalles más le quitaron el sitio al pasado. Se levantó y tocó la campanilla para que la camarera acudiese y se llevase la bandeja a la cocina; cuando la muchacha lo hizo, Rosie metió la mano en el bolsillo de la falda y sacó unas gafas grises con montura de plástico, un lapicero minúsculo y una libretita.

—Ahora —dijo mientras se ponía las gafas—, hablemos de cosas prácticas.

—Primero quiero preguntarte... —Se detuvo Eric, como si le resultase odioso plantear la pregunta—. Es que no pude encontrar siquiera en la guía el apellido Ahrenfeld.

Se quitó las gafas para limpiarlas en el pañuelo como si la luz le hiciese daño en los ojos y se le hubiese nublado de repente la visión.

—Justamente iba a decirte que debes ir esta misma tarde a ver Herr Rudneck, el abogado de tu padre.

—Dios santo. ¿Sigue vivo?

—Increíble, ¿a que sí? En la guerra, muchas veces son los jóvenes y fuertes quienes se van primero; los viejos y enfermos sobreviven. Rudneck tiene ahora más de setenta años, pero sigue trabajando día y noche. Ha resultado ser un magnífico apoyo para mí en mi soledad. —De nuevo resonó en su voz la débil nota de reproche, como un eco recurrente, pero la apartó con firmeza—. Rudneck te lo contará todo: hay cosas en las que yo no puedo entrar en este momento, son demasiado terribles. Cuando estés con él intenta recordar que si es horrible escuchar esas cosas ahora, fue mucho peor ser testigo real de ellas. No, no quedan más Ahrenfelds en Berlín. Cuando sepas por qué, entonces quizá...

Se encogió de hombros, dejando en suspenso el pensamiento.

—Rudneck te ha guardado algunos papeles muy importantes —le dijo la tía Rosie a Eric. Comenzó a describir un proceso legal muy complicado: Walter Dalburg, como había sospechado Eric, le vendió oficialmente la casa para evitar que se la confiscasen los nazis. Ella, a su vez, le había dado a Rudneck un documento por el cual le custodiaba la casa a Eric. Lo único que tenía que hacer era identificarse legalmente ante un juzgado, firmar unos cuantos papeles más, ya sabía cómo les gustaban los papeles a los alemanes, y la propiedad pasaría de nuevo a sus manos. Pero, protestó Eric, él no la quería—. En la vida no cuenta lo que uno quiere, sino lo que hay que hacer —respondió ella con severidad—. Le prometí a tu padre que te la guardaría y es lo que he hecho. Si no hubieses aparecido, Käthe lo habría heredado todo a mi muerte, pero estás aquí y las cosas deben seguir el proceso normal.

Porque la casa era solo el comienzo. Se sorprendió de que Eric tampoco supiese, o que no le importase, que tenía derecho a pedirle una indemnización al gobierno de Alemania Occidental por la interrupción de su educación universitaria. Luego surgió la cuestión de la editorial Dalburg, confiscada y destruida del modo más caprichoso. Se podían pedir compensaciones por ello. Y ya podía dar gracias Eric de que la casa

de Grunewald y las oficinas de la editorial, en Potsdamerstrasse, perteneciesen al sector occidental, porque si no no podría reclamar nada. No es que la tía Rosie fuese completamente pesimista al respecto. Le había dado a Rudneck todos los documentos referentes a ciertas propiedades en Prusia Oriental que les pertenecían a ella y a la madre de Eric tras la muerte de su padre, y se negaba a creer que se habían perdido por completo, como decían algunos. Ella pensaba que la reunificación llegaría un día, porque las circunstancias obligarían a todas las partes a ponerse de acuerdo; después de todo, una Alemania dividida carecía de sentido. Mientras tanto, contaban con varias propiedades dispersas por Alemania Occidental e inversiones en empresas que se habían reorganizado y eran de nuevo prósperas. Ella misma había luchado a brazo partido intentando guardar todo aquello para Eric y Käthe, y ya dependía de él, el hombre de la familia, ayudar un poco para que las dos mujeres disfrutasen de algo de descanso y alivio tras las privaciones de aquellos años de guerra.

—Tengo que decirte una cosa —la interrumpió con rapidez Eric—, Nora y yo tenemos billetes para volver a Londres dentro de una semana.

Pues con más razón, respondió ella con calma, no debía malgastar ni un momento de su tiempo. Le anotó la dirección de Rudneck en una hoja de papel. Aquello era lo primero. A continuación, lo más pronto posible, Eric debía acercarse a aquel barrio terrible, Wedding, para ver a Else, la vieja ama de llaves de su madre. Pues sí, estaba vivita y coleando, y con la cabeza en su sitio. Else se negaba a dejar aquella horrible habitación que le hacía las veces de casa porque había vivido allí con su marido cincuenta años antes. La tía Rosie le había suplicado una y otra vez que... En fin, estaba enferma y vivía en una extrema pobreza. Eric debería comprarle ropa de abrigo (un jersey le vendría muy bien) y algo de comida, café si era posible, porque era escandalosamente caro y Else nunca podía permitírselo. Una anciana maravillosa, añadió la tía Rosie, que se mantenía viva gracias a la esperanza de volver a ver a su «pequeño» Erich, como lo llamaba ella.

—Y por hoy basta. —Su voz sonó profundamente aliviada al darle todas las escrituras a Eric—. Ahora subiremos a ver el resto de la casa y para cuando terminemos ya estará listo el almuerzo.

Daba por sentado que nos quedaríamos a comer, ya que era la casa de Eric, y si él había sido tan tonto como para ir a un hotel, bueno, pues era cosa suya.

Se puso a explicarle a Nora cómo se las habían apañado para salvar la casa, no solo de los nazis, sino también después, durante la ocupación. Habían tenido muchísima suerte, en realidad. Tras la muerte de Walter, ella le alquiló la casa a un amigo suyo, un diplomático latinoamericano de lo más culto que, además, también era escritor. La casa y todos sus muebles habían pasado años protegidos por la inmunidad diplomática. Claro está que las bombas habían dañado el ala trasera y los dormitorios de arriba, pero el año pasado había conseguido por fin repararlos. Justo a tiempo, por lo que veía. La habitación de Eric estaba casi igual que cuando él la dejó.

Se detuvo cerca de la puerta, sorprendida al ver que Eric no las seguía.

—Creo que mientras estáis arriba voy a llamar a Käthe para darle una sorpresa — dijo Eric.

La tía Rosie pensó que era una idea fantástica; cogió la agenda de cuero con la lista personal de números que había junto al teléfono y le señaló el de Käthe. Un momento más tarde oí que Eric marcaba el número. La puerta abierta del jardín daba a una terraza empedrada, y al acercarme, me detuve junto a la barandilla que separaba los escalones de la multitud de arbustos de abajo. Aquel jardín de los alrededores, tranquilo, aturdido por el sol abundante del mediodía, aislado del ruido y del agobio de la ciudad cercana, dormía como si los horrores de la guerra, creados por el hombre, no hubiesen tocado nunca un brote verde ni la rama de ningún árbol.

Un paso resonó en la terraza; me giré y vi salir a Eric, con el rostro demudado. Se aferró a la barandilla y miró hacia abajo, en dirección a una húmeda jardinera con florecillas azules. Esperé a que hablase, pero parecía reacio a hacerlo.

—¿Ha reconocido Käthe tu voz? —le pregunté.

—De inmediato. Y luego la llamé por un apodo que ningún extraño podía saber.

Se inclinó hacia delante, como buscando el apoyo de una rama de rosal que se enroscaba en el antepecho.

—Es raro, pero anoche me asustaba encontrarme de nuevo con la tía Rosie. Sin embargo, pensaba que Käthe, si es que estaba viva... Bueno, como es de mi generación...

Eso justamente la volvería más despiadada, quise explicarle; la tía Rosie no podía repudiar o rechazar a Eric, porque la dominaba el amor maternal, el recuerdo de aquel hombre cuando era un niño. Pero la pobre, trágica Käthe tenía sus propias penas, un drama mucho peor que cualquier cosa que Eric hubiese conocido: un marido muerto a manos de los nazis, una hija muerta.

—Pensaba que...

¿Qué pensaba? Parecía no saberlo ya. En medio de la confusión y la desgracia fue a coger una rosa con la mano; la dejó desprovista de pétalos.

—¿Qué ha dicho Käthe que te ha dolido tanto, Eric?

—Quizá las cosas suenan peor en alemán. Pero ha sido la manera de decirlo: tan amarga, tan resentida.

—¿Decir qué, Eric?

Desvió la mirada.

—«Nunca pensé que tuvieses agallas para volver, Eric Devon. Siempre has sido un cobarde».

CUATRO

Aquella tarde, Nora y yo esperamos a Eric sentadas en una mesa de la terraza del hotel Kempinski. Eran las tres cuando nos marchamos por fin de la casa de la tía Rosie, tras un largo almuerzo salpicado de increíbles fragmentos de cotilleo sobre los altos cargos nazis que había conocido y su comportamiento psicopático. Desde allí, Eric había ido a ver al abogado, y Nora y yo aprovechamos ese tiempo muerto para visitar algunas tiendas; a Else, el ama de llaves, le compramos rápidamente no solo un jersey abrigado sino también algo de ropa interior de punto, unas cuantas latas de café en polvo, mantequilla de Dinamarca, sopas condensadas, queso y algunas provisiones más. A continuación llevamos todas las cosas al hotel, las dejamos allí, y para las cuatro y media estábamos tomando el té bajo un toldo de rayas brillantes.

—Me pregunto qué estará pasando en el despacho del abogado. —La voz de Nora dejaba traslucir el miedo. Casi como para asegurarse de que en algún lugar la vida seguía su curso habitual, paseó la mirada por el café, donde un grupo guiado de estadounidenses comentaban y comparaban Colonia, que habían visitado el día anterior, con Berlín, en la que pasarían la noche. Colonia, según decía una rubia regordeta de mediana edad, era «más bonita», con su catedral y todo, tan pintoresca—. Eric está sufriendo un shock detrás de otro —prosiguió Nora malhumorada, exprimiendo una gota de zumo de limón en el té—. Me pregunto si aguantará una semana entera así. Después de todo, si uno va a un psicoanalista para revivir el pasado, tiene un sofá cómodo y meses, incluso años, por delante. Pero que toda una vida enterrada surja así, de golpe...

Se giró, sorprendida porque Eric se acercaba a la mesa.

—Siento haberos hecho esperar —dijo mientras se sentaba.

—Ha sido muy agradable. Hemos ido de compras y hemos visto la ciudad —respondió Nora, intentando mantener un tono ligero y despreocupado—. Toma un poco de té. El bizcocho tiene una pinta fantástica, pero después de la maravillosa comida de la tía Rosie...

Eric le pidió al camarero una tacita de café negro sin azúcar.

—¿Y qué tal has encontrado a Herr Rudneck? —La voz de Nora delataba una cierta tensión, pero no mencionar el nombre habría sido peor. Quizá Eric pensaría que lo estaba evitando.

—Igual que siempre. Flaco como un fideo. Un poco más débil, pero lo habría reconocido en cualquier sitio, aunque hubiese aparecido por Regent Street.

Encendió un cigarrillo y dejó que la cerilla muriese contra la brisa antes de aplastarla en el cenicero. No nos podíamos imaginar qué habría dicho Rudneck. Eric aparentaba una calma anormal, como suele ocurrirle a la gente entumecida por el shock, que en un principio es incapaz de liberar el dolor o la aflicción. Nora comenzó a hablar de las mujeres que habíamos visto en las tiendas, de lo cara que era la comida en comparación con la de Inglaterra, del precioso cinturón que se había comprado, justo lo que le faltaba a su traje de punto, pero Eric no la escuchaba. En aquel momento, sentado en el café con la taza intacta ante él, parecía completamente solo, como si nadie, ni siquiera su mujer, pudiese ayudarlo.

—Vámonos —dijo por fin—. Mi prima Käthe nos está esperando en la librería. No está lejos. Podemos ir caminando. Pero, Nora, tengo que avisarte...

—¿De qué, querido?

Eric observó aquel rostro leal, paciente, ansioso. Entonces el suyo propio se dulcificó.

—De nada, en realidad. He vuelto a llamarla desde el despacho de Rudneck por un asunto de negocios. Está deseando conocerte. Creo que no esperaba que me casase.

—¿Y por qué no? —Nora estaba asombrada.

—No lo sé. Cree que soy tan difícil que resulto imposible y duda que haya alguna mujer capaz de aguantarme durante mucho tiempo.

—Käthe me recuerda a mi hermana Cordelia. Siempre sorprendida de que alguien me aguante a mí. —Nora intentó que su risa sonase convincente.

—Bueno, pase lo que pase, luego no me digas que no te había avisado —respondió Eric, haciéndole un gesto al camarero para que trajese la cuenta.

El nombre DIE BÜCHERSTUBE nos saludó con sus grandes letras doradas sobre la puerta de la pequeña librería, cerca de la estación de ferrocarril Zoo; el pequeño escaparate brillaba de coloridas impresiones y libros de arte ilustrados; en el interior, los posibles clientes podían leer a sus anchas sentados en sillas modernistas tapizadas de cuero verde; las luces resplandecientes de neón colocadas en el techo blanco resaltaban los títulos como si los bañase la claridad del mediodía.

Los tres fingíamos afanosamente mirar los libros, como visitantes corrientes, dándonos tiempo para observar a las dos mujeres que había en la tienda. Ninguna de ellas parecía Käthe, al menos no la prima que Eric nos había descrito por el camino; nunca había sido una belleza, destacaba él, pero tenía una personalidad radiante, una larga cabellera dorada wagneriana enrollada en espirales sobre la cabeza, una sonrisa chispeante y un ingenio incisivo; muchos de los amigos de Eric habían estado enamorados de ella en algún momento.

Por supuesto, el pelo dorado se oscurecía con el tiempo, pero, aun así, me resultaba imposible visualizar a aquella Käthe transformada, bien en la apocada mujercilla de gafas que le daba el cambio a un anciano tras comprar aquel una

revista, bien en la mujer de piernas firmes con un vestido de lana bastante informe que estaba reponiendo ejemplares en una de las estanterías traseras. La mayoría de los libros que había a nuestro alrededor eran traducciones: Huxley, Hemingway, Steinbeck, Gide, Sartre, un despliegue brillante. Me pregunté dónde estarían los escritores alemanes contemporáneos. ¿Y dónde estaba Käthe?

Miré a Eric y vi que sus ojos reflejaban el mismo conflicto; una de aquellas mujeres tenía que ser su prima, una mujer tan transformada por los traumas de la guerra y el sufrimiento que ahora era un ser completamente distinto a la muchacha de antaño; aquella Käthe lo estaba poniendo a prueba, esperando que Eric dijese la primera palabra, que hiciese algún gesto para retomar el contacto entre ellos tras aquella perturbadora conversación telefónica.

Eric observó a la mujer que estaba junto a la caja registradora, después a aquella otra que mostraba el perfil, con una larga nariz altiva, el cuello arqueado, el pelo de un marrón indefinido salpicado de gris, corto y recogido sin cuidado alguno detrás de las orejas. ¿Qué veía allí? Una expresión familiar, un gesto débil, casi imperceptible, que llegaba hasta el fondo de su mente subconsciente y agitaba recuerdos más profundos y verdaderos que cualquier palabra pronunciada.

—Käthe —dijo, acercándose y dándole un suave beso en la mejilla.

Ella se apartó, desconcertada.

—*Wie hast du mich erkannt?*

Por supuesto que la reconocía, respondió Eric con una sonrisa. ¿Ella no lo había reconocido de inmediato? Después de todo, veinte años no son un siglo. Después, pasándole el brazo por los hombros, la acercó para presentarla; nos dijo que Käthe se parecía cada vez más a los Dalburg, lo cual era una especie de cumplido, porque su padre había sido un hombre de inusual distinción.

A primera vista, todo en aquella mujer parecía curiosamente deslustrado; los labios delgados y pálidos, casi sin color, los pómulos altos, la larga nariz intuitiva, acentuada por la severa onda hacia atrás que describía su pelo corto; pero en contraste, los ojos hundidos de un vívido azul claro se enfrentaban al mundo desafiantes, resplandecientes, insatisfechos.

Al contrario que su tía Rosie, Käthe no iba arreglada ni era elegante; sin embargo, aun descuidadamente vestida con un suéter ancho de lana gris, con las uñas sin pintar y unos labios con un escaso toque de rosa pálido, provocó en nosotros una impresión de lo más extraordinaria y dramática, como si nos hallásemos de nuevo ante una de las macizas mansiones en ruinas del día anterior, de esas que, a pesar del fuego y los estragos, aún conservaban un rastro de magnificencia y soberbia.

—Podemos hablar aquí —dijo en un inglés casi tan perfecto como el de Eric, y nos condujo a una pequeña oficina en la parte trasera que resplandecía de acuarelas enmarcadas de París: el Sena en primavera, el Jardín de Notre Dame, el Puente Alexandre III.

Käthe se sentó tras el escritorio de metal gris y nosotros nos agrupamos a su alrededor en sillas rectas; la habitación era tan pequeña que nos contenía como una cajita de plata. Extendió la mano para ofrecernos cigarrillos de un estuche de madera con grabados.

—Son estadounidenses —dijo con una sonrisa curiosa, como si pensase que nos importaba—. Bueno, ¿qué habéis visto de Berlín? —Sus palabras levantaban una barrera de frialdad entre ella y Eric.

—Pues no mucho. Nuestro vuelo llegó ayer. Lo primero que hice, por supuesto, fue regresar a Haberlandstrasse.

Durante un segundo Käthe no hizo comentario alguno.

—Me parece que prefiero los espacios vacíos —acabó por decir—. No hay nada que perturbe los recuerdos de uno. —El humo formó un anillo sobre su cabeza—. Pero sigue mi consejo, no vayas a Hubertusallee a ver los restos de la villa de la abuela Lotte.

—No tengo intención de hacerlo. Si cuando de niños jugábamos en ese jardín hubiésemos sabido lo que nos depararía el futuro... —Se detuvo, sobrecogido por el horror.

—El jardín sigue allí... Infestado de malas hierbas. La casa no tiene techo pero aún pueden verse algunas habitaciones, ventanas rotas, parte de una escalera... Lo justo para que te venga todo a la cabeza.

Eric extendió el brazo en busca de un librito que había sobre el escritorio; lo cogió, como necesitado de la sensación de peso, de algo con sustancia en la mano.

—Leo era mi primo favorito —dijo—. Rudneck me ha contado que estaba a salvo en Zúrich cuando decidió regresar a Alemania y trabajar para la Resistencia. ¿Por qué lo hizo?

Aquellos inflexibles ojos azules desafiaban a los de Eric sin apartar la mirada.

—Vaya, Erich... Qué pregunta. El padre de Leo se suicidó en Grenoble cuando el gobierno de Vichy decidió devolver a los refugiados judíos alemanes a los nazis. Bueno, Leo al menos logró algo antes de que lo cogiesen y lo asesinasen en Belsen. Siempre dijo que si tenía que morir, quería que su muerte significase algo. Se negó a consumirse en el exilio, lamentándose de su destino, como tantos otros.

Él aceptó sus palabras con la misma calma con la que ella las había pronunciado, ignorando el desafío.

—¿Escribe Magda alguna vez? Debe de ser muy desgraciada en Israel. ¡Era tan terriblemente frágil! Nada que ver con la pionera que necesita un país nuevo. ¿No hay nada que podamos hacer?

—Necesita dinero, por supuesto. Rudneck lleva años trabajando en el caso de restitución de los Ahrenfeld. Solo quedan Magda y el hijo de Leo, David, que tiene veinte años. Los jóvenes no tienen ningún problema en adaptarse a un nuevo país. David se siente completamente israelita.

Eric dejó el libro.

—Hablando de restituciones... Bueno, he firmado unos papeles de la casa y otras cosas, a favor tuyo y de la tía Rosie, pero le he dicho a Rudneck que yo, personalmente, no deseo ningún tipo de restitución. No quiero tener trato alguno con el gobierno alemán.

—Me alegro muchísimo de que seas tan rico —dijo ella con una ironía llena de frialdad— como para poder tirar por la borda oportunidades así.

—No tengo un penique —protestó él—. Pero es una cuestión de principios.

—Entonces disentimos en cuanto a los principios. Pero claro, en mi caso, mi pequeña restitución era una cuestión de necesidad. También es verdad que yo no volví al Berlín floreciente que ves ahora. Es que Berlín hoy en día es encantador. Da tanto gusto venir de visita y ver todas las alegres luces de nuevo y los restaurantes llenos y los escombros recogidos. —Pero cuando ella regresó, diez años atrás, la ciudad era un vertedero que apestaba a ruina, enfermedad y hambruna.

Eric se puso en pie nervioso; se colocó junto al escritorio, mirando a Käthe desde arriba; tras él se encontraba la puerta cerrada, a su alrededor paredes grises; se sentó de nuevo y encendió otro cigarrillo.

—¿Cómo localizaste a la tía Rosie? —preguntó.

—Vino a buscarme —respondió Käthe; cuando Käthe llegó a Berlín desde Francia, medio muerta, la única persona en la que podía pensar para acogerla era la vieja Else. Pero por supuesto no se atrevía a esperar que Else siguiese aún viva y en aquel barrio miserable de Wedding—. Llamé en plena noche a su puerta, y cuando la propia Else abrió y dijo: «¡Ay, mi pobre niña! ¡Has vuelto!», bueno... Simplemente caí desmayada.

—Pero ¿por qué te marchaste de Francia?

Se le tensó la boca.

—Yo... Prefiero no pensar en ello.

—Lo siento —dijo Eric a toda prisa—. Supongo que Else fue corriendo a darle las noticias a la tía Rosie.

—Sí. Y a la mañana siguiente, cuando recobré el sentido, estaba tumbada en una cama pequeña (Else había dormido en el suelo) y, como en un sueño, allí estaba la tía Rosie, con mantas y un viejo coche roto que alguien le había prestado para llevarme a casa.

Si Eric hubiese visto entonces la casa de Grunewald, con todos los muebles buenos escondidos y las habitaciones desnudas funcionando como hospital, llenas de huérfanos de guerra enfermos. De algún modo la tía Rosie se las había apañado para conseguir comida y medicamentos de las tropas de ocupación para los niños.

—Ambos fuimos terriblemente injustos con ella... —comenzó él, pero no pudo continuar.

—Éramos jóvenes e ignorantes. Hace mucho que nos ha perdonado. —La melancolía del momento se abatió sobre ellos, y ambos parecían ausentes; todas las

preguntas sin respuesta, todas las frases que aún no habían formulado se agolpaban en sus pensamientos.

—¿Cuál fue la causa de que el tío Friedrich se disparase? —Eric hablaba casi a gritos, dominado por la perplejidad—. Toda su familia era nazi por convicción. Acuérdate de aquellas dos sobrinas rubias que tenían la habitación empapelada con fotos del Führer. ¿Cómo pudo casarse la tía Rosie con un hombre así?

Parecía furioso, como si hubiese algo personal en tal afrenta, como si el deber de la tía Rosie hubiese sido al menos consultarlos antes de dar un paso así.

La tía Rosie había querido a Friedrich, le dijo Käthe; por muy difícil que resultase de creer, había sido el amor de su vida.

Por supuesto, de pequeños, Käthe y Eric consideraban a Friedrich un nuevo rico frío y poco atractivo, con sus trajes siempre perfectos, aquellos ojos helados tras las gafas, sus polainas y el bastón que llevaba; pero la tía Rosie, cuando lo recordaba, evocaba la imagen de un hombre diferente: de alguien tímido, atormentado, un alma poética metida a la fuerza en el negocio de los bancos porque su familia había adquirido reputación internacional generación tras generación y, como hijo único, se esperaba de él que fuese el sucesor. Es más, la tía Rosie nunca se tomó en serio sus ideas nazis. Ante todo era banquero. Y creía —como todos sus amigos— que Hitler estaría tan ocupado eliminando comunistas que les permitiría manejar la vida financiera de Alemania, como antes.

—Por supuesto, llegó el día —dijo— en que los nazis no solo tomaron las riendas de su querido banco, sino que lo enredaron en una trama de fraude tal que le dejaron dos alternativas al tío Friedrich: o los encubría y arruinaba el respetable apellido Seidler, o se volaba la tapa de los sesos. Quizá un día la tía Rosie te cuente toda la historia, y lo que le pasó a ella después. Pero no le preguntes nada.

De hecho, había cosas que era mejor dejar a la clemencia del pasado, concluyó con una expresión que dejaba entrever infinita tristeza.

Eric carraspeó.

—Käthe... Lo de tu marido y la niña... Solo quiero que sepas que lo siento muchísimo. Sé que es una estupidez decirlo, pero al menos déjame...

Sus ojos se humedecieron un segundo, pero mantuvo la calma en la voz.

—Michel, la niña... Por muy horrible que fuese todo, podía aceptarlo como uno acepta el destino, como algo inevitable, como algo que nadie podía impedir. Pero lo que me destrozó fue que después...

Un leve temblor le recorrió el cuerpo; levantó la cabeza, obligándose a sonreír para ahuyentar el pasado.

—Tengo una sorpresa para ti. Franz tiene alquilado el estudio de arriba. Nos invita a cenar a todos. Espero que no te importe, Erich.

—¿Importarme? Por supuesto que no.

Käthe se puso en pie y no advirtió la total estupefacción que reflejó el rostro de Eric. ¿Quién era el tal Franz?, parecía a punto de preguntar. ¿Amigo, amante, vecino?

Käthe abrió la puerta trasera de la oficina, que llevaba a un oscuro vestíbulo; subimos despacio una estrecha escalera iluminada por una luz azulona que llegaba de varias bombillas dispuestas en las paredes de los rellanos. Se trataba obviamente de un edificio viejo reparado precipitadamente; había partes del techo que parecían nuevas, el resto estaba lleno de grietas; y acababan de arreglar la barandilla. Subimos hasta que llegamos a la planta de arriba: allí Käthe se detuvo un momento y llamó a una puerta pintada de un alegre amarillo.

—Probablemente Franz haya salido un momento a comprar algo —dijo, ya que no respondió nadie. Después, girando el pomo, entró y la seguimos a un estudio muy ancho con escasos muebles y un resplandeciente tragaluz blanco sobre nuestras cabezas. Al fulgor de las intensas lámparas colocadas en puntos estratégicos del techo, vimos que las paredes estaban cubiertas de pinturas extraordinarias que saltaban a la vista por lo dinámico y furioso de las figuras. Nos acercamos, mirando un lienzo y después otro; cruda, brutal, distorsionada por el dolor, toda la locura del mundo de la guerra y la demencia humana parecía encerrada allí.

—¡Dios mío! Tu amigo tiene un talento tremendo. ¿Quién es? —preguntó Eric deteniéndose ante un cuadro que mostraba el esbozo de una solitaria figura humana contra los barrotes de una prisión.

Advertí que Käthe miraba a Eric con el más absoluto asombro; de algún modo había dado un paso en falso peor que el de la mañana, con la tía Rosie. Pero inconsciente de que pasaba algo, perdido en el entusiasmo de descubrir un auténtico talento, dejó atrás la larga mesa vestida con un mantel verde oscuro y platos blancos para pararse ante el retrato de un niño hambriento de mejillas hundidas.

—Mira, Nora —llamó—, ¿no es magnífico? —Añadió que aquel niño causaría sensación en Londres y que Nora debería hablar con aquella amiga suya que llevaba la West End Gallery; quizá pudiesen sacar alguna foto o llevarse algo para enseñarlo—. Le gustaría exponer en Londres, ¿no? —preguntó Eric a Käthe—. Si no lo descubrimos nosotros, lo hará otro, y pronto.

—Yo pensaba que lo habías descubierto tú, hace veinticinco años —dijo; su voz era como un látigo que restalló alrededor de Eric—. Cómo ibas a recordar algo tan trivial, claro...

—¿Quieres decir que conocía a Franz? —Estaba allí plantado, vacilante.

—Sí, pero no te disculpes. En cuanto te marchaste de casa me llamó la tía Rosie para advertirme que esto podía ocurrir. Me comentó que tienes lagunas de memoria en relación con historias de las que deberías acordarte, y un recuerdo completo de los hechos más insignificantes. Bien, solo espero que no sea demasiado doloroso empezar a recordarlo todo.

Se acercó a la larga ventana y descorrió las cortinas de rayas verdes; las primeras luces eléctricas, que llegaban de un letrero del otro lado de la calle, agujerearon las sombras del crepúsculo. La contempló con creciente angustia.

—Käthe, ¿por qué has cambiado tanto? Siempre nos hemos querido mucho y nos hemos entendido muy bien. En el momento en que más te necesitaba saliste huyendo, te casaste y desapareciste.

El silencio que se retorció sobre el estudio los dominaba a los dos; Käthe tragó saliva, como si no pudiese creer que aquella escena estuviera teniendo lugar.

—Erich, ¿te has vuelto loco? —Se acercó a él y lo miró—. ¿Que yo desaparecí? Tú eres el que hizo justamente eso. Me devolvieron todas las cartas que escribí a Londres. Al final, en París, oí de boca de otros refugiados que Erich Dalburg había desaparecido de la faz de la tierra. Hacía una eternidad que nadie lo veía ni sabía nada de él. ¿Sabes lo que pensamos, como idiotas?

Eric sacudió la cabeza.

—Que habías vuelto a Alemania, a la clandestinidad. Cuando nos dijeron que Leo ya no estaba en Zúrich, creímos que estabais juntos. Así que intentamos no mencionar nunca vuestros nombres, para protegeros. Luego, cuando salió a la luz que habían cogido a Leo, pensamos que estabas en la cárcel, o muerto, o algo así. Más tarde, con la paz, nos llegó la verdad. —Irguió los hombros—. Qué tonto, Erich. ¿Pensaste que podrías esconderte para siempre en Londres?

—No intentaba esconderme, en realidad. Solo que...

—Londres. ¡Será posible! Lleno de refugiados, lleno de alemanes, de franceses; en fin, de todo.

—Te digo que no intentaba...

¿Esconderte? Por supuesto que sí, y para ello debería haberse ido al Ártico, quizá, aunque se había localizado incluso a prisioneros de guerra enviados a Siberia por los rusos. ¿Cómo había sido tan idiota como para pensar que podría perderse en Londres y convertirse en otra persona? Fueron muchos los amigos que lo reconocieron y le contaron a Käthe cómo Erich les había dado la espalda, incluso fingiendo a veces que no hablaba alemán si alguien se dirigía a él en aquella lengua. A ella la había apenado escuchar una historia de cobardía, sobre todo después de todo lo que había pensado de su heroísmo en la clandestinidad.

Eric no se movió; sus labios se tensaron e intentó que las palabras salieran claras.

—Tú no sabes lo que me pasó a mí tras la muerte de mi madre. No lo digo en mi defensa, compréndelo...

—Sí que lo comprendo. Mucho más de lo que crees. Cuando oí que la tía Agnes había muerto pensé para mí: «¿Cómo va a conseguir Erich seguir viviendo sin su madre?» —Adoptó un tono tan suave que costaba creer hasta qué punto la había poseído la furia solo un segundo antes—. Pero eso no significa que perdone tu manera de actuar.

—¿Te refieres... a marcharme de Alemania? Pero si tuve que irme. Mi vida corría peligro.

—Estoy hablando del modo en que te fuiste. Sin pensar en nadie más que en ti.

—¿Y tú qué sabes? —protestó—. Tú estabas en Hamburgo, de vacaciones con Magda Ahrenfeld.

—Lo supe cuando volví. Pero no hizo falta que me lo contase nadie. La tía Rosie y la tía Agnes te sacaron en volandas. «Pobre Erich. Hay que salvarlo». Tú eras lo único que importaba. No existía nadie más en aquel momento.

Eric se humedeció los labios.

—¿Qué es lo que he hecho? Dímelo y acabemos con esto. ¿Por qué me has llamado cobarde por teléfono?

—Porque... —vociferó llena de impaciencia—. Qué difícil es hablar contigo. ¿Qué recuerdas? Por ejemplo, la noche en que te fuiste...

—Mi padre me llevó en coche justo antes del amanecer al almacén de los Ahrenfeld, cerca de Spittelmarkt. El vigilante era un viejo antinazi, una persona de confianza. Me escondió dentro de un cargamento de alfombras que iban a Lübeck en camión. Desde Lübeck crucé en ferri a Copenhague.

Pareció alegrarse de repente de que aquel recuerdo impecable hubiese regresado justo cuando más lo necesitaba.

—Y cuando te fuiste, en pleno pánico, ¿no se te olvidaría una cosa muy importante? —preguntó Käthe.

—¿Qué?

—A las siete de la mañana tenías que encontrarte con un amigo en un cafetín de Neukölln para que te diese una lista secreta de gente conocida a la que los nazis habían encarcelado. Y tú, con tu hermoso rostro ario y tu inglés perfecto, tenías que ir al hotel Adlon y entregarle la lista a un periodista estadounidense ante las propias narices de la Gestapo.

—No sé... No sé de qué me estás hablando —respondió Eric, clavando en ella la mirada como si sospechase una trampa.

—Te fuiste sin avisar a ese muchacho de que no fuese al café aquella mañana. Así que fue; la Gestapo lo pilló con la lista en el bolsillo de la camisa y lo mandaron a un campo de concentración. ¡Es un milagro que saliese vivo!

Eric se dejó caer en un pequeño taburete de tres patas, con el rostro dominado por un absoluto estupor, y el peso de todo lo que acababa de oír aplastándolo rotundamente, derrotándolo.

—Créeme —susurró—, de verdad, no lo recuerdo.

—No me sorprende —respondió ella—. Es muy doloroso saber que otros han sufrido a causa de la irresponsabilidad de tus actos.

Su pequeña célula clandestina la formaban cuatro camaradas que trabajaban completamente solos, porque no confiaban en grupos ni partidos de ninguna clase.

—Tú y yo. ¿Quién más? —preguntó a continuación Käthe.

—Konrad Geisler —murmuró él con rapidez.

Bueno, era muy amable por su parte no haber olvidado aquello. Sí, Konrad, el muchacho que después se marchó a Londres con la esperanza de encontrar allí a un

viejo amigo, alguien a quien le unían fuertes lazos, y en su lugar...

—Pero ¿quién era el otro? —Los ojos de Eric escrutaron la intensa expresión de Käthe en busca de una pista.

Él era diferente de los demás, dijo Käthe, era el único proletario del grupo. Gracias a él habían visto una parte de la vida de Berlín que nunca antes habían conocido: los parados, los barrios marginales, las bases de la oposición laborista.

—Creo... que... —murmuró Eric débilmente, como si se agitase un recuerdo, pero tan lejano, que tenía que coger cada palabra y colocarla encima de otra como un niño construyendo una casa con bloques—. Si oyese su nombre, recordaría el resto.

—¿De verdad? —respondió Käthe con hastío.

Eric se puso en pie de un salto, derribando el taburete; las pinturas cobraron vida de nuevo: todos aquellos hombres hambrientos tras los barrotes, los niños de ojos famélicos, la alambrada de espino y el cadalso del verdugo; el clamor de millares de protestas parecieron llenar el espacio asfixiante con sus angustiosos gritos.

—¡Dios mío! —vociferó Eric, como queriendo correr pero atrapado por los barrotes—. Fue a Franz a quien dejé en el café. Franz Wehn.

Nos giramos a toda prisa; los escalones de madera exteriores resonaron bajo un paso rápido, pesado; después se abrió la puerta de golpe y entró en la habitación un hombre robusto de mediana edad y rostro sonrosado con dos botellas en los brazos.

Eric lo miró frente a frente sin decir nada.

CINCO

No sé cómo pensábamos que sería el pintor: huesudo, quizá, y de un aspecto tan atormentado como en sus retratos; pero el Franz que atravesó con paso firme la habitación, con una gabardina beis abierta ondeando a su alrededor, poseía el cuerpo poderoso y compacto de un obrero, una cabeza calva enmarcada por un borde de pelo grisáceo parecido a pelaje, y una voz que retumbó como un gong al exclamar:

—¡Erich! No has cambiado ni un ápice.

Soltó las botellas sobre la mesa y luego se volvió para abrazar a su viejo amigo, por el que, obviamente, albergaba el más cálido afecto.

—*Ach!* Estoy muy contento de verte —dijo dándole a Eric unas enérgicas palmadas en la espalda.

Eric no necesitó hablar; Käthe hizo apresuradamente las presentaciones y Franz comenzó a disculparse de inmediato ante Nora por su «mal inglés». Nora respondió que hablaba muy bien. De hecho, dijo que le asombraba la cantidad de personas que hablaban inglés en Alemania.

—*Natürlich!* —A Franz le hizo mucha gracia dicho asombro—. Es lo primero que aprende la gente en un país ocupado; conviene hablar el idioma de las fuerzas de ocupación. Así uno puede regatear, trabajar y comer. Es lo mismo en todas partes.

Su energía llenaba el aire como una ráfaga de viento del desierto, arrastrando la frialdad; arrojó la gabardina sobre el respaldo de una silla y se plantó ante nosotros con unos pantalones más bien holgados color verde oscuro y una camisa de cuadros abierta en el cuello, remangado como si de un momento a otro fuese a coger un pincel del caballete y ponerse de nuevo a pintar. No reparó en el silencio de Eric; el torrente de palabras colmó el intervalo de años, saltando del Romanisches Café, donde le había enseñado los primeros dibujos a Eric, hasta la época presente y la colección de cuadros que los rodeaba. Estaba encantado de que nos gustasen. De veras, sinceramente. Era muy amable por parte de Nora ofrecerle la galería londinense de su amiga, pues lo cierto era que él solía gustar mucho más en el extranjero que en Alemania, donde después de todo no podía esperarse que la gente comprase cuadros que les recordaban cosas que intentaban olvidar.

—Erich... Si vieras las villas de los nuevos ricos y qué tipo de «arte» compran —dijo Franz, sacudiendo la cabeza horrorizado—. Braque de imitación para los interiores modernos, que combina con los sofás de tres patas, ¿sabes? Y luego retratos tontos, comerciales; de eso siempre ha habido demanda. Pero mis cosas...

Se llevó las manos a la cabeza para darse golpecitos a ambos lados de la frente; loco, eso es lo que pensaban de él los alemanes, que estaba loco por pintar aquellas cosas. ¿Quién quiere a un hombre ahorcado en el salón?

—Por suerte, nunca tuve la esperanza de vivir del arte —aclaró, por si Eric pensaba otra cosa. Durante la época de Hitler escondía los cuadros en el ático de su madre. Ahora podía colgarlos en la pared. Aquella era la única diferencia—. Erich, adivina dónde estoy trabajando —retó.

Eric dijo con cierta sequedad que no tenía ni idea.

Franz se rio, pero con tales carcajadas que también nosotros nos reímos, sin saber por qué. Había que reírse, dijo él, o si no volarse la tapa de los sesos, porque la vida era una idiotez, así era, y si te permitías deprimirte buscando sentido y justicia y cosas así, te volvías loco.

—He vuelto a Schneider, al trabajo que tenía hace veinticinco años, cuando nos conocimos. Un buen técnico no pasa hambre en ningún régimen —afirmó Franz acercándose a la mesa; descorchó una botella de licor rojizo y comenzó a servirnos en pequeños vasos.

No hacía falta que le recordase a Eric que Schneider había sido uno de los más firmes apoyos de Hitler y que la fábrica producía suministros eléctricos indispensables para el Tercer Reich. Estuvo en marcha durante toda la guerra, hasta el final, con mano de obra esclava reclutada en los países ocupados. Luego llegaron los aliados y el Plan Marshall, y la reconstruyeron tras los bombardeos; y en aquel momento la producción era mayor que nunca en la historia.

—Yo sé quién perdió la guerra —aseguró Franz, colocando de nuevo el corcho en la botella con un sonido hueco—, y te aseguro que no fueron los industriales alemanes.

Levantamos los vasos, brindamos por la reunión de viejos amigos; el licor sabía ligeramente a cerezas y poseía un regusto amargo que permanecía en el paladar.

De repente, Franz dejó de hablar; miró a Eric, como extrañado, observó los hombros ligeramente encorvados, la expresión casi de derrota dibujada en su rostro y, tras acercarse, colocó su mano ancha y firme en la espalda de Eric, dándole una palmada de ánimo.

—¿Cómo te sientes en Berlín? —preguntó.

—Triste —respondió Eric.

Franz dijo que no le sorprendía.

—Cuando Käthe te dijo que había vuelto, ¿qué pensaste? —inquirió Eric.

—¿Pensar? Nada. Yo siempre había dicho que acabarías por aparecer, antes o después. Al fin y al cabo, no hace tanto que ha finalizado la guerra.

—Once años.

—Bueno, unos vuelven antes, otros después. Depende de muchas cosas.

Eric tensó los dedos alrededor del vasito.

—Franz —preguntó muy despacio—, ¿por qué no me odias?

—¿Odiarte? —Franz había comenzado a alejarse pero se detuvo; su cara redonda de nariz chata y ojillos negros reflejaba asombro. Qué broma pesada era aquella, parecía preguntar.

—Käthe me lo ha contado —dijo Eric.

—¿Contarte qué?

—Lo del campo de concentración —respondió Käthe precipitadamente.

—Ay, las mujeres. Siempre sacando a relucir el pasado —le reprochó Franz.

—Fue culpa mía lo que te ocurrió, Franz. ¡Yo tengo la culpa! —clamó Eric.

—Así que has cambiado, Erich. Bueno, como todos nosotros, supongo.

—¿En qué sentido?

—Cuando éramos jóvenes siempre se te ocurrían las ideas más atrevidas, corrías unos riesgos...

—Käthe dice que era un cobarde.

—Las familias siempre se pelean. Mi hermana también dice cosas de mí. Pero yo me acuerdo...

—Tenía miedo; ¿para qué negarlo?

—Eras humano, después de todo; pero no permitiste que el miedo...

—¿Ejerciese control sobre mí? Sí. Mira la noche en que la tía Rosie vino a casa para avisarme de que iban a arrestarme al día siguiente. Debería haber ido a tu casa de inmediato a contártelo. Sin embargo... —De repente, Eric no podía continuar.

—Y entonces la Gestapo me habría cogido en la fábrica en lugar de en el café. Llevaban días siguiéndome. Era uno de los obreros con antecedentes. La policía ya me tenía marcado como «sospechoso». No mostraba el debido entusiasmo por el régimen. Siempre me atragantaba en los *Heil*.

—Si al menos te hubiese avisado no habrían encontrado la lista.

—Pero se habrían inventado otra cosa. Antes o después...

—Deja de intentar consolarme, Franz.

—Vale, pues deja de llorar por el pasado.

—Käthe tiene razón. Soy un cobarde y hui —continuó Eric; no se dirigía a Franz sino, al parecer, al lienzo que reposaba en el caballete aún fresco.

—¡Basta ya! —exclamó Franz, enfadado—. ¡No somos mujerzuelas histéricas! ¿Qué ganamos con esa culpa enfermiza? —De repente su rostro se ensombreció; los surcos de la parte baja de las mejillas arrastraron hacia abajo unos músculos colgantes y pareció cansado, viejo, incapaz de mantener el entusiasmo que mostraba un momento antes—. Si ahora me sentara a pensar sobre todos los errores del pasado, sobre lo que otra gente sufrió por mí... —Se giró hacia Käthe—. ¿Le has contado a Erich lo de Lise?

—No. No me ha dado tiempo —respondió, vacilante.

—Todos tenemos culpas secretas y dolores personales —dijo Franz, y luego, sonriendo una vez más, pero sin ninguna alegría, añadió—: Comamos. He traído ensalada de arenque, solo para ti, Erich. Espero que te siga gustando.

En mitad de la cena, después de que Franz contase algunas anécdotas divertidas del pasado (qué raro haber encontrado alguna) apartó de repente el plato y se giró hacia Nora, que estaba sentada junto a él, para preguntarle:

—Dime. ¿Qué está escribiendo Erich ahora?

—¿Escribiendo? —repitió, como si no hubiese entendido bien.

—No me digas que lo ha dejado. Con el talento que tenía... Los primeros relatos... y aquel libro, aquel magnífico libro. Por eso tuvo que marcharse Erich. Pero ya lo sabes, por supuesto —dijo mientras le ofrecía rodajas de pan de centeno de una bandeja.

Al brillar sobre el lustroso pelo de Nora, la lámpara que había junto a la mesa le prestaba el aura mate y remota de una madonna medieval. Le dio las gracias a Franz por el pan.

—Tampoco era para tanto el libro —dijo Eric apresuradamente, como si se sintiese culpable por no haberlo mencionado antes.

—Al contrario, era un libro brillante. La tía Rosie ha guardado un ejemplar, por si quieres ver lo que hiciste cuando eras joven —señaló Käthe, cuya furia se había disipado; la había agotado, abandonado, cuando Franz cerró el capítulo del pasado. En aquel momento, mientras untaba de mantequilla el pan de centeno, parecía aún más alejada de la escena que Nora.

—Con aquel título fantástico —destacó Franz, mientras su sonrisa recobraba algo del calor espontáneo que lo había rodeado al entrar en el estudio—. *Hans Pichels Lehrjahre*. ¿Cómo lo traducirías, «año de educación»?

—«Aprendizaje», posiblemente —respondió Nora.

—Qué pena que no puedas leer en alemán. —Franz estaba decidido a defender a Eric contra su autocrítica. Al principio del libro había un joven inocente y honrado, con un nombre muy tonto, que se esforzaba mucho en vivir de acuerdo con la pureza de los ideales nazis, explicó Franz. Por supuesto, el pobre Hans siempre salía perdiendo ante ineptos e idiotas incapaces de comprender la gran visión y el mensaje de su Führer. El libro había gozado de un tremendo éxito durante varias semanas. Estuvo en el escaparate de todas las librerías. Los profesores nazis lo recomendaban como un libro modelo para los jóvenes. Pero después, cuando todos los antinazis se partieron de risa, hasta el más imbécil de los nazis se dio cuenta de que los habían engañado; de que el libro, lejos de constituir un halago, era en realidad una sátira devastadora escrita bajo el seudónimo de Hugo Krafft. Intentaron descubrir la identidad de Krafft de todas las formas posibles.

—Solo nosotros tres lo sabíamos —murmuró Käthe.

Sí, dijo Eric, ni siquiera la tía Rosie estaba segura cuando aquella noche entró en casa diciendo que le acababan de contar confidencialmente que Goebbels sospechaba que Eric era el autor y había ordenado su arresto. Pensaba que Goebbels se

equivocaba, pero que de todos modos Eric debía marcharse porque la gente más inocente acababa por confesar cuando caía en manos de la Gestapo y la torturaban.

—A mí no pudieron sacarme nada —dijo Franz, sin presumir, con la calma de quien afirma un hecho. Pero tenía que agradecerse a la familia de su madre. Que estaba formada por campesinos bávaros de cabeza dura, y Franz, cuando quería, podía ser más tonto que un *Dummkopf*, incapaz de entender nada. Lo habían interrogado durante días tras arrestarlo, en los calabozos de Prinz-Albrecht-Strasse, donde la Gestapo se llevaba a los prisioneros difíciles. ¿Qué le hicieron? Se encogió de hombros ante la pregunta de Eric. Bueno, lo molieron a palos, lo mataron de hambre, pero él nunca cambió su testimonio. Dijo que la lista se la había dado un hombre que le había ofrecido un marco por entregársela a otro hombre con impermeable gris que iba a entrar en el restaurante. Los hombres de la Gestapo lo habían seguido y habían visto con sus propios ojos que nadie se acercó a la mesa ni intentó hablar con él. No, no le habían preguntado sobre Krafft. Pero sí que querían saber cosas de Erich Dalburg, porque se les había visto juntos con frecuencia. Franz lo explicó con facilidad. Él era obrero, pero pintaba en sus ratos libres, y el padre de Eric había comprado algunos de sus bocetos de niños. Eso era todo. Así que lo sentenciaron a dos años en el campo de concentración de Sachsenhausen para refrescarle la memoria...

—¡Dos años! —exclamó Eric.

Solo había cumplido seis meses. Lo cual venía a demostrar lo absurda que era la vida bajo el régimen nazi, dijo Franz, rellenándole a Eric el vaso de vino. Un día, el encargado de la producción de Schneider se dio cuenta de que el rendimiento estaba decayendo porque habían metido en la cárcel a demasiados trabajadores cualificados. Fabricaban instrumentos de precisión, esenciales para el glorioso Reich. Así que liberaron a unos cuantos hombres y los devolvieron a sus trabajos, a pesar de etiquetarlos como «poco fiables políticamente».

—En fin —concluyó Franz—, que hiciste bien en escapar. Nunca habrías soportado las palizas. Tú no eres duro como yo.

Eric cogió el vaso y le dio un trago al vino.

—Tu padre sabía lo de Krafft —dijo Käthe—. Cuando te fuiste me confesó que lo supo desde el principio: que le robamos papel, que imprimimos el libro por la noche en la prensa de la habitación trasera, incluso qué trabajadores nos habían ayudado, todo.

—¿Qué has escrito desde entonces? —preguntó Franz apresuradamente.

—Nada —respondió Eric, soltando el vaso.

—Pero... —A Franz le tembló la voz—. Pero si tus relatos eran buenísimos. Y la novela en la que estabas trabajando cuando te marchaste...

—No podía escribir en el exilio. —Los ojos de Eric rebosaban dolor.

—¿Y qué hay de Mann, o de Feuchtwanger, o de Brecht, o tantos otros?

—Todos eran ya famosos. Pero yo llegué a Londres siendo un desconocido. ¿Quién me iba a publicar? ¿Y en qué lengua?

—Pero si tu inglés es perfecto —dijo Franz, cuyo asombro no hacía más que crecer.

—Perfecto, pero inanimado —respondió Eric con brusquedad. Dudaba que ningún escritor pudiese crear en una lengua que no fuese la suya. Aparte de algún genio aislado como Conrad. Y la lengua de Eric era el alemán. Así era; a pesar de su madre y de la procesión de institutrices, prosiguió, mirando desafiante a Käthe por encima de las botellas de vino, ya casi vacías. Después de todo, ¿qué es el lenguaje? No es algo que uno aprende de un libro. Surge del primer contacto con el entorno, con los sonidos de la calle, con los sentimientos que crecen mientras que el mundo externo se expande día tras día. El lenguaje real es la suma total de todas las sensaciones y experiencias acumuladas en la mente subconsciente desde el nacimiento hasta la vida adulta—. Yo ya era adulto cuando me marché de Berlín. Era demasiado viejo para hacerme escritor en otra lengua —dijo Eric rebosante de amargura.

—Lo comprendo —respondió Käthe, como perdonando muchos resentimientos silenciados. Su francés era casi perfecto, y, sin embargo, escribir una carta en esa lengua siempre le costaba un dolor de cabeza; y en París, durante la ocupación, cuando se había visto obligada a traducir para ganarse el sustento, la tensión estuvo a punto de acabar con ella. Entendía perfectamente por qué Eric había dejado de escribir libros—. Siempre pasa lo mismo con los de nuestra generación —se quejó, con un lamento entretejido en la voz—. A los que hemos sobrevivido no nos quedan más que vidas y carreras rotas que enseñar; hasta los mejores, incluso la gente que aparentemente goza de éxito.

¿Recordaba Eric, preguntó, a aquel amigo suyo, Paulus No-sé-qué, aquel al que le produjeron una obra de teatro en Nueva York, le hicieron un contrato en Hollywood y luego, en el cénit de su carrera, se derrumbó y se suicidó? ¿Se acordaba? ¿Eh? A causa de la creciente excitación que les traía el pasado, de nuevo palpable y real, los tres pasaron del inglés al alemán. Lo que me fascinaba al escuchar era ver que Eric, en su lengua materna, se convertía en otra persona; daba la impresión de que su inglés, tan controlado y comedido, había sido una máscara que le permitía funcionar de manera bastante ajena a su propia naturaleza. Allí, en la mesa, se deshizo de una personalidad adquirida a base de años de dolorosa disciplina, y entonces, como una serpiente escapándose de una camisa vieja y usada, un hombre que había permanecido dormido durante dos largas décadas volvió a la vida.

Me volví hacia Nora para hallarla contemplando a su marido con el desconcierto y la confusión asomándose a su rostro pálido, normalmente sosegado; si a Eric le hubiesen brotado alas ante sus ojos no se habría quedado más boquiabierto. No entendía ni una palabra de lo que decía, pero lo vio golpear el puño contra la mesa (Eric, que nunca gesticulaba); oyó que su voz se hacía más profunda, más intensa y

vibrante a medida que la sangre enrojecía sus mejillas, haciendo que su cara atormentada y flaca cobrara de repente un aspecto vigoroso.

El cuerpo una vez esbelto de Käthe se había ensanchado, como exigía la mediana edad; su rostro radiante estaba ahora lleno de surcos, como un jardín tras un bombardeo, pero para Eric era la hermana que había perdido y encontrado de nuevo. En su presencia, los años dejaban de existir y podía alzar la voz como en los años de juventud, protestar contra la vida y el destino, desatar su odio, sus miedos y su furia, pues allí a su lado se hallaba alguien tan cercano a él como su propia carne. Y todo aquello lo comprendía mejor que nadie Nora, que poseía una sensibilidad de lo más aguda, con todas las dramáticas implicaciones para su matrimonio y su futuro.

Käthe levantó hacia arriba, en señal de indefensión, las palmas de aquellas manos largas y bonitas, sin manicura y articuladas, que se movían con la gracia de hojas rizadas, en contraste con el resto de su cuerpo, más bien pesado.

—Han muerto tantos de nuestro grupo —susurró. Los dos hombres también bajaron de repente la voz al empezar a evocar nombres.

¿Sabía Eric lo que le había ocurrido a la pequeña Trudi Schnabel justo después de que él se marchase? No tenía más que diecinueve años; llevaba siempre el pelo en la cara como un caniche despeinado. A Trudi la pillaron pegando caricaturas antinazis en la pared de Potsdamer Bahnhof en plena noche; y después de tres días le enviaron el cuerpo a la familia en un ataúd sellado de metal. Cuando Franz fue a su casa, oyó los gritos de su madre por toda Seestrasse, y ni siquiera los vecinos nazis más fanáticos intentaron detenerla, porque, después de todo, ellos también tenían hijas.

Los dos hermanos Scherff habían muerto, uno en Polonia y el otro en Francia, obligados a servir en un ejército que odiaban; en realidad, Anton, el más joven, con otros cinco, formó una célula antinazi dentro de la Luftwaffe que funcionó durante más de un año hasta que los descubrieron y ejecutaron a los cinco, junto con otros tres, que eran solo sospechosos. La familia Kreutzberg, que vivía en Grunewald, en la puerta de al lado... Se suicidaron, los cuatro, al igual que alguien llamado Freiburg que había ido al colegio con Eric, y así sucesivamente; un nombre traía otro a la mente.

Fuera, la mansa noche de agosto se había tornado extrañamente silenciosa, como si Berlín, con todo su dolor y sus recuerdos infelices, se alejase, y la vida continuase allí en el estudio, aislada dentro de un sueño. Entonces sentí que los muertos resucitaban, que surgían ante nosotros con cada nuevo recuerdo; enlazados por los brazos, con rostros ciegos, se movían en círculos alrededor de la mesa, danzando una trágica pavana; todos los jóvenes difuntos, los bebés que no nacieron, los niños con voces ahogadas, titilaban y refulgían sobre nuestras cabezas, transformados en temblorosas llamas gracias al cariñoso recuerdo que los rescataba uno a uno del olvido, hasta que Käthe exclamó, como si ya no resistiese el tormento: «¡Por favor, basta! No aguanto más».

Eric se apresuró a rodear sus hombros con los brazos; aquel gesto rompió la última defensa de Käthe que, como la niña confiada que fue una vez, reposó contra él un momento.

—¿Sabes qué es lo más triste, Erich? —Franz había hecho una montañita de migajas junto a su plato para volver a desperdigarlas de nuevo—. Los jóvenes de hoy... nos echan la culpa de todo. Dicen que no hicimos nada para resistirnos. No entienden que...

Se detuvo; desde el vestíbulo oímos el súbito eco de la voz de un muchacho, interrumpida periódicamente por risitas femeninas.

—Bueno, Franz. Tu hijo está en casa —dijo Käthe, levantándose—. Ahora Erich podrá echarle un vistazo a la nueva generación.

—¿Tu hijo? —preguntó Eric, como si no se le hubiese pasado por la cabeza tal idea.

Franz se quedó un momento en silencio; luego echó la silla hacia atrás.

—Me casé con Anneliese justo después de que me liberasen del campo de concentración. Te acuerdas...

—Por supuesto. Vivía en Zehlendorf.

Eric paseó rápidamente la mirada por la habitación, como cayendo de repente en la cuenta; faltaba un nombre de entre los muertos, un nombre que Franz no era capaz de pronunciar.

—Ya te dije cuando entraste que si nos permitimos sentir culpa por lo que hemos hecho a los demás... —Franz estaba de pie; la luz circundaba la cabeza calva y arrojaba una intensa sombra sobre sus ojos oscuros—. Yo tengo la culpa de que esté muerta. Cuando los bombardeos se pusieron feos por aquí vino mi madre de Baviera para llevarse al pequeño Gerhard. A mí me habían llamado a filas, pero los fines de semana iba a casa de permiso. Mi madre quería que Lise se fuese también con ella. Lise no quería ir. Se habría marchado si la hubiese obligado. No lo hice. Y solo un mes después... toda la casa de la Martin Lutherstrasse fue...

Se volvió para enderezar el retrato del caballete con manos diestras y rápidas.

—¿Gerhard recuerda la guerra? —preguntó Eric.

—Muy poco. Vivía en una granja y toda aquella región permaneció relativamente intacta. Es un niño de la posguerra, un producto de la ocupación. Solo el año pasado reuní el dinero suficiente para traerlo a Berlín y apuntarlo a la escuela aquí. No sé si hice bien o mal. ¿Quién lo sabe?

Se abrió la puerta y entró un muchacho que no llegaba a la veintena silbando una popular canción italiana; el muchacho poseía un rostro delgado, anguloso e inquisitivo, y unas cejas oscuras y dramáticas que enmarcaban unos pequeños ojos de arándano, semejantes a los de su padre; pero allí acababa cualquier parecido entre ambos. ¿Cómo sería la tal Anneliese, la mujer muerta bajo las bombas? Ligera y graciosa, de eso estaba segura, pues de dónde si no podría haber heredado su hijo aquellos modales suaves, las estrechas caderas enfundadas en pantalones negros

ceñidos, la cabeza alargada puesta sobre un cuello ávido que parecía aún más largo gracias a la V que dibujaba su suéter gris sin mangas.

Hablaba en un inglés simple y claro. Iba a clase en una escuela técnica, según nos dijo, donde le estaban enseñando el oficio de linotipista. De sus respuestas emanaba cierta vaguedad, como si, muy acertadamente, lo aburriesen los adultos desconocidos y el inesperado interés que manifestaban por su bienestar.

—¿A que no sabes que Eric y yo somos amigos desde hace veinticinco años? — exclamó Franz, posando una mano cariñosa sobre el hombro de su hijo.

El muchacho frunció el ceño, en un esfuerzo por imaginárselo; allí estábamos los amigos de su padre, ante él, y nos miró con la grave concentración que muestra un niño al entrar en un museo de fósiles prehistóricos. Intentó concebir una amistad de veinticinco años, pero no pudo; su rostro, que aún conservaba el bronceado veraniego, reflejó inquietud e incomodidad.

—¿Dónde has estado esta noche? —preguntó Franz, intentando tirarle de la lengua.

—En el cine. He ido con Lu.

—Cuando no es Lu —le explicó Franz a Eric—, las chicas se llaman Tru o Gee o Bibi. Encuentran unos nombres de lo más raros.

Gerhard esbozó una sonrisa cansada.

—Ah, dile a Eric lo que pasa —dijo su padre, sonsacándole— cuando vas con la pandilla al cine y hay una película antigua de esas en que sale Hitler.

Nos habíamos desplazado en dirección a la puerta para marcharnos, pero nos detuvimos, formando un curioso corro alrededor del muchacho.

—Pero Franz, si no pasa nada —protestó—. Hitler estaba loco. Cuando lo vemos solo nos reímos.

Su boca se tensó de incomodidad al percibir nuestro súbito silencio: una reacción que no entendía. Miró a los ojos a Eric y encogió los hombros casi a la defensiva; luego volvió a hablar con una voz clara, clarísima, que no dejaba escapatoria en ningún lugar de la noche.

—¿Vosotros no os reís? —preguntó.

SEIS

A la mañana siguiente, temprano, oí que llamaban tímidamente a la puerta del baño que compartía con los Devon; a continuación entró Nora, recién duchada y envuelta en un largo albornoz azul. Su pelo color marrón cobrizo le caía sobre los hombros en lugar de hallarse prisionero en el moño, y en aquel momento pude atisbar a la muchacha que debió de ser años antes, una belleza serena de modales reposados y distinguidos que solo necesitaba un toque llamativo (un pintalabios brillante, un nuevo peinado o un traje de noche de seda carmesí) para resaltar. Nora parecía haberse pasado la vida disimulándose en lugar de llamando la atención hacia su persona.

—Eric no se fue a dormir hasta las cuatro —dijo sentándose a los pies de la cama, observándome mientras me peinaba ante el espejo.

Es cierto, añadió, que volvimos bastante pronto del estudio de Franz al hotel, pero entonces Eric decidió leer las notas que su padre redactó en prisión. Consecuencia: quedó tan agitado que le tuvo que dar una pastilla para dormir. Se estaba convirtiendo en una costumbre, pero, por otro lado, era peor no dormir. Por suerte, en aquel momento estaba sumido en una inconsciencia tan profunda que ni siquiera había oído el teléfono un momento antes. Había llamado la tía Rosie para decirles que alguien llamado Herr Rosen, pariente por matrimonio que acababa de volver de Israel, quería ver a Eric. A las cuatro y media nos esperaba un tal primo Albrecht para tomar el té. Y quedaba la visita a Else, el ama de llaves; la tía Rosie se había alegrado mucho de saber que Nora había comprado tantas cosas para la pobre mujer.

—Vamos a tener un día de lo más ajetreado, me temo. Y amenaza lluvia —concluyó, acercándose a la ventana; su cuerpo, enmarcado por la luz temprana, aún gris, daba una impresión inusualmente frágil; el albornoz azul resbaló por el hombro delgado.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué?

—Tengo la sensación de que no has venido hasta aquí solo para hablar de la lluvia y de tía Rosie, ¿no?

Se giró de nuevo hacia la habitación.

—Ayer por la noche Eric dijo que iba a escribirle a su prima Magda Ahrenfeld, que nunca se casó.

—Magda es la que...

—Sí, acuérdate de que en Londres dijo que había estado enamorado de ella, «locamente»: creo que fue la palabra que usó. Eric nunca habla así.

—Quizá estaba pensando en alemán —dije para consolarla; después añadí que no había nada en la faz de la tierra, ni tumba ni huesos de mastodonte, nada de nada más muerto y enterrado que una historia de amor con veinte años de antigüedad que ni siquiera llegó a consumarse.

—Eric no deja de hablar de lo guapa que era, y debe seguir siéndolo, claro. Magda es más joven que Eric. Ahora tendrá solo cuarenta y cinco años.

—Bueno, y tú solo cuarenta y uno.

Se rio a pesar de sí misma.

—Sueno ridícula, ¿verdad? Y no son celos, ¿sabes? Sabía que todo esto ocurriría antes de venir.

—¿Qué es lo que sabías?

—Que Eric cambiaría aquí en Berlín. Tenía que cambiar y convertirse en una persona diferente del hombre que conozco. Incluso antes de que Käthe dijese ayer por la noche que no sabía cómo Eric siguió viviendo sin su madre, me había dado cuenta de lo unido que estaba a ella y cómo, quizá de modo inconsciente, me había usado de sustituta. No le he sentado nada bien a Eric, ahora me doy cuenta. Pero nunca lo he admitido ante nadie, ni siquiera ante mí misma —dijo, hablando con tal celeridad que las palabras parecían manar como el agua de una fuente que chorreaba sobre los guijarros del suelo.

Lo cierto es que, aunque no se había alegrado de que él sufriese aquel colapso (lo cual habría sido horrible, por supuesto), sí se había sentido —quizá «satisfecha» era una palabra más adecuada— profundamente satisfecha de que la necesitase hasta el punto de manifestar que no podía vivir sin ella. Nora le había puesto muy fácil a Eric el derrumbarse; siempre estaba revoloteando a su alrededor, agasajándolo, diciéndole que no se preocupase, que se metiese en la cama a descansar y dejase que ella se encargase de todo, que lo hiciese todo por él.

—Si de veras quieres a alguien lo que hay que hacer es animarlo a que sea fuerte, autosuficiente, a que tenga conciencia de sí mismo y no viva a través de ti como un parásito. —Se detuvo con una mano sobre el corazón, como si le doliese—. Yo he hecho justo lo contrario. Y debo pagar por ello.

Comenzó a sonar el teléfono, un timbre desolado en la habitación contigua, pero antes de que Nora pudiese moverse, nos llegó débilmente la voz de Eric respondiendo.

—El amor debería privarnos de egoísmo —continuó Nora—, pero pocas veces lo hace. Vuelve a las personas crueles y egoístas, se decepcionan a sí mismas y a los demás. Nos decimos que estamos haciendo las cosas por el bien de nuestros seres queridos cuando en realidad las hacemos por nosotros mismos. Luchamos para aferrarnos a la otra persona por los medios más injustos, imponiendo ansiedades, engatusando, recurriendo al chantaje emocional, fomentando las inseguridades...

Quedó a la escucha mientras Eric abría la ventana de su habitación con un impaciente golpe sordo.

—Quizá... —Su voz era ya un susurro—. Quizá cuando Eric se encuentre a sí mismo, encuentre de nuevo su propio yo, ya no me necesite. Ese es el riesgo que yo corría al alentarle a venir a Berlín. Y lo asumí con los ojos bien abiertos.

A mí me parecía que en su angustia exageraba sus propios aspectos negativos y olvidaba toda la calidez y el optimismo que le proporcionaba a Eric. Lejos de no necesitarla, le señalé, una vez que Eric encontrase la paz, podría amarla aún más y su matrimonio podría transformarse en una relación relajada y más feliz.

—Lo espero —dijo—. Si al menos...

La puerta entreabierta del baño se balanceó sobre los goznes cuando Eric miró hacia dentro con los ojos aún ensombrecidos por el sueño y nos vio.

—¿Tan temprano y ya estáis en medio de un *Kaffeeklatsch*? —preguntó entrando en el baño atándose el cinturón de la bata—. Nora, ¿podrías pedir que nos suban el desayuno para empezar este terrible día? Para mí café muy, muy caliente. Käthe acaba de llamar.

—¿Alguna novedad?

—Te da su aprobación. —Cogió de la silla un periódico de la noche anterior.

—¿En qué sentido? —preguntó Nora.

—Eres muy estable. Me das una razón para vivir.

—¿De veras? —No se había movido del centro de la habitación.

—La gente recuerda cosas peregrinas. No te puedes imaginar lo que Käthe estaba intentando decirme ahora mismo sobre mi vida de cuando era joven. —Reprimió un bostezo e intentó deshacerse de las redes del sueño, rotas por el timbre del teléfono. El periódico se le resbaló de las manos—. ¡Figúrate! Käthe está empeñada en que traté a algunas de sus amigas de un modo despreciable, seduciéndolas y luego olvidándolas con la mayor facilidad. ¿No es ridículo? ¿Yo en el papel de Don Juan?

—¿Por qué es ridículo? —quiso saber Nora, como si la conversación hubiese cobrado importancia para ella repentinamente.

—A ver, querida, tú sabes bien que cuando nos conocimos era tan solitario y virtuoso que prácticamente podía pasar por monje.

—Cuando nos conocimos la vida ya te había herido y asustado. —La voz de Nora adquirió profundidad.

Eric no la estaba escuchando. Cogió la borla de la cortina y tiró de ella.

—Käthe no está bien de la cabeza. —Resolvió el asunto él solito—. Si hasta pretende que mis peleas con el primo Albrecht no eran para nada de tipo político, sino que siempre andábamos detrás de las mismas chicas. Nora, pero si tú sabes muy bien...

—No, no lo sé.

—¿No sabes qué? —La miró como si al despertar hubiese encontrado junto a él a un espectro vestido de lana azul con rizos de pelo cayéndole por los hombros.

—No sé nada de ti ni de lo que hacías cuando eras joven —dijo con calma, apretándose aún más el albornoz en torno a su esbelta cintura—. En las últimas horas he descubierto que eras un escritor prometedor, que trabajaste en la clandestinidad, que tu familia te tenía muy mimado, que tenías dinero y que debías de ser muy guapo; así que ¿por qué no iba a creer a Käthe si dice que tenías una colección impresionante de novias?

Él extendió el brazo para tocar el cristal de la ventana, estriado por una súbita ráfaga de lluvia.

—Qué mañana tan horrible. No podías haber elegido peor momento para hacer gala de tu sentido del humor británico. Esto no tiene gracia.

—Yo tampoco se la veo —respondió Nora cogiendo el teléfono para pedir el desayuno—. Y no me estoy riendo.

La lluvia que salpicó Berlín aquel domingo por la mañana pronto se vio frenada por una manta de nubes oscuras y turbulentas que se extendió a poca altura, por encima de los tejados. Habíamos cogido un taxi para ir a un barrio con el romántico nombre de Wedding. Cuando llegamos allí, con los brazos llenos de paquetes para Else, todas las tiendas estaban cerradas y las casas en silencio, y el ambiente sombrío del día de descanso, tan persistentemente familiar en todas partes, nos hacía hablar en voz baja, como si temiésemos molestar a los vecinos el único día que podían dormir hasta tarde.

La casa en la que nos internamos era, como todas las que nos rodeaban, un antro ancho, oscuro y apagado que aún mostraba las cicatrices abiertas de los bombardeos y la metralla. Al recorrer el largo y gélido vestíbulo que llevaba a un patio de luces circular, sentimos el frío húmedo de las tumbas. Ante nosotros se hallaba una fila de puertas cerradas, y un poco más arriba, una hilera de ventanas cubiertas con cortinas mustias que llegaba hasta el cielo. El desolado patio, sumergido en el gris anonimato de un barrio periférico, lo compartían cinco bloques; podría ser cualquier país, cualquier sitio; las papeleras rebosaban basura sobre los escalones sin barrer; a través de las ventanas entreabiertas se filtraba el eco de las voces de las familias, mezcladas con varias radios sintonizadas en ritmos diferentes.

—Esta es la otra cara del boom —dijo Eric—. Aquí viven los trabajadores, los trabajadores de Berlín, que siempre han sido pobres hasta la desesperación. No te encontrarás a ningún turista en esta parte de la ciudad.

Y por qué diablos se empeñaría Else en quedarse a vivir allí por puro sentimentalismo cuando podía tener su antigua habitación en la villa de Grunewald, se preguntaba Eric al tiempo que le daba una patada a un periódico que se le había enredado en los pies. Pero, por alguna razón, como la campesina testaruda que era, Else seguía considerando que aquel era su hogar solo porque su marido había muerto allí cincuenta años antes. Justo después se había ido a Schöneberg a trabajar para los padres de Eric, que estaban recién casados, pero Else, incluso entonces, había mantenido el piso para ir a su casa todos los domingos, porque su hermana vivía allí

con el hijito pequeño de Else. ¡Cincuenta años atrás! Eric ni siquiera había nacido entonces. Y allí estaba Else, aún viva, tras sobrevivir no a una sino a dos guerras. Y aquel hijo suyo, un muchacho corriente, pero con una guapura sana y tonta, si estaba vivo, tendría cincuenta y un años, ¡un hombre ya de mediana edad! El pensamiento pareció reducir a Eric a un silencio perturbado mientras subíamos las escaleras.

Frente a nosotros, en el tercer piso, había un pasillo húmedo y sombrío con una fila de puertas que resultaban idénticas, pero al parecer no para Eric, que se detuvo ante la segunda y tamborileó con los dedos como un pianista preparándose para un concierto. La persona que estaba dentro debió de reconocer el código, porque la puerta se abrió inmediatamente de un golpe, y allí, ante nosotros, mirando hacia las sombras, había una mujer alta, de huesos grandes y dos mechones blancos a cada lado de la cabeza, como alas, que resaltaban el negro de su pelo; una mujer de ojos vivaces y vigilantes tras unas gafas con montura de metal, que aparentaba mucho menos de sus ochenta años.

—¡Erich! —exclamó en tono de reproche—. Que va a llover. ¿Cómo es que has venido hoy? Te vas a enfriar.

Poseía aquel acento berlinés, rápido, entrecortado, muy difícil de seguir para los forasteros, pero el saludo era exactamente lo que Eric esperaba. Abrió más la puerta para que pudiésemos entrar en la amplia habitación empapelada de rayas verdes y rosas amarillas, con algo parecido a una hornacina a un lado cubierta por cortinas de cretona de un verde bilioso. La luz del patio, incluso a aquella hora de la mañana, era tan macilenta que para que viésemos con claridad se vio obligada a encender una bombilla que colgaba encima de la mesa, protegida por una pantalla blanca. Lluvia, lluvia, no había habido otra cosa aquel año. Nada de verano. ¿De dónde habíamos dicho que venía Eric? Se le había olvidado el nombre de la ciudad o carecía de importancia; su actitud ante Eric era la de una niñera que había mandado a un niño travieso de vacaciones unas cuantas semanas antes y en ese momento le daba la bienvenida a casa. Un lapso de veinte años en el transcurso de su larga vida debía de parecer un intervalo efímero. Nos quitó a toda prisa los paquetes de los brazos, abrió el del suéter, se lo probó, declaró que lo encontraba perfecto, y luego, tras abotonárselo, nos pidió que nos sentásemos a la mesa redonda que había en el centro de la habitación.

Durante un momento, como niños pequeños, todos nos sentimos abrumados por la formalidad de la visita; Else, que llevaba un vestido estampado de algodón blanco y negro, desgastado pero muy limpio, parecía presidir la habitación. Escuché pensativa con la barbilla apoyada en una mano mientras Eric comenzó a describir la visita a Schöneberg, la impresión que le causó el lugar bombardeado, el recuerdo del *sauerkraut* de Herr Kruger y de Einstein volviendo a casa por debajo de la ventana de Eric.

—¿Qué fue de Herr Professor? —preguntó Else al oír un nombre del pasado lejano—. ¿Murió?

Sí, exiliado en Estados Unidos. Else sacudió la cabeza con pesar. Con lo buen hombre que era. Pero qué listo fue al marcharse cuando se marchó. Si Eric hubiese estado allí más tarde, si hubiese visto con sus propios ojos lo que les habían hecho a los judíos...

Eric se humedeció los labios.

—Me he pasado toda la noche —dijo para desviar de nuevo la conversación a un terreno más seguro— intentando recordar de qué color era el papel pintado del salón en Schöneberg. Tengo la imagen de algo pálido, como una nube...

De papel nada, que era seda azul, de un azul suave, grisáceo, con un estampado satinado en un tono más claro, le dijo ella; entonces él lo recordó de inmediato, qué estúpido, cómo podía haberlo olvidado. Else le daba manotazos en las manos cuando era pequeño porque le gustaba tocar la pared con los dedos no demasiado limpios.

A continuación, como cogidos de la mano, la anciana guio al niño vacilante, recorrieron todo el apartamento, el largo vestíbulo del que colgaban los bordados chinos que estaban ya en Grunewald, entraron en la habitación de sus padres, empapelada de un dorado resplandeciente con salpicaduras de helecho; el estudio de su padre era de color ciruela; luego llegaron al comedor, con su pesado mobiliario de Renacimiento florentino traído de Italia; y siguieron adelante, revisando todos los escondites, todos los rincones en busca de tesoros ya perdidos en el pasado lejano.

Luego, girándose hacia Nora, Eric comenzó a traducir al inglés todo lo que Else le había contado, añadiendo sus propias palabras a medida que recordaba aún más detalles.

—Teníamos tantas cosas bonitas. Mi madre siempre decía que se las estaba guardando a mi mujer, para la casa que yo tendría un día —dijo Eric; cuando era joven y bohemio despreciaba aquellos lujos burgueses, pero el pensamiento de cuántas cosas habían desaparecido, de las cosas que Nora nunca vería, y mucho menos poseería, lo llenaba de una extraña nostalgia.

Frau Dalburg había sido una de las mujeres más elegantes de Berlín, le recordó Else; con aquella soberbia figura, alta como las mujeres de las revistas; nadie sabía llevar un traje de baile con tanta gracia. Aquello le trajo a Eric a la memoria un vestido en particular que siempre había admirado mucho, uno largo de satén color marfil que llevaba en la falda unos sólidos bordados color dorado. Un vestido de París, añadió Else; de una seda fantástica; años más tarde, aún como nuevo, lo habían cortado y remodelado para que Fräulein Käthe lo luciese en un baile, cuando fue lo bastante mayor para llevar vestidos de gala.

Eric se recostó en la silla; durante un segundo, la tensión había abandonado su rostro y sonrió con una delectación que lo devolvió repentinamente a la juventud, una imagen del joven que debió haber sido; pero no duró mucho. Las paredes, con su papel verde, la desnudez de la habitación, el sillón hundido tapizado de terciopelo marrón junto a la ventana, todo parecía estrechar sus horizontes, y apareció una

sombra alrededor de sus ojos, que adoptaron una expresión vacilante, cansada, mientras elegía sus palabras con sumo cuidado.

—Else. Quiero preguntarte algo. Quizá no te acuerdes. Ocurrió la primavera en que yo tenía doce años y Käthe diez.

Else se colocó las gafas detrás de las orejas, liberando un rizo del pelo.

—¿Sí?

—Else, pasó algo en casa.

—¿Sí?

—Intenta recordar —apremió con una voz ronca y ansiosa—. Me hiciste el equipaje. La tía Rosie vino por la mañana a llevarme a la finca del abuelo Von Ludowitz, en el campo. Käthe fue a visitar a su padre y a su madrastra. Pasamos un mes fuera.

Else no hizo comentario alguno; miró a Eric con unos ojos tan distantes y poco receptivos que a él le flaquearon las fuerzas y no pudo seguir.

—Hace mucho tiempo —dijo ella por fin.

—Sí —respondió él—. Pero esperaba que lo recordases... eras parte de la familia. Todo pasaba por tus manos. Siempre sabías...

—¡Por supuesto! —exclamó, recordando en aquel momento lo que parecía tan vital para él—. Fue la gripe. Murió mucha gente. Tus padres no querían que os vieseis expuestos.

Eric se giró hacia Nora.

—Miente —murmuró.

—¿Sobre qué?

—Sobre algo que pasó hace años.

—¿Es importante?

—Para mí sí. Quizá si no hubiese vuelto a ver a Else nunca lo habría recordado. Pero el sentarme aquí y ponerme a hablar me ha hecho revivirlo todo. —Siguió el estampado reticular verde del hule de la mesa—. Cree que sigo siendo un niño. Que hay cosas que es mejor no decirme. Que no he crecido.

Se puso en pie y se acercó a la ventana; Else lo observó en silencio; el pequeño fragmento de cielo visible por encima de los tejados de los patios parecía la valva de una concha que contenía aquel mundo minúsculo; abajo jugaban unos niños: nos llegó el ruido sordo de un balón golpeando los escalones, solitario, persistente, monótono.

—Dios, qué lugar para vivir —exclamó—. Imagínate cómo sería durante la guerra y la ocupación. —Se volvió de nuevo hacia la habitación y hacia la mujer que, distante y silenciosa en su silla, aguardaba a que aquel extraño lenguaje se convirtiese de nuevo en algo familiar—. ¿Por qué se queda aquí? ¿Cómo puedo convencerla para que vuelva con la tía Rosie?

—Ni lo intentes —dijo Nora.

—Pero es horrible: ni calefacción, ni sanitarios...

—Es suyo —continuó Nora—. Es todo lo que tiene. Todo lo que le queda del pasado. De su propio pasado. De su marido, de su hijo, de sus recuerdos.

Else parecía darse cuenta de que hablaban de ella y esperó imperturbable a que terminasen.

—Herr Rudneck me contó lo de tu hijo —dijo Eric tras volverse hacia la mujer y atraer de nuevo su atención—. Que lo hirieron en la guerra. Qué locura debieron de vivir hombres como Fritz y mi amigo Wehn, fervientes antinazis alistados en el ejército de Hitler.

Else asintió, como si opinase que «locura» era una palabra muy adecuada.

—¿Cómo es que Fritz se quedó en el Berlín Oriental? ¿Por qué no se ha venido aquí contigo? —preguntó Eric.

Se encogió de hombros, como si le estuviese pidiendo lo imposible. ¿Es que acaso Eric pensaba que era tan fácil ir allí?, quiso saber. Fritz estaba casado con una mujer cuyos ancianos padres poseían una casa en la carretera a Potsdam desde hacía muchos, muchos años. Cuando terminó la guerra, la casa seguía en pie y todos se mudaron allí, y eran demasiado viejos, especialmente los padres, para mudarse de nuevo. Fritz era un buen trabajador. Mantenía la boca cerrada y hacía su trabajo. Pues no, no le gustaba el gobierno, pero ¿cuándo habían tenido los trabajadores alemanes un gobierno que les gustase? La mayoría de la gente, sobre todo cuando se hacía vieja, estaba cansada y había sufrido una guerra, se sentía satisfecha con tener bastante para comer y algo parecido a un techo sobre la cabeza. Los jóvenes huían de la Alemania Oriental a la Occidental, pero no se les podía pedir a los viejos que abandonasen sus raíces en aras de un futuro incierto.

—¿Viene Fritz a verte con frecuencia? —preguntó Eric.

Venía a verla casi cada día, respondió Else; aunque vivía en el sector oriental, trabajaba en el occidental, como millares de personas más. Eric debería ir unas manzanas más allá, a la división de sector de Wedding, a ver cómo por la noche los berlineses orientales que trabajaban en el Oeste volvían a casa y los berlineses occidentales que trabajaban en el Este también regresaban. Ajá, aunque a Eric le pareciese mentira, sí que había berlineses occidentales, técnicos en su mayor parte, que trabajaban en el Berlín Oriental.

En el mundo exterior, prosiguió Else, la gente no tenía ni idea de lo confusa que resultaba la situación en realidad. Seguro que se imaginaban que la ciudad estaba dividida con alambre de espinos y metralletas, cuando lo cierto era que se podía ir de un sitio a otro con perfecta libertad siempre que no intentases meter un huevo de contrabando o un trozo de mantequilla. Y, sin embargo, la gente lo hacía continuamente. Eric debería parar alguna noche en las tiendecillas que había alrededor de la estación Zoo, llenas de berlineses orientales que venían en metro a comprar medicamentos o un poco de jamón o algo severamente racionado en su sector. Lo pagaban en un intercambio que suponía cuatro de sus marcos contra uno occidental, lo cual lo hacía difícil. Y luego, si de camino a casa los pillaba algún

agente de la policía de la Alemania Oriental, se le confiscaban los bienes y tenían que pagar una multa, a veces incluso iban a la cárcel. Los berlineses occidentales, que se escabullían al Este para comprar cámaras baratas, libros y más objetos que revender y sacar beneficio, también iban a la cárcel si los cogían metiendo cosas de contrabando.

—Menudo jaleo que han montado vuestros aliados en Berlín —concluyó con un suspiro.

El jaleo que había en Berlín, le recordó Eric, era resultado directo de lo que se le había hecho al resto del mundo cuando Hitler puso en marcha el plan de conquistarlo todo.

—No seas injusta, Else. Tú siempre has entendido muy bien las cosas —señaló Eric—. Cuando Käthe y yo empezamos a escabullirnos de casa para ir a mítines políticos y hacer cosas a espaldas de mis padres, tú nos ayudaste. Lo único que sabías era que los nazis eran malos, malos para Alemania y...

—Sigo diciendo que eran malos. Los alemanes asumíamos que nos castigarían por sus crímenes a todos cuando la guerra terminase. Pero lo que no sabíamos es que sería un castigo eterno —dijo Else con voz firme y decidida, como avisándolo de que no protestase en absoluto, ni más ni menos igual que cuando de pequeño le prohibía ensuciar la cocina—. Si todas las tropas ocupadas saliesen mañana de Alemania, nosotros los alemanes arreglaríamos nuestras diferencias con bastante rapidez.

De eso nada, replicó él; ¿cuándo se habían puesto de acuerdo en algo los alemanes? Los protestantes y los católicos se habían pasado siglos en guerra; los trabajadores no dejaban de luchar contra el gobierno, Hitler había llegado al poder precisamente porque no había unidad alguna en el país. Por favor, ¿se acordaba Else...?

Estaba apoyado en la mesa, con expresión grave en el rostro, decidido a convencerla; aquello parecía el final de una discusión comenzada años atrás, la culminación de muchas charlas acaloradas alrededor de otra mesa de cocina.

—Soy una mujer mayor y tengo hechas las paces con Dios. Puedo decir lo que pienso —declaró Else, aunque nadie había dicho que no pudiese. E incluso aunque Eric tuviese razón en lo de que los alemanes se peleaban entre sí, las fuerzas de la ocupación, en lugar de mejorar las cosas, las habían empeorado. Por eso a ella le resultaba imposible perdonar.

¿Había oído la radio Eric desde su llegada? Por supuesto que no. Pues debería. Porque durante años, bajo el régimen hitleriano, si recordaba, la radio no había hecho más que escupir mensajes de odio constante, pero aquello no había cambiado. Las emisoras de la zona oriental gritaban «Odiad a los estadounidenses, a los imperialistas», y las emisoras de la zona occidental querían que los alemanes odiasen a los comunistas rusos. Bajo el régimen de Hitler la gente no se creía nada de lo que oía por la radio. Y estaban ensordeciendo de nuevo, se habían cansado de tanta histeria y palabras furiosas. Ya solo oían música.

—Hitler consiguió que los alemanes odiasen y una vez que odiaron, ya todo fue posible. La guerra, el asesinato de los judíos. Todo. Cuando los aliados entraron en Berlín supimos que todos pagaríamos, jóvenes y viejos, nazis y antinazis, todos teníamos que pagar. Pero luego pensamos: llegará la paz y nos dejarán tranquilos con nuestras heridas. No esperábamos que los aliados se dividiesen en dos y empezaran otra guerra pasando por encima de nosotros. No esperábamos que predicasen el odio también ellos, volviendo a hermanos contra hermanos, abriéndonos en canal, dividiendo hogares y familias. Eso no se lo puedo perdonar —repitió. La ira hizo temblar de nuevo su voz—. Y ahora están hablando de otra guerra. Cuando apenas hemos terminado de limpiar escombros. Otra guerra. Dime, Erich: ¿es eso justo?

Eric sacudió la cabeza; nada era justo, bien mirado; no era justo que él se hubiese visto obligado a exiliarse y Fritz a alistarse en el ejército alemán. Lo único que uno podía hacer era intentar ser cabal.

—Eso —dijo Else sosegadamente— es lo que llevo haciendo toda la vida. Pero llega un momento en que una se cansa.

Se quedó mirando a Eric mientras él se levantaba para marcharse; los golpes sordos del balón en el patio marcaban el silencio apesadumbrado. Eric se inclinó para besarle la frente a la mujer.

—*Auf Wiedersehen* —dijo Nora, agotando su vocabulario alemán mientras le apretaba la mano a Else en señal de despedida.

Qué terrible era pensar que la esposa de Eric nunca conocería a sus padres, murmuró Else en el umbral, intentando en el último momento salvar el incalculable vacío de los lenguajes extraños. Si al menos fuese capaz de explicarle qué buenas personas habían sido y lo feliz que se habría sentido Frau Dalburg de ver a su hijo casado con una inglesa.

Eric le prometió a Else que le explicaría todo lo que había dicho a Nora; luego se cerró la puerta y ante nosotros se extendió un pasillo cuyo silencio se había extinguido; en la hora transcurrida todo el bloque de vecinos había vuelto a la vida; a través de las puertas cerradas se oían los gritos de los niños y las regañinas de los padres; un perro ladraba, una silla se caía. En el patio, el niño que jugaba con la pelota nos miró asombrado, sin duda preguntándose qué hacían aquellos forasteros tan lejos de la Kurfürstendamm.

Fuera, en la calle, el aire procedente de la última parte del canal emitía efluvios de humedad y relente; y mientras lo contemplábamos pasó un remolcador, rodeando la ciudad en dirección a algún destino del interior.

—Else no ha dicho ni una palabra sobre sí misma. —Erich habló con voz desmayada, como si el día, que acababa de empezar, lo hubiese agotado ya—. Primero los bombardeos, después las luchas callejeras, luego la ocupación: nunca se ha movido de aquí. Es como una roca. Quizá sea por eso por lo que ha sobrevivido. Pobre Else.

—Al menos no puedes quejarte de que sea una llorica —dijo Nora, pero Eric no dio muestras de haberla oído. Se había detenido para parar un taxi.

Mientras atravesábamos la ciudad para volver a Schöneberg, Eric explicó que el tal Herr Rosen que nos esperaba había sido el mejor amigo de su padre, abogado de profesión y fantástico violinista aficionado. Eric recordaba vagamente que, en el apartamento de los Dalburg, Rosen conoció a una de las primas Ahrenfeld, Marthe, que también era música; se enamoraron a ritmo de Mozart y se casaron al poco. Todo aquello había ocurrido unos cuarenta años antes. De repente lo abrumaban las fechas, según explicó Eric, y había momentos en que sentía que la cabeza le daba vueltas debido al esfuerzo de conectar el pasado con los acontecimientos presentes.

Marthe tenía una hermana, la tía Hilde, y de niño sus padres siempre lo instaban a que fuese muy amable con aquella pobre mujer que había sufrido tanto. Los niños, Eric lo admitía, pueden ser de lo más cruel en su crudo egoísmo, y le dolía recordar de qué modo se rebelaba siempre contra los besos que ella le daba constantemente, los caramelos que le metía en el bolsillo y los libros que quería que leyese porque habían pertenecido a su querido hijo Ludwig.

Se echó hacia delante para llamar la atención del conductor con un golpecito, y luego nos detuvimos en una pequeña plaza llamada Bayerischer Platz, que Eric reconoció de repente y deseaba volver a ver. Salimos para darle la bienvenida al césped verde y las flores que resaltaban lo gris del día. Había varios ancianos sentados en los bancos, quizá esperando el sol que permanecía escondido tras las nubes.

—Qué pequeño parece este lugar —dijo Eric, guiándonos por un sendero en mitad de la plaza—. Cuando patinaba aquí de niño...

Pero volvió a la tía Hilde, la típica tragedia de guerra, según nos contó; cuando llegó 1917 había perdido tanto a su marido como a su joven hijo, quedándose completamente sola. Eric la recordaba como una mujer muy vieja, frágil, siempre vestida de negro, que se pasaba los años sentada allí, en aquella *Platz*, en los que parecían ser los mismos bancos, ensombreciendo con su desgraciada presencia la alegría de sus juegos infantiles.

—La tía Hilde me parecía una antigualla —señaló, aminorando el paso un poco para observar a otra señora con un caniche que venía a nuestro encuentro por el sendero—. Pero ahora me doy cuenta de que acababa de entrar en la cuarentena cuando se quedó viuda... Más joven de lo que yo soy.

Nos marchamos de la pequeña plaza; Schöneberg ya nos resultaba familiar; las casitas como cajas de caramelos, los espacios vacíos, las filas de edificios viejos que de lejos parecían intactos hasta que uno se acercaba y veía los boquetes en las fachadas; normalmente no vivía nadie en los pisos superiores, porque faltaba el techo; y, para concluir, las entradas, antaño adornadas con papel de color dorado con flores, que, empapadas de lluvia y marcadas por la destrucción, daban una impresión de fea y lóbrega miseria.

En una esquina, Eric, de repente, se giró hacia la primera casa de una de las filas.

—Aquí vivía la tía Hilde —dijo, deteniéndose para levantar la vista hacia el balcón.

Abrió la puerta; ante nosotros resplandecieron los restos de una escalera de mármol; el techo había sido una vez de color azul cielo y las paredes habían albergado escenas barrocas de goce mitológico; pero ya solo quedaba el pie de un querubín y la sonrisa huera y afectada de otro. Subimos a la segunda planta.

Eric llamó; la puerta se abrió lentamente y un hombre de mandíbula robusta, cara enrojecida y ojos soñolientos miró en nuestra dirección.

—¿Qué desean? —preguntó con voz áspera.

—Buenos días —respondió Eric—. Estoy buscando a mi tía, Frau Hilde Weinstock, que vivía en este edificio...

—¿Cuándo? —Era evidente que al hombre le aburrían las personas que buscaban a sus tías los domingos por la mañana, su único día de descanso.

—Vivió aquí durante treinta años, durante las dos guerras. Mataron a su marido y también a su hijo en la Primera Guerra Mundial. Le dieron una medalla por su sacrificio.

—Yo no vine aquí hasta 1946 —aclaró el hombre—, cuando los estadounidenses me requisaron la casa de Dahlem. Nunca he oído hablar de nadie llamado Weinstock. Pregunte arriba. —Cerró la puerta bruscamente con la repulsión pintada en la cara. ¿Repulsión por pronunciar un nombre judío?, me pregunté.

Subimos un piso más; los querubines nos sonreían en fragmentos. En una de las puertas de la tercera planta no nos abrió nadie; en el otro apartamento nos abrió una rubia muy oxigenada que a aquellas horas del mediodía llevaba un salto de cama negro.

—Me mudé aquí el año pasado —respondió humedeciéndose los labios con la lengua—. Nunca he oído hablar de su tía, pero podría preguntar, por supuesto, si no le importa volver dentro de un rato.

Eric le dio las gracias y subimos un piso más, a la cuarta planta, primer apartamento; una tarjetita colocada sobre la puerta rezaba DRESSLER.

—Esta era su casa —dijo Eric, y llamó a la puerta. Un perrillo empezó a sollozar, pero no respondió nadie. Un momento después, se giró hacia el segundo apartamento y llamó allí.

Lenta, muy lentamente, se abrió una rendija, y luego un resquicio mayor; una anciana miró hacia fuera con el rostro frío e impassible de quien espera encontrarse con la policía o con un vagabundo.

—Buenos días —dijo Eric adoptando un tono despreocupado—. Siento molestarla, pero quizá pueda procurarme alguna información sobre mi tía. Vivía justo ahí...

La mujer se puso tensa; una cierta cautela se abrió paso en sus estrechos ojos grises. La boca de Eric soltó un torrente de palabras que se alzó como un desafío en

el sombrío pasillo. Seguro que se acordaba de su tía Hilde, una mujercilla frágil así de alta (se señaló el hombro con una mano), porque todo el vecindario conocía a la pobre Frau Weinstock, que estaba sola en el mundo porque su esposo y su hijo habían muerto como héroes en la Primera Guerra Mundial. El gobierno alemán le había otorgado una medalla de reconocimiento por el sacrificio que había hecho por la patria. Eric llevaba muchos años fuera, le explicó, y quería saber qué había sido de su tía. ¿Cómo había desaparecido de aquella manera, sin dejar rastro?

Mientras hablaba el miedo se instaló en el rostro de la mujer del mismo modo que un molde altera la forma de una hogaza de pan; no se movía; no parpadeaba; pero era como si algo en su interior hubiese dejado de respirar, y la sangre había abandonado sus mejillas, dejándolas del color de la cola.

—Dígame —dijo Eric con una voz que no parecía la suya, amable, pero autoritaria—, solo dígame qué ocurrió aquel último día.

Con un esfuerzo terrible, la mujer se apartó como para esquivar un golpe y luego le cerró la puerta en las narices. Se oyó un cerrojo y luego pasos asustados que corrían pasillo adentro, que corrían y corrían hacia una habitación interior, como un animal huyendo del cazador a sabiendas de que no hay escapatoria.

Qué frío hacía en Berlín, se quejó Nora al llegar a la calle; todo a nuestro alrededor se presentaba gris y muerto, las casas de ventanas agrietadas o reparadas a toda prisa, una tienda cercana cerrada, con su letrero de MILCH oscilando al viento. Eric miró el letrero como si lo reconociese, o como si le hubiese traído a la mente un recado para su tía, alguna conexión con su existencia rutinaria.

—Querido —dijo Nora colocándole una mano reconfortante en el brazo—. Rudneck o la tía Rosie sabrán qué habrá sido de tu tía. ¿Por qué torturarte preguntándoles a extraños?

Aún estábamos de pie en la acera como viajeros indecisos que no saben hacia dónde dirigirse.

—Rudneck me lo contó todo —respondió con una voz tan inexpresiva y gris como los edificios que nos rodeaban—. En 1943 reunieron a los últimos judíos de Berlín. Solo unos cuantos días antes la tía Hilde había llevado a la casa de Grunewald sus escasas reliquias de valor para que se las guardase la tía Rosie. La tía Rosie quiso esconderla pero Hilde se negó. Estaba completamente ciega ante la realidad. Tenía su medalla. No se podía creer que le fuesen a hacer algo. Así que llegaron a buscarla en un coche patrulla negro y como recompensa por su gran sacrificio los nazis gasearon a la tía Hilde en Auschwitz.

La boca de Nora tembló.

—Pero si lo sabías, entonces, ¿por qué...?

—Cuando la tía Hilde fue a ver a Rosie aquel día, le confesó que la tenía aterrorizada una mujer nazi que vivía al otro lado del pasillo y que la insultaba todo el tiempo.

Eric levantó la vista hacia una ventana lejana, vacía.

—Bueno, quería ver si la nazi seguía viviendo allí y si recordaba lo que había hecho. Se acuerda. Y al menos esta noche no dormiré.

Herr Rosen vivía en uno de los apartamentos nuevos en forma de caja no muy lejos del ayuntamiento de Schöneberg, una casa de un rosa pálido adornada con balcones azules. En el interior del salón, pequeño y funcional, todo tenía el mismo aire de pulcritud y precisión que el propio habitante de la casa, de pelo gris y áspero. Por suerte, no vivía allí solo, le contó a Eric. Al volver de Israel, solo tres meses antes, se encontró, para buena suerte suya, a sus amigos, el profesor Merker y su señora, que acababan de volver de su exilio en Argentina. Así que alquilaron juntos aquella casa, y así les resultaba más barato y agradable a todos. Estaba seguro de que Eric se alegraría de saber que Marthe tuvo una muerte de lo más apacible en Israel la primavera anterior, porque, gracias a Rosie, Marthe nunca supo la verdad sobre su hermana Hilde. Rosie localizó a los Ahrenfeld en Israel a través de la Cruz Roja en cuanto terminó la guerra.

—Qué carta tan bonita le escribió a Marthe —suspiró Herr Rosen—. Todo aquello de que Hilde murió de un ataque al corazón mientras dormía. Resultó tan convincente que hasta yo me lo tragué. Me enteré de la verdad más tarde, por casualidad, de boca de unos viejos amigos.

—¿Cuándo os marchasteis tú y la tía Marthe de Berlín? —preguntó Eric.

—En cuanto pudimos, justo después de la terrible *Kristallnacht*, en noviembre de 1938 —dijo en un inglés lento y cuidadoso. Las sinagogas seguían ardiendo y estaban arrestando a todos los varones judíos entre determinadas edades: de dieciocho a sesenta y cinco años. Había comenzado el pogromo, pero muchos judíos no se podían creer que en aquella ocasión significaba la muerte. Cuando él ya había preparado el equipaje y la partida, y había gastado una fortuna en los papeles de salida, aún había gente como Hilde, que se quedaba metida en su casa, sin querer separarse de sus reliquias, de su pasado. «Debemos mantener la calma», se decían unos a otros, hipnotizándose con falsas esperanzas. «Ni siquiera Hitler se atrevería a matar a todos los judíos». Y cuando, por fin, abrieron los ojos, era demasiado tarde para la mayoría de ellos. Millones de personas reconocieron la verdad solo cuando las puertas de las cámaras de gas se cerraron tras ellos.

—Acuérdate de mi padre —dijo Eric, con una amargura que le prestaba a su voz un tono hostil e hiperenfático. ¿Se acordaba de las peleas de aquella última noche en Grunewald, con su madre llorando en la planta de arriba y Herr Rosen, a quien habían sacado de la cama para que los acompañase en su conmoción? ¿Se acordaba? ¿Se acordaba?—. ¡Mi padre me llamó «idiota irresponsable»! —Eric se ponía enfermo al recordar las palabras, lo hacían encogerse. ¿Por qué, le había preguntado su padre, no había sido su hijo más cauto, más flexible? ¿Por qué tenía que salir a luchar contra los nazis, a ponerse en su contra y darles razones para que lo arrestasen como enemigo?

—. Mi padre me volvió la espalda al dejarme en el almacén de los Ahrenfeld. No me dijo adiós. Me repudió, me abandonó, me mandó al exilio sin una palabra amable, ni una señal de afecto, como si no fuese para nada su hijo. Nunca he olvidado su cara. Se diría que era yo el criminal, no los nazis.

El dolor que ensombreció su rostro como una ráfaga de viento helado lo convirtió de nuevo en un niño, carente de cualquier defensa y protección adulta.

Herr Rosen se quitó las gafas con cuidado y las colocó en un estuche negro; sus ojos, de un azul claro y desvaído, eran tan sinceros como los de un bebé.

—Tu padre se pasó toda la vida lamentando lo que te hizo —dijo.

—Lo sé. He leído su diario de la cárcel. Lo vio todo cuando era demasiado tarde. Pero he tenido que vivir durante años con ese horrible recuerdo de nuestra despedida...

—Debes intentar entender a tu padre —prosiguió Herr Rosen, como desbrozándole un camino entre hierbas enredadas al desdichado hijo de su mejor amigo. Walter era el típico alemán culto de clase alta que creía hallarse por encima de la política. Consideró, qué humano y patético, que si se quedaba en la oficina, editando libros de arte, nadie lo molestaría, y menos aún aquella gente ruidosa y vulgar que daba discursos en el Reichstag. Eric era entonces demasiado joven para apreciar las reuniones sociales que se celebraban en casa de sus padres, pero estaban entre las más brillantes de Berlín; uno se encontraba allí con la flor y nata del arte, la música y la literatura. Y la mayoría de los amigos de Walter también se sentía así. No había peligro real. Si no se metían con los nazis, ¿por qué iban los nazis a molestarlos? Qué exquisitamente simple, ¿verdad?

—Si me hubiese hecho caso cuando me marché —se quejó Eric— quizá estaría vivo hoy en día. Tenía dinero en Suiza, excelentes conexiones en el extranjero, todo lo necesario para empezar de nuevo, pero se sentía a salvo en Berlín. ¡A salvo, figúrate!

Herr Rosen tironeó nerviosamente de las mangas de su chaqueta; la aflicción de Eric lo conmovía profundamente, pero no encontraba palabras capaces de salvar el interludio de tiempo desde que se encontraron por última vez.

—Cuando la gente paga la ceguera con su vida, entonces nosotros, los supervivientes, debemos pensar en ellos con... ¿Cómo se dice *Mitleid*?

—Compasión —murmuró Eric en un tono más suave; miró de hito en hito al hombre, como intentando enfocarlo mejor ante aquellas paredes de un rosa absurdo, fondo digno de unos recién casados; una enorme begonia florecía en una maceta de un verde brillante, situada en mitad del arco que dibujaban unas cortinas de rayas.

—Herr Rosen, ¿por qué ha vuelto usted a Alemania?

—Para qué... Pues para morir, claro. —Parecía asombrarlo la pregunta. La vida era muy dura en Israel, ¿no lo había oído Eric? Era un país que pertenecía a los jóvenes, a los fuertes y a los invencibles; ¿qué derecho tenían los ancianos a vivir en casas y comer la comida que necesitaban los niños? Así pues, muchos ancianos se

marchaban de Israel si podían y regresaban a Alemania, donde recibían seis mil marcos de indemnización a su llegada, y quizá más, si es que podían demostrar todas sus pérdidas materiales—. No se pone precio a los muertos, por supuesto. Nadie te indemniza por los familiares asesinados, solo por los bienes robados. Pero, bueno, los alemanes siempre hemos sido gente muy práctica.

Se detuvo, como si en inglés se sintiese en mitad de un campo olvidado hacía tiempo, vallado con verbos difíciles, oraciones y palabras tramposas que no poseían el significado exacto que él les otorgaba.

—¿Cómo...? ¿Qué tal... estaban todos? —preguntó Eric, farfullando también—. En Israel, quiero decir.

—De nuestra familia solo quedan Magda Ahrenfeld y su sobrino David, el hijo de Leo. Sabes lo de Leo, por supuesto.

—¿Que murió en Belsen?

—Murieron tantos... De mi propia familia, los Rosen, solo quedo yo sobre la faz de la tierra —declaró como alguien que narrase un drama ocurrido hace tanto que la sangre hubiera abandonado a los personajes: se movían en una pantalla ante nosotros, dibujados en un monótono blanco y negro—. Solo los jóvenes pueden mirar hacia delante. David es ahora todo un ciudadano israelí; un chico fuerte, musculoso y con la cabeza bien amueblada. Se le ha olvidado que nació en Alemania.

—¿Y Magda?

—Esa pobre criatura, atrapada entre dos generaciones. No se resuelve a regresar como he hecho yo y, sin embargo, no acaba tampoco de adaptarse a Israel.

Tras levantarse bruscamente, fue a una habitación contigua para volver un momento más tarde con una foto ampliada en la mano; un grupo de jóvenes de vacaciones, de espaldas al mar; a un lado, algo distante, como una tutora acompañando a los jóvenes, se veía a una mujer de mediana edad, baja y algo rechoncha, con rasgos difusos.

—Ese es David, el del fondo. ¿Has visto qué alto es comparado con los demás? —Herr Rosen habló con cierto orgullo.

—¿Y la mujer?

Herr Rosen le lanzó una rápida mirada.

—Pero Erich...

—¡No! ¿Magda?

—Claro que ha cambiado.

—Pero si parece... mucho mayor. No aparenta su edad. Como diez años más. Y tiene el pelo casi blanco.

Daba la impresión de estar protestando contra la injusticia del mundo, que resguardaba a unos y destruía a otros.

—Magda se quedó sola, acuérdate. Su padre se suicidó, su hermano volvió a Alemania en la clandestinidad, la madre de David murió de un ataque al corazón casi en cuanto llegaron a Israel y Magda tuvo que encargarse sola de criar al niño,

educarlo y mantener a ambos. Magda, que antes tenía tuberculosis y no sabía cómo ganarse el pan. Menos mal que es buena profesora de música, que si no...

Eric levantó la vista de la fotografía muy despacio, y después se la tendió a Herr Rosen, que la colocó boca abajo en la mesa.

¿Se acordaba Eric de otro Ahrenfeld, llamado Gustav? Bueno, pues se fue a Chicago al mismo tiempo que Herr Rosen se marchó de Alemania; estaba casado con una mujer estadounidense y tenían dos hijos que hablaban solo inglés. Es más, el nombre legal de Gustav era George Arnold.

—Así que ya ves —dijo Herr Rosen tomando de nuevo asiento—, la nueva generación de judíos alemanes se ha perdido para siempre en Alemania. Cuando nosotros, los viejos, muramos, solo quedará un puñado. El gobierno da indemnizaciones para reconstruir sinagogas, a veces en comunidades en las que no queda ni un solo judío. Los nazis eran de lo más eficientes. Ahora ya pueden correr las lágrimas, y alzarse voces arrepentidas: «¡Cómo lo sentimos! ¡Volved, judíos, todo está perdonado!». Pero ¿cómo se van a levantar seis millones de cadáveres? Si lees la prensa alemana verás que hay gente que proclama que ya no hay antisemitismo en Alemania. Bueno, es que ya no quedan judíos a los que odiar. Por eso...

No hablaba con dolor o furia, sino con el desapego de alguien que ha dejado de lado toda emoción humana con el fin de sobrevivir; con la serena objetividad con la que un psiquiatra examina a un nuevo paciente, observó cómo Eric se ponía en pie, cogía la foto de Magda, la miraba con estupor y luego la dejaba de nuevo, como incapaz de convencerse de que lo que veía era verdad.

—Sentí mucho lo de tu madre cuando me enteré —dijo entonces Herr Rosen—. ¿Sufrió mucho en sus últimos momentos?

—No. Los médicos pudieron evitárselo. Murió sin saber que tenía cáncer y que mi padre ya había fallecido.

Compasión, había dicho aquel hombre que asintió expresando una silenciosa conformidad; los vivos conspiraban para proteger a quienes debían morir antes que ellos.

Eric miraba al hombrecillo; tenía los pies, cuidadosamente cruzados, enfundados en botas negras, y el traje le quedaba un poco grande. ¿Habría perdido peso o lo habían confeccionado para una complexión más ancha?

—Herr Rosen, tengo que preguntarle algo. Es poca cosa, quizá no lo recuerde.

—Ah, tengo muy buena memoria para las cosas pequeñas. Son las cosas grandes, las terribles, las que intento no recordar —dijo con una sonrisa tan pulcra y compacta como la habitación en la que estaba sentado.

—El año en que cumplí doce mis padres me mandaron fuera un mes, y a Käthe también. Pasó algo en casa. Nunca me contaron qué. Pero usted, el mejor amigo de mi padre...

—¿El año en que cumpliste doce? —Parecía estar retrocediendo, haciendo cuentas, sopesando al hombre que tenía delante, con el gris pálido alrededor de las

sienes rubias.

—Sí... 1922.

—Unas vacaciones, probablemente.

Usó un tono sosegado, pero Eric advirtió la nota de precaución.

—Oí a mi madre llorando por la noche. Y luego, a la mañana siguiente...

—Ah, 1922. Claro, muchacho. Tu padre perdió mucho dinero con la inflación. Como todo el mundo, se enfrentó a problemas muy serios. Quizá fue un error no contároslo. Yo creo que a veces es mejor...

Se interrumpió al ver que Eric se levantaba de la silla junto a la ventana.

—¿Tienes que marcharte? —preguntó Herr Rosen, con una pizca de preocupación en los ojos.

—Hay que ver a mucha gente y nos quedan muy pocos días. Acabo de visitar a Else, nuestra ama de llaves.

—Una mujer extraordinaria. Supongo que sabes que ella y tu tía Rosie escondieron a niños judíos durante la guerra.

—No, no lo sabía. Pero no me sorprende.

Eric colocó una mano en el pomo; luego la giró con suavidad, como poniendo a prueba el liso redondel de metal.

—Herr Rosen... ¿No odia a los alemanes por lo que les hicieron a los judíos?

El rostro desmejorado de Herr Rosen no mostró emoción alguna.

—Mi familia lleva viviendo en Berlín cinco generaciones. Si me permito odiar a los alemanes, me estoy odiando a mí mismo. Si me pongo a chillar «No soy alemán sino judío», entonces estoy diciéndole al mundo «Hitler tenía razón».

Tendió una mano fina y muy blanca para colocarla en el hombro de Eric.

—Seguro que tú lo entiendes, muchacho, tú que luchaste contra Hitler.

SIETE

A la hora del almuerzo, sentados bajo el toldo a rayas de un restaurante de la Kurfürstendamm, mientras comían pollo con paprika, Eric le pidió un favor a Nora. Sera capaz de sacarlo de casa del primo Albrecht aquella tarde, por la fuerza, si era necesario, cuando viese que empezaba a echar espumarajos por la boca? De otro modo no se hacía responsable de lo que pudiera ocurrir. Solo iba a tomar el té allí porque la tía Rosie había insistido, por alguna razón incomprensible; por sentimentalismo familiar, sin duda. Pero odiaba a Albrecht desde que eran niños, mucho antes de que el sexo femenino significase nada para ninguno de ellos, así que Kathe estaba equivocada, o solo tenía razón en parte, se podía ver de las dos maneras. Rupert, su hermano, un chico más simpático, murió en el frente ruso, pero Albrecht, aunque más tarde resultó gravemente herido, sobrevivió, y Eric se jugaba el cuello a que seguía igual de incorregible que siempre.

Después de todo, concluyó mientras cogía la sal, que se podía esperar de una familia criada en la más rancia tradición militar prusiana? A Eric le habían dicho que su abuelo Von Ludowitz casi se muere de vergüenza cuando su mujer le presentó a las dos niñas, Agnes y Rosie, y solo a un niño, Wilhelm, para continuar con la gloria del apellido dentro del ejército. El tío Wilhelm no había sido un mal ejemplar (sus hermanas lo adoraban), pero tenía el porvenir en su contra desde la cuna. Después, a los hijos de Wilhelm, Rupert y Albrecht, los atiborraron de estrategia y disciplina desde que supieron andar.

—Qué milagro que tu abuelo te dejase en paz —dijo Nora.

Eso se debía solo a que Eric era una especie de paria a los ojos de los Von Ludowitz, por ser hijo de un editor de libros de arte que para más inri era medio judío.

—Todo ira bien con tal de que Albrecht no se dedique a provocarme —concluyó.

—Y por qué iba a provocarte?

—Siempre lo hacía cuando éramos jóvenes.

—Entonces nos inventaremos un código —respondió Nora en tono alegre—. En cuanto vea esa mirada que te conozco tan bien, diré: «Eric, debemos marcharnos. No se te habra olvidado que nos está esperando el cónsul holandés en el bar del hotel? Es amigo de mi padre».

—Bien. Y sacame a rastras.

—Me pongo el vestido negro cuando volvamos al hotel?

—Por qué? A mí me gusta ese traje de *tweed*.

—Pero me imagino que Albrecht es bastante formal. Prestará atención a la ropa.

—Ya no. No verá lo que lleves puesto.

—¿No lo verá? —Su voz denotaba asombro.

—Lo hirieron —dijo Eric con cierta impaciencia—. Y ahora está ciego.

—Ay, qué horror —dijo Nora inclinándose hacia atrás mientras Eric le hacía una señal al camarero para que trajese la cuenta.

Nora, advertida de una cosa, se sorprendió ante otra que Eric se había olvidado de mencionar, o que quizá no tenía en cuenta, y era que el hombre esbelto, cortés y de exquisitos modales que se hallaba de pie en aquel salón magníficamente amueblado del barrio de Charlottenburg se parecía a Eric de tal manera que se podría pensar que eran hermanos en lugar de primos. Albrecht se acercó a nosotros hábilmente, tocando apenas con la yema de los dedos varias antigüedades que le servían de guía.

—Es de lo más considerado que paséis por aquí, ya sé lo ocupados que estáis —dijo en un inglés perfecto, aunque ligeramente afectado.

Era evidente que Albrecht no le guardaba rencor a su primo, o que ocultaba el antagonismo de la niñez mucho mejor que Eric; se disculpó porque su mujer y sus dos hijas estaban de vacaciones en el lago de Constanza: no para escapar del calor sino para buscarlo, porque había hecho un tiempo horroroso en Berlín aquel año. Igual que en Londres, sin duda.

Cuando nos sentamos todos en las sillas de damasco rojo, siguió conversando en el tono ligero y sereno del dueño de una mansión que intenta entretener a unos invitados extranjeros. Según transcurría la visita, sin embargo, su asombrosa semejanza con Eric, tan llamativa al principio, comenzó a menguar; se trataba, en el mejor de los casos, de una serie de rasgos provenientes de algún ancestro común de los Von Ludowitz que había legado a ambos hombres los huesos prominentes, un perfil arrogante y el mismo tono de rubio ceniza. Pero las personalidades que ocultaba la carne eran totalmente distintas. Nadie podía imaginarse a Albrecht inseguro y angustiado; era obvio que el mundo le había tratado con mucha deferencia. Gracias a su encanto, su aplomo y su implacable desapego ante cualquier camino que no fuese el suyo, parecía haberse movido siempre por la vida como alguien convencido de respirar un hálito divino.

Se puso a hablarnos de música y de su gran colección de discos; se levantó a poner uno. Teníamos que oírlo: el Schubert más arrebatador, grabado en Moscú. Por supuesto, en cuanto alemán occidental no se le permitía comprar nada en el Berlín Oriental (los libros, los discos y las cámaras estaban tirados de precio), pero si uno tenía amigos hasta en el infierno, siempre se conseguía algo. Le dio al botón y Schubert, melodioso y delicado, inundó la habitación del oficial prusiano de la mano de los músicos rusos.

De repente, refiriéndose al accidente de avión que tan estúpidamente lo había privado de la vista (casi al final de la guerra, para colmo), Albrecht dijo que se

alegraba de que al menos su oído hubiese salido indemne. Lo que más lamentaba era que nunca volvería a pararse ante el Pont des Arts para contemplar cómo el Sena adquiriría tonos azules y violetas...

—*Et maintenant que la pluie et el grand vent de janvier...* —citó repentinamente en un francés impecable—. Alain-Fournier —añadió con un suspiro—. Un talento notable.

—Qué pena que los alemanes lo matasen en la Primera Guerra Mundial — murmuró Eric por encima de la música.

—*Ach, Erich. Qué poco has cambiado.* —Albrecht exhibía una sonrisa llena de tolerancia—. Como siempre, *enfant terrible*, con una buena cabeza pero tan poca *finesse*.

Vi que las cejas de Nora se unían, perplejas; todo aquello resultaba desconcertantemente familiar. ¿Dónde habíamos oído la descripción de aquel mismo oficial nazi —o de su gemelo— hacía poco? Aquel perfecto caballero que hablaba un inglés y francés perfectos y que fue «de lo más correcto durante la guerra»? De la boca de miss Leeds, por supuesto, hablándole con voz trémula a un escéptico monsieur Nollet.

Al parecer a Eric le perturbó el mismo recuerdo, pues se giró hacia Albrecht, que fumaba pensativo, con la cabeza hacia atrás, perdido en la música, y dijo:

—¿Estuviste en París durante la guerra?

—Sí; por mi francés, claro. De lo más útil. —Algo pareció importunarle, como si una mosca insistente hubiese captado su atención—. Pero ¿por qué preguntas? ¿No te lo ha contado Käthe?

—No me ha contado nada de su pasado en la guerra.

—Qué lástima. Eso quiere decir que no me ha perdonado.

El rostro de Eric se endureció; sus labios se movieron al compás de la música, pero Albrecht ya se había dado la vuelta, puesto que una doncella nos traía el té en una magnífica bandeja de plata, junto con un surtido de pequeños bocadillos y bizcochos. Tras servirnos abandonó de nuevo la habitación y durante un momento no habló nadie; cuando la conversación comenzó de nuevo, se había desplazado del doloroso terreno personal al abstracto, con una destreza que suscitaba admiración por la habilidad de Albrecht. No cabía duda de que había servido con toda lealtad a los nazis, pero se negaba a permitir que Eric deslizase la más mínima pregunta sobre la guerra, sus actividades o sus opiniones en el pasado. Toda palabra que amenazase lo más mínimo con desvelar algo era apartada con una frase amable y bien hilada, una sonrisa afable y un chiste ya preparado.

Por fin Eric planteó la única pregunta que Albrecht no podía evitar, porque le afectaba de modo demasiado directo.

—¿Qué te pareció la conspiración urdida por los oficiales para derrocar a Hitler? Tengo curiosidad por saber tu opinión, porque en el extranjero le llegan a uno muchas versiones distintas.

Albrecht se detuvo, con la taza de té suspendida sobre el platillo de porcelana.

—Eso he oído. Héroes, como algunos escritores quieren que el mundo piense. Pero dudo mucho que encuentres a mucha gente de acuerdo con esa idea en Alemania. Yo creo que eran traidores.

—¿Te refieres... a que habían jurado fidelidad a Hitler?

—Me refiero a que en el ejército se precisa una lealtad y disciplina absolutas, porque de otro modo no hay ejército.

—¿Aunque te espere la aniquilación total?

—Siempre hay alternativas posibles en la estrategia militar. Pero ese complot en particular estaba tan mal organizado y se ejecutó con tanta puerilidad que sentí vergüenza por algunos viejos amigos que se habían dejado arrastrar como tontos.

—¿Y qué debería hacer un ejército cuando la derrota es inevitable?

—Proteger sus reservas para el futuro, desde luego. —Esbozó una sonrisa que desarmaba—. Tendrás que admitir que no lo hemos hecho nada mal nosotros solitos.

—¿Me hablas del nuevo ejército alemán?

—Una chapuza, ¿no? —Se reía como de un chiste divertidísimo y semiprivado—. Me han dicho que los uniformes que ha diseñado Bonn para sus llamadas «tropas democráticas» dan risa; son como unos boy scouts exaltados. Pero todo se arreglará muy pronto. Las circunstancias forzarán al gobierno de Alemania Occidental a poner el ejército en buenas manos y detendrán ese absurdo de las fuerzas reducidas con único propósito defensivo.

—Admito que la antigua Guardia Militar Prusiana está ojo avizor, como de costumbre —dijo Eric con voz monótona, mientras la música atravesaba un lento movimiento de suspense persistente—. Cuando uno vuelve la vista a apenas unos años atrás, a las condiciones de la paz...

—Inviabiles, por supuesto. La destrucción de los militares, Alemania reducida a una potencia de quinta categoría. Una idiotez por parte de los aliados. —Albrecht parecía muy satisfecho de que él y Eric coincidiesen en algo, si es que aquello podía llamarse coincidencia—. Al César lo que es del César: los estadounidenses (y son la única fuerza importante entre los aliados) saben rectificar los errores cuando los ven. Les he cogido bastante cariño tras haber trabajado codo a codo con ellos en el pasado. Poseen una simpleza, una inocencia que les da un toque de lo más conmovedor; lo contrario de nuestra sofisticación europea. No se consideran superiores, como suele ocurrir con los británicos... ¡Ay, perdón!

Puso la mirada en la que pensaba que era la dirección de Nora. Pero ella se había movido del sofá rojo a una silla más pequeña junto a la mesa de té, y cuando habló, el sonido de su voz lo desconcertó.

—Por favor, no te preocupes por mí. Soy bastante objetiva con los británicos y nuestras características nacionales.

—Lo comprendo. Deberías oírme a veces cuando la tomo con los alemanes. Su completa falta de sensatez, su pésimo gusto, las enormes dosis de sentimentalidad

nauseabunda que pasa por sentimiento verdadero. Si no fuera por los escasos individuos bien formados de las clases altas, Alemania carecería por completo de cultura; no sería más que un país de bárbaros. ¿Dónde estaba?

Hablando de los estadounidenses, le recordó Eric.

Al principio, continuó Albrecht, eran feroces, desnazificaban a todo el mundo, insultaban a los altos cargos alemanes que habían tenido la mala suerte de acabar como prisioneros. Justo después de la guerra, Albrecht pasó por algunas experiencias de lo más desagradables con el ejército estadounidense. Pero luego, gracias a Dios, llegó el asedio ruso de Berlín, que les enseñó a los estadounidenses con bastante rapidez en qué bando se hallaban sus intereses. Organizaron el transporte aéreo de modo fantástico.

—Creo recordar que los británicos ayudaron —murmuró Eric.

Albrecht ignoró sus palabras. En plena acción, dijo, uno de los militares más importantes del ejército estadounidense había ido a tomarse una copa a aquella misma casa y allí, sentados en el sofá, le había dicho: «Al, muchacho, si en 1941 hubiésemos conocido a los rusos como los conocemos ahora, habríamos luchado en vuestro lado y no en vuestra contra».

—¿Y qué respondiste tú? —preguntó Eric.

Albrecht se había limitado a decirle a Gus, muchacho, que no se preocupara, que tendría la oportunidad de luchar en el lado correcto en la próxima guerra, en lugar de en el equivocado. Pero, le había avisado Albrecht con voz henchida de solemnidad, Gus tenía que darse cuenta de que los alemanes conocían la Unión Soviética tras haber luchado en aquel terreno hasta Stalingrado. Su hermano Rupert estaba enterrado en algún campo desolado de Rostov. Así pues, había concluido, «en la próxima guerra, los alemanes queremos que tú y tus muchachos estadounidenses vayáis a pelear al hielo y nosotros nos quedamos aquí dentro de nuestras fronteras para proteger la retaguardia».

—¿Estuvo de acuerdo? —Eric se inclinó hacia delante en la silla.

No; se rio. Aquello era lo único, de hecho, que Albrecht tenía en contra de los estadounidenses: su primitivo sentido del humor.

—Habrás conocido a estadounidenses diferentes aquí en Berlín de aquellos con los que yo trabajé en Inglaterra durante la guerra —afirmó Eric, escrutando el perfil de Albrecht, coronado de humo—. No tenían ninguna duda sobre de qué parte estaban y por qué. Tampoco creo que hayan cambiado de opinión. Después de todo, hasta Stalingrado, Hitler era el anticomunista con más éxito que el mundo hubiera conocido jamás. Pero si estuviese vivo hoy en día, ¿tú crees que los aliados lo olvidarían todo para apoyarlo?

—¿Quién sabe? *Realpolitik!* Si lo necesitasen... —Aplastó el cigarrillo contra un cenicero—. Pero ¿para qué revivir un fantasma? Que Hitler siga muerto y la gente adecuada vuelva a gobernar Alemania.

—¿El ejército?

—No pronuncies «el ejército» con esa voz dolorosa —lo regañó Albrecht con suavidad—. Después de todo, no ha habido en el mundo entero gobierno ni país de importancia hoy en día que no fuese gobernado por el ejército. Mira los Estados Unidos. Y si el parlamento británico se imagina que su política la dictan algunos intelectuales melenudos que trabajan para la humanidad... —Albrecht bostezó un poco.

—*Wir werden weitermarschieren!* —citó Eric despacio—. Marcharemos de nuevo. Me temo, Albrecht, que se me ha olvidado la melodía.

—Eric, es tardísimo. Debemos irnos —exclamó Nora dando un bote y tirando del brazo de su marido—. Recuerda...

—¿Tan pronto? —preguntó Albrecht—. Aunque supongo que tendréis millones de cosas que hacer. Berlín resulta encantador, ¿verdad? La plaza llena de flores, todos esos edificios nuevos... —Habló como si acabase de volver de un paseo por la Kurfürstendamm con la vista juvenil intacta—. Por cierto, Erich, ¿a quién más has visto?

—A muy poca gente —respondió Eric, preparándose para marcharse—. La rama Ahrenfeld por parte de padre fue aniquilada casi por completo. De los veintitantos miembros inmediatos que había cuando me marché, diecisiete murieron en Auschwitz y Belsen, por suicidio, en el exilio o del mismo agotamiento y desesperación. De lo más eficientes, los nazis, tienes que admitirlo.

Quedó a la espera; la música cesó, el brazo del tocadiscos se alzó, el disco giró y nos llegó un fragmento de Rameau, aflautado y remoto, que atravesaba la tarde.

—Qué triste —dijo Albrecht por fin; estaba ante nosotros, alto y esbelto, con su traje de civil color azul marino, pero no hacía falta hacer un esfuerzo para imaginárselo con la indumentaria completa de un oficial nazi: las botas brillantes, el uniforme immaculado, las medallas que luciría en las calles del París ocupado cuando, tras denunciar a algún líder de la Resistencia como monsieur Nollet, podía pasear por el Sena y admirar el sutil azul violáceo del inminente crepúsculo reflejado en el agua—. Siempre pensé que tu abuela Lotte era una mujer extraordinaria —le dijo a Eric, tendiéndole su consuelo como si fuese una flor—. En cuanto a la pequeña Magda, a los diecisiete era un sueño. Podría haber perdido la cabeza por ella si tú no hubieses aparecido primero. Pero ¿qué podía hacer uno con los nazis? La mayoría de ellos sacó completamente los pies del tiesto hacia el final, con Himmler y todo ese manojito de idiotas. Lo que no puedo perdonarles es que no estableciesen distinción alguna entre los judíos finos y cultos, como la familia de tu abuela, y esos sucios judíos polacos y centroeuropeos que...

—¿Se merecían que los gasearan?

—¡Eric! —Nora tiró de él hacia la puerta—. Debemos marcharnos corriendo. Llegamos tarde. El cónsul holandés nos espera...

—Ah, pero no le importará esperar —dijo Albrecht caminando sin vacilar sobre la alfombra persa—. Un hombre encantador. Dadle recuerdos míos. Me gustan los

holandeses. Es gente tranquila pero llena de valor. Después de todo, eso es lo que cuenta en la vida, ¿no?

—Erich. Llevas horas echando espumarajos por la boca —regañó la tía Rosie a su sobrino con voz firme—. ¡Ya basta!

Habíamos cenado abajo, pero para tomar el café subimos a la habitación delantera, toda tapizada de un azul tenue, que una vez perteneció a la madre de Eric. La humedad de la noche era más propia del otoño que de agosto, y Käthe colocó unos cuantos troncos en la chimenea para resguardarnos del frío. Luego se sentó en un grueso cojín y presto oídos a la conversación sin hacer comentario alguno mientras extendía las manos para que se calentasen contra las llamas y su chisporroteo.

—Tenía una razón concreta para mandarte a casa de Albrecht esta tarde. No creas que ha sido por sentimentalismo familiar —explicó la tía Rosie.

—Salí con las tripas revueltas. Está resplandeciente de felicidad —protestó Eric—. Solo sueña con que reconstruyan la Wehrmacht, para que la gloria de la antigua Prusia desfile de nuevo como gansos por las calles de Alemania. Gracias a Dios que el padre de Nora no estaba con nosotros. Es un oficial jubilado que tiene pesadillas con el resurgir del militarismo alemán.

En ese caso, comentó secamente Rosie, ya podía el padre de Nora hacer algo con su propio gobierno, que estaba ayudando al rearme alemán. Lo único que sabía ella, hija de general, era que los ejércitos siempre servían para la guerra, que ella odiaba la guerra y había estado encantada cuando llegó la paz y la radio había soltado todas aquellas proclamas estupendas a los vencidos. La maquinaria militar alemana iba a ser completamente destruida, para siempre. Como cristiana, y cada vez más simpatizante de los cuáqueros, Rosie sentía que la humanidad no vería luz al final del túnel mientras los militares gobernasen, porque lo único que sabían hacer era pelear y hacerse enemigos.

—Käthe —se interrumpió—, te vas a quemar el vestido.

Käthe apartó a toda prisa la falda plisada de seda negra.

—Pues claro que Albrecht está encantado —dijo Käthe mientras tiraba otro puñado de ramitas a las llamas como si estuviese condenando a su primo a la hoguera—. Ahora todo el mundo les hace la pelota a los generales alemanes. «Por favor, rearmaos, por favor, aceptad nuestro armamento atómico, por favor, reclutad soldados y salvad Europa y el mundo del comunismo». Eso es lo que Albrecht y sus amigos oyen cada día, ¿y sabes lo que están haciendo?

Pues claro que Eric lo sabía. Buscando al mejor postor, poniendo un poder contra otro, sopesando ofertas para ver cuánto podían sacar con el menor compromiso por su parte. Porque eran más listos que el hambre...

—Y los otros son unos imbéciles —exclamó Nora furiosa, acercando la silla al fuego.

Y Eric no debía pensar que eso era lo único que ocurría en Alemania, le dijo Käthe. Si se hubiese quedado un rato más en casa de Albrecht habría oído hablar de sus queridísimos compañeros de armas, el general Fulano y el coronel Mengano, que en aquellos momentos se paseaban por Alemania Oriental, aunque se suponía que esta formaba parte del régimen popular, y los rusos los usaban del mismo modo que los estadounidenses usaban a Albrecht. Era una verdadera locura y sin embargo tenía sentido. Si la única respuesta a la guerra era la guerra, entonces, por supuesto, los generales siempre serían necesarios. Pero si alguien fuera de Alemania (o los aliados, desde dentro) era tan imbécil como para creer que, en caso de guerra, Albrecht o cualquier otro militar alemán iba a luchar contra sus propios hermanos solo porque daba la casualidad de que estaban geográficamente en el otro lado...

—Albrecht cree que puede conseguir lo que quiere sin luchar contra nadie la próxima vez —dijo Eric—. Pero lo que yo quiero saber es ¿qué ocurrió en París? —Se volvió hacia Käthe—. ¿Qué te hizo Albrecht? Me dijo que temía que no lo hubieses perdonado. ¿Por qué?

Käthe acarició las tablas de la falda con los dedos, doblándolas y desdoblándolas a un ritmo persistente.

—No quiero hablar del pasado. Además, no fue culpa de Albrecht. Solo intentaba ayudar. Pero Albrecht era una figura muy importante en el cuartel general de los nazis en París, y yo estaba escondida y era la viuda de un líder de la Resistencia. Albrecht cometió un error terrible y yo pagué por él de un modo terrible.

—No ganaremos nada intentando sonsacarle. Solo lleva bien un año más o menos, así que no quiero que la pongan triste de nuevo. —La voz firme de la tía Rosie alejó el dolor y el pasado de la conversación. Continuó en tono más suave diciendo que Eric pronto volvería a Londres y que esperaba que todo lo que había visto y oído encajase y tuviese sentido. De veras; venir desde tan lejos para ver solo una parte del puzzle era un completo absurdo, hablar solo con quienes estaban de acuerdo contigo y no podían hacerte daño... Bueno, para eso podía haberse quedado en Chelsea. Lo que había que hacer era escuchar, no juzgar, escuchar a todo el mundo, no solo a Albrecht, sino también a la vieja Else y a Herr Rosen y al director del hotel. Todos formaban parte de Alemania por mucho que difirieran en lo que defendían.

—Lo mínimo que puedes hacer es escuchar. Después de todo, comparado con lo que han sufrido los demás... —le reprochó Käthe a Eric.

—Lo sé. A mí no me ha ocurrido nada realmente malo —dijo, como temiendo que no lo creyese—. Hui a Inglaterra en el momento justo. Me ofrecí a unirme al ejército británico pero tenía una úlcera de estómago, así que me metieron en una oficina. Me casé con la mujer que quería y, aunque atravesamos algunos momentos difíciles con los bombardeos, mi vida ha sido... pacífica. Lo sé. Lo sé.

—Querido muchacho, no tienes que defenderte ni sentirte culpable. Nosotros nos alegramos de que hayas escapado de lo peor. ¿Sabes qué fue lo peor de todo para mí?

—preguntó la tía Rosie, apartando la taza de té.

—Los bombardeos —respondió él.

No, qué va, para nada, dijo ella, rechazando la idea. Con las bombas, o uno moría o no moría. No, lo que la tía Rosie nunca podría olvidar era el modo en que los seres humanos cambiaban bajo el imperio del terror. Aquel fue el verdadero espanto del régimen nazi: que las personas a las que uno conocía, quería y respetaba se transformaban en traidores serviles y cobardes con el fin de salvar el pellejo.

De niña, recordó, amaba la raza humana a pesar del hecho de que su propio padre fuese un hombre severo, causa de que ella temiese y odiase todo lo militar. Pero después de lo que había visto, después de contemplar cómo los nazis brutalizaban a la gente y la convertían en robots...

—Y lo dispuestos que estaban unos cuantos millones de ellos a convertirse en robots —añadió Eric.

—Sí. Al menos la gente mayor, de mi generación, tenía recuerdos que los ayudaban a vivir, recuerdos de los clásicos, del arte, de los días en que Berlín era un centro artístico respetado en el mundo entero. Pero los jóvenes, aquellos muchachos desorientados arrastrados a las Juventudes Hitlerianas, cebados con terribles ideas sobre la pureza de la sangre aria y lo de morir por la patria...

Su voz resonó con tristeza en la habitación con su alfombra color zafiro cálido, la cama colocada contra la pared, cubierta de estampados indios, y los grabados que desde pequeña le habían encantado; allí estaban, todos reunidos, delicados rescoldos del pasado en los que se apoyaba para resistir el ataque de los recuerdos desgraciados.

—Tía Rosie. No he pegado ojo en toda la noche pensando en cómo te las apañarías sola durante... todo —dijo Eric.

—A veces la salvación llega del sufrimiento más terrible. A mí me llegó así —le contó—. Pero si intento explicártelo no lo comprenderás. Tú y Käthe pertenecéis a una generación de escépticos.

—Pero si lo entiendo, tía Rosie —protestó Käthe, como si la indignase la repentina exclusión—. Una cosa es que Erich y yo no creamos y otra muy distinta es que entendamos a la gente que lo hace. Si te hace feliz...

—Mi niña, parece que me estuvieses dando permiso para comer gachas para desayunar. Tú personalmente prefieres tostadas, pero si yo quiero algo más sustancioso... —La tía Rosie extendió la mano y le dio una suave palmadita a Käthe en la mejilla—. Ocurrió el día del funeral de Friedrich —dijo, prestándole toda su atención a Eric, como si estuviese explicando un acontecimiento pasado que no se podía esperar que él recordase—. Había decidido matarme yo también. No, no por eso, no por lo que crees —protestó, aunque Eric no había verbalizado sus pensamientos—; no por desesperación ni por miedo. Sino simplemente porque sentía que no me quedaba nada en el mundo por lo que vivir. Mi hermana había muerto en Londres, todas las personas a mi alrededor en Berlín estaban muriéndose o huyendo o viviendo algún drama terrible; tú y Käthe habíais desaparecido. Y mis amigos...

Bueno, no sabía en cuáles podía confiar todavía, porque estábamos rodeados de espías.

Y allí, junto a la tumba, se reunieron todos aquellos horribles buitres con la misión de observarla: los socios nazis de Friedrich en el banco, hombres de la Gestapo que se hacían pasar por compañeros de negocios. El día anterior se habían apresurado a decirle que habían encontrado a Friedrich muerto en su oficina, y que era un suicidio, porque un médico cuyo nombre ella ni siquiera conocía le había diagnosticado un cáncer incurable. Hasta le habían mostrado una carta de despedida, una falsificación tan obvia que incluso un niño se habría reído; y en aquel momento planeaban sobre el cementerio, esperando a ver si ella protestaba, si se derrumbaba, si revelaba la verdad. ¿Y cuál era la verdad? Friedrich se había suicidado, no a causa de un cáncer en el cuerpo sino en el alma. Pero aquello no podía explicárselo a nadie, ni siquiera a los pocos viejos amigos que la acompañaban, gente que odiaba a los nazis pero que ya tampoco confiaba en ella porque Friedrich había ostentado un alto cargo.

—No hay mayor tragedia en la vida que resultar sospechoso en todos los bandos. —Se detuvo; extendió el pie enfundado en una zapatilla de ante negro y empujó una ramita dentro de la rejilla de nuevo.

Así pues, los dejó a todos allí en el cementerio tras rechazar los ofrecimientos de llevarla a casa; comenzó a caminar sola, su último paseo, en dirección a la casa de Charlottenburg, donde había nacido, aquella maravilla de mansión que Albrecht había reconstruido para su familia. Quería mirarla por última vez, llevarse consigo a la eternidad algún recuerdo de una felicidad efímera, de la niñez ya oscurecida por el dolor adulto, de su hermana y de su hermano, ambos muertos; todo se había esfumado, su madre a quien adoraba, el padre odiado...

Cuando alcanzó el pesado portón de hierro, la casa estaba en penumbra, con puertas y ventanas cubiertas con tablas y dos niños peleándose delante; las hojas crujieron sobre el descuidado césped del jardín; pero era su hogar y allí se quedó, sumida en un millón de recuerdos y, al mismo tiempo, sin recordar nada, como si su cuerpo y su alma se hubiesen dividido en dos, una sensación extraña que recordaba en aquel momento como uno recuerda la fiebre una vez recuperado.

«Lo haré en algún parque desierto, por la noche, y cuando me encuentren por la mañana dirán que la viuda se ha matado de pena», se dijo al final, cuando desapareció el crepúsculo y la oscuridad se abatió sobre la ciudad. Llevaba en el bolso la misma pistola que Friedrich había usado para dispararse; se la habían dado aún con las huellas dactilares, por miedo a que albergase dudas. ¡Dudas! Como si no hubiera sabido lo cerca que se hallaba Friedrich del suicidio en las últimas semanas, ella, que había contemplado aterrorizada cómo el hombre al que una vez había amado se desintegraba ante sus ojos hasta convertirse en una criatura llorosa y asustada; usó su último reducto de dignidad para liberarse de las garras de unos hombres que, según acabó por comprender, resultaban ser unos criminales y no los salvadores de su patria.

Era de noche, hacía mucho frío, repitió, y ella iba en busca de algún parquecillo; pronto se extravió, las calles se le antojaban extrañas, parecían llevar a algún lugar sin fin. De repente, cuando la fatiga la aplastaba, vio una pequeña iglesia con la puerta abierta. Entró para descansar un momento, ella, que no se había acercado a una iglesia desde el día de su boda. Sentada en uno de los bancos traseros, con una lucecita encendida sobre el altar, mientras lo único que se oía en medio de la oscuridad era su respiración, advirtió, con completa aceptación, que aquella era la iglesia luterana de ladrillo rojo en la que la habían bautizado de pequeña, la iglesia que distaba solo una manzana de su casa de Charlottenburg; llevaba quizá horas caminando en círculos alrededor de la casa y algo la había llevado a aquel lugar. Estaba demasiado desfallecida para moverse. Se limitó a sentarse allí y perder toda noción del tiempo, de la ciudad exterior, de por qué había acudido allí en plena noche.

—Y mientras estaba allí sentada ocurrió —dijo Rosie con voz queda—. La vida había acabado para mí. Estaba muerta. Y al momento siguiente levanté la vista y, de repente, con un gran destello dorado y deslumbrante, la vida me inundó de nuevo, y con ella, la certeza de que no estaba sola, de que algo más fuerte que yo, más fuerte que la humanidad mortal, había extendido la mano para levantarme.

Sintió cómo toda la fe que sentía de pequeña volvía a ella, pero tan renovada y profunda que era como si se estuviese convirtiendo en otra persona, en una extraña dentro de su propia piel. En aquel momento de iluminación, de completa claridad, vio que Alemania había perdido la guerra, y supo que la esperaban el terror y el hambre, pero también que tenía que seguir viviendo, que Dios quería su vida por alguna razón y que si confiaba en él por completo sería capaz de seguir, de hacer el bien y de salvarse a sí misma y a los demás. Cuando, mucho más tarde, Rosie volvió por fin a casa, temió que aquel destello interior desapareciera, que al llegar la mañana todo fuera de nuevo gris y absurdo.

—Pero nunca se fue —dijo en voz queda—. Me ha protegido todo el tiempo. Trajo de regreso a Käthe. Y no es un accidente que tú, a pesar de haber afirmado que no volverías, hayas vuelto. Yo sabía que lo harías.

—Ojalá Alemania —dijo Eric tras un momento— contase con más cristianos como tú. Entonces quizá las iglesias podrían haber detenido a Hitler desde el principio. Pero lo cierto es...

—Que fracasaron, total y absolutamente, hijo mío. Lo sé. Cuando viene el pastor Schaffman a tomar café conmigo, a veces nos sentamos aquí y no hablamos de otra cosa. Desde la guerra, la gente vuelve a agolparse en las iglesias y vota a los democristianos, para apaciguar el dolor de su corazón. Pero no profesan la religión más allá de los labios. Saben que fracasaron en la mayor crisis de Alemania.

Si, prosiguió con la voz tensa por el desdén, si los alemanes poseyesen de veras algo de juicio moral sano, algo de gentileza o compasión, ¿habrían seguido a un líder que solo predicaba odio? Si Alemania se hubiese guiado por sus principios cristianos

habría sido imposible encontrar gente para dirigir los campos de concentración, para ejecutar asesinatos en masa, para destruir la mayor parte de Europa... y a sí mismos.

—Nosotros... Nosotros, los cristianos, somos responsables de lo que ocurrió, porque el régimen nazi constituyó el mayor fracaso de la historia de la cristiandad — exclamó, alzando una voz furiosa—. Si los líderes de la Iglesia se hubieran alzado heroicamente a la primera amenaza, si la Iglesia católica en la que nació Hitler lo hubiese excomulgado y desafiado a su régimen desde el primer día, entonces los alemanes podrían haber salvado sus almas. Hoy es demasiado tarde. Todo alemán adulto debe asumir su culpa. Solo los muy jóvenes pueden levantar la cabeza sin vergüenza.

¿Existía ese sentido profundo de culpa en los alemanes?, se preguntó Eric a continuación. Era muy difícil de distinguir.

—Mi querido muchacho, la gente que se siente culpable es como nosotros: almas decentes y honestas que lloran porque no pudieron impedir lo ocurrido, no porque ellos lo causaran.

¿Y de qué servían la culpa y las lágrimas, preguntó, cuando la verdad era aún más terrible? ¿Quería Eric la verdad? Entonces debía escuchar lo peor. Habían hecho falta millares (cientos de millares, según algunos) para formar las SS y las SA, para dirigir los campos de concentración y todas las fuerzas de represión en los países ocupados. Y eso si hablábamos solo de nazis fanáticos, no de la gente inocente que se vio arrastrada.

—¿Dónde se imagina el mundo entero que se han ido esos fanáticos? —inquirió—. No se han esfumado. Se hallan en toda Alemania, en ambas zonas, trabajando pacíficamente sin la menor sensación de culpa por lo que hicieron en el pasado. Te dirán que solo obedecían órdenes de sus superiores. Es gente sin rastro de conciencia ni de alma, gente que puede encender el gas que asesina a millones de personas y después decir: «Estas manos no son mías. Soy una herramienta. Un cero», y un cero no puede sentir culpa, ¿no es así?

Eric sacudió la cabeza, cansado.

—Pero todos tenemos la culpa: los que hicieron esas cosas y el resto del mundo, que permitió que se perpetrasen crímenes así. Y míranos ahora. Todo el mundo habla de los «exnazis» como si le diese miedo ofenderlos.

—«Ex», claro —exclamó Käthe—. Porque ya no poseen un partido. No lo necesitan. Les conviene más seguir siendo nazis convencidos y trabajar en otros partidos, como hacían al principio. La gente de fuera que siempre anda diciendo que el fascismo ha muerto en Alemania está loca de atar. Nosotros, los que vivimos aquí, nos vemos rodeados constantemente por terribles recordatorios de que el pasado no es el pasado. Sigue siendo el presente.

—Lo sé. Puedo sentirlo —respondió Eric.

—Bueno, deja que te cuente algo que ocurrió el otro día aquí mismo, en un autobús en Nollendorfplatz; me había montado en él con Fräulein Weber, mi

ayudante en la librería. —Se detuvo para mirar a Nora—. No es una historia agradable pero te dará una idea de lo que nos encontramos los alemanes antifascistas. De repente, Annie comenzó a desmayarse y conseguí sacarla a rastras del autobús y meterla en una cafetería. Allí me preguntó si me había fijado en el gordo que se había subido en Uhlandstrasse e iba agarrado a la barra que había justo encima de su cabeza.

Bueno, dijo Käthe, cuando los nazis metieron a aquella frágil mujer en un campo de concentración por su trabajo internacional en la Asociación Cristiana de Mujeres Jóvenes, aquel hombre era uno de los guardias más sádicos; se complacía especialmente en golpear a mujeres desnudas solo para oírlas gritar. Fräulein Weber siempre había sido una decepción para él, porque se negaba a soltar ni un sonido hasta perder la conciencia. Cuando Käthe investigó junto con algunos de los amigos antinazis de Franz, descubrieron que aquel hombre llevaba una vida próspera en Berlín; trabajaba en una empresa de exportaciones, viajaba por toda Europa y Estados Unidos de vacaciones y contaba con el respeto y la admiración de todos sus amigos y conocidos profesionales. Uno o dos admitieron vagamente que «habían oído cosas desagradables» sobre su pasado, pero ¿qué tenía que ver aquello con el presente? Así pues, aquella criatura florecía gorda e impune en Berlín y la pequeña Annie Weber tenía tanto miedo de volver a coger el autobús o incluso de encontrárselo por la calle que se había recluso prácticamente, y Käthe estaba muy preocupada por sus constantes ataques de depresión.

Así que, como Eric podía ver, el pasado de Alemania no podía olvidarse. Estaba allí, en las mismas narices de uno, y la gente se veía obligada a vivir con él.

—No hace falta que me convenzáis —dijo con voz llena de cansancio y frialdad—. Yo soy el que va diciéndole a la gente que Alemania sigue saturada de nazis.

—El nombre está muerto y enterrado, lo que viene a ser la etiqueta. Nadie sería lo bastante imbécil como para revivir a los nazis en cuanto partido o fuerza política. Sin embargo, hay millones de personas en Alemania hoy en día que no pueden decirlo abiertamente, aunque en lo más profundo de su corazón recuerdan la época nazi como el periodo más fantástico. Solo sienten haber perdido la guerra, no haberla empezado.

Käthe se detuvo para contemplar el rostro de Eric, el trémulo juego de llamas y sombras sobre la carne pálida.

—Como ves —concluyó por él—, las cosas son peores de lo que te imaginabas.

—No —respondió. Si servía de consuelo, y en aquella época uno tenía que encontrar consuelo en los hechos más variopintos, él había sabido a qué atenerse en su viaje a Berlín. Lo único que le dolía, confesó Eric, es que no veía salida ni solución, ni esperanza alguna para una humanidad que repetía los mismos errores, los mismos deslices, generación tras generación.

—¿De qué nos sirvió arriesgar la vida cuando éramos jóvenes? —exclamó—. ¿Qué conseguimos? Múnich. ¿Qué bien le reportó a mi padre morir de modo tan

heroico en la cárcel?

—Querido muchacho, eres demasiado viejo para preguntas tan fútiles. —La voz de la tía Rosie atravesó la penumbra, estentórea y reconfortante—. En esta vida hacemos lo que debemos hacer, según nos dicta nuestra conciencia individual. Tu padre escogió su muerte y al hacerlo creció espiritualmente. ¿Qué más se puede pedir?

Eric metió la mano en el bolsillo y sacó el largo sobre que le había dado ella el día anterior.

—No pude dormir tras leerla —dijo, desplegando las páginas—. Por supuesto, hay algunos detalles que no entiendo...

—¿Se la has leído a Nora? —le preguntó.

—Todavía no.

—Entonces, ¿por qué no se la traduces ahora, y mientras lo haces, yo voy explicando un poco el contexto?

—No es el estilo usual de mi padre, claro. Recuerdo sus cartas, tan académicas y cargantes.

—Uno escribe de manera distinta en la cárcel —le recordó ella.

Eric se trasladó a una sillita que había bajo la lámpara y colocó las finas páginas sobre la rodilla.

—«14 de enero de 1936» —comenzó—. «Es el cumpleaños de mi madre. Cuando estaba viva, toda la familia venía de distintas partes de Alemania o de donde estuviese y lo celebrábamos con música y champán. Cómo la he echado de menos... Pero hoy estoy encantado de que muriese hace cuatro años, antes de que ocurriese todo esto. Mi pensamiento retrocede mucho tiempo, hasta otro cumpleaños en el que no hubo fiesta, porque mi padre acababa de morir y mi madre estaba de luto.

»A. y yo la llevamos a Múnich, un lugar que le encantaba porque creció en él. Nevaba un poco en las montañas y los niños eran tan felices jugando que madre comenzó a sonreír de nuevo. Er. se cayó y se astilló un diente...».

Eric se detuvo para tocarse la muela lateral, como preguntándose cuál habría sido.

—«Mientras paseábamos por la calle, fuimos viendo carteles que anunciaban un mitin para el domingo 14 de enero de 1923 en la Königsplatz. NACIONALSOCIALISTAS, ANTISEMITAS, leí. Hablaba un hombre llamado Hitler. Pero ¿qué tenía que ver aquello con nosotros? Cuando a la mañana siguiente leí en los periódicos que millares de personas habían asistido al mitin, recuerdo haberle dicho a mi madre que los bávaros eran unos imbéciles. En Berlín se recibiría al tal Hitler entre risas. De eso hace hoy trece años. Ahora estoy sentado en la celda de una cárcel con tres enemigos del Estado más: un fabricante de vestidos judío, un miembro de las SS acusado de actividades comunistas (o eso nos dice a nosotros) y un profesor, un tal Herr L., que no tiene la más mínima idea de por qué lo arrestaron al salir de clase. Königsplatz, Múnich, 1923. Esta celda, Berlín, 1936. ¿Cómo ha ocurrido?».

Eric cogió la siguiente página, más pequeña que las demás, y le dijo a Nora que su padre había copiado de memoria un poema de Heine que debía reflejar su estado mental del momento, un poema muy bonito que comenzaba así: *Anfangs wollt ich fast verzagen*, sobre la desesperación que hay que soportar pese a todo.

Pasó otra página más; eran muy pocas las últimas anotaciones de aquel hombre que volvía repentinamente a la vida entre las sombras teñidas de azul de la que había sido la habitación de su esposa.

—«18 de enero. El tipo de las SS ha desaparecido, al parecer lo han reincorporado. Era un chico artero y listo pero no cruel, creo; al menos no todavía. Presumía de que no lo detendrían durante mucho tiempo porque sabía demasiado. Y además, el Reich necesita soldados jóvenes y fuertes para la guerra mundial que se acerca y que convertirá Alemania en dirigente, por fin. La acusación por comunismo era un absurdo, o eso decía, alguien que intentaba asustarlo por miedo a que hablase. De qué iba a hablar, solo el cielo lo sabe. Encuentro fascinante oírlo. Está tan seguro de sí mismo. Les han prometido el mundo a quienes protejan el régimen. A primera vista, todos esos nazis dan una impresión de fuerza asombrosa que sienta sus bases en la más completa desconsideración por cualquier derecho humano que no sea el del poder. Pero por dentro están confusos y divididos por el conflicto, y son primitivos.

»Pero ¿no ha sido esa la historia de Alemania durante décadas, si no siglos? ¿La incesante lucha de los elementos humanos, con su fragilidad y su liberalidad, contra la represión brutal y aplastante? Ese muchacho cree pertenecer a un nuevo orden, a algo único. Pero nosotros, que vivimos bajo el gobierno del káiser, nosotros, que hemos estudiado la historia de Alemania, reconocemos la misma brutalidad de la herencia prusiana floreciendo de nuevo, solo que ahora da forma a un monstruo que supera todas las creaciones precedentes.

»El profesor acaba de interrumpirme para preguntarme qué estoy escribiendo. Poesía, le digo, y sigo escribiendo. Pero ahí tenemos una pista sobre el pueblo germano. Es un prisionero acusado... ¿de qué? Al menos de ser un enemigo. Pero está preocupado, porque estoy escribiendo a pesar de estar prohibido, y quiere que acate las leyes. *Verboten*. Puedes intimidar a la nación alemana al completo solo con esa palabra. Eso es lo que pasa cuanto suprimes la libertad de todo un pueblo durante años y años. Al final no es necesario amenazarlos en absoluto. El miedo que albergan en su corazón los disciplina constantemente, los hace débiles y pusilánimes».

Eric levantó la lámpara un poco, como si le costase cada vez más leer la letra menuda y apretada en un papel tan delgado que temblaba al tocarlo.

—«19 de enero. No he dormido en toda la noche. El frío... Nadie que haya pasado toda su vida durmiendo en una cama cómoda puede concebir el frío de una celda. Me quedé despierto, pensando en el miedo. Y en lo que le hace a la gente. Ahí estaba mi querida esposa. Cuando la conocí la vigilaba un padre ogro, un general de talones unidos que dirigía su familia como si estuviese formada por criaturas de mente débil, incapaces de manejarse por sí mismos sin su supervisión. A. me quería,

pero ni se le pasaba por la cabeza casarse conmigo porque sabía que su padre no daría su aprobación. No era elegible de acuerdo con los requisitos de su padre. Mi padre era cirujano, y además muy distinguido, la familia de mi madre era rica. Pero eran judíos y el dinero no los hacía aceptables para un general de la vieja escuela. No, dijo, no dejaré que ese joven entre en mi casa.

»Así que al final nos fugamos con la ayuda de mis padres y de la hermana de A., y el general la repudió de inmediato. Cómo lloraba y temblaba A., qué lástima sentí por ella cuando su hermano vino a decirle que su padre la consideraba caída en desgracia y muerta. Uno se enfrenta al poder con poder, le dijo mi madre a A. Tardó, pero, al final, madre triunfó. Gracias a la mediación de unos amigos importantes, el general consintió en acudir a una fiesta que daban mis padres en honor del nacimiento de Er., el primer nieto. La fiesta se celebró en la villa de mis padres. Habían invitado a los más notables de Berlín a propósito. La comida era magnífica. La música, soberbia. Estaban allí todos mis parientes, las mujeres llevaban vestidos de París y sus mejores joyas. No era propio de ellos tanta ostentación, pero lo hicieron a propósito para demostrarle a una muchacha asustada que su nueva familia tenía poder e influencias y podía protegerla. Aquella noche, el general, por primera vez, besó a A. en la mejilla al marcharse de la casa, llamándola de nuevo “hija mía”. No podíamos cantar victoria, pero como buen militar sabía reconocer cuándo las fuerzas contrarias lo superaban en número. Nunca volvió a dar problemas. Pero al final de su vida A. nunca dejaba de tener miedo, porque era parte de su ser. Cuando el general murió era una mujer de cuarenta años, y pudo decir por fin: “Era un hombre duro y solitario y ahora no siento odio sino lástima”».

Eric miró hacia la tía Rosie.

Ella tosió suavemente en el pañuelo ribeteado de encaje que tenía hecho un nudo en el puño.

—Agnes exageraba un poco. Había que saber tratar a padre. Ella no lo conseguía.

—Madre era terriblemente sensible —dijo él.

—Terriblemente —convino, y mostró una sonrisa amable pero algo irónica—. Pero continúa. Las cosas suenan distintas en inglés.

Eric volvió a coger las páginas.

—«26 de enero. Han soltado también a Herr X., el industrial. Se va a Estados Unidos, a empezar una nueva vida a los sesenta. Se lo ha dado todo a los nazis a cambio de su libertad. Por desgracia, Herr X. es un hombre horrible y avaro y no puedo alegrarme de su libertad cuando tanta gente magnífica morirá por no tener dinero para pagar su documento de salida.

»27 de enero. Ha llegado un hombre nuevo a la celda. No habla, se sienta en la esquina con la cabeza gacha. Hoy ha ocurrido algo horrible. El profesor me dijo de repente: “Me alegro de que ese judío repugnante se haya marchado a Estados Unidos”, y sin pensar le respondí que yo también estaba encantado de perderlo de vista. Después me giré, desconcertado. ¿Por qué había dicho yo una cosa semejante?

Yo, que soy un ser maldito en este régimen, un *Mischling*, mitad cristiano, mitad judío: un cero. Era un hombre horrible, judío o no judío. Pero ¿dónde había aprendido yo a que me desagradase la gente y las cosas relacionadas con los judíos? Desde luego, no de mi padre, doctor luterano que trataba a todos los seres humanos por igual. Aunque la familia de mi madre, por asombroso que parezca, era definitivamente antisemita. Ahora me doy cuenta. Eran gente extremadamente bien educada, liberal, librepensadora, que les tenía horror a los rabinos y a las sinagogas y a todo lo relacionado con una religión de la que se habían desprendido. Nunca me enseñaron lo más mínimo de los ritos judíos, ni entiendo las fiestas. Aún recuerdo las discusiones en la familia Ahrenfeld cuando mi prima Hilde se casó con un hombre religioso y tuvo que aprender a acatar las reglas dietéticas, y la pena que nos daba a todos, como si hubiese descendido un peldaño en la vida social y cultural.

»Nadie fue nunca más alemán que mis parientes judíos. A menuda tragedia se enfrentan ahora los que aún viven. La persecución ha vuelto a empezar, pero esta vez será peor que nunca, y los judíos alemanes se exiliarán o morirán como lo vienen haciendo durante años. Solo que esta vez muchos ni siquiera sabrán por qué los persiguen, porque lo único “judío” en ellos es su nombre, e incluso se lo habían cambiado en muchos casos.

»28 de enero. Hasta ahora no me han interrogado. Están estudiando mi caso, dicen. Sigo siendo uno de los privilegiados. He oído que incluso han negado ante la prensa extranjera haberme detenido. Me conocen en el extranjero. Los círculos artísticos de Nueva York, París y Roma preguntan por mí. Pero el profesor no tiene a nadie que se preocupe o que pregunte por él. Lo han interrogado esta mañana. Ahora no puede hablar más que en susurros. Me temo que le han roto la mandíbula.

»30 de enero. Hoy hace tres años que Hitler fue nombrado canciller. Hasta aquí, en la celda de la prisión, se oye la celebración. Millones de alemanes están felices esta mañana, convencidos de que una nueva era de poder y grandeza ha llegado a su tierra. Pero ¿cuánto durará su alegría?».

Eric levantó la vista; ¿cómo sabía tanto su padre del mundo exterior? ¿Cómo sacó las páginas de allí? Con sobornos, respondió la tía Rosie; los guardias eran totalmente corruptos. Y además, al principio, «estaban muy impresionados con tu padre. Como dice él...».

Eric continuó leyendo.

—«2 de febrero. He hecho examen de conciencia en medio de este frío implacable. El hombre nuevo ha levantado por fin la cabeza y ha empezado a hablar. Es un médico judío al que sacaron de uno de los hospitales más grandes para hacerle sitio a un cirujano nazi que, de tan inútil como era, asesinó a dos pacientes el primer día. Miro a este hombre y es como mirar en mi interior. Veo su cara delgada, intensa, morena, la nariz un poco demasiado prominente. ¿Eso es lo que dicen “parecer judío”? En Italia uno pensaría que es siciliano. En Francia sería del Midi. Ningún científico sería lo bastante estúpido como para pretender que existe una raza “judía”.

Es solo una religión. Sí, conozco a algunos judíos que hablan de ser la raza elegida, pero son tan poco científicos como sus enemigos. Por lo tanto, si uno no profesa una religión, ¿se puede decir que uno pertenece pese a todo a ese grupo? Me gustaría discutir todo esto con el doctor, salta a la vista que es un joven culto e inteligente. Pero no puedo porque el profesor está a la escucha. Para él soy el perfecto prusiano. También para los guardias. Me ven más alto que ellos, robusto, de pelo claro y con un bigote recortado. Me llaman Herr Doktor, y se preguntarían qué estoy haciendo aquí si las cárceles de Alemania no estuvieran llenas de sorpresas en esta época. Walter, sé honesto, sé honesto contigo mismo, me grito por las noches. ¿No es cierto que siempre he estado orgulloso de mi apariencia, de mi absoluta falta de rasgos “judíos”? ¿No fue mi propia madre, tan inteligente en tantos otros campos, lo bastante irresponsable como para notificarme de pequeño lo feliz que se sentía de que yo hubiese heredado la piel clara de los Dalburg y sus ojos azules? ¿Y encima tan rubio, hijo mío? ¿No éramos todos, alemanes de tradición católica, protestante y judía, no éramos todos, por dentro, antisemitas? La verdad... La verdad es que...

»3 de febrero. Todo ha cambiado en un abrir y cerrar de ojos para mí. Expresé el deseo de leer *Mein Kampf* y el guarda me lo trajo. Me dan todo el papel y los lápices que quiera para tomar notas. Es el libro que ha transformado mi país. Nunca lo he leído. El profesor cree que me he vuelto loco o que me está seduciendo el régimen. El médico lo entiende. Él lo ha leído pero sabe cuántos otros no. Alemania está perdida, me dice al oído. Nos espera el mayor baño de sangre que haya conocido el mundo. Y si después queda alguien vivo, quizá la humanidad, por pura autodefensa, se vea obligada a construir un mundo mejor, o a dejarse morir.

»4 de febrero. Han condenado al médico a dos años en un campo de concentración por “resistirse” al régimen. Pocos salen vivos tras dos años de vida allí. Su padre, que tenía un pequeño comercio, trabajó día y noche para pagarle a su hijo los estudios de médico. El muchacho se licenció con matrícula. Le dieron una beca de neurocirugía en Zúrich y se convirtió en un especialista; tanto, que los suizos le ofrecieron un puesto si se quedaba allí. Un primo le escribió desde Estados Unidos para decirle que debía quedarse allí y no volver a Alemania. “Debo volver”, dijo él. “Mi país me necesita”. Aquello ocurrió en 1932. Hoy, cuando se lo han llevado, se me han llenado los ojos de lágrimas.

»8 de febrero. Está todo en este libro: todo lo que le ha ocurrido y lo que le ocurrirá a Alemania y al mundo. Claro, inconfundible, en negro sobre blanco para que lo vea todo el mundo, el plan de Hitler para conquistar el mundo. Solo los nazis lo han entendido. Y los jóvenes, la juventud de ojos penetrantes como mi hijo. Veían el mensaje y lo que significaba. Mientras ojos viejos como los míos se negaban a ver nada. Ahora todos, jóvenes y viejos, nazis y antinazis, tendremos que pagar.

»10 de febrero. Los de fuera no me han abandonado. Hoy he sabido que las primeras páginas de este diario han llegado a su destino. Están urdiendo planes. Van a pasar cosas. He de estar listo.

»12 de febrero. Hoy me han interrogado por fin. El tipo no era un oficial de policía normal, sino a todas luces alguien muy importante en lo que llaman el Departamento Cultural, uno que sabía de arte. Quizá los telegramas extranjeros hayan surtido efecto. El hombre conocía todos mis libros de arte. Ha hablado de la gloria de la herencia artística alemana. Sabía que estaba leyendo *Mein Kampf*. Me preguntó qué me parecía. Dije, con toda honestidad, que era un documento extraordinario y que lamentaba no haberlo leído antes.

»13 de febrero. Ahora lo veo todo claro. Lo único que tengo que hacer es fingir que he cambiado de opinión, que se me han abierto los ojos, y me soltarán de inmediato. Es obvio que no quieren que se celebre un juicio, ya que se supone que ni siquiera estoy en la cárcel. Tampoco me pueden borrar del mapa cuando tantos extranjeros me conocen. Qué problema debo de suponer. Si me liberan, puedo volver al trabajo, a condición, por supuesto, de aceptar una administración nazi en mi editorial, cosa que otros tantos hacen a diario. Fingen estar "convencidos" o al menos "colaboran". Al cabo del tiempo llega un momento en que es posible viajar a algún sitio. Entonces uno puede exiliarse, vivo, al menos.

»14 de febrero. Sé el sufrimiento que voy a causarles a los de fuera, que han hecho planes para mí. Pero hoy he insistido en que se celebre un juicio público. Quiero que se presenten cargos en mi contra, una oportunidad para defenderme en los tribunales. Todo ha cambiado de repente. Me han quitado hasta la manta. Para cenar me han traído un aguachirle.

»15 de febrero. Veo lo que me espera en el futuro. No me hago ilusiones. Pero estoy decidido y no me echaré atrás. Alguien debe enfrentarse a la farsa de la justicia nazi. Soy un hombre importante. Mi nombre tiene peso fuera de Alemania. De algún modo la verdad acabará saliendo a la luz. Por mucho que intenten ocultarla.

»20 de febrero. Estoy enfermo, muy enfermo. Ahora se alza un muro entre mí y el mundo exterior. Quizá estas líneas nunca lleguen a las manos adecuadas. Sin embargo, debo escribirlas. No lamento mi decisión. No podría haber actuado de otro modo. Esos traidores deben saber que el espíritu alemán, el verdadero espíritu, y no su versión pervertida, es lo bastante fuerte como para haber resistido siglos de represión, y volverá a florecer. La oposición no ha muerto. Y este régimen brutal se destruirá a sí mismo como hace siempre la brutalidad, con el tiempo.

»21 de febrero. Me he pasado la noche delirando, según me dice el profesor. Tengo una fiebre altísima. No puede verme ningún médico. Quieren que muera. Ahora sé que así será. Pero ¿y si mi muerte da frutos? ¿Y si le otorga sentido a una vida que carece de él? ¿Cómo si no me perdonará mi hijo la ceguera de aquella última noche, mi despedida silenciosa? ¿Cómo si no puedo perdonarme yo?».

Eric soltó por fin las páginas; nadie habló; el fuego estaba casi apagado, solo un puñado de débiles cenizas color rosa grisáceo, agitándose con las vaharadas de viento que bajaban por la chimenea.

—¿Dónde está enterrado? —preguntó Eric—. Por alguna razón me daba miedo preguntarlo... Miedo de que...

—Ah, no, no tengas miedo. Se nos entregó el cuerpo con toda corrección —respondió la tía Rosie—. Hasta nos dieron un certificado médico que declaraba que había muerto de bronconeumonía y, cuando lo enterramos, vinieron todos los trabajadores de la editorial a presentar sus respetos, incluyendo, por supuesto, a los miembros nazis, que intentaron fingir que Walter había muerto en su propia cama. Yace junto a tu abuela Lotte y tu abuelo. En cuanto a estas últimas páginas, Friedrich y yo las encontramos embutidas en la puntera de sus botas. Quizá escribió más, pero esto es todo lo que tendremos.

Se levantó, frágil, contra las sombras, con el vestido de seda negro crujiendo a cada movimiento; y acercándose a Eric, que había enterrado el rostro entre las manos, dijo:

—No pienses más esta noche. Vuelve al hotel y vete a dormir. No se puede hacer nada, absolutamente nada para cambiar el pasado. Una vez te des cuenta de eso y tu corazón lo acepte, la vida será más fácil de llevar. Créeme, lo sé.

OCHO

—Este es el fin, el fin absoluto —dijo Nora, de pie en mi habitación a la mañana siguiente, con los ojos ensombrecidos por otra noche sin sueño. Eric tampoco había dormido y habían pedido que les subiesen el desayuno muy temprano; ¿quería yo compartirlo con ellos?

No pregunté qué llegaba a su fin; me limité a seguir a Nora a su habitación, donde me encontré a Eric hablando con el camarero que empujaba el carrito del desayuno. Parecía andar con prisas, como si tuviese que coger un tren o llegase tarde a una cita urgente, a pesar de la hora. El reloj de viaje de cuero rojo que había sobre la mesa marcaba las siete y media.

Aún apresurado, Eric nos sirvió café, comentó el tiempo (hacía sol, para variar) y después, tras una pausa, dijo con una voz que apenas reconocí:

—Supongo que Nora te ha contado...

—No, qué va. Es asunto tuyo —respondió ella con rapidez.

—Es la primera vez en nuestra vida de casados que Nora me falla. Justo cuando más la necesito —prosiguió, como si estuviese comentando un titular del periódico que no lo concernía de ninguna manera.

El rostro de Nora se sonrojó.

—Yo me vuelvo a Londres —dijo él.

—¿Hoy? —pregunté.

—Si consigo subirme a un avión.

El «yo» se abatió sobre la habitación como un látigo, excluyendo a todos los demás y formando una tupida red a su alrededor.

—Por supuesto, todo el mundo comprenderá que salí huyendo porque soy un miserable cobarde —dijo.

—¿Cómo lo comprenderán? ¿No puedes mandar un telegrama reclamándote en el trabajo? ¿O informando de que alguien está enfermo? —sugerí.

Pero después me arrepentí de mis palabras, pues se abalanzó sobre ellas con ávida presteza.

—Eso es justo lo que llevo diciéndole a Nora toda la noche. Es muy fácil. Una emergencia en la oficina. Lo único que tiene que hacer Nora es coger el teléfono, llamar a la tía Rosie y fingir que le está leyendo el telegrama. La tía Rosie no sospechará que Nora miente. Pero Nora se niega, rotunda y reiteradamente.

—No puedo hacerlo, Eric —le dijo—. Ya te he explicado por qué.

—Sí, porque es asunto «mío». —Eric comenzó a imitar su voz, marcando las palabras con ácido despecho—. Ya no puedes seguir interfiriendo más en mi vida. Tengo que tomar mis propias decisiones. Si quiero marcharme a casa debo ser yo quien se lo diga a la tía Rosie. Pues bien —se detuvo—, venir a Berlín fue idea tuya, no mía. Yo no quería venir. La noche antes de marcharnos me entró tal angustia que tuviste que atiborrarme de tranquilizantes para meterme en el avión.

Nora se quedó allí de pie sin responder.

—Si no salgo hoy de aquí... —dijo Eric extendiendo una mano temblorosa hacia el café—. De qué sirven las palabras. Nadie me entiende, ¡nadie! Pero ayer por la noche sentí que algo se rompía en mi interior. Desde que era joven he tenido tendencia al suicidio. Como todos los alemanes. No creas que la tía Rosie no tiene razón. No hacía falta que me lo contara. Hay algo en el alma alemana (odio esa palabra, pero ¿existe otra?), en fin, una pulsión profundamente masoquista y nihilista hacia la autodestrucción. Por eso hubo millones de personas que se lanzaron tras Hitler a la guerra y la muerte. Por eso Nietzsche atrae tanto a los alemanes. Expresa sus pensamientos más profundos. En Inglaterra me sentía protegido de mí mismo. Aquí estoy desnudo. Un día más y saltaré por la ventana o dormiré para siempre con las píldoras que me quedan. Yo nunca he querido vivir, en realidad. Ya lo sabes, Nora. Llevas años arrastrándome, obligándome a intentar actuar de manera normal. Pero no sirve de nada, Nora. Es el final.

Se detuvo; su aliento marcó la estela de sus palabras como un fonógrafo manual que se quedase sin fuelle; una ligera boqueada puso fin a todo sonido por el momento.

—Nora. —Fue una voz pequeña, nítida, compacta—. ¿Llamarás a la tía Rosie para decirle que nos vamos?

Lo miró con ojos acorralados; luego se humedeció los labios aún sin pintar con la punta de la nerviosa lengua.

—No —respondió.

La brisa que entraba por la ventana entreabierta se enroscó sobre el escritorio y tiró un sobre al suelo; allí se quedó, cuadrado y blanco, como un cubo de nieve sobre la alfombra de flores.

—Muy bien. —Eric se retiró mientras una desesperación absoluta se apoderaba de sus ojos, aislándolo—. Nunca volveré a pedirte que hagas nada por mí; nunca.

A Nora se le humedecieron los ojos; se giró hacia el otro lado. El teléfono comenzó a sonar, al principio suavemente, luego con más insistencia; un silencio de terreno baldío se instaló en la habitación; el timbre del teléfono se detuvo, luego volvió a empezar; nadie se movió; a la tercera vez que resonó el coro de trinos, Eric se acercó al auricular y lo cogió.

—¿Diga?... Sí, Franz. —Mientras escuchaba, su expresión cambió; sí, por supuesto que iría. Quizá no sirviese de nada, pero nunca se sabía con los chicos. Su alemán se hizo más rápido, más coloquial, volaba como un pájaro recién liberado,

hasta el punto de que se me hizo difícil seguirlo. Nora, que había captado el nombre de Franz, se quedó a la espera con la aprensión pintada en el rostro.

Luego Eric colgó el teléfono y volvió a la mesa donde había dejado su café a medio terminar; se había enfriado y al parecer ya no sabía a nada; hizo un ligero gesto de asco.

—Gerhard —dijo—. Ha estado fuera toda la noche y acaba de llegar a casa apaleado. Franz cree que puede haber fractura. Está esperando al médico. Le he prometido que nos acercaríamos.

Eric tanteó el costado de la bulbosa cafetera de porcelana y, apaciguado, vertió un poco de líquido caliente en la taza.

—Le he dicho a Franz lo del telegrama. Tiene que llamar ahora mismo a Käthe de todos modos, por lo de Gerhard, así que le he pedido que le diga que nos marchamos y por qué. Así que ya no tendrás que mentir por mí y tu pequeña conciencia británica podrá seguir limpia —dijo mientras se giraba hacia el armario y sacaba su maleta.

Para cuando llegamos al estudio de Franz, un médico ya había estado allí para arreglarle al muchacho la muñeca dislocada y coserle un corte muy feo de la mejilla. En aquel momento Gerhard estaba intentando desayunar con una mano; se sentó a la mesa con la cara pálida, el pelo castaño revuelto y los pantalones ceñidos azules llenos de manchurroneos por un lado. Echó una mirada furtiva a Eric mientras su padre hablaba; luego se concentró en el huevo cocido que le habían pelado y colocado dentro de una taza, donde rebotaba contra su cuchara.

—Gerhard cree que no sé dónde se mete —nos contó Franz mientras abría de par en par la ancha ventana; daba sobre una calle llena de trolebuses que producían un tremendo jaleo metálico—. Se cree que soy tan tonto que no sé por qué mi hijo lleva semanas en plan misterioso, por qué desaparece cada noche y por qué aparece por casa lleno de golpes. Por supuesto, no me dice nada. Soy su padre y eso me convierte en un enemigo.

Eric encendió un cigarrillo y se alzó un poco en la silla, como si quisiera echarle un vistazo más detenido al chico.

—Estos niños se creen que son héroes —afirmó Franz con amargura mientras empujaba el caballete a un rincón, haciendo sitio en el centro del estudio para sus pasos impacientes—. Si viviese en otro sitio ahora estaría estudiando, preocupado por la ropa, por su aspecto, por las chicas. Pero esto es Berlín. Los niños van al cine. Ven películas del Oeste, de espías, hombres buenos y hombres malos. Y después se largan a luchar en la Guerra Fría, un puñado de idiotas que no saben de qué va el mundo. Al menos cuando luchábamos contra Hitler sabíamos lo que hacíamos, ¿no?

—Las cosas estaban mucho más claras que ahora —dijo Eric, tras un momento—. Sin embargo, Gerhard seguro que tiene la sensación de saber qué hace y por qué.

Eric se levantó y se acercó a la mesa; después se sentó en una silla junto a Gerhard, y, tras quitarle la cuchara, comenzó a cortarle el huevo en trozos para que el

muchacho pudiese cogerlos.

—Lo peor de todo es que quienes están usando a estos niños no quieren jugarse el cuello, así que los mandan a ellos a hacer el trabajo sucio. Eso es lo que no soporto —se quejó Franz.

Eric dijo que no veía que los tiempos hubiesen cambiado mucho; después de todo, ¿no habían montado él y Franz su propia célula porque no soportaban la manera en que los partidos políticos organizados daban unas órdenes de lo más estúpidas a la gente de a pie, echando a los jóvenes a los leones, como la pobre Trudi, a la que torturaron e hicieron pedazos porque alguien le había mandado pegar una caricatura en la pared lateral de una estación de tren? Luego Eric se giró de nuevo hacia el muchacho.

—Gerhard, creo que lo que tu padre está intentando decirte se resume en esto. Desperdicia tu vida si quieres; después de todo, es tu vida, pero asegúrate de que el objetivo que persigues merece tu sacrificio. No dejes que la gente te meta a ciegas en ningún asunto.

Eric esperó; Gerhard no levantó la vista de su huevo; daba la impresión de que le dolía al masticar, pues se encogió y se puso el dedo en la venda que llevaba en la barbilla.

—No voy a preguntarte qué estás haciendo; no quiero saberlo. A los diecinueve tienes derecho a tomar tus propias decisiones...

—Eso es lo que le digo yo siempre a Franz —respondió el chico, refiriéndose a su padre con el tono informal con el que uno habla de un vecino—. Una cosa es Berlín ahora y otra lo que pasaba en su época, hace muchos años.

Ahogó un bostezo. La noche en blanco le pasaba factura a la luz del día.

—No malgastes tu saliva —dijo Franz—. Cree que en nuestra época éramos todos unos cobardes. Que no nos enfrentamos a los nazis de verdad. Estos jóvenes héroes lo habrían hecho todo de manera diferente. Viven en otro mundo. Lo saben todo. No se puede hablar con ellos.

Gerhard apartó la taza; su joven rostro estaba rojo de ira.

—Si has terminado de echarme el sermón, ¿puedo salir?

—¿Salir? ¿Estás loco? Te vas a la cama. Lo ha dicho el médico. —Franz señaló el pequeño sofá en una esquina del estudio, no muy lejos del diván más ancho donde dormía él—. Hala, tumbate.

Gerhard no se movió. Cogió un plátano del plato con fruta que había en medio de la mesa y comenzó a apretarlo hasta que la jugosa pulpa se filtró por la piel.

—Es culpa mía, lo sé, pero ¿qué más podía hacer? —Franz bajó la vista en dirección a la mesa, con la cara agotada y una voz sin esperanza—. Me llamaron a filas cuando el niño era tan pequeño que me olvidó muy pronto. Luego mi madre se lo llevo a Baviera, donde creció con un montón de parientes obtusos. Su madre murió y también la olvidó. A mí me cogieron prisionero los estadounidenses, y cuando por fin me soltaron y regresé a Berlín, era un muerto de hambre. Solo el otoño pasado

(diez años después del fin de la guerra) conseguí por fin este estudio y tuve el dinero suficiente para traerlo a vivir conmigo. Gerhard es todo lo que me queda en este mundo. Pero soy un extraño para él. Esa es la verdad. Y por eso no puedo ayudarlo.

Eric contempló el estropicio que estaba haciendo el chico con el inofensivo plátano; con los fuertes dedos de la mano que le quedaba libre estaba amasando la plasta hasta convertirla en una viscosa mezcla amarilla y marrón.

—Gerhard —dijo—, ¿te gustaría estudiar en Londres?

El muchacho levantó la vista lleno de suspicacia, como si sospechase que los adultos habían urdido otra trama para tenderle una trampa.

—¿Cómo? —preguntó.

Eric miró a Nora, que estaba sentada en el pequeño sillón; se percató de su mirada y respondió con presteza.

—Tu estudio —dijo— sería una habitación muy bonita para un chico, con las vistas al río, y muchas estanterías empotradas...

—Su billete de avión no es un problema. Podemos pagarlo en Londres cuando regresemos y luego mandarlo aquí. Veamos. Es agosto. Las clases no empiezan hasta octubre. Eso nos deja mucho tiempo.

—Pero necesitaré dinero para ropa, para otros extras. No podéis haceros cargo de todo —protestó Franz—. Claro que si pudiese vender algunos cuadros en Inglaterra...

—Gerhard, por favor, lávate la mano —dijo Eric, incapaz de soportar el espectáculo ni un momento más. El muchacho dejó caer el plátano informe, se levantó y se dirigió al pequeño baño; oímos que salía agua a chorros del grifo, y luego volvió a aparecer, con la cara limpia también, y el pelo mojado alrededor de la frente.

—Franz... Mi indemnización —exclamó Eric—. Se me había olvidado por completo. El dinero que Rudneck dijo que podían darme por haber interrumpido mi educación. Bueno, ¿por qué iba a dárselo al gobierno si puede ayudar a Gerhard?

El alivio inundó el cansado rostro de Franz.

—Si vendo algo en Inglaterra te compensaré —dijo.

Eric tenía una cerilla encendida en la mano; se quedó mirando cómo se volvía negra y crujiente.

—Se te ha olvidado. Soy yo quien debería compensarte. Por mucho que digas que no fue culpa mía...

—¿Tienes un buen trabajo en Londres? ¿Algo que te guste? —Franz cambió de tema con brusquedad.

—No está mal. Estoy en la editorial Weaver and Lothrop; es vieja y conservadora, pero tiene un gran nivel literario.

—¿Y qué haces allí?

—Pues un poco de todo. Mi especialidad, lo creas o no, es la literatura francesa. Todas las traducciones pasan por mis manos.

—¿Nada de alemán?

Eric chasqueó otra cerilla en el lateral de una cajita roja.

—Es raro, pero Lothrup no sabe que soy alemán. Nunca hemos hablado de mi pasado. Eso es lo que me gusta de los británicos: son muy considerados, muy impersonales.

Franz estiró la mano hacia el caballete y enderezó el cuadro a medio terminar que descansaba allí.

—Al menos has hecho algo con tu vida.

—¿De veras? En fin, estoy vivo. Y tú. Millones de personas están muertas. ¿Tiene sentido eso?

—Käthe y yo siempre estamos peleándonos por los exiliados alemanes —dijo Franz, sentándose en un grueso cojín, con los pies cortos y achaparrados apoyados con firmeza contra una pata de la mesa para mantener el equilibrio—. Cree que deberían volver. Que es su deber. Y yo le digo, ¿por qué diablos tendrían que volver? ¿Por qué tiene que volver esa gente a la que echaron de una patada de su país, que tuvo que huir para salvar la vida y ha acabado construyendo una nueva vida en otro lugar?

—Sí, ¿por qué? —convino Eric.

—Si alguien —prosiguió Franz— me ofreciese un trabajo y un poco de paz a mi edad, aunque fuese al otro lado del océano, lo aceptaría. Alemania está perdida.

—¿Y qué hay del boom?

—¿El maravilloso milagro alemán, el *Wirtschaftswunder* que tanto admiran los estadounidenses? —Franz soltó una risa pequeña y amarga—. Qué bonito, ¿verdad? —El paraíso del hombre de negocios, eso era en aquel momento Alemania Occidental, dijo, y si fabricabas plásticos o coches o armamento como Krupp, podías sacar más dinero que en cualquier otra época de la historia. Pero como trabajador que había sobrevivido a inflaciones y colapsos, Franz estaba asustado, porque todo aquello era artificial a más no poder, una burbuja que tenía que estallar. Lo único que se necesitaba era un cambio en la situación mundial, o unas cuantas huelgas más, y las cosas no se verían tan de color de rosa. Pero lo que Franz quería decir con lo de que Alemania estaba perdida era que la vida cultural...

—¿Qué cultura? —preguntó Eric.

Eso era, exactamente, respondió Franz en voz más alta; no se podía fabricar cultura como se fabrican Volkswagen. Y Alemania tenía que agradecerles a los nazis que el país fuese un desierto espiritual y cultural, y no se podía tapar ese hecho inundando el mundo con mercancías fabricadas en Alemania y gritando para que todos nos oyesen «Miradnos, Alemania vuelve a ser una potencia. Ahora somos tan ricos que hasta podemos darles préstamos a los antiguos enemigos, como Francia».

—Por supuesto, tenemos dinero. Somos ricos. Pero ¿dónde están los nuevos escritores alemanes que deberían ocupar el lugar de Mann, Brecht y Benn? ¿Dónde están los actores, los nuevos dramaturgos? A la gente le cuesta admitirlo, pero los

judíos le daban un poco de chispa y... —Frotó los dedos entre sí, en busca de una palabra que expresase la cualidad que buscaba—. Bueno, ya sabes lo que quiero decir. Los judíos ayudaron a hacer de Alemania una fuerza cultural y ahora están todos muertos o exiliados, y lo que queda da mucha pena.

—Bueno, ahora depende de la nueva generación —dijo Eric echándole una mirada a Gerhard, que estaba de pie junto a la mesa, marcando un ritmo monótono con el dedo en el borde de un plato.

—Gerhard, ¿estás seguro de que quieres venir a Londres? —preguntó—. Nora y yo nos marchamos mañana, así que decídete rápido.

Los ojos oscuros y achinados del muchacho (los ojos de Franz reproducidos en una carne más joven) revelaron de nuevo insubordinación.

—Me gustaría ir a cualquier lugar lejos de mi padre. —Habló con voz sombría y llena de amargura—. No me entiende a mí ni a mis amigos, y nunca lo hará.

Era tarde cuando Nora y yo volvimos al hotel con la perspectiva de hacer el equipaje. Cuando nos marchamos del estudio de Franz, Eric entró en la librería de Käthe un segundo; ella le había pedido que pasase por Colonia de regreso a Londres, pues un tal Herr Kreymer, antiguo socio de Walter Dalburg, se había establecido allí y estaba intentando publicar libros de arte él solo. Le recordó a Eric el hecho de que Kreymer había sido un amigo maravilloso y leal con toda la familia y le dijo que tenía la sensación de que Eric debería hacer un esfuerzo para ver al anciano, aunque fuese una hora. Eric, como su partida era un hecho aceptado e incuestionable, respondió que estaría encantado de volver a ver a Kreymer.

Así pues, mientras él iba a la oficina de Rudneck, Nora y yo nos detuvimos en una agencia de viajes en Kurfürstendamm para reprogramar el viaje. Nos enteramos de que el avión para Bonn y Colonia salía por la mañana, muy temprano, lo cual nos daba un día entero y una noche allí antes de coger nuestros respectivos trenes. Mientras Nora reservaba para Londres, yo reservé una litera en el tren nocturno que iba al sur de Francia pasando por Estrasburgo, donde pensaba pasar el resto del verano con unos amigos.

Dieron las cuatro y nosotras habíamos vuelto a la habitación de Nora a tomar el té; las compras de recuerdos de Berlín de último momento nos habían dejado agotadas y estuvimos de acuerdo en que sería agradable disfrutar de unas cuantas horas en Colonia para descansar. Eric podría visitar a Herr Kreymer y Nora y yo...

—Colonia. —Me erguí en la silla, recordando de repente—. Grubach vive allí.

—Por supuesto. Cómo hemos podido olvidarlo.

—Voy a buscarlo —dije obedeciendo a un rápido impulso.

—Sí. Me muero por ver cómo es dentro de su propio país.

—Eric se va a poner furioso —le dije.

—Ya está muy furioso, ¿qué más puede decir? Ya lo has oído esta mañana —respondió—. Además, ¿tiene que enterarse?

—Podemos decir que fuimos a Bonn.

Estaba hurgando en mi monedero en busca del papelito arrugado que Grubach me había dado a bordo del barco; estaba dentro de la agenda negra, y vi que había escrito cuidadosamente no solo el número de su casa, sino también el de su tienda, con los teléfonos de ambos sitios.

—Llámallo —sugirió Nora—. Acuérdate, Käthe dijo que no tardó más de un segundo en llamar esta mañana a Herr Kreymer.

—Imagínate que Eric se enterase —dije mientras me dirigía al teléfono.

Nos dio una risita propia de colegialas planeando una excursión secreta a espaldas de una maestra severa; me pregunté si Nora se estaba vengando de Eric por haberle hecho tanto daño por la mañana.

Le di ambos números al conserje del hotel pero dije que sospechaba que Herr Grubach estaría en su tienda. Luego colgué, y solo un minuto más tarde sonó el teléfono: una voz conocida y exuberante que reconocí de repente me llegó flotando desde kilómetros de hilo telefónico tendido en territorio ocupado por los rusos.

Que no se lo podía creer, me decía Herr Grubach; ¿era yo de verdad? Sí, sí que lo era, y estaba en Berlín. Y al día siguiente, le respondí, viajaba a Colonia, así que si no estaba ocupado... Ocupado, exclamó, ¿y qué si estaba ocupado? Todo podía esperar cuando llegaban buenos amigos. *Ach!* ¡Cuando viese lo bonita que habían dejado la catedral y la ciudad, toda reconstruida! Estaba tan nervioso, dijo, que no podía ni hablar. Pero para mañana lo tendría todo arreglado para que no perdiese ni un minuto de mi tiempo en cosas sin importancia. En Grubach había encontrado el guía adecuado. Se encargaría de mí perfectamente. Le prometí llamarlo en el momento en que llegase al hotel, y dicho eso colgamos. No mencioné que los Devon estaban conmigo en Alemania.

—Mejor no —convino Nora—. Si Eric se marcha pronto, tú y yo nos escapamos a la tienda de Grubach. ¡Qué sorpresa se llevará al verme!

Dicho esto empezamos a reírnos casi histéricamente, sin saber por qué; quizá la horrible tirantez de los días pasados nos había tensado los nervios hasta el punto de que algo ligeramente ridículo parecía el doble de divertido porque habíamos tenido muy poco de lo que reírnos desde que llegamos.

Justo en aquel momento llamó alguien a la puerta; temiéndonos que fuese Eric dejamos de reír, llenas de culpabilidad, y nos quedamos en silencio; Nora, que se había quitado los zapatos negros de tacón, se los volvió a poner y fue a abrir la puerta.

—Hola. ¿No ha vuelto Erich? —Käthe entró balanceando un portafolios negro en una mano.

—Me imagino que está aún con el abogado —respondió Nora—. Vamos a tomar el té. ¿Quieres una taza?

—No, gracias. ¿No tendrás algo de beber?

—Eric tiene una botella de whisky en el armario. Puedo pedir un poco de soda si quieres.

—No hace falta. El agua del grifo me sirve.

Mientras esperaba que Nora le quitase el tapón a la botella, Käthe se encendió un cigarrillo.

—Te he traído las fotografías de las pinturas de Franz, algunas de las mejores. ¿De veras quieres enseñárselas a tu amiga?

—Claro que sí. Es muy activa, y si le gustan, es capaz de coger un avión hasta aquí y organizarle una exposición a Franz.

—Franz manda también el boceto a lápiz de la cabeza de niño que te gustó tanto. Es para ti. Ha escrito una nota encantadora al dorso.

Cogió el vaso de la mano de Nora.

—Qué amable por su parte. Es un sol. —Nora miraba con expectación mientras Käthe dejaba de nuevo el vaso, abría la cremallera del portafolios y sacaba un envoltorio marrón.

—Puedes colocarlo en el fondo de la maleta —propuso Käthe.

—Así lo haré. Por favor, dile a Franz que estoy muy agradecida.

—El que está agradecido es él. —Los ojos azules de Käthe escrutaban pensativos los de Nora—. Espero que sepáis en qué os estáis metiendo. Me refiero a lo de Gerhard.

—Me cae bien Gerhard, por lo poco que lo conozco —respondió Nora.

—Es... difícil —respondió Käthe.

—Si mi madre hubiese muerto en los bombardeos y mi padre se hubiese pasado un montón de años desaparecido, yo también sería difícil. De hecho, soy difícil. Y Eric también. Y la mayoría de la gente. —Nora se apresuró a defender al muchacho.

Käthe se sentó en el borde de la cama, mirando los cupidos y las guirnaldas que adornaban el único cabecero que unía las dos camas.

—Käthe, ¿cómo era la madre de Eric? —preguntó Nora. Se había quitado de nuevo los zapatos y estaba frotando los pies, enfundados en las medias, contra la alfombra de flores.

—¿Qué te ha contado Erich?

—Nada.

—¿Nada?

Ni una palabra, confesó, con voz afligida; Nora no sabía si era morena como la tía Rosie, o rubia o alta, o cómo. Eric describía a su padre, a sus tíos, a su prima Magda, a su tía Hilde... pero no a su madre.

Käthe dijo que no le sorprendía. Se terminó la copa y, tras coger la botella, se volvió a llenar el vaso.

—Mi tía Agnes estaba tan llena de encanto que a mí me aterrorizaba mirarla —confesó Käthe—. Conseguía que todo el mundo hiciese lo que ella quería, y no

necesitaba amenazar, le bastaba su seductor encanto. Te quería a condición de que te entregases a ella por completo. Yo me negué. Pero Erich era el hijo perfecto.

—Parecía muy diferente en el diario de Walter Dalburg —objetó Nora—. Me formé la imagen de una mujer frágil e indefensa, aterrorizada por su padre...

—Quizá él la aterrorizase. No lo sé. Pero no tenía miedo de nadie más. Y además era una actriz nata. Le encantaba el papel de niña asustada e indefensa.

Nora consideró el asunto; sus ojos estaban teñidos de duda y confusión.

—¿Y qué ocurrió cuando Eric tenía doce? —preguntó.

—¿A qué te refieres? ¿Qué ocurrió?

—Eric ha estado intentando averiguarlo. Les preguntó a Else y a Herr Rosen —dijo.

—¿Qué les preguntó?

—Por qué os mandaron a los dos un mes fuera.

El vaso de Käthe se quedó suspendido en el aire.

—Ah, eso. Pero Erich lo sabe.

—No, no lo sabe. Ha preguntado con terrible insistencia. Hasta me dijo que Else había mentido. Que lo seguía considerando un niño y no le contaba la verdadera razón.

—Pero Erich sabe la verdad. Pregunta porque quiere que la gente le mienta, que le digan que lo que recuerda no ocurrió de veras tal como él cree.

—¿Qué ocurrió? ¿O estoy siendo indiscreta?

—Aquella fue la primavera en que a la tía Agnes le dio por hacer de Anna Karénina —dijo Käthe, alisándose la chaqueta del traje de rayas blancas y grises.

—Espero que no fuera con un oficial de la caballería —respondió Nora.

—Algo por el estilo. Sé que era amigo de su hermano. De familia conocida. Menudo escándalo se habría montado.

—¿Y Eric lo sabía?

—Los dos nos enteramos a la vez. Fue una noche, tarde. Me desperté porque oí voces. Eric estaba de pie en el vestíbulo, temblando de frío y llorando.

Cómo podían no prestar oídos, prosiguió Käthe, si la puerta del dormitorio grande estaba abierta y la tía Agnes se hallaba en el punto álgido del drama; ella también lloraba, con mucha gracia, por supuesto, vestida con un salto de cama de París; le rogaba a su marido que le diera el divorcio para poder fugarse con su gran amor, y el tío Walter le decía, con la mayor de las noblezas, que él no se interpondría en su camino, pero ¿qué pasaba con los niños?

—Después de todo, yo era solo la sobrina, pero imagínate lo que sintió Erich, adorado y mimado, cuando su madre dijo que renunciaba a él, que estaría mejor con su padre, que podía cuidar de él. O quizá en un internado en Suiza... —Käthe se detuvo, con voz indignada.

—Pobre Eric —murmuró Nora—. ¿Qué le hizo entrar en razón?

—Las dos familias, los Ahrenfeld y los Von Ludowitz, se unieron por una vez. — Se llevaron a los niños, trasladaron al apuesto oficial al Lejano Oriente, y la abuela Lotte se llevó a Agnes a Italia, donde conoció a un montón de gente interesante y volvió bastante renovada, representando un nuevo papel: el de la joven madre abnegada que renuncia a su felicidad por el deber—. Todo siguió igual, en apariencia, solo que yo odiaba a la tía Agnes, o quizá sea más exacto decir que no confiaba en ella.

En cuanto a Eric, dijo Käthe, sufrió del estómago hasta varios meses más tarde.

—Durante la guerra tuvo una úlcera —dijo Nora.

Se abrió la puerta; nos giramos bruscamente para encontrarnos a Eric de pie en el umbral.

—¿Quién tuvo una úlcera? —preguntó entrando.

—Estábamos hablando de tu salud —respondió Nora.

Se acercó a Käthe, la besó en la frente y después cogió la botella.

—Qué buena idea. Estoy muerto —exclamó sentándose en el borde de la cama, al lado de Käthe.

—¿De hacer qué? —preguntó ella.

—De firmar papeles y cosas. Dios, cómo les gustan los papeles a los alemanes. Qué obsesión con la legalidad. —Se sirvió una copa—. Bueno; ya lo he firmado todo, estaréis contentas.

—¿Qué es todo? —inquirió Käthe.

—La casa, las propiedades, mi indemnización. La casa será para ti, por supuesto, en cuanto me la den.

—Gracias —contestó, algo desabrida.

—Imagínate: he tenido que ir al *Rathaus* de Schöneberg para que me dieran una copia de mi partida de nacimiento. Todo está muy bien organizado. Me llevó solo un momento demostrar que había nacido. Pero luego se me ocurrió otra cosa...

Los ojos de Käthe se nublaron con el humo del tabaco.

—Pregunté dónde podía encontrar los papeles de mi tía Hilde, la prueba legal de que la habían detenido y se la habían llevado a Auschwitz. Ya te imaginas qué me contaron.

—Que todo fue pasto de las llamas —contestó.

—Sí, qué fuego tan selectivo. Solo destruyó los documentos comprometedores y dejó las partidas de nacimiento. Si un historiador imparcial llega mañana a Berlín e intenta escribir algo, se volverá loco.

—Puede escribir sobre la gente —dijo Käthe, conciliadora—. Todavía quedan algunos vivos con buena memoria. Yo preferiría con mucho leer sobre personas en vez de sobre documentos.

Eric se sirvió otra copa.

—Eric, la úlcera —advirtió Nora.

No le prestó atención; se había quedado ensimismado.

—¿Por qué no escribes algo cuando vuelvas? —sugirió Käthe.

—¿Yo?

—Berlín, veinte años después. Algo así.

—Dejé de escribir hace veinte años, ya te lo he dicho. Ya ni siquiera soy capaz de dictar una carta coherente. —Rodeó el vaso con las manos como si fuese un cristal en el que predecir el futuro—. Además, ¿de qué hay que escribir?

—De los berlineses —respondió ella—. Y de lo desagradecidos que somos.

—¿Desagradecidos?

—Sí. Estamos aquí sentados, en el borde de un volcán que va a entrar en erupción, tú lo sabes y nosotros lo sabemos. Alguien debería contarle al mundo cómo es vivir en una continua ansiedad, sin saber cuándo se activará la trampa. Luego, para consolarnos, escuchamos las noticias extranjeras, todas llenas de alegría. «Berlineses, sed valientes; si es necesario, lucharemos para salvaros». Bueno —dijo, riéndose de manera poco natural, como si se atragantara—, si hay que guerrear para salvar Berlín, no quedará Berlín que salvar. La primera bomba acabará con la crisis de Berlín, tanto Oriental como Occidental. Y después ya no seremos un problema para nadie.

Comenzó a toser; era lo único que se oía en la habitación.

—Quiero que tú y la tía Rosie vengáis a Londres a pasar las Navidades con nosotros. Ya hablaremos entonces del futuro y haremos algunos planes —dijo Eric, tras un momento.

Käthe se enderezó, con los ojos aún húmedos de la tensión; pero sonreía como si sus palabras fuesen un chiste.

—Se te olvida una cosa. Eres británico. No tienes parientes alemanes.

Poco a poco Eric se levantó de la cama, se acercó a la ventana para apartar el rígido encaje y miró hacia la calle; y luego se giró hacia su prima.

—Eso es lo único bueno que el viaje me ha supuesto. Es como un dolor de muelas. Luego te despiertas y el dolor ha desaparecido. De repente, sé que hablo alemán y puedo decirle a la gente que soy alemán sin conflicto ni dolor.

—¿De veras? —preguntó Käthe, como si no se lo creyera.

—Ah, sí —respondió, como si hubiese llegado a una conclusión—. Los británicos son considerados, civilizados. Dentro de dos días entraré en la oficina, Lothrop levantará la vista, se quitará las gafas y dirá: «Hola, Devon. ¿Qué tal el viaje por Berlín?». Y yo contestaré: «Ha cambiado bastante desde que me crie allí», o algo así. No hará falta ni una palabra más para que comprendan, él y todos los demás. Los británicos no son maleducados. No hacen preguntas personales. Después de todo —se detuvo, sin aliento—, nunca le he dicho a nadie que no fuese alemán. Simplemente no les dije nada. Y ahora sabrán la verdad.

Käthe se levantó; la sonrisa se esfumó de sus labios. No miró a Eric sino a Nora.

—Tú eres inglesa. Dime. ¿Será así de simple? —preguntó.

Nora calló durante un segundo; cuando lo hizo, de sus labios acongojados apenas brotó un susurro.

—No. No será tan simple. No será simple en absoluto.

—Me temo, Erich, que estoy de acuerdo con tu esposa —dijo Käthe. Se giró hacia el portafolio aún abierto y sacó un sobre largo—. Por cierto, esta es la correspondencia que he mantenido con Herr Kreymer. Léela en el avión para hacerte una idea de sus problemas.

Eric cogió el sobre y lo deslizó en un bolsillo.

—¿Adónde vas ahora, a casa?

—Sí —respondió ella.

—Te llevo en taxi. Quiero despedirme de la tía Rosie. —Miró a Nora—. ¿Te vienes?

—Tengo que hacer el equipaje —respondió, aunque ya tenía la maleta cerrada—. Además, no habéis tenido ni un momento a solas. Dale besos y dile que espero las Navidades con impaciencia.

Käthe se acercó a Nora y le dio un beso en la mejilla.

—Adiós, querida. Estoy contentísima de que seas la mujer de Erich.

—Le siento muy bien. Como las gachas —dijo Nora, con una leve sonrisa, pero tan forzada que pareció cansarle la cara.

—Erich, tengo que confesar algo. —Käthe recogió el portafolio.

—Algo desagradable, supongo.

—Esta mañana, cuando Franz llamó y me dijo que te marchabas, pensé, por supuesto...

—Que, como siempre, me estaba escapando de los problemas.

—Exacto. —Se había detenido para mirarse al espejo; luego se pasó una mano nerviosa por el corto pelo castaño recogido tras las orejas.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión? —preguntó Eric.

—Gerhard.

—¿Por qué Gerhard? —Clavó la vista en ella.

—Bueno —dijo ella, encogiendo los anchos hombros dentro de la chaqueta de elegante corte—, si estuvieses huyendo de Berlín y todos nuestros problemas, en fin, no te llevarías a Gerhard, que sería un recordatorio constante.

Eric le abrió la puerta.

—Pues estoy huyendo. Y me llevo a Gerhard. Pero no intentes comprenderlo. Yo tampoco lo entiendo.

NUEVE

Nuestro avión despegó de Berlín al amanecer del día siguiente, en medio de una neblina que pronto se convirtió en lluvia torrencial; las nubes ocultaban la tierra por completo, y el zumbido de los motores parecía brotar en forma de eco de un lugar alejado que no veíamos, sino que simplemente sentíamos en nuestros cuerpos cansados. Muy pocos pasajeros iban de camino a Bonn o a Colonia aquella mañana; la mayoría de ellos eran hombres de negocios alemanes que iban leyendo el periódico matinal mientras la azafata pasaba con las bandejas de café caliente.

Alrededor de una hora después de dejar el aeropuerto atravesamos una zona de baja presión, y el avión efectuó un descenso tan brusco que a Eric se le derramó el café en la manga. Se lo limpió y luego se quedó mirando malhumorado por la ventanilla.

—Siempre está lloviendo en Renania —dijo—. Cada vez que veníamos de vacaciones cuando yo era pequeño no dejaba de llover. No sé por qué la gente se queja tanto del tiempo en Inglaterra. Al menos allí encendemos el fuego en agosto. —Dobló el periódico—. Llevo treinta años sin ver Colonia. —Bostezó—. Un sitio aburrido, ahora que lo pienso.

Cuando comenzamos el descenso, la lluvia tuvo la amabilidad de escampar, y el avión aterrizó en medio de un campo húmedo, solitario y casi desierto, situado a medio camino entre Bonn y Colonia, que servía de aeropuerto para las dos ciudades. Saltaba a la vista que los chatos edificios que había a un lado eran nuevos y, como todo lo que había sido reconstruido a toda prisa tras el desastre de la guerra, la escena en conjunto se asemejaba a algo improvisado para atajar una emergencia nacional. El viento atravesaba nuestros impermeables y nos apuñalaba en los huesos. ¿Dónde estaban la hermosa Renania, Heine y el Lorelei, los prados cubiertos de flores henchidas de sol?

En aquel momento vi a un hombrecillo bajo y rechoncho que, vestido con una gabardina, agitaba los brazos como si estuviese a bordo de un barco en peligro. Estaba de pie en el extremo más lejano del campo, junto a un pequeño Volkswagen del mismo color de la gabardina.

Me quedé paralizada, incapaz de hablar.

—No —exclamó Eric—, ¡no me digáis que es Grubach!

Farfullé algo referente a que se suponía que lo llamaría desde el hotel, que no tenía ni idea de que tenía intención de venir a buscarme al avión...

—Pues entonces te has olvidado de cómo es. No se lo perdería por nada del mundo —dijo Eric, pasándose la maleta de una mano a otra.

—Grubach no sabe que tú y Nora estáis conmigo. Id a la sala de espera y coged un taxi, o un autobús, hasta la ciudad. Yo os veré en el hotel —respondí.

Pero Eric siguió caminando; sus pies chapoteaban contra la tierra cenagosa.

—Después de todo lo que he sufrido en Berlín —dijo mientras nos acercábamos al hombrecillo—, dudo que Grubach pueda alterarme ya.

Grubach estaba sonriendo; su rostro redondo y sonrosado estaba casi transportado de alegría; era obvio que, si vio a dos personas junto a mí, dio por sentado que se trataba de turistas que iban en el mismo avión. Pero según nos fuimos acercando, cambió toda su expresión; la sonrisa se difuminó; pareció achicarse, como si se apretase contra el coche. No miró a Eric; daba la impresión de no saber dónde mirar. Su bochorno nos envolvió como la humedad del aire.

—*Guten Tag, Herr Grubach, wie geht's?* —Eric le tendió la mano tan relajado como si estuviese saludando a un vecino de la tía Rosie.

La sonrisa regresó, llena de alegría, como el resplandor de una bombilla eléctrica.

—*Willkommen in Köln* —dijo, dándonos las manos a todos, como el alcalde recibiendo a unos invitados de honor.

—Como estaba lloviendo pensé en venir a buscarlos al avión y ayudarlos con el equipaje —le dijo a Eric, fingiendo estar informado, como si su presencia no fuese ninguna sorpresa, sino una visita de rutina—. Cuando me he levantado esta mañana, le he dicho a mi mujer: «Qué pena, con el tiempo magnífico que hemos tenido este año...».

Aquella afirmación asombrosa era bastante difícil de encajar cuando todo el resto de alemanes había estado quejándose sobre el mal tiempo, pero entonces ya sabíamos que Herr Grubach poseía el tipo de imaginación que revestía de un suave color dorado todo lo que tenía que ver con su tierra nativa. Con ayuda de Eric comenzó a apilar nuestro ligero equipaje sobre la vaca del cochecito, que no parecía lo bastante grande para cuatro adultos, pero que, según nos aseguró, en realidad podía acoger a más, pues acababa de volver de un viaje a Heidelberg con toda su familia, incluyendo a su nieto de diez meses, y había sido como «flotar sobre un cojín». Los Volkswagen no tenían igual en eficacia y confort.

—Y ahora —dijo cuando nos acomodamos todos—, primero vamos al hotel y luego los llevamos por Renania hasta Bonn; después los espera mi esposa para tomar el té.

Aquel «los llevamos», en plural, era obviamente una forma de hablar, pues, una vez dentro, los cuatro ocupamos hasta la última pulgada de espacio disponible y allí no había nadie más, ni siquiera un niño de diez meses, por lo que se veía. Grubach no nos había preguntado si teníamos planes para el día. Dio por sentado que si me había molestado en llamarlo era porque les dejaba la excursión del día enteramente en sus manos. Eran solo las nueve de la mañana pasadas cuando salimos en coche del

aeropuerto y comenzamos a transitar por la hermosa carretera serpenteante que llevaba a Colonia con Grubach charlando alegremente de las cosas que había visto en Londres y París. Tuvo cuidado de no mencionar el Caribe.

—Esperen a ver los barcos por el Rin de nuevo. No paran ni de noche ni de día. Nunca se detienen. —Insistió, como si hubiésemos manifestado alguna duda—. El Rin es un río precioso.

Se giró hacia Eric, que iba sentado en el asiento del copiloto.

Parecía haber olvidado que Eric conocía el Rin o incluso Alemania. Su cara se veía reflejada en el espejo: aquella cabeza casi calva con los escasos mechones de pelo desperdigados, los ojos de párpados tupidos, el pliegue de grasa emergente bajo la barbilla, una cara afable, pero débil. Hablaba demasiado alto y ponía demasiado énfasis; y en aquel segundo en que contemplé su reflejo, antes de que saliera de mi campo de visión, me di cuenta con lástima de que Grubach, justo por no haber olvidado, se veía obligado a fingir que Eric era un turista más, que no se había producido desavenencia alguna a bordo, ni había derrota final, ni imágenes terroríficas del pasado escrutándolo.

Y de repente, la excursión, el «bienvenidos a Colonia», tan preparado y anticipado se me antojaron una farsa patética; un instinto me avisó de antemano de que nuestros esfuerzos estaban destinados al fracaso, que nos acechaba algún hecho desagradable que ensombrecería la buena voluntad mutua y pondría un final amargo a aquel día.

Sin embargo, nuestra alegría iba en aumento. En el hotel Eric se encontró un mensaje esperándolo. A Herr Kreymer lo habían llamado inopinadamente a Fráncfort, pero volvería a la hora de la cena aquella misma noche, y esperaba que Eric y su esposa acudiesen a su casa, a las afueras. Nora sentía que Eric debía ir solo (después de todo, iban a hablar de negocios), así que llamó a la casa de Kreymer para dejar el recado de que llegaría a las siete. Aquello le otorgaba a Eric un día de recreo inesperado, y, por sorprendente que resultase, parecía dispuesto a pasarlo con Grubach.

Grubach aparcó el coche junto al hotel y paseamos alrededor de la gran plaza, admirando la magnífica catedral, cuyos pináculos se alzaban en el aire, milagro del arte gótico; ¿cómo se explicaba, nos preguntaba Grubach, de pie en los escalones, que aquella iglesia se hubiese salvado cuando todos los edificios de su alrededor habían quedado reducidos a nada por los bombardeos? La gracia divina, estaba seguro. No nos podíamos imaginar, siguió diciendo, el aspecto que ofrecía aquel lugar cuando la guerra tocó a su fin y las familias, como la suya propia, salieron arrastrándose de los sótanos para encontrar solo ruinas por encima de su cabeza y todas las calles convertidas en una masa irreconocible de escombros.

Todo lo que teníamos delante: los hoteles, las tiendas nuevas, la terraza ante la catedral donde uno podía comer bajo alegres parasoles de rayas, la floreciente zona comercial alrededor de la calle Hohe y de Neumarkt, todo aquello era un triunfo

ganado a base de trabajo duro por parte de una población que estaba decidida a devolverle a Colonia, no solo su belleza anterior, sino una existencia más próspera si cabía. «¡Miren!, ¡miren!», proclamaba con su voz gutural.

Se podía pensar que Colonia era el triunfo personal de Grubach sobre la desdichada derrota, una criatura nacida de su esfuerzo que, al cobrar el vigor de un adulto, podía exhibirse ante nosotros para dar viva fe del industrioso cuidado de su familia.

En una callecita lateral, justo al lado del sector comercial, Grubach se detuvo por fin, en un silencio lleno de orgullo, ante la puerta de una tienda de suministros eléctricos muy nueva y bien equipada cuyo escaparate mostraba los últimos modelos de lámparas, planchas eléctricas, tostadoras, radios y radiadores.

—Me traje muchas cosas de Estados Unidos —dijo Grubach, abriéndonos la puerta para que entrásemos—. Pero pronto ya no hará falta importar nada del extranjero. Fabricaremos todo lo necesario aquí mismo en Alemania.

Un muchacho adolescente que estaba arreglando una tostadora nos vio entrar y desapareció de inmediato en un pequeño despacho. Un momento más tarde salió un hombre joven alto de rostro cetrino que cojeaba levemente al caminar.

—Este es mi hijo Joachim. No habla inglés —dijo Grubach.

El hijo del que Grubach contó a bordo que había resultado herido cuando bombardearon su casa. Al mirarlo, tuve la impresión de que lo habían herido en algo más profundo que en el mero físico; difería mucho de su padre, afable y simpático hasta el empacho; Joachim, con los ojos oscuros y el rostro sombrío, apenas se hizo eco de nuestro saludo con un ahogado *Guten Morgen*; luego comenzó a hablarle a su padre sobre una carta que había llegado pidiendo presupuesto para el equipamiento eléctrico de un sanatorio. A medida que hablaba, el tono de Joachim se iba haciendo cada vez más imperioso; se giró para darle un grito al joven ayudante, luego siguió contándole a su padre que tenían que darse prisa y cerrar el trato para eliminar a los competidores.

—Tenemos más trabajo del que podemos abarcar —nos explicó Grubach, como si Eric no hubiese entendido ni una palabra de la conversación en alemán—. Mi hijo se hace cargo de las instalaciones. Todo el mundo sabe que somos honestos. Nunca vendemos sin garantía. Nunca colocamos equipamientos que no sean de primera clase. Queremos que nuestros clientes estén felices. Somos como los estadounidenses, en muchos aspectos.

Me pareció que el hijo se encogía enfurecido; pero ¿cómo podía ser, si su padre acababa de declarar a bombo y platillo que Joachim no hablaba inglés? ¿Y si lo entendía?, me pregunté.

—Nos vamos —dijo Grubach algo sofocado mientras nos apremiaba a salir de nuevo a la calle, a la plaza y al pequeño Volkswagen que esperaba para llevar a los inocentes turistas a ver los monumentos renanos—. Será un día bonito —afirmó levantando la vista hacia el cielo, de un gris plomo tan profundo que parecía flotar

suspendido como humo de la catedral—. Su Londres es precioso, Herr Devon — continuó, ensimismado en su propia ensoñación—, pero permítame decirle que el Támesis no puede compararse con el Rin.

—Eso —respondió Eric solemne, como reprimiendo las ganas de reír— depende del gusto de cada uno en ríos. Yo, personalmente, encuentro el Támesis más pequeño y... *gemütlich*, acogedor. Pero quizá me haya olvidado del Rin.

Nos detuvimos para almorzar en una fonda que reposaba en la cima de un acantilado; con lo que en un principio parecía un optimismo infundado, Grubach insistió en que comiésemos fuera, en la terraza, bajo un emparrado del que colgaban uvas maduras en racimos transparentes sobre nuestras cabezas. Pero, como queriendo probar su infalibilidad, el sol, que llevaba largo rato escondido, arrojó lejos de sí su asfixiante manta de nubes en el mismo momento en que comenzamos a comer la sopa con albóndigas y, con las cucharas en el aire, contemplamos de repente una escena de una belleza tan espectacular que casi merecía un aplauso; una cortina de niebla se alzó lentamente y se disolvió en la distancia, abandonando el río que, mucho más abajo, formaba una franja de azul intenso contra las escarpadas colinas salpicadas de follaje verde; columnas de luz solar liberadas rodeaban las barcazas de excursión, coronadas con alegres banderas, que llevaban a los visitantes a pequeños pueblitos arremolinados en la costa. El sorprendente color esmeralda del pasto henchido de lluvia, los tejados rojos de las casas de los campesinos, el pálido rastro de los caminos trillados en los bosques, recorridos por grupos esporádicos de jóvenes caminantes, todo se fusionaba para conformar una escena que inspiraba una paz tan completa que costaba creer que Renania hubiera sido testigo de alguna guerra en siglos.

—Qué hermoso —alabó Grubach con un suspiro de placer; pero lo que veíamos desde allí era solo un fragmento. ¿Por qué nos íbamos tan pronto? Si por lo menos pudiésemos quedarnos lo suficiente como para ver la Selva Negra, las montañas de Baviera, las colinas onduladas de Westfalia... porque, si uno conducía por Alemania, el paisaje cambiaba kilómetro a kilómetro, y cada uno de ellos era digno de un lienzo. Había panoramas para todos los gustos: montañas, lagos, mar, ciudades, y luego los balnearios, los baños de reputación mundial. *Bad Tal*, *Bad Cual*, problemas de riñones, hígado y corazón: todo mal encontraba allí su cura.

Durante los platos que siguieron, *Schweinebraten*, col roja, ensalada y bizcocho, comimos en compañía de una angustiada lista de enfermedades que la gente podía tener sin sospecharlo siquiera, pero no había problema: en Alemania les esperaba un balneario y, una vez descubierto, la vida se convertía en un completo júbilo, ya que el estómago caído volvía a su sitio, las válvulas cardíacas que goteaban comenzaban a bombear con precisión robótica, y los estómagos tan delicados que no podían digerir ni la leche se regocijaban con asados de talla humana regados con tragos y tragos de cerveza. El balneario preferido de Herr Grubach, el que lo mantenía vibrante de salud a los cincuenta y siete, llevaba un nombre que parecía un estornudo: *Bad Salzuflen*.

Una semanita allí y quedaríamos todos como nuevos. Nos miró esperanzado, pero lo decepcionamos al permanecer en silencio.

Grubach recordó entonces que era hora de llamar a la tienda y ver cómo iba todo por allí durante su ausencia; cuando nos dejó solos, bajo los ondeantes racimos de uvas y las parras rizadas que cubrían el enrejado blanco, Nora se inclinó sobre el murete de ladrillo que había junto a nuestra mesa y miró hacia la taza de té.

—Este hombre me asfixia —dijo—. Tiene tan buenas intenciones... Y, sin embargo, hay algo aterrador en sus palabras.

Eric apartó el plato de bizcocho a medio terminar.

—¿Por qué? —Parecía curioso.

—No puedo explicarlo. Todos los países se reconstruyen lo más rápido posible. En Inglaterra hemos limpiado los escombros bastante bien sin decir una palabra. Rotterdam parece una ciudad nueva. Si Grubach está dispuesto a admitir que la raza humana es impresionante en todas partes, por el modo en que la gente lucha por seguir viviendo tras cualquier desastre, vale...

—¿Sí?

—Pero si cree que lo que ocurre en Alemania es solo una prueba más de su superioridad, si todo esto es un peligroso nacionalismo de nuevo al alza...

La indignación había dejado huella en su rostro; Eric apartó la mirada, sin responder. Luego extendió la mano para coger una hoja que colgaba y, tras cortarla, la usó para barrer algunas migajas.

—¿Por qué le echas la culpa a Grubach? —Fue su respuesta.

Nora abrió la boca formando un círculo pequeño.

—¿A qué te refieres? ¿No lo estarás defendiendo?

—Por supuesto que no. —Recogió las migajas en la palma de la mano y las tiró al acantilado—. Pero Grubach lee inglés. Y ha leído todas las historias sobre el milagro de la recuperación de Alemania Occidental, y los extraordinarios e industriosesos que son los alemanes. Así que, ¿por qué echarle la culpa a Grubach si se cree lo que lee?

Se detuvo; Grubach venía trotando hacia nosotros, abriéndose paso entre las mesas de la terraza, con el rostro bañado por un resplandor de felicidad.

—Hemos cerrado el trato del hospital —dijo mientras se sentaba—. Una tienda de suministros eléctricos sueca también ofreció sus servicios, pero mi hijo consiguió el contrato. Joachim es un hacha para los negocios. Siempre piensa en todo. Llamó al hospital para decir: «Es su deber contratar a un comercio alemán para hacer la instalación en lugar de dejar que unos extranjeros se lleven nuestros beneficios». Vengan. Vayamos a Bonn. Allí nació Beethoven —nos dijo, como si no lo supiésemos.

Fue durante el regreso de Bonn a Colonia cuando el primer nubarrón de infortunio ensombreció los cuidadosos planes de Herr Grubach. El tiempo había quedado lo bastante soleado como para que admirásemos la casa de Beethoven; la universidad,

rodeada de césped verde y parterres de flores; y las calles medievales azotadas por el viento de aquella ciudad pequeña y pacífica que de repente había sido la elegida como capital temporal de la República Federal de Alemania Occidental; como consecuencia de ello, todas las embajadas extranjeras, los edificios gubernamentales y las villas de los nuevos ricos se extendían fuera de la linde de la ciudad, en una fila desordenada que subía y bajaba junto a la orilla del río.

A mitad de camino, nos encontramos con que estaban arreglando la carretera, y a partir de allí el pequeño Volkswagen comenzó a arrastrarse prudentemente hasta que llegamos a un desvío que parecía llevar de nuevo a la autopista principal. De repente, unos pasos más adelante, Grubach paró el coche con una sacudida; los Devon y yo miramos por la ventana, pero lo único que vimos fue a un policía que se dirigía hacia nosotros a grandes zancadas desde el otro lado de la carretera. Llevaba un uniforme bastante andrajoso y su rostro fino y demacrado con ojos saltones y boca dura de labios delgados en absoluto imponía temor en un principio. No obstante, Grubach se deslizó hacia abajo tras el volante, petrificado, como si supiera con certeza lo que ocurriría después.

El policía se detuvo junto al coche, en el lado de Eric, y miró a través de la ventana abierta como si hubiese reconocido a un criminal fugado en el blando y aterrorizado Grubach. Su amonestación se extendía, no solo al conductor del coche, sino a todos nosotros. Tendió el brazo en un gesto que resultaba violentamente cercano a un *Heil*. Dio un puñetazo en la puerta del coche; apoyado en sus cortas piernas, se le quedó el rostro lívido. Grubach no respondió, pero vi por el espejo retrovisor a un hombre repentinamente envejecido, con las mejillas tirantes y una frente mojada de un sudor miserable.

De repente, Eric alargó la mano y agarró al rabioso policía por el brazo, como si fuese un niño enrabiado.

—¡Basta! ¡Le prohíbo que nos grite! —exclamó Eric; en aquel segundo se convirtió en su primo Albrecht, con el mismo perfil arrogante, la rotunda voz de militar, derrochando desdén hacia un subordinado estúpido. El hombre tragó saliva como una tortuga que cayese sobre dura arena en lugar del agua acostumbrada. Comenzó a explicar algo acerca de un desvío, pero en tono más suave—. Si hay una señal, no la hemos visto. Así que es culpa suya por no colocarla en mitad de la carretera. Voy a dar parte de esto —dijo Eric. Dicho aquello, sacó un lápiz y una libreta, esbozó una notificación y le dijo después a Grubach, con el mismo tono imperioso—: ¡Siga conduciendo!

El policía se hizo a un lado, asombrado, para dejarnos pasar; solo agachó de repente la cabeza, que hasta entonces se meneaba adelante y atrás como la de una marioneta agitada, como si se le hubiese roto un muelle por dentro. Mientras el coche arrancaba lo vimos dirigirse a la cuneta, coger una señal y colocarla en mitad del asfalto.

A nuestro alrededor, una ofensiva de pesadas nubes ocultó de nuevo el sol fugitivo, y el aire se cargó con la amenaza de la lluvia. Grubach conducía como hipnotizado, inerte, aún asustado. De repente, murmuró por encima del silencioso motor, como un criminal confesando que había violado la ley:

—Ha sido culpa mía. No vi la señal. Cometí un error.

—Todos cometemos errores. Eso no es razón para que nos griten como a animales salvajes —respondió Eric.

Más adelante, dos grandes camiones cisterna habían bloqueado la carretera, y Grubach aminoró la velocidad.

—Solo cumplía con su deber —replicó, en voz más alta.

—Igual que los hombres que gasearon a mi tía Hilde en Auschwitz; solo cumplían con su deber —respondió Eric.

El nombre de Auschwitz llenó el coche por completo, como un alarido tembloroso, y ni siquiera el traqueteo de los camiones pudo silenciarlo.

—No sé por qué será —prosiguió Eric—, pero cada vez que le das un uniforme a un alemán se cree que tiene que intimidar a todos los que le rodean para demostrar su autoridad.

Grubach pareció reflexionar sobre ello; nos acercábamos a Colonia; los pináculos de la catedral, esculpidos por fervientes devotos, se alzaban como plumas de pájaro sobre el Rin, en contraste con el cielo descolorido y macilento de la lluviosa tarde.

—Hay determinadas cosas que forman parte de nuestra educación, Herr Devon. El respeto por la autoridad es una de ellas. Es algo bueno. Al menos lo era en nuestra generación. Ahora, los jóvenes no respetan nada. Eso no está bien.

—El respeto por la autoridad debe ir acompañado por el respeto a uno mismo —aclaró Eric—. Tengo la terrible sensación, Herr Grubach, de que si me quedase unos días más en Alemania me daría cuenta de lo poco que ha cambiado. O quizá, como dice usted, solo han cambiado los jóvenes. Pero ¿para bien?

Grubach sacudió la cabeza. La juventud de aquellos días era rebelde y maleducada. No sentían amor de verdad por la familia; los jóvenes que venían de la guerra eran muchachos difíciles.

—Hasta mi hijo... —comenzó a decir, pero después el silencio hizo presa en él; miró por la ventana, giró en una esquina, y el escurridizo Joachim desapareció de la conversación, protegido de nosotros por un padre afligido pero aún abnegado.

Nuestra excursión terminó con un *Kaffeeklatsch* en casa de Herr Grubach, para que pudiésemos ver a su esposa, que estaba informada de nuestro interesante viaje en barco desde las Américas y ansiosa por conocernos. Grubach vivía en Hansaring, en una casa reconstruida de color rojizo y cuatro plantas que había comprado años antes. Se las había apañado para pagar la hipoteca alquilando las plantas superiores y dejando la inferior para él, pero justo cuando ya era suya llegaron la guerra y los bombardeos. Ya no se veían los desperfectos, pero hasta hacía dos años no vivía

nadie arriba. Estaba completamente reconstruida y casi libre de deudas de nuevo, nos dijo con orgullo mientras entrábamos.

Frau Grubach, una mujer bastante impresionante, de pecho generoso y pelo oscuro que rondaba los cincuenta y cinco, vestida para la inusual ocasión de seda negra y con un escote cuadrado rematado con una estrecha puntilla blanca hecha a mano, presidía la mesa redonda que ocupaba casi todo el espacio del comedor empapelado de rojo. A nuestro alrededor había cuadros de frutas chillonas y flores tropicales, una vitrina con tazas y platillos de porcelana, y el típico mobiliario pesado y oscuro que, como el de nuestro hotel de Berlín, parecía haber sobrevivido intacto a bombardeos y desastres. La mesa que teníamos delante, cubierta con un mantel de encaje color hueso hecho a mano, alineaba los mejores platos de porcelana de Meissen de Frau Grubach, que aparentaba ser el tipo de mujer que apenas hablaba, incluso en su propia lengua; allí, frente a unos extranjeros, se colocó en segundo plano y se limitó a refulgir mientras nos llenaba los platos con un surtido de sándwiches, galletas, bizcochos, frutos secos y frutas escarchadas; le encantó que yo alabase el pastel de chocolate y le pidiese la receta.

Nora también la quería; mientras anotábamos las cantidades pertinentes de harina, azúcar, huevos y mantequilla (proceso complicado, pues Frau Grubach no sabía inglés), oíamos que Grubach charlaba animadamente con Eric al otro lado de la mesa. Eric le preguntaba por los salarios en Alemania y el coste de la vida, como si de veras le importase la opinión de aquel hombrecillo. Grubach, que al parecer era un as de las estadísticas, pronto se encontró parlotando sobre el boom y explicando que votó por los democristianos tras la promesa de que crearían empleo para todos, lo cual quería decir que Grubach vendería más radiadores y planchas y electrodomésticos. Por supuesto, admitió, poniéndose de nuevo serio (no quería que Eric se imaginase que se chupaba el dedo en política), por supuesto todo el mundo sabía que una oleada de inflación podría acabar de un plumazo con todo el progreso logrado en los años pasados, y coincidió con Eric en que el boom podría incluso reventar si los Estados Unidos sufrían una recesión y dejaban de comprar tantas cosas. Grubach también concedió que había demasiados nuevos ricos a la cabeza de la prosperidad de la Alemania Occidental y que a él, como hombre humilde y siempre partidario del pueblo, le habría gustado que la riqueza estuviese más distribuida.

Parecía dichoso con la conversación; uno casi podía oírlo murmurando para sí, arrullado por un profundo regocijo, «Ahora somos buenos amigos. Como yo quería en el barco. Ahora se marcharán con el recuerdo de que los Grubach son buena gente».

Pero, como todo espejismo, aquello no podía durar; cada vez que Grubach se relajaba, ocurría algo, se alzaba un fantasma del pasado alemán, como el del padre de Hamlet, para atormentar la escena.

De repente se abrió la puerta del comedor; a Grubach se le cortó la sonrisa como una crema fuera del frigorífico en un día caluroso; allí, ante nosotros, se hallaba su

hijo Joachim, con su rostro sombrío, cojeando en dirección a la mesa como un intruso arrinconado. Su acto de presencia constituía a todas luces un desafío dirigido a su padre. Para hacerlo había dejado la tienda a cargo de un tal Herr Schmidt. ¿Y por qué, quiso saber su padre, se había marchado a la hora en que había más ajeteo? Porque le dolía la pierna, dijo con cólera; y el mero pensamiento bastó para arrojar a la madre a una actividad espasmódica y frenética; lo apremió para que se sentara y se apresuró a traerle una pastillita rosa; a continuación le cortó una enorme porción del pastel de chocolate.

—Mi hijo no habla inglés —repetía Grubach con patética insistencia por miedo a que le dirigiésemos la palabra al joven. En cuanto Joachim irrumpió en nuestro feliz *Kaffeeklatsch*, quedó claro que de nosotros se esperaba que actuásemos como si no existiese, como si la barrera del lenguaje extranjero lo aislase de nosotros cual lámina de cristal insonorizado. Joachim miró a su padre, se tragó la pastilla y luego comenzó a escarbar en el pastel, separando las nueces del glaseado para comérselas en último lugar.

Pero al menos estaba callado. Su padre, aliviado, intentó recrear el ambiente de un momento antes; siguió acosando a Eric con estadísticas, referentes en esta ocasión a las exportaciones alemanas. Pues sí, Alemania estaba volviendo a exportar por todo el mundo. Solo once años después de la derrota total, cuando la gente pensaba que «nuestra» industria había quedado arruinada para siempre. ¿Era de extrañar que el mundo lo llamase «milagro»?

—Lo siento, pero mi padre no nos ha presentado. ¿Su nombre? —Joachim se inclinó sobre la mesa y se dirigió a Eric en alemán. Ya vale de tonterías sobre turistas, parecía decir.

—Devon —respondió Eric.

—El hombre al que mi padre conoció en el barco. Me habló de usted. —Joachim chupeteó el glaseado del tenedor—. Me sorprende verlo en Alemania.

—¿Por qué?

—Pensé...

—¿Qué?

Eric se había convertido de nuevo en Albrecht, con su alemán rotundo e imperioso; los ojos de Joachim, que hasta entonces resultaban desafiantes, estaban llenos de incertidumbre.

—Devon —dijo, pronunciándolo con acento en la última sílaba—. ¿Cuál era antes su apellido alemán?

Las palabras se hicieron añicos contra las paredes empapeladas de rojo como si las hubieran lanzado con una ametralladora. La cabeza de Grubach respondió con una sacudida; después, de las profundidades de sus ojos pequeños y tristes se esfumó el último rastro de júbilo. En aquel rápido intercambio de miradas entre padre e hijo, el mayor aceptó la derrota; en su cara se dibujaba la desesperación de alguien que veía, a distancia, cómo un autobús se despeñaba por un acantilado, sabiendo que no podía

siquiera emitir un grito de advertencia. «Lo que ocurra a partir de ahora ya no me concierne», parecía decir Grubach al tiempo que extendía los brazos para cobijar en su regazo a un enorme gato gris que había estado frotándose contra nuestras piernas desde que nos sentamos.

—Mi nombre era Erich Dalburg.

—¿Y el de su madre?

Aquello empezaba a sonar a interrogatorio policial.

—Agnes von Ludowitz.

—Entonces, ¿por qué...? —Había picardía y malicia en aquella voz—. ¿Por qué le dijo a mi padre en el barco que era usted judío?

—Eso es lo que los nazis me dijeron a mí. Mi padre era un *Mischling*, así que, de acuerdo con las leyes de Núremberg, eso me convertía...

—La historia de siempre —Joachim no le dio importancia.

—Comprendo. Un pariente judío de Berlín me explicaba por qué hay tan poco antisemitismo declarado hoy en día en Alemania. Ni siquiera los exnazis pueden amasar mucho odio contra los cadáveres sepultados en fosas comunes.

Joachim miró por encima de la mesa como si los separase un terreno baldío, un pantano de hierba oscura, y él, el cazador, se arrastrase pistola en mano en la madrugada hostil.

—Yo personalmente creo que a los judíos no había que haberlos... maltratado —dijo Joachim de repente; quizá encontró las palabras «liquidado» o «gaseado» difíciles de pronunciar, o quizá no creía que aquello hubiese ocurrido—. Nosotros, los alemanes, no sabíamos...

—¿Cómo que no? Está todo en el *Mein Kampf*, en todos los discursos que daba el Führer. Los judíos son seres viles, infrahumanos. ¿Qué se imaginaba el pueblo alemán que iban a hacer los nazis con ellos después de todo eso, abrazarlos?

Joachim no supo qué responder; miró a su madre, que estaba cortando pastel; a Nora, que, sin entender una palabra, admiraba al gato del regazo de Grubach.

—Pensábamos que se los llevaban a Palestina, ¿verdad, papá?

Grubach levantó la vista, asombrado; de repente su hijo recurría a él como aliado.

—*Ja, ja!* Eso es lo que nos dijeron —convino—. Pensamos que allí serían más felices, en su propio país.

—Cuando liberaron Berlín (o lo derrotaron, mírenlo como quieran) —dijo Eric, recostándose en la silla—, más de mil judíos salieron de sus escondites. Habían sobrevivido solo porque algunos alemanes cristianos, arriesgando la vida, los habían escondido, alemanes que sabían que los judíos eran alemanes también y pertenecían a ese país, no a Palestina. —Sus manos finas y nerviosas habían encontrado una cuchara de plata que intentaba equilibrar sobre un dedo—. Un problema de lo más interesante: los judíos en Alemania. La gente puede mentir sobre otras cosas, pero este asunto es demasiado profundo. Con esto siempre sale la verdad.

—¿La verdad? —La voz de Joachim revelaba su desconcierto.

—Siempre se distingue a un exnazi por la manera de hablar de los judíos — respondió Eric recalcando las palabras. La cuchara se mantuvo en equilibrio, temblequeó y luego cayó contra el mantel de encaje—. Entendámonos, no es que espere que ningún alemán reconozca que fue nazi. Lo cual me entristece mucho — prosiguió Eric, recogiendo la cuchara.

—¿Entristece? —El tono agresivo de Joachim dejó paso al asombro, como si estuviese siguiendo un juego con reglas nuevas que se le hacía incomprendible.

Lo entristecía, insistió Eric, porque no le gustaba creer que estaba loco, pero ¿qué otra cosa podía pensar? No podría olvidar nunca, hasta el día de su muerte, Alemania cuando se marchó: todas aquellas mujeres llorando de alegría, los desfiles masivos, los *Heil* y los vítores que resonarían para siempre en su cerebro.

—Pero ahora vuelvo, y nada de lo que yo recuerdo llegó a ocurrir —dijo; parecía que todos los alemanes habían estado siempre en contra de Hitler, no a su favor; que si lloraban era de miedo, no de alegría. Todos los exnazis que habían encontrado trabajo de nuevo en Alemania en realidad odiaban a Hitler y solo habían formado parte de su gobierno porque esperaban salvar Alemania del caos—. Herr Grubach. —Eric se volvió hacia el padre, dejando al hijo en un silencio consternado—. Siempre he admirado el valor, incluso en un enemigo. Puedo respetar a un enemigo. Pero no puedo respetar a un traidor. Me pregunto si han castrado a todo el pueblo alemán. ¿Me voy a marchar de aquí sin haberme encontrado con nadie que me diga: «Yo creía en mi Führer y ahora que está muerto no voy a escupir en su tumba solo porque fracasó»?

Los lánguidos ojos de Frau Grubach estaban a punto de cerrarse de tedio; qué aburridos eran los hombres, decía su expresión, siempre con sus guerras y su política y sus discusiones, dejando que las mujeres limpiasen los destrozos que cometían.

La voz de Joachim era de nuevo triunfante.

—¡Herr Devon! —Hizo que el nombre sonase ridículo, como una caricatura—. Ha llegado a la casa adecuada. Yo no soy un cobarde. Mi padre...

—¡Cállate! —Grubach pegó un puñetazo en la mesa, imponiendo su autoridad paterna por primera vez—. Hablaré —le dijo a Eric—. Mi hijo tiene miedo de que no le cuente la verdad. Es joven. Las generaciones alemanas ven las cosas de modo diferente. Ustedes quieren héroes. Bueno, pues aquí tiene uno, en mi hijo, y yo le contaré lo que ocurrió. No es que vaya a comprenderlo. La gente que se marchó de Alemania no podrá entender lo que ocurrió aquí, nunca. —Se detuvo, haciéndose eco de las palabras de la tía Rosie, aunque expresadas de modo distinto.

Grubach dijo entonces que para empezar albergaba la impresión de que la familia de Eric siempre había tenido dinero; Eric admitió que así era, no una fortuna, al menos no su padre, pero se las apañaban. Y no habían pasado hambre cuando la inflación, dijo Grubach; no, respondió Eric, lo único que recordaba de la inflación era que una tarde lo llevaron a una *Konditorei* en Unter den Linden a tomar un pastel;

cuando entraron tenía un precio y cuando salieron otro, porque el marco bajaba y bajaba por minutos.

—Ay, su mujer —dijo Grubach de repente en inglés; se disculpó ante Nora por aquella larga conversación que ella no podía seguir; le estaba contando a su marido, dijo, qué les había ocurrido a él y a millones de alemanes más. Nora asintió con comprensión y se llevó el gato a su regazo—. A mi padre lo mataron en la Primera Guerra Mundial —dijo Grubach, hablando con mayor lentitud e inseguridad al elegir las palabras en un idioma extranjero. Ponía especial interés en que Nora lo comprendiese; la gente, la gente humilde, nunca quería guerras, y no había modo de olvidar lo que había sufrido él; lo llamaron a filas cuando era aún un muchacho, luego volvió a una Colonia arrasada por la derrota y el hambre. Su madre regentaba un pequeño comercio, pero los años de la inflación los dejaron sin nada. Cuando se casó era demasiado pobre para permitirse una luna de miel, pero la familia de Grete también era pobre, así que no les importó. Se detuvo para dedicar una sonrisa bastante tierna a su esposa, que se hinchó como un pavo.

Ach! Cómo describir aquellos años aciagos; Joachim nació cuando todavía no tenían dinero, luego su hija (la que murió de fiebre tifoidea en la última guerra). Herr Devon debía darse cuenta de que cuando la gente está hambrienta, preocupada y desesperada...

—Encuentran partidos como el nacionalsocialista, que se lo prometen todo —respondió Eric.

—Hoy en el extranjero se piensa que los nazis eran monstruos —dijo Grubach, abriendo los ojillos como platos. Solo porque unos cuantos de sus seguidores habían traicionado el ideal original, todos los que habían formado parte de ellos tenían que sufrir. Pero ningún forastero podía imaginarse la felicidad y los ideales que los miembros tempranos habían abrigado. Era como pertenecer...

—A una cruzada —concluyó Eric en su lugar.

Hitler no quería la guerra, insistió Grubach; todas sus palabras, todos sus discursos pedían paz, paz. Entonces, ¿cómo había empezado la guerra? Grubach afirmó que pensaba que ya lo sabía todo el mundo. Los comunistas rusos habían empujado a los polacos a atacar Alemania, y Alemania se había visto obligada a defenderse.

Eric señaló que en Inglaterra, donde ellos vivían, la percepción de la guerra era bastante distinta, pero que Grubach siguiera hablando; nada más lejos de su intención, dijo Eric, que replicarle.

Bien, los alemanes no querían la guerra y todo habría terminado en un abrir y cerrar de ojos si...

Grubach miró a Nora, cuyo rostro, normalmente sereno, reflejaba una perplejidad mezclada con cólera. De veras, comenzó a decir ella, pero él se apresuró a continuar, atrapado entre su hijo, por un lado, y las fuerzas de ocupación, por el otro.

La guerra había acarreado la ruina; la derrota más amarga, un 1918 repetido de nuevo pero a gran escala, mucho, mucho peor. Al menos, en 1918 los alemanes salieron derrotados, pero luego los dejaron en paz. Pero en 1945 las fuerzas de ocupación se alzaron con el poder, preparadas para quedarse allí.

—Entonces fue cuando mi hijo y yo... Bueno, nunca me lo perdonaré. Nunca. Al igual que usted, Herr Devon, quería que los alemanes se comportasen como héroes incluso en la derrota.

Hasta que pasas hambre, decía, no puedes juzgar lo que haga la gente para conseguir comida, y Herr Devon nunca había pasado hambre. Bueno, pues ahí estaban los alemanes, saliendo de los sótanos, rodeados de ruinas: rodeó con las manos regordetas la mesa, el mantel de encaje, la porcelana de Meissen, intentando evocar una imagen del hambre pasada, pero sin éxito.

—Si querías un trabajo en la zona aliada tenías que jurar que eras demócrata. En la zona rusa, decías que siempre habías sentido simpatía por el comunismo. —Como todos los demás, Grubach había comparecido ante un organismo llamado Junta de Desnazificación. Había contado la verdad, pero no toda. Les había mostrado las cartas de sus primos de Filadelfia (a los que había ido a visitar), que daban fe de que desde 1926 había querido emigrar a los Estados Unidos. Le había contado a la Junta que le gustaban los estadounidenses y que los admiraba mucho, y aquello tampoco era mentira. De veras le gustaban. Como pueblo. El gobierno no, pero ¿a quién le gustaban los gobiernos que lo ocupaban? No obstante, Grubach mintió al decir que se unió al partido solo en 1938, y a la fuerza—. Los estadounidenses fueron muy agradables conmigo. Entonces hablaba un poco de inglés, el que había aprendido en la escuela nocturna. No tan bueno como el de ahora, después de estar en Estados Unidos. Nací en el seno del catolicismo, como la mayoría de las familias renanas. Así que pronto conseguí el permiso para abrir un pequeño comercio y luego empezamos a comer, y el negocio ha crecido, y ahora tengo éxito. ¡Pero mi hijo me odia!

Mientras, Joachim mascaba las nueces que había dejado para el final; después le tendió el plato a su madre, que le colocó en él otra porción que acababa de cortar.

En 1945, Joachim no estaba en Colonia, sino en Westfalia con unos parientes, explicó su reticente padre, como si estuviese tocando un tema demasiado doloroso para ser expresado en palabras abstractas. Tras resultar herido cuando bombardearon la casa, se marchó a recuperarse al campo, donde sus padres pensaron que estaría a salvo durante aquellos días terribles del final de la guerra. Joachim era un muchacho muy valiente y tampoco guardaba recuerdo alguno del hambre para refrenarlo. Así pues, como un héroe, a los veintiún años, cuando lo convocaron ante las Fuerzas Aliadas en el pueblo, entró con sus muletas y contó la verdad.

—Justo como usted decía, Herr Devon. Puede respetar a un enemigo si dice la verdad.

Pero aquellos oficiales no respetaron nada. Cuando oyeron, de sus propios labios, que Joachim no solo había sido miembro de las Juventudes Hitlerianas, sino que

había liderado una tropa de jóvenes, y cuando Joachim dijo que había creído en su Führer y que seguía haciéndolo, a pesar de su muerte, un soldado se levantó y le aplastó el puño derecho en plena cara.

—Así que, Herr Devon, lo castigaron por decir la verdad. Le dieron un trabajo terrible, a pesar de estar lisiado, y lo trataron como a un enemigo; mientras que a otros muchachos de su edad, que mintieron, les dieron chocolatinas y amistad.

Pero no acababa allí la cosa, se apresuró a explicar Grubach, por temor a la réplica inmediata que había saltado a los labios de Eric. Por favor, escuche, dijo, porque lo que ocurrió después fue aún peor, y siendo inglés, quizá Herr Devon pudiese explicarle a Grubach por qué sucedieron las cosas de ese modo, ya que los alemanes se hallaban desorientados.

Su hijo se casó y llegó a Colonia; pero al principio tuvo que esconderse para no causarle perjuicio a su padre, que gozaba de la aprobación de las fuerzas de ocupación. En aquella época tener un pasado nazi todavía acarreaba la desgracia.

—Pero de repente todo cambió —dijo Grubach, con un rostro que desvelaba asombro al recordar. De repente, nadie hacía ya ninguna pregunta. A nadie le importaba si habías sido nazi. La gente importante del Partido Nazi recibía puestos en Bonn; los socialdemócratas se enfadaron mucho y protestaron en su periódico, pero no tenían ningún poder y nadie les hizo caso. Le había causado una sensación extraña, confesó Grubach, ver a aquellos nombres famosos de los días pasados de nuevo en el candelero, pero ya no eran nazis. Como decía Herr Devon, solo se habían visto obligados a colaborar con Hitler. Pero no, Grubach no pensaba que fuesen hipócritas. Los hipócritas eran aquellos que te obligaban a decir que pensabas como ellos para conseguir comida. Si un nazi famoso podía convencer a los aliados de que siempre había sido demócrata, entonces Grubach pensaba que era muy listo, lo admiraba y le deseaba suerte. Él, a diferencia de su hijo y de Herr Devon, no buscaba héroes entre la gente corriente.

Lo único que él quería saber era lo siguiente, y quizá, al ser inglés, Herr Devon podría aclarárselo:

—¿Qué querían de nosotros los aliados? ¿Qué les hizo cambiar?

—Un día los desnazificaban y desmilitarizaban y al siguiente...

—Exacto. —La voz de Grubach revelaba el alivio que sentía de haber encontrado comprensión aparente—. De repente, los aliados comenzaron a decirnos a los alemanes que nuestro verdadero enemigo era el comunismo. Pero los nazis lo sabían antes que nadie. Y ahora los aliados nos dicen: «Alemanes, preparaos para luchar contra los rusos». Pero nosotros ya hemos luchado contra los rusos. ¿Por qué no nos ayudaron entonces los aliados? ¿Por qué no nos enviaron hombres y armas en lugar de reducir Alemania a cenizas con los bombardeos? ¿Por qué nos derrotaron primero y ahora quieren que empecemos de nuevo a luchar?

—No le preguntes a Herr Devon. Ahora es británico, es uno de ellos —gritó Joachim en inglés.

El joven, que, según su padre, no hablaba ni una palabra de nuestro lenguaje, reveló que hasta tenía acento estadounidense. Pensé en Franz, comentando con ironía: «Conviene hablar el idioma de las fuerzas de la ocupación». Era obvio que Joachim había aprendido a manejar el inglés como si fuese un arma de ataque.

—El hecho de que tenga nacionalidad británica no me convierte en ciego —replicó Eric con ira—. Soy un ser humano, en primer lugar, y puedo observar los errores que se cometen en todas partes.

—Pero su pueblo ha sido muy estúpido —dijo Herr Grubach sacudiendo la cabeza con pesar.

—Increíblemente. Pero su estupidez nunca alcanzó las proporciones criminales de la de los nazis. Las fuerzas de ocupación no han montado campos de concentración ni han gaseado a sus enemigos por millones.

—De veras, Herr Devon, si quiere creerse esas historias de propaganda... —Grubach esbozó una sonrisa llena de lástima; qué hombre tan culto, Herr Devon, parecía decir, pero qué inocente.

—Mi padre hace preguntas pero yo le daré respuestas. Conozco las respuestas —dijo Joachim, que había perdido interés por el bizcocho—. Le contaré por qué nos vencieron. Por qué destruyeron nuestro ejército y nuestra industria. Los aliados quieren luchar contra Rusia pero quieren tener a Alemania bajo control la próxima vez, Alemania Occidental, quiero decir. Y los rusos quieren tener a los alemanes orientales en su bando en la próxima guerra y bajo control. Así que ambos lados piensan que los alemanes son un hatajo de ovejas estúpidas que lucharán unos contra otros en el frente, aceptando órdenes de extranjeros, esclavos miserables sin fuerza militar ni opinión propia.

Bueno, prosiguió Joachim con una sonrisa plena de satisfacción, pues aquello no iba a ocurrir. Los alemanes estaban haciendo milagros, todo el mundo lo admitía. Aún no sabían el milagro que faltaba por llegar.

—Pronto —continuó— estaremos dando órdenes, no acatándolas. Y si luchamos será solo cuando y donde nosotros queramos. Y no creo siquiera que tengamos que luchar. Una Alemania fuerte y poderosa conseguirá lo que quiera sin necesidad de librar una sola batalla. La próxima vez todo será diferente. ¿Qué dice a eso, Herr Devon?

Eric empujó la silla hacia atrás muy despacio y se puso en pie junto a la mesa; la suave luz polvorienta de la tarde agonizante iluminaba su cara. Observó a Joachim con curiosidad, por encima del erial que formaban el mantel de encaje y los platos con remates dorados, como gigantescas alianzas de boda.

—Cuando mi primo Albrecht habló de ese modo en Berlín pensé que lo estaba haciendo en nombre de un pequeño grupo de amigos. Por lo que se ve, estaba equivocado. —Extendió la mano para ayudar a Nora a levantarse—. También puede ser que hablen ustedes en nombre de la Nueva Alemania y que tengan éxito. —Su voz se desvaneció, para volver al poco, cansada como la de un niño que ha pasado la

noche llorando sin respuesta—. Lo único que puedo decir es que espero no encontrarme ya en esta tierra para ver el día de su triunfo.

Mi tren se iba antes que el de los Devon al día siguiente; cuando llegamos a la estación vimos que estaba en proceso de reconstrucción; un millar de martillos resonaban en el aire, sobre nuestras cabezas se extendían nuevas vigas, aún desnudas de pintura; los obreros iban y venían, chocando contra los pasajeros; era una escena de ajeteo y confusión; los trenes salían de raíles improvisados y nadie parecía seguro de dónde y a qué hora. El mío ya llevaba un retraso de diez minutos, pero, en cierto modo, estaba encantada, porque me daba unos preciados últimos momentos con Nora. Eric se retrasaría, porque había ido por la mañana temprano a visitar la imprenta de Herr Kreymer y yo no lo había visto la noche antes al volver al hotel tras cenar con el antiguo compañero de su padre.

—Si Eric no llega, despídete de mi parte —le dije a Nora, mientras el motor hacía unos ruidos ahogados al calentarse. Mi pequeña maleta ya estaba en el portaequipajes y yo me hallaba en el andén, esperando hasta el último momento—. ¿Cómo estaba esta mañana? —le pregunté.

—Se moría por volver a Londres. Lo cual me asusta —dijo, girándose con enfado para rescatar el bolso que una señora gorda, en sus prisas por coger el tren, prácticamente le había arrebatado del brazo—. Acuérdate de lo que le dijo a Käthe, lo de los ingleses. Se ha ido al extremo opuesto de lo que pensaba antes. Está idealizando, dejándose llevar por un espejismo, y se llevará un buen chasco si no abre los ojos.

Hizo una mueca cuando el estruendo de los martillos por encima de nuestras cabezas nos obligó a levantar la voz.

—Todo ese absurdo de que los ingleses no hacen preguntas porque son muy considerados y de que Eric va a entrar diciendo: «Bueno, Berlín ha cambiado mucho desde que nací allí», y nadie hará comentario alguno. Está loco si piensa así. Soy inglesa y lo sé bien.

Sí, sabía mejor que cualquier extranjero qué modo tan devastador tenían de poner a alguien en su sitio. Por supuesto, sin groserías ni hostilidad abierta, por norma, pues aquello sería... vulgar, esa es la palabra que usaban. Pero en lugar de ello... Extendió la mano para coger la pequeña boina beis de punto que había comprado en una tienda de Colonia y la atusó...

—En lugar de eso, adoptamos una actitud condescendiente, una expresión de desesperación educada, como diciendo: «Bueno, qué se puede esperar de una criatura así. No es uno de nosotros, por supuesto». Lo cual puede resultar mucho más insultante que un ataque frontal.

Me mostré de acuerdo, y oí el ruido sordo del motor, marcando el tiempo. Ya llevábamos quince minutos de retraso, por suerte, porque aquello le permitiría a Eric llegar a tiempo.

En alguna ocasión, en los días anteriores, Nora había empezado a pensar que una de las razones de que Eric se esforzase tanto por fingir que era británico era que tras la muerte de su madre debía de sentirse terriblemente solo y deseaba de un modo desesperado formar parte de algo, no ser un extranjero, no encontrar barreras ante él, ni siquiera de las educadas.

—Por eso —dijo ella, con la mano colocada con firmeza en mi brazo mientras avanzábamos juntas unos pasos—, por eso me asusta pensar que al regresar desbaratará todas sus defensas de un golpe, que destruirá la escasa seguridad que tenía, o pensaba tener. Hay que ser muy fuerte por dentro para deshacerse de una ficción que lleva años gobernando tu vida. Y Eric no es fuerte. Por el contrario, es tan patética y terriblemente...

Se detuvo para mirar el andén; Eric se acercaba a toda prisa con el impermeable ondeando tras él.

—¡Aquí estáis! —Llegó hasta nosotras, triunfante, y comenzó a llenarme los brazos de revistas, bombones y el periódico de Colonia—. De verdad, lo siento, pero estábamos fuera de la ciudad... No dejaba de decirle a Kreymer que tenía que irme. Ha resultado ser un señor de lo más extraordinario. Solo guardaba de él un vago recuerdo. Está rebosante de planes. He prometido ayudarle. No podía hacer otra cosa, después de cómo se portó con mi padre y del apoyo que le brindó. Ya te contaré los detalles por escrito. Ahora no hay tiempo de hablar.

Me quedé mirando a los Devon con los labios secos; habíamos estado tan cerca, habíamos compartido tanta intimidad, y de repente, durante los siguientes doce meses, hasta que pudiese volver en las vacaciones de verano, solo habría correo aéreo, corto, esquivo, insatisfactorio, para reemplazar aquellas charlas largas y llenas de afecto.

—Kreymer y yo hemos conversado sobre Berlín —dijo Eric, con la voz velada por un pensamiento que aún no había expresado—. Quiere mudarse de nuevo allí. Se aburre hasta la histeria con todo el ambiente de Bonn y Colonia. Echa de menos el *Berliner Luft*. ¿Sabéis lo que es?

—Sí. El aire indefinible, la atmósfera de la ciudad, ese algo que todos los berlineses echan de menos cuando se marchan.

—Cuando era niño y volvía a Berlín después de las vacaciones, era el *Berliner Luft* el que me recibía, un hormigueo colmado de vitalidad que me llenaba de alegría por haber nacido en aquella ciudad y no en cualquier otro lugar de Alemania. Ni yo ni mis amigos decíamos nunca: «Soy alemán». Siempre decíamos: «Soy berlinés».

Repicó una campana; el tren dio una sacudida; puse un pie en el escalón.

—Eric, ¿lo has sentido esta vez? Digo, el *Berliner Luft* —pregunté.

Todos a bordo, gritaba alguien.

—Sí —respondió, con los ojos llenos de tristeza—. Es como una historia de amor que creías terminada para siempre y, de repente, años después, sigue allí, algo que te duele, te conmueve y te agita de nuevo.

El tren dio otra sacudida que casi me hizo perder el equilibrio. Advertí que nos estábamos moviendo, y me aferré a una barra.

—Adiós, adiós. —Nuestras voces se mezclaron; después los martillos del techo se hicieron eco de nuestros gritos, el tren silbó, y el soniquete y el ronroneo de las ruedas también decían adiós; contemplé impotente a los Devon a través de la creciente distancia, a través de los millares de kilómetros que pronto nos separarían; nos atormentaban las ocurrencias de última hora, las cosas que quedaban sin decir, el pensamiento de lo que ocurriría en aquel año venidero. ¿Y qué pasaba si tras habernos sentido tan cerca ocurría algo que nos impedía encontrarnos de nuevo?

Abrí la boca para pronunciar unas últimas palabras pero la distancia parecía ya inmensa; ellos habían dejado caer los brazos a los costados; se giraron para no ver cómo el tren desaparecía de su vista; yo también me volví, aferrándome a la puerta del tren; solo tras un largo rato levanté por fin la vista. La estación quedaba lejos y el tren recorría la orilla del Rin; había empezado de nuevo a llover, una lluvia fría, gris e incesante, sobre los acantilados del Lorelei, justo como Eric lo recordaba en su juventud, aquella juventud que el viaje había acabado de arrebatarme, solo para dejarle una mediana edad que no prometía, de momento, ni paz ni esperanza alguna de un futuro tranquilo.

TERCERA PARTE

BERGEN-BELSEN... ¿Y DESPUÉS?

UNO

Durante los meses siguientes, la mayor parte del correo aéreo que intercambiamos Nora y yo iba cargado del vivaz cotilleo que suele darse cuando ambos corresponsales son conscientes de la imposibilidad de discutir problemas íntimos y acuciantes a distancia. «Cuando volvamos a vernos recuérdame que te hable de...», me decía siempre Nora en las profusas posdatas que desperdigaba en la parte inferior de las hojas. Para ella se trataba de un año muy atareado, en comparación, según sus propias palabras, con el año anterior, en el que Eric se encontraba demasiado enfermo para participar en actividades sociales. Parecía que volvían a salir: téns literarios con nuevos escritores, exposiciones, ballet y teatro, que era «de lo mejorcito ahora mismo. Date prisa en venir». Su amiga se había «encaprichado muchísimo» de la pintura de Franz y se haría algo, aunque, por supuesto, se tardaban meses en organizar una exposición en condiciones.

Con el Año Nuevo llegó una crónica de la fiesta de Navidad que habían montado para presentarles a sus amigos a la tía Rosie. Käthe no había podido dejar la librería en aquella época del año —la de más trajín—, pero los padres de Nora habían subido desde Cornualles y había sido «un éxito rotundo». Había aparecido gente a la que llevaban años sin ver, incluido el misterioso Konrad Geisler, con quien Eric había ido a la escuela años atrás, un hombrecillo silencioso con gafas de montura gruesa y una esposa encantadora tirando a rubia de uno de esos países de los Balcanes con los que Nora siempre se confundía. Había asistido hasta el jefe de Eric, que era todo un encanto; no hizo comentario alguno sobre el origen berlinés de Eric, como él había predicho. Y hablando de reacciones, Nora me comentó que yo tenía razón en cuanto a sus padres; lo sabían desde el principio. Su padre se había enterado de toda la historia de Eric por un primo militar.

La madre de Nora y la tía Rosie «se habían adorado a primera vista». Guardaban, según afirmaba Nora, una curiosa semejanza, no en la apariencia, porque su madre era rechoncha y más desgarbada, mientras que Rosie brillaba con una elegancia absolutamente parisina. Pero por dentro se entendían, ya que ambas eran mujeres con lo que «podría llamarse» fibra moral.

Eric mandaba besos en todas las cartas, estaba ocupadísimo, tenía un resfriado (qué neblumo), estaba traduciendo un relato trágico y lleno de fuerza de un joven escritor alemán, y se había comprado un cochecito, de segunda mano, pero muy útil para que viajásemos el verano siguiente. En aquellos momentos seguía pensando vagamente en Suiza y los lagos italianos.

Según transcurrían las semanas, las cartas de Nora mostraban cada vez más preocupación por Gerhard, que parecía haber pasado de ocupar un lugar insustancial a constituir el núcleo mismo de sus vidas. Al principio, cuando llegó, estaba tan delgado que se le notaban todos los huesos; así que Nora lo llevó al médico de cabecera, que dijo que Gerhard sufría de anemia y desnutrición. No porque el pobre Franz no lo hubiese alimentado como debía, qué va, era culpa del muchacho, que rechazaba las comidas caseras e iba por las calles comiendo perritos calientes, como todos los adolescentes de la época, según parecía. El médico también descubrió un ligero soplo en el corazón, cuatro molares que estaban en pésimas condiciones y un serio astigmatismo en el ojo izquierdo. Así que, entre los análisis, el dentista y el oculista, las primeras semanas de Gerhard no habían sido un camino de rosas, pero desde entonces «parece un chico diferente y estamos muy orgullosos de él».

Poco después recibí una nota de la tía Rosie que era un dechado de diplomacia y tacto. Se alegraba mucho de saber que estábamos planeando viajar por Europa y no se lo había mencionado a Eric, pues no quería imponerle su voluntad al muchacho (sí, a Nora sí se lo había dicho mientras estaba en Londres en Navidades, pero las mujeres eran más flexibles); en fin, si podíamos incluir Berlín en los planes —y Nora no daba la impresión de considerarlo imposible— quería que nos quedásemos en su casa. La pareja danesa había vuelto a su país y la encantadora muchacha canadiense se casaba con un hombre de negocios estadounidense tras un idilio que la tía Rosie calificaba de «fulgurante». Así que tendríamos la casa para nosotros solos.

Recibía noticias de Nora cada semana, pero Eric escribía pocas veces. Seguía sufriendo, pero ¿cómo se le podía ayudar? «Comida, dinero, cobijo, son cosas que se pueden dar a manos llenas, pero solo el tiempo ayuda en los problemas del alma. Confío en la honestidad natural de Eric. Tarde o temprano lo ayudará a encontrarse a sí mismo».

Poco después una nota de Nora mencionaba el viaje: seguía siendo Italia. Y siguió siendo Italia, con leves variaciones (¿quizá unos días en la Costa Azul?) hasta mediados de junio. Entonces escribió por fin Eric; por entonces yo estaba en Canadá, preguntándome para dónde comprarme el billete: ¿Francia?, ¿Inglaterra? ¿O sería mejor volar a Roma y esperarlos allí?

Que si me importaba esperar a septiembre, quería saber Eric, porque agosto era un mes imposible por las hordas de turistas; y que se había producido un ligero cambio en los planes. Si íbamos a Francia o a Suiza o a Italia, sería bastante fácil ir vía Alemania porque... Bueno, a decir verdad, «no me la quito de la cabeza», decía Eric; después de reprimir el pasado durante tantos años, había sido víctima de un recuerdo total de lo más angustioso; gente, escenarios, acontecimientos de la niñez se le agolpaban en la cabeza con tal claridad que a menudo era capaz de colocar los muebles de las habitaciones donde se desarrollaban los hechos, «hasta la última triste rosa del papel pintado».

«He pasado noches en blanco, forzando los ojos y los oídos en la oscuridad, intentando capturar las imágenes que se reflejaban allí. Luego, por la mañana, voy corriendo al despacho y me pongo a mecanografiar una carta tras otra para gente a la que llevo años sin ver, pidiéndole información no solo sobre sí mismos sino también sobre otros amigos y parientes. Con la ayuda de la tía Rosie, de Käthe, de Franz, y de Magda, desde Israel (me habrán tomado por loco, me imagino) he localizado a viejos amigos que ahora viven en Sudáfrica, Sudamérica, Estados Unidos, e incluso Hong Kong. Nunca antes me había dado cuenta de hasta qué punto la emigración alemana forzada por el nazismo se ha distribuido por el mundo. A veces es horripilante excavar tanto en el pasado. ¿Somos supervivientes de verdad o meros fantasmas todavía incapaces de abandonar la carne?».

El primer fin de semana de septiembre me encontró recordando las palabras de Eric en la conexión ferroviaria que unía el puerto de Southampton con Londres; llevaba en el bolso la última carta de Nora, que me llegó el día antes de zarpar de Quebec.

Íbamos a Berlín. No había explicación respecto a cómo se había producido aquel milagro; la tía Rosie «esperaba impaciente» nuestra llegada. Eric estimó que tardarían tres o cuatro días en recorrer en coche la distancia de Londres a Berlín, pues había varios lugares que quería visitar por el camino. Parecía, comentaba Nora, que tendríamos un otoño bastante decente después de otro verano de fría lluvia. Mientras el tren pasaba como un suspiro, las flores tardías de los jardines ingleses mostraban una vivacidad resplandeciente a la luz del sol. Qué buen tiempo para ir en coche hasta Berlín, a la ciudad de la que Eric había huido presa del pánico un año antes.

Los Devon habían insistido en que me quedase con ellos en el piso de Chelsea y yo les había escrito para que no viniesen a buscarme a la estación, pues las conexiones ferroviarias nunca llegaban puntuales. Así pues, cuando llegamos a Londres, recogí mi equipaje y me puse en camino hacia la salida. Entonces alguien gritó mi nombre. Me giré, sorprendida.

—¡Nora! —exclamé—. ¡Pero si te has cortado el pelo! Tu precioso moño.

Se rio mientras me besaba en la mejilla.

—Por favor, dime que me sienta de maravilla. Aún me siento extrañísima.

Seguí contemplando su rostro pálido de huesos finos, antes alargado gracias a la curva hacia atrás que describía el moño; en aquel momento, el mismo pelo lustroso de color castaño cálido lucía un corte estilo paje con onda bajo las orejas.

—Cumplí años en abril —me explicó mientras seguíamos al maletero que llevaba mi equipaje—. Ya sabes lo que les pasa a las mujeres en la cuarentena. Llevamos años viviendo con nuestras caras y de repente nos miramos al espejo y decimos: «Necesito un cambio o me volveré loca».

—Creo que me gusta, ahora que ha pasado el primer susto.

—No quería estar muy diferente, solo un poco más joven. Cuando el peluquero se puso a dar tijeretazos, me dijo: «Madame, se acaba de quitar diez años de encima».

Es una mentira de cuidado, pero me subió bastante la moral.

—¿Qué dijo Eric?

—Apenas se dio cuenta. Ha estado muy ocupado con otras cosas.

Al salir de la estación nos rodeó el abrumador tráfico de Londres; aparcado en una bocacalle estaba el cochecito azul oscuro que Eric le había comprado a un amigo para aquellas vacaciones, previstas desde hacía tanto.

Entramos; era cómodo y más espacioso que el de Grubach.

—¿Habéis tenido alguna noticia de Grubach? —pregunté.

—Por supuesto. Una tarjeta de Navidad el invierno pasado. Toda llena de ángeles y buenos deseos en alemán. Aunque no muy personal. Era de las que había escrito para mandar en nombre de la tienda a los clientes, supongo. A Eric le dio un ataque de risa al ver todo aquel dorado y la nieve falsa; dijo que no había visto una tarjeta de ese estilo desde que era niño y su madre recibía algunas parecidas de los comerciantes de Schöneberg.

Se desvió hábilmente de las arterias principales para transitar por unas calles laterales que brillaban a la luz de una tarde azotada por el viento. Sabía que nos dirigíamos hacia el río. Tenía tantas cosas que contarme, me dijo Nora, que no sabía ni por dónde empezar; me había hablado, por supuesto, de la salud de Gerhard, pero añadió algunos detalles; aparte de todo lo demás, padecía una curiosa dermatitis. Los médicos pensaban que se trataba de algo psicossomático. El caso es que cada vez que algo lo preocupaba se le formaban erupciones, solo en las piernas, por suerte, porque así nadie se daba cuenta, aunque el pobre muchacho no hacía más que rascarse. ¿Me había dicho...? No, no; bueno, pues Gerhard estaba estudiando, o trabajando como aprendiz, o como quisiera uno llamarlo, en la imprenta que se ocupaba de los libros para los editores de Eric. Porque, dijo con voz suavizada por la ternura, Gerhard no poseía un cerebro brillante en el sentido académico, ni se podía esperar que fuese a la universidad o algo así. Ella, personalmente, quizá por el cariño que le tenía al muchacho, sentía que no era algo que se pudiese esgrimir en su contra. Por el contrario, un impresor bueno y bien formado podía ganar más dinero y ser más útil para sí mismo y la sociedad que un montón de intelectuales inadaptados. ¿No estaba yo de acuerdo? Bueno, pues se alegraba de que así fuera, porque había que ser realistas con la nueva generación. Las iban a pasar canutas algún tiempo de todos modos, con la gente hablando solo de guerra y más guerra.

—Ah, ¿te conté lo de Eric y mi padre?

No que yo recordase, dije. Bueno, pues eran los mejores amigos del mundo. Por fin habían encontrado una causa común: la amenaza del resurgir del militarismo alemán. Antes, cada vez que su padre se iba por la tangente, todos sus amigos del gobierno se limitaban a bostezar y decir: «Vamos, mayor Shadlock, cálmese. Las cosas no están tan mal como las pinta». Pero desde que volvió Eric, su padre había encontrado un aliado que sabía las cosas de buena tinta. Se iban los dos a tomar una copa con algún oficial o algún empleado del ministerio y se pasaban horas hablando,

y ya no estaba solo el mayor Shadlock, un alma bienintencionada, sino también su yerno, nacido en Berlín, que conocía bien los hechos.

—¿Y cuándo decidió Eric pasar las vacaciones en Alemania? Pensé que no quería volver a ver aquel lugar —pregunté.

Nos deslizábamos junto al talud del río; los edificios de la orilla opuesta destacaban con su intenso rojo oscuro y marrón contra el color azul nomeolvides de un cielo que milagrosamente carecía de nubes. Nora frunció el ceño intentando recordar.

—En Navidades, cuando vino la tía Rosie, pareció dar por sentado que la próxima vez nos quedaríamos más tiempo para ver algo de Alemania. Pero evitó cuidadosamente mencionar Berlín.

Luego, cuando llegó la primavera, Eric comenzó a recibir un montón de cartas de viejos amigos que habían vuelto a Alemania y, al responder, les prometió a varios de ellos que intentaría «colar Múnich y Hamburgo», y al menos otra docena de ciudades, en sus próximas vacaciones de verano. Una noche dijo de repente: «Deberíamos escribirle a la tía Rosie para darle la fecha exacta de nuestra llegada a Berlín para que pueda hacernos sitio». Y aquello era todo lo que Nora sabía.

—Bueno —dije sintiendo la brisa del río en la cara—, Eric debe de ser más feliz.

—Es desgraciado. El año pasado sufría una tristeza silenciosa y depresiva. Ahora está abiertamente irritable, en guardia y en contra de todo el mundo. Ha pasado al otro extremo.

—¿En cuanto a qué?

—A lo de ser alemán. Pasó años pensando que nadie lo sabía. Ahora se imagina que lo sabe todo el mundo, lo cual es una estupidez. Si estamos en una fiesta y alguien menciona a los alemanes o la crisis de Berlín, entonces de inmediato piensa que lo dicen por él y se pone a la defensiva.

Nos acercábamos a su piso de Chelsea; los árboles del talud oscilaron para darnos una bienvenida color verde pálido; el coche aminoró la marcha cuando Nora pisó el freno.

—Es todo tan complicado —dijo—. Por cierto, recuérdame que te cuente lo de Magda cuando subamos y podamos relajarnos tomando una taza de té.

Por su voz me resultaba imposible juzgar si eran buenas o malas noticias.

Nora cogió uno de mis pequeños bultos y yo el otro; subimos las escaleras, Nora sacó la llave y abrió la puerta de su casa.

—Ni Eric ni Gerhard llegarán hasta más tarde. Esta noche cenamos fuera, es una ocasión especial.

La habitación de invitados estaba al final del pasillo, junto al estudio donde estaba instalado Gerhard, como uno más de la familia. Al entrar sentí la cálida presencia de los padres de Nora, sentados ante la chimenea en las noches frías, la madre «rechoncha y desgarbada», el padre con bigote, imaginé. Sobre la cretona blanca

resplandecían unos narcisos, y unos visillos encuadraban la ancha ventana que miraba al Támesis.

—Sí, es agradable, ¿verdad? —respondió Nora a mis halagos—. A mamá le encanta el colorido. Un fin de semana deberíamos bajar a Saint Ives en coche para ver el jardín. —Abrió la gran puerta del armario—. Cuelga aquí las cosas mientras yo pongo el hervidor. Luego, cuando estés lista, ven al salón y nos echaremos una charla de las nuestras antes de que los hombres lleguen a casa. Será como el año pasado.

Pero no lo era, pronto me di cuenta; aquel año había operado profundos cambios en la vida de los Devon. Sentadas en el mismo sillón en el que, el verano pasado, Nora me había contado la historia del conflicto, sentí, en primer lugar, que tenía ante mí a una mujer diferente; el peinado nuevo, un pintalabios brillante, un vestido de lana beis pálido sustituyendo a los trajes prácticos que siempre llevaba, todo se combinaba para darme la extraña sensación de que Nora, con el fin de poder afrontar los cambios de su marido, se había visto forzada a transformar su propia personalidad, al menos en el aspecto externo. También me di cuenta de que el año pasado estaban los dos solos, y sus problemas quedaban reducidos a un círculo pequeño y rígido, y de repente, con la llegada de Gerhard, había que tener en cuenta a tres personas; el reducido horizonte de sus días se había vuelto más fluido, se había ensanchado hasta abrazar lo inesperado, lo imprevisto. La mayor parte de la conversación de Nora se centraba mucho más en el muchacho que en Eric. Luego, por fin, cuando una llave tocó la cerradura y Eric entró en el piso, dijo de inmediato, una vez terminados los saludos:

—¿Gerhard no está aún en casa?

Nora murmuró algo de que iba a ir a la biblioteca al salir de la imprenta, antes de volver; también comentó que el traje azul que Eric le había regalado para Navidades acababa de volver de la tintorería, así que podría ponérselo aquella noche. Era su traje favorito.

—No lo vas a reconocer —me dijo Eric; estaba más alto, más sano y muy guapo, gracias a Nora, que lo había atiborrado de todas las vitaminas habidas y por haber.

—¿Le gusta Inglaterra?

Eric señaló que no era cuestión de gusto o de disgusto, sino de vivir una experiencia que, por dolorosa que fuera, resultaba vital para el desarrollo del muchacho. Por supuesto, si no hubiese llegado de Berlín en un estado tan lamentable, todo habría sido mucho más fácil. ¿Estaba yo al tanto?

Nora dijo que era demasiado complicado explicarlo por carta, y que por eso había esperado.

—Toda esa historia me afectó a mí, cuando la oí, casi tanto como a Franz —dijo Eric—. Resulta que tengo una obsesión; varias, quizá, pero una en particular. No soporto ver que traicionan a los jóvenes.

No le importaba un pimiento, prosiguió, lo que un adulto le hiciese a otro (dentro de unos límites razonables, por supuesto), pero los jóvenes tienen que poder amar y

confiar en alguien o se quedan lisiados por dentro.

—La verdad es que ese hombre se merecía que le pegasen un tiro —afirmó Eric.

—Mejor que expliques de qué hombre estás hablando —dijo Nora, mientras mi confusión alcanzaba su apogeo.

Bueno, ¿a que recordaba la paliza que le dieron a Gerhard en Berlín? Las suposiciones de Franz eran correctas. Los padres normalmente saben más de lo que piensan sus hijos, dijo Eric, recordando, por ejemplo, al suyo.

—De jóvenes somos todos medievalistas, supongo —dijo, alejándose por un segundo del hombre que se merecía un tiro para adentrarse en senderos menos siniestros—. Vemos el mundo como un campo de batalla entre el bien y el mal: nuestro bando encarna la pureza y la nobleza, y el enemigo representa al demonio.

Así que allí estaba Gerhard Wehn, de diecinueve años, que vivía en el Berlín dividido, joven caballero con su armadura, luchando jadeante por la justicia y por demostrarle al mundo y a sí mismo que era un héroe. Un día conoció a un hombre, un tal Herr Josef, que compartía su deseo de salvar el mundo, y que le presentó a Gerhard a otro grupo supersecreto de jóvenes, futuros héroes; arriesgando sus vidas se internaron en el Berlín Oriental, donde celebraban misteriosas reuniones con otros estudiantes, que teóricamente les iban a pasar información para llevar de modo clandestino al sector occidental. En una ocasión, en vez de con amables muchachos, se toparon con una brigada de las Juventudes Comunistas que no estaba nada contenta de verlos y se pelearon a puñetazos. Y habían tenido suerte de que no los pillase la policía de la Alemania Oriental, porque entonces habrían dado todos con los huesos en la cárcel, por espías. Pues eso eran precisamente, si uno lo pensaba bien: inocentes espías que se jugaban el cuello para conseguir una información tan caduca que ya se había publicado en el periódico comunista *Neues Deutschland*, o que al menos era de dominio público. Pero Franz no había sido capaz de decirle nada a su hijo. Nadie escarmienta en cabeza ajena, tampoco Gerhard.

Por suerte para los implicados, las autoridades del Berlín Occidental arrestaron un día a Herr Josef y desvelaron que se trataba de un exagente de la Gestapo, que se dedicaba a vender información a cualquiera que mostrase interés: alemanes occidentales, alemanes orientales, comunistas, católicos, estadounidenses, británicos... Herr Josef no mostraba preferencias. De hecho, su lista de clientes causaba tanta impresión que a la policía le daba miedo filtrar los nombres. Aquel hábil caballero había organizado toda una cuadrilla de muchachos como Gerhard, que creían estar luchando por la «causa de la libertad», cuando en realidad lo que hacían era proporcionarle a aquel nazi un ingreso regular para que pudiese vivir con los lujos a los que se había habituado en la época de Hitler.

—El espionaje es un negocio frecuente en Berlín en esta época —concluyó Eric—. Un corresponsal de Londres allí acaba de escribir que se han montado ochenta redes privadas y que puedes comprar información de cualquier asunto o persona que desees. Por supuesto, cuando Gerhard supo la verdad, casi se derrumba. Pasamos

unas primeras semanas de lo más horribles, ¿a que sí, querida? —dijo dirigiéndose a Nora.

Horribles. Al parecer, Gerhard albergaba una fe en Herr Josef parecida a la que los miembros de una secta profesan a su líder; y como no era un muchacho hablador no había conseguido desahogar su decepción. Aquello era lo peor, a decir de Nora.

—¿Gerhard viene con nosotros a Berlín? —pregunté.

—Sí. Tiene que hacerlo. Lleva un año en Inglaterra; lo bastante como para formarse otro concepto de la vida, pero más tiempo aquí podría resultar fatal —dijo Eric—. Convertiría al muchacho en otro exiliado inadaptado.

Eric le había encontrado un trabajo, algo que lo mantuviese ocupado a su regreso; Herr Kreymer iba a trasladar su editorial de Colonia a Berlín, a pesar de la amenaza de la crisis, y Gerhard iba a trabajar con él en la imprenta.

—¿Y qué habrá sido de Herr Josef? —quise saber.

Eric se encogió de hombros; seguramente lo habían puesto en libertad; todo exmiembro de la Gestapo sabía lo bastante de cualquier oficial del gobierno en ejercicio como para poder comprar su salida de la cárcel. Eric dijo que no le sorprendería que, a nuestro regreso, Franz le contase que Herr Josef seguía reuniéndose con otros pánfilos en las mismas cafeterías y proporcionando a los mismos clientes de siempre sus informes prácticamente inútiles. Pero el tipo de gente que compraba información se tragaba cualquier cosa que le contasen y, en opinión de Eric, se tenían bien merecido que los desplumasen.

—Bueno, esta vez veremos algo de Alemania, para variar. —Eric se levantó de la silla y se estiró. Había trazado un buen itinerario—. Hasta vamos a ir a Belsen —dijo; luego, al ver que me encogía, añadió—: A ver, ahora es un parque conmemorativo; nada de horrores, del infausto campo de concentración no queda nada más que el nombre. Gerhard quiere ir hasta allí. Ha leído *El diario de Anna Frank*. Además, por supuesto, mi primo Leo Ahrenfeld murió en aquel lugar...

—Hablando de los Ahrenfeld —dije, teniendo en mente el recordatorio de Magda en el coche—, ¿qué tal Magda?

—¿Magda? —Parecía algo distraído—. Se ha hecho muy amiga de Nora por correspondencia. Se escriben todo el tiempo. ¿A que sí, cariño? —dijo volviéndose hacia Nora, que entretejía y soltaba los dedos de los flecos blancos que remataban el sofá de cretona; entonces levantó la mirada, con el rostro tocado por una suave sonrisa.

—Sí. Nos hemos hecho muy amigas. Es una de las cosas buenas que han pasado.

DOS

Al salir de Hannover, la carretera que lleva a Bergen-Belsen atraviesa algunos de los bosques más tranquilos de toda Alemania; las vacas pastaban lánguidamente a nuestro paso en prados que alternaban las ondulaciones verdes con espesas arboledas, y de cuando en cuando con un otoñal amarillo tostado. En los campos, mujeres de faldas negras con pañuelos en la cabeza trabajaban codo a codo con los hombres de la familia, cosechando patatas. La mayoría de las casas de campo estaba cercada por franjas de madera pintadas de un blanco que contrastaba con el verde y el color chocolate, de modo que conseguían el efecto «tablero de ajedrez» que normalmente se apreciaba en Baviera.

Era el tercer día de viaje; nos habíamos adentrado en Alemania por los Países Bajos, dejando atrás el intenso tráfico de la industrial cuenca del Ruhr y los núcleos turísticos que bordeaban el Rin; por aquella carretera, solo nos habíamos cruzado con unos cuantos vehículos militares británicos y algunos Volkswagen con familias disfrutando de unas vacaciones tardías.

El hecho de dirigirnos a Belsen, y el haber dejado el hotel de Hannover poco después de la salida del sol, contribuía a nuestro silencio. Gerhard iba sentado en el asiento del copiloto, al lado de Eric; un Gerhard muy distinto del muchacho que había entrado a saludarnos en el estudio de su padre un año antes. Las gafas nuevas, de sobria montura negra, prestaban a su rostro una intensa seriedad; y su actitud desafiante había dado paso a una respetuosa consideración hacia los demás. Daba la impresión de haber madurado varios años en solo un invierno en Londres.

Aunque al final pasamos junto a un desvío que señalaba hacia Belsen, Eric continuó carretera abajo, porque, según dijo, quería que viésemos el pueblo de Bergen. Lo recordaba de las excursiones de la niñez; un lugar sacado de un cuento de hadas, con calles adoquinadas azotadas por el viento, acurrucado tras vallas de jardín, de modo que a menudo solo la inclinación de un techo rojo asomaba a la vista del transeúnte.

Alemania estaba llena de pueblos como Bergen y Belsen, cuyos nombres no habría conocido nadie, señaló, si los nazis no les hubiesen traído mala reputación al establecer en los bosques cercanos uno de los campos de concentración más terroríficos de los que se tenía noticia. Por supuesto, cuando el ejército británico liberó el campo, nadie de aquella comarca reconoció saber de su existencia. Nora tenía un primo...

—Harold. Vino con el cuerpo médico —interrumpió, en un aparte hacia mí.

—Harold sigue echando espumarajos por la boca, incluso ahora, cuando cuenta la historia. —Eric giró el volante y este se desvió un poco, como si también montase en cólera. El ejército británico, compuesto por soldados experimentados, lloró al entrar en Bergen-Belsen y encontrarse con centenares de cuerpos aún sin enterrar y esqueletos desnudos y extenuados que aún se movían al aire libre, restos de seres humanos a los que habían matado de hambre deliberadamente. Aquellas cintas terroríficas que los noticiarios se habían apresurado a sacar de Alemania para demostrarle al mundo lo que ocurría en los campos de concentración nazis se habían grabado allí.

Pero ¿y los bien alimentados habitantes del pueblo? Los británicos los habían obligado a desfilar lo más pronto posible para que viesan la obra del régimen nazi. ¿Y cuál había sido el resultado? Según Harold, los habitantes de la zona estaban llenos de odio, no hacia los nazis, sino hacia los británicos. Delegaciones de robustos ciudadanos habían invadido las oficinas militares en protesta por la puesta en libertad de los escasos reclusos de Bergen-Belsen que aún podían andar.

—Enciérrenlos. Nos roban la comida y la ropa —habían exigido aquellos ciudadanos furiosos. Ni una palabra de piedad ni de compasión. Quizá unos cuantos se sintiesen algo culpables, pero si era así, habían permanecido en silencio.

—Harold quiere saber qué aspecto tienen hoy en día estos pueblos y si sus habitantes aún recuerdan. Pero, claro, si nos limitamos a pasar en coche...

Eric se detuvo; el coche aminoró la marcha; miró hacia la carretera. A un lado quedaban las casas de Bergen, tal como las había descrito, con las vallas de jardín cubiertas de flores: una escena de postal, rebosante de encanto y de paz remota.

—Gerhard. Pregunta por dónde se va a Belsen —ordenó.

—Pero si sabemos el camino —protestó el muchacho—. Hemos pasado por la señal hace unos kilómetros.

—Tú pregunta, a ver qué responden.

Paró el coche junto a un carro en el que iban sentados dos hombres; uno mayor, robusto, de hombros anchos y rostro enrojecido, levantó la vista con expresión de disgusto, como si le molestase la interrupción.

—¿Belsen? —Fue la estúpida respuesta a la cortés pregunta de Gerhard—. Todo esto es Bergen-Belsen.

No, insistió Gerhard con firmeza; quería visitar el campo de concentración del bosque.

—¿Un campo de concentración por aquí? —preguntó el hombre con desdén absoluto.

—Tío —dijo el joven tras enjugarse la frente con la manga—. Están hablando del parque ese de judíos donde tienen el monumento.

Eric puso el coche en marcha y nos marchamos tras un camión que iba a toda velocidad.

—Gerhard —repuso Eric, tras un momento—, no dejes que nadie te diga que el antisemitismo ha muerto en Alemania.

Belsen. La pequeña señal que habían colocado cerca del suelo casi pasaba desapercibida. Una flecha señalaba hacia los lejanos bosques. Nos desviamos de la carretera principal y durante varios kilómetros avanzamos por una zona de campos deshabitados y árboles desperdigados. Arriba, el cielo había tomado un color gris de fuertes matices helados, el color de la nieve cuando la toca el hollín; y a nuestro alrededor sentíamos que la lluvia se acercaba por el vago horizonte cubierto de nubes. Nadie hablaba; el mero pensamiento de nuestro destino nos sumía en la depresión; aquella carretera tan vacía era el último lugar donde los sucesivos convoyes de prisioneros habían contemplado un espacio abierto. El bosque colindante había protegido el enorme campo de concentración de la vista, de modo que los aldeanos que transitaban arriba y abajo por la carretera principal podían de veras alegar que no sabían qué era lo que existía allí, porque era fácil considerar un rumor algo que uno no había visto con sus propios ojos.

De repente, ante nosotros se alzó un portón de hierro forjado. En el claro que se extendía ante él había tres coches aparcados, uno con matrícula noruega, otro de Alemania Oriental y el tercero del ejército británico. Salimos y nos quedamos de pie un momento, con la vista puesta en el letrero que decía que Bergen-Belsen se había convertido en parque conmemorativo para homenajear a todos los que habían muerto allí. No quedaban barracones en pie que le diesen un aspecto atormentado al escenario, ni crematorios como los que aún se alzaban en Buchenwald y Auschwitz.

Lo primero que distinguimos a través del portón abierto fue un rosal cuyos últimos pétalos ajados se agitaban con el viento. «Tú que entras aquí, abandona toda esperanza». Comenzamos a subir camino arriba y el paisaje se desplegó ante nosotros: los prados se extendían como cintas, los parterres estaban polvorientos y descoloridos; los árboles de un suave dorado; aún cantaban unos cuantos pájaros, apuñalando el silencio otoñal con aquel último tributo a un verano ya fugitivo; ante nosotros una carretera sinuosa serpenteaba por el parque.

A primera vista parecía no haber nada que temer en aquel lugar, nada que pudiese despertar los recuerdos del trágico pasado; solo algún montículo allanado disperso, cubierto de flores y un césped lustroso. Pero luego uno se inclinaba para leer las plaquitas, y las palabras AQUÍ HAY DIEZ MIL PERSONAS ENTERRADAS O EN ESTA FOSA COMÚN YACEN CINCO MIL PERSONAS volvían a la vida con una claridad aterradora. Entonces, de repente, el pasado y el presente se unían, las flores perdían su brillo, y un horror sordo obligaba a la mente a ver aquellos millares de personas tal y como eran cuando estaban vivas. Donde los ojos ya solo hallaban delicados árboles, los internos de Bergen-Belsen veían los imponentes muros y la alambrada de espino que los recluía como a bestias salvajes; donde las rosas agitaban sus pétalos y los arbustos se enroscaban uno junto a otro como manos de niños dormidos, las tropas que lo

liberaron se habían topado con montañas de esqueletos desnudos y aún convulsos para los que la liberación llegó demasiado tarde; y donde solo se oía el canto de los pájaros, los gemidos y la angustia habían sido tan enormes que los soldados habían llorado ante aquella imagen.

Entre los arbustos, unas manos desconocidas habían colocado pequeñas lápidas EN MEMORIA DE NUESTRA QUERIDA MADRE, o padre, o hermana, con nombres y fechas que le arrancaban al pasado arrasador la imagen de un ser querido. El espanto de aquel campo es único; solo allí se encuentra un cementerio lleno de restos de miles de personas traídas de lejos para ser asesinadas deliberadamente de los modos más espeluznantes y diabólicos que la mente humana haya inventado jamás.

Tras visitar Bergen-Belsen, la vida nunca puede ser igual. Algo nos ocurrió a todos aquel día, y solo más tarde fuimos capaces de ponerle voz; en aquel momento no nos brotaron lágrimas, sentíamos la boca seca; avanzamos como autómatas entre las flores y las tumbas, como si nosotros también hubiésemos muerto. Poco a poco nos acercamos al centro del parque; donde antes se situaban los barracones principales se extendía un anfiteatro con escalones que llevaban a un estrado; en la pared trasera, en muchas lenguas, cada país había escrito unas palabras de homenaje a los héroes de la Resistencia que murieron allí: franceses, polacos, holandeses, rusos, escandinavos; todos habían compartido un destino y en la muerte recordaban a su enemigo común y la causa que los había aliado.

En medio, presidiendo las inscripciones, visible desde cualquier punto del parque, un enorme obelisco con una estrella de David tallada en la base recordaba especialmente a las víctimas judías de Bergen-Belsen. La punta del monumento parecía estar rozando el cielo, como un triunfo del hombre sobre el mal. Un pájaro saltaba de arbusto en arbusto solo a unos cuantos metros. Era un pajarito marrón de alas veloces y agitadas.

«¿Hay algo más hermoso en el mundo que sentarse ante una ventana abierta y disfrutar de la naturaleza?», veía ante mí las palabras de Anna Frank, salpicadas con avidez en el diario que escribió mientras se escondía de los nazis en un ático de Ámsterdam; menos de un año después murió en Bergen-Belsen. ¿Amaría la naturaleza Anna antes de morir, seguiría pensando que los humanos eran capaces de sentir la bondad?

Me volví hacia Nora y advertí que estábamos las dos solas ante el monumento; Eric y Gerhard estaban al pie de las escaleras, hablando con dos muchachos apoyados en sus bicicletas. Hasta aquel momento no nos habíamos cruzado con los ocupantes de los demás coches, pero justo entonces una pareja de mediana edad emergió de los bosques; la mujer llevaba un pañuelo blanco y rojo en el pelo y el hombre una chaqueta de piel curtida. Supervivientes, quizá, o a lo mejor habían acudido allí como Eric, para rendir homenaje a la memoria de un ser querido. La mujer se agachó a recoger una flor roja de un arbusto cercano; luego se acercó a colocarla, sin decir una palabra, sobre la estrella de David.

Nos acercamos a Eric y a los muchachos; hablaban en un tono sincero y ansioso, como si hubiesen encontrado un interés común. El muchacho más alto tenía cara de bobo, pero también de buena persona. Se llamaba, según nos contó Eric, Karl, y era hijo de un panadero de Hannover que había sido un ferviente nazi. Hasta hacía unos meses, Karl siempre se había creído lo que su padre les había contado a los niños sobre los campos de concentración, a saber, que era propaganda ridícula inventada por los aliados. Pero un día Karl conoció al otro muchacho, Wilhelm, cuyos padres tenían un primo que había muerto en Bergen-Belsen por oponerse a los nazis. Los dos muchachos habían ido en bici por primera vez a principios de la primavera, y habían visto por sí mismos las fosas comunes y las inscripciones. Después asistieron al montaje teatral de *El diario de Anna Frank*, mientras sus padres creían que andaban paseando por el Rin. Wilhelm, un muchacho nervioso de pelo oscuro, cuya voz nasal sonaba como si tuviese vegetaciones, le estaba contando a Eric que era cierto que la obra de teatro había gozado de un tremendo éxito en Alemania.

—Pero por lo que sé el público es mayoritariamente joven —dijo Eric.

—Sí —respondió Wilhelm—. Y nadie aplaude, la gente ni siquiera tose. Y al final, cuando te enteras de que los nazis fueron a buscar a la chica, la gente se pone nerviosísima. La noche en que vimos la obra una mujer que estaba sentada detrás de nosotros tuvo que marcharse, ¿a que sí, Karl?

Sí, había salido medio desmayada, convino el muchacho. Luego le preguntó a Eric si en el extranjero sabían que en toda Alemania los jóvenes formaban grupos de debate sobre Anna Frank. Eric asintió, se habían publicado algunas noticias al respecto, pero por desgracia, no con la debida difusión. Le parecía maravilloso que justo en el momento en que los nazis intentaban que la gente creyera que lugares como aquel no eran más que propaganda aliada hubiese surgido de la tumba la voz clara y valiente de aquella muchacha para desafiarlos a todos. ¿Qué mente podía concebir la agonía de seis millones de judíos liquidados para hacerle sitio a la raza suprema? Pero cuando aquellos millones quedaban reducidos a una única muchacha y los áticos-escondrijos de la Europa ocupada a uno concreto de Ámsterdam, entonces hasta los corazones más gélidos se ablandaban e incluso se rompían, colmados de manifiesta aflicción, en el interior de los oscuros teatros alemanes.

—¿Qué ocurre cuando los jóvenes se enteran de que sus padres les han mentido? —preguntó.

—Bueno, los padres siempre mienten —respondió Karl—. En mi fuero interno sé que mis padres piensan que los nazis eran lo mejor para Alemania. Mi padre dice que un alemán se sentía alemán de verdad en aquella época. No sé qué quiere decir con eso. Pero me callo.

—Ser simplemente nazi no quería decir nada. Los había de todos tipos —interrumpió Wilhelm con una expresión astuta en los ojos oscuros—. Mis padres eran indiferentes. Nunca les interesó la política, o al menos eso es lo que dicen ahora. Un montón de gente joven que conozco acusa a esos padres a los que no les gustaban los

nazis pero tampoco se oponían a ellos, los que nos dicen: «Vosotros, los jóvenes de hoy, no entendéis hasta qué punto era imposible oponerse a los nazis». Por qué imposible, me gustaría saber.

—Mi padre estuvo en un campo de concentración —interrumpió Gerhard—. Se opuso a ellos. Organizó una célula antinazi en la fábrica.

Los muchachos guardaron silencio, pero lo miraron con pensativo respeto.

—¿Qué os enseñan en la escuela sobre el periodo nazi? —preguntó Eric.

—Depende del profesor —respondió Wilhelm—. Tenía un profesor de historia que nos contó que los nazis querían conquistar el mundo, pero que lo único que querían el pueblo alemán y los demás pueblos era la paz. Dijo que nadie gana en una guerra y que el mundo debía encontrar formas pacíficas de poner fin a los conflictos o si no todo el mundo moriría la próxima vez. Pero luego tuve otra profesora terrible. Decía que lo único que querían los nazis era que Alemania saliese unida y fortalecida. Que los aliados les echaban la culpa a los nazis de las mismas cosas que hacían ellos; que hablan de cómo los nazis trataban a los judíos y sin embargo mira cómo tratan los estadounidenses a los negros.

A nuestro alrededor ya no cantaba ningún pájaro y las hojas se mantenían inmóviles, pues el viento había amainado, como exhausto, en la distancia.

—Creo que no estáis teniendo en cuenta —replicó Eric mientras comenzamos a desandar el camino— que si cualquier político estadounidense hubiese sugerido siquiera montar campos de concentración para gasear a los negros lo habrían encerrado en un manicomio.

El crujido de las bicicletas contra la dura tierra era lo único que se oía; ambos muchachos las empujaban por el manillar, y Gerhard iba caminando a su lado.

—Aparte de Anna Frank, no sé de nadie más que muriese aquí —dijo Karl, de repente, al llegar a las fosas comunes, con una expresión parecida a la incredulidad pintada en sus ojos suaves.

—Mi primo Leo Ahrenfeld —respondió Eric—. Leo estaba a salvo en el exilio pero quería luchar contra los nazis. Así que volvió con papeles falsos y trabajó en la clandestinidad. Incluso después de atraparlo y matarlo, los nazis creían que se trataba de un profesor de Múnich llamado Richard Detz. La verdad salió a la luz solo cuando, años más tarde, el verdadero Richard Detz localizó a la hermana de Leo y le contó toda la historia. Y eso es algo que vosotros, muchachos, deberíais saber. Los nazis no empezaron a meter a extranjeros en los campos de concentración hasta años después de haber masacrado a la mayoría de la oposición alemana —prosiguió Eric—. Por eso, a Alemania le cuesta hoy en día encontrar líderes. Asesinaron a mucha gente buena, y millares de personas más se alejaron para siempre de Alemania al exiliarse.

Los coches que había ante el portón habían desaparecido; nos invadió una sensación de completa desolación; Nora, Eric y yo volvimos al coche, enfermos por

todo lo que habíamos visto; Gerhard se detuvo para anotar las direcciones de los muchachos.

—Eric, deberíamos haber traído flores —observó Nora—. Como los muchachos.

—A Leo no le habrían importado las flores —respondió con lentitud—. Pero habría sido importante para él saber que hemos venido a ver todo esto con nuestros propios ojos.

Era casi mediodía cuando emprendimos el regreso, desviándonos y dando rodeos en dirección a Berlín. Si se pudiese continuar por la vieja carretera, que iba directa, el viaje duraría tres horas, dijo Eric, deteniéndose para escudriñar el mapa por quinta vez; pero justo delante quedaba la frontera de Alemania Oriental, y solo había una *Autobahn* abierta para los viajeros occidentales, que empezaba en una ciudad llamada Helmstedt; así pues, recorrimos kilómetros y más kilómetros desviándonos por carreteras secundarias e intersecciones paralelas a la frontera, hasta que por fin nos detuvimos en una pequeña fonda para un almuerzo tardío antes de cruzar.

En el pequeño restaurante revestido de madera, unos cuantos alemanes con pinta de viajeros holgazaneaban ante su café. El dueño, un hombre gordo de rostro arrugado y bilioso, advirtió el coche británico y de inmediato quiso saber si viajábamos a Berlín. Eric respondió que sí. Durante la siguiente media hora, y con la contribución espontánea de algunos de los clientes de las mesas contiguas, no dejó de aterrorizarnos con historias diversas; que si la gente desaparecía al cruzar al sector oriental; que si la policía fronteriza era de lo más suspicaz con los extranjeros. Hasta podíamos acabar en la cárcel «de allí» como se nos escapase un estornudo. Nos rogó, por nuestro bien y el de la paz internacional, que volviésemos a Hannover, aparcásemos en algún garaje y fuésemos a Berlín en avión, como hacía la gente sensata.

Eric le dio las gracias, pagó la cuenta y salimos del restaurante. Al entrar de nuevo en el coche, Nora preguntó:

—¿Y ahora qué?

Eric puso en marcha el motor.

—La *Autobahn*, esa autopista, es la única forma de entrar y de salir de Berlín para millares de alemanes occidentales, así que, si ellos pueden arriesgarse todos los días, nosotros también. Al menos, veamos qué ocurre.

Según nos acercábamos a la frontera, centellearon a nuestro alrededor unas señales azules y blancas que anunciaban HELMSTEDT, HELMSTEDT, como si de veras fuésemos a entrar en otro país. Como tantas otras ciudades fronterizas, Helmstedt resultó estar compuesta solo por unos cuantos edificios de madera decorados con banderas en medio de una franja de campo plana y desolada. Al ver que las barreras rojas y blancas descendían, detuvimos el coche. Ante nosotros se hallaban varios autobuses interzonales enormes, camiones y unos cuantos vehículos privados. Aquel lado de la barrera seguía perteneciendo a la República Federal de Alemania; justo

delante se extendía una franja neutral de tierra de nadie, y luego venían las barreras bajadas de la República Democrática Alemana.

La tarde era aún más fría de lo que había sido la mañana; dentro de los autobuses se veía a muchos pasajeros recostándose en los asientos con los ojos cerrados, sin duda conscientes de que les aguardaba una larga espera.

Eric desapareció de inmediato con los documentos del coche y los pasaportes para que los revisaran las autoridades de Alemania Occidental. Gerhard se acercó a una tiendecilla junto a la carretera para comprar alguna golosina. Nora y yo intentamos mantener el calor en la parte trasera del coche extendiendo una manta sobre nuestras rodillas. Al poco volvió Eric.

—El hombre de la oficina dice que las advertencias que nos han hecho no tienen ni pies ni cabeza. Que de vez en cuando el «otro lado» se pone nervioso y entonces cortan el tráfico unas cuantas horas mientras buscan espías o artículos de contrabando. Ahora mismo, según me ha dicho, no veremos ni rastro de soldados rusos y las autoridades de Alemania Oriental tienen órdenes de ser muy educadas.

Una hora y veinte minutos más tarde nos dieron la señal de que arrancásemos, y, de un golpe, todos los autobuses, camiones y coches avanzaron hasta la tierra de nadie, solo para detenerse de nuevo ante los edificios de madera que albergaban los controles de Alemania Oriental.

—Estos muchachos no son ni un día mayores que Gerhard —dijo Nora, echando una ojeada alrededor al salir del coche.

—Eso es lo que me acaban de decir. Acaban de reestructurar todo el control fronterizo. —Eric estaba enseñándole los pasaportes a un guardia, que nos hizo acercarnos a la puerta de una oficina cercana—. Supongo que están reemplazando a los antiguos funcionarios formados por Hitler con una nueva generación educada en el nuevo régimen.

Nos condujeron a una sala pequeña para darnos el visado de tránsito; saltaba a la vista que el muchacho bajo de cara redonda y pelo rapado poseía plena conciencia de su importancia y responsabilidad. Sobre sus firmes hombros descansaba la decisión de quién pasaría por la *Autobahn*. Sentado tras el escritorio, con una seriedad intensa pintada en el rostro hosco y preocupado, cogía todos los pasaportes en la mano y los escudriñaba con sumo cuidado. La sala estaba tan limpia que no parecía una oficina, sino más bien el recibidor de un trabajador bien remunerado: cortinas de encaje en la ventana, una alfombra alegre en el suelo, fotografías del presidente y de otros altos cargos de la República Democrática decorando las paredes; de una radio pequeña colocada en una mesa contigua llegaban los acordes de una sinfonía de Haydn para iluminar la tarde sombría y deprimente.

El joven miró el pasaporte de Eric, advirtió su lugar de nacimiento y le preguntó cuál era el objetivo de su viaje. Eric respondió que iba a hacerle una visita a su tía. Después le preguntaron si queríamos visado de ida o de ida y vuelta y si teníamos intención de regresar por la misma *Autobahn*, porque podíamos elegir. También

podíamos volver vía Drewitz. Eric respondió que todavía no sabíamos por dónde saldríamos, así que sería mejor poner las dos. Pidió quince días. El muchacho nos dio tres semanas. Ni una pregunta más. Plantó los sellos y dentro de nuestros pasaportes había un *Durchreise-Visum* de la *Deutsche Demokratische Republik* que nos permitía pasar por allí, Marienborn, a Berlín, «sin paradas» y regresar.

Pero luego se pusieron a examinar el pasaporte alemán occidental de Gerhard; el muchacho miró la fotografía y luego a Gerhard; en la foto no llevaba gafas y Gerhard, al darse cuenta, se las quitó. Nadie habló. Si aquellos muchachos se hubiesen encontrado en Bergen-Belsen, ¿de qué habrían hablado?, me pregunté, contemplándolos. ¿Se habrían sentido unidos, en otro lugar y bajo otras circunstancias, por una herencia común, un lenguaje mutuo y un vínculo básico? ¿O las diferencias ideológicas de su educación habrían imposibilitado que encontrasen un punto neutral de encuentro? Solo el futuro podía traer una respuesta a estas preguntas. En aquel momento, el escritorio que separaba a los muchachos parecía tan vasto como un desierto.

«Declaren fuera el dinero extranjero», nos dijeron a continuación, y allí nos dirigimos, a una ventanilla donde primero tuvimos que pagar los visados. Eric había tomado la precaución de cambiar algunos marcos occidentales que valían cuatro veces más que los orientales, de modo que, por lo que pude colegir, los visados nos costaron cincuenta céntimos estadounidenses cada uno. Después pasamos a la oficina de control de moneda extranjera y declaramos la cantidad de billetes extranjeros que teníamos en nuestra posesión, aunque no me podía imaginar cómo podríamos deshacernos siquiera de un penique en la bien custodiada *Autobahn*.

De nuevo en el coche, con todo sellado y legal, emprendimos nuestro camino; ante nosotros se extendía la franja de campo más desolada que habíamos visto nunca en Alemania. Hitler había construido su tan cacareada *Autobahn* en regiones desiertas y deshabitadas a propósito, para que sus tropas pasasen desapercibidas.

—Else tenía razón —dijo Eric inopinadamente, tras ponernos en marcha a buen paso siguiendo a un autobús interzonal—. Aunque impongas limitaciones artificiales, la gente encuentra la manera de seguir viviendo su vida cotidiana. —Mientras los políticos se peleaban en sus mesas de conferencias, allí en la frontera los alemanes occidentales y orientales seguían con sus actividades cotidianas en medio de una paz relativa porque tenían que hacerlo, porque redundaba en mutuo beneficio cooperar en lugar de luchar.

Mientras tanto, la celeridad del flujo de tráfico y la absoluta ausencia de cruces y desvíos puso de manifiesto que no podríamos contemplar el paisaje en aquel viaje ni echarle una ojeada a la vida de Alemania Oriental, ni detenernos a tomar siquiera un vaso de cerveza o a charlar con el dueño de un restaurante. Una vez en la *Autobahn* ya no se hacía parada alguna salvo en caso de emergencia perentoria. A los veinte minutos adelantamos a un cochecito de Alemania Occidental que había volcado al colisionar con un camión; ya había allí una ambulancia de Alemania Oriental en la

que dos camilleros estaban metiendo al herido. Luego vimos más árboles y extensiones en las que se afanaban los campesinos; a lo lejos, unas cuantas chimeneas y agujas de iglesias; a continuación, la silueta de una ciudad, Magdeburgo; y por último más campos, resaltados por algún cartel ocasional que denunciaba la guerra atómica y cuya nitidez de colores contrastaba con el frío paisaje otoñal.

De repente tomé conciencia del curioso cambio que se había producido en Gerhard. Durante los tres días de viaje apenas había hablado; o si hablaba era solo para contarle a Eric historias que para él resultaban nuevas, aunque para nosotros fueran viejas, chistes en inglés, comentarios sobre libros que había leído, preguntas sobre el mundo, sobre los lugares por los que pasábamos. En cualquier caso, parecía sereno y de un relativo buen humor. A partir de Bergen-Belsen todo había cambiado. Gerhard comenzó a dar cada vez más señas de nerviosismo y aprensión; se removía en su asiento, no dejaba de mirar el reloj de pulsera, y hablaba con una voz rápida y tensa que nunca se detenía. No mencionaba el nombre del campo. Sin embargo, volvía una y otra vez al encuentro con Karl y Wilhelm y a sus palabras. Era obvio que el régimen nazi, lejano como solo la historia antigua puede ser lejana, le había asestado a Gerhard un buen golpe allí. No era un lugar que uno pudiese negar o ignorar. Había estado junto a las fosas comunes y leído las inscripciones. Había estado en Inglaterra y sabía que en ningún otro lugar de la tierra existía algo parecido a Bergen-Belsen, excepto en las partes de Europa que habían sido ocupadas por los nazis. En Inglaterra, el muchacho había comprendido por primera vez que los alemanes suscitaban odio. No como individuos (a él lo habían tratado con consideración y amistad), sino como herederos de un pasado trágico. Pero, al parecer, solo al visitar el campo de concentración se había dado cuenta del porqué de ese odio. Aun así, no encontraba palabras que expresaran su conflicto interior. No dejaba de hablar, reclamando la atención de Eric con su discurso torrencial.

Karl había dicho que no iría al ejército, aunque lo llamasen a filas. Y qué curioso que ambos dijese que sus padres no querían que fuesen soldados, ni siquiera los de Karl, que eran nazis. Gerhard tampoco quería tener nada que ver con ningún ejército.

—Si mi padre se las apañó para librarse del ejército hasta el último momento en época de guerra, supongo que yo sabré librarme en tiempos de paz, ¿no?

Eric asintió en silencio.

—Cuando llamaron a filas a mi padre, ¿qué crees que hizo? —preguntó Gerhard y luego, sin esperar respuesta, prosiguió, como si estuviese hablando con los muchachos, no con nosotros—: Mi padre se presentó voluntario a propósito como técnico para no tener que disparar a nadie una vez incorporado. Luego arregló tan bien los tanques que se volvieron a romper todos cuando intentaron luchar. Pertenecía a un grupo secreto compuesto de cincuenta antinazis que fingían ser nazis dentro del ejército, y para el final de la guerra hasta su superior sabía lo suyo, pero lo único que quería era salvar el pellejo. Luego los estadounidenses los capturaron a todos y mi padre dice que metieron a los nazis y a los antinazis en los mismos campos, porque,

después de todo, quién sabía quién era cuál sino ellos mismos, y se formaban unas peleas terribles allí dentro. Mi padre dice que incluso los nazis habían empezado a hablar sobre la siguiente guerra y de que recuperarían muy pronto el poder porque los aliados eran tan imbéciles que se creían todo lo que les contabas.

—Gerhard —dijo Eric de repente—. Si fuésemos conduciendo por la carretera, no te desviases por no haber visto una señal, y un policía empezase a gritarte e insultarte, ¿qué contestarías?

Daba la impresión de que Gerhard no entendía la pregunta.

—¿Por qué tendría que insultarme por haber cometido un simple error? Pensaría que está loco.

—Quizá él pensase que era su deber gritarte.

—Pues menudo deber. —Gerhard quitó el papel de parafina de un chicle—. Bueno, sé lo que haría mi padre. Le devolvería los gritos. Y si el hombre le amenazase con meterlo en la cárcel, él respondería: «¡Adelante! No es la primera vez que voy. Si no me dieron miedo los nazis, no me vas a dar miedo tú».

Dicho aquello, lanzó el envoltorio por la ventana con un gesto desafiante y despectivo.

Solo quien haya entrado en el Berlín Occidental por la *Autobahn* puede llegar a entender la sensación de completo aislamiento, de indefensión, que la mayoría de habitantes siente en su pequeña «isla», al estar conectados con la «tierra firme» por una temblorosa arteria por la que debe pasar la sangre vital. Una crisis diplomática, un giro en el panorama de acontecimientos mundiales, y la arteria se ralentiza; mientras funciona, la ciudad respira y relaja su tensión; una nube en el cielo, un incidente fronterizo, y el ritmo se altera de nuevo, como el corazón de un convaleciente sometido a una nueva tensión.

A lo largo de la *Autobahn*, la diplomacia internacional se vuelve irreal; mientras los políticos se niegan a «reconocer» la legalidad de Alemania Oriental, el territorio está a la vista de todos, kilómetros y kilómetros de tierra, un control fronterizo formado y eficiente, ciudades, casas, gente: bastaba un vistazo fugaz para descubrirlos. Nos adentramos en Berlín Occidental justo al anochecer y las primeras luces resplandecieron en la ventana; Eric bordeó la ciudad rumbo a Grunewald, y el único punto de referencia que nos resultó conocido al principio fue la imponente emisora de radio.

—Eric. ¿Sientes el *Berliner Luft*? —exclamó Nora; su voz traslucía felicidad; ¿o era alivio por haber dejado atrás Belsen y la *Autobahn*?

Él no respondió; en lugar de eso, comenzó a tararear una canción popular alemana.

—¿Qué crees que le he traído a la tía Rosie? —Nora se giró de nuevo hacia mí—. Un abrigo negro de cachemira. Tenía muchísimas ganas de uno en Londres pero no tenía dinero.

—Nora lo ha pagado con unas ilustraciones que ha hecho para un nuevo libro infantil —comentó Eric, volviendo la vista hacia nosotros.

Yo les dije que le llevaba una batidora. La tía Rosie, el año pasado, se había quedado prendada de ellas al verlas en una revista estadounidense. Luego comencé a inquietarme por la corriente y por si la batidora funcionaría en Berlín.

—Traigo un peto de lana azul para Käthe, y Gerhard ropa para Franz. Y además tenemos que darle el dinero de la venta de dos bocetos. Franz todavía no sabe lo de la exposición para el próximo noviembre. Eric quería contárselo en persona. Parecerá Navidad otra vez, ¿no? —exclamó Nora.

—A lo mejor hasta nieva. —Eric levantó la vista al cielo desapacible, color gris oscuro.

Estábamos todos agotados; al llegar a Grunewald, la fatiga del viaje, que iba por el cuarto día, pareció coagularnos el cuerpo. Nos detuvimos en silencio ante la casa y el mismo portón ante el cual una vez nos erguimos vacilantes, sin saber quién abriría la puerta cuando llamamos al timbre por primera vez.

—¿Qué ocurre? No hay luces en ningún sitio salvo en la planta baja —refunfuñó Eric mientras nos ayudaba a salir.

—No esperarás que la tía Rosie malgaste una electricidad tan preciada para tener la casa centelleante cuando no sabía ni a qué hora llegábamos. De hecho, en mi última carta ni siquiera podía asegurarle qué día —dijo Nora acercándose al portón.

Eric le dijo a Gerhard que no se preocupase por el equipaje; lo sacaría más tarde, tras llevar el coche al garaje lateral. Salimos, Eric abrió la puerta y emprendimos el camino; de repente se encendieron las brillantes luces del recibidor, como si nuestras voces hubiesen alertado a alguien en el interior. Una franja ámbar se reflejó en las escaleras, iluminando nuestras siluetas, que emergían una a una de las sombras. Cuando llegamos al último escalón la puerta se abrió de golpe: lo primero que vio Gerhard fue a Franz, y lo abrazó de inmediato con emoción muda, algo violento pero feliz.

—Me temía que no llegaseis esta noche. No sabía si os pondrían problemas para entrar en la *Autobahn* —dijo Franz, mientras lo seguíamos al salón; encendió otra lámpara y los dragones saltaron a nuestra vista desde el pañuelo de seda chino que cubría el piano. Todo estaba exactamente igual...

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Eric.

Franz tardó un segundo en responder. Se plantó ante nosotros con aspecto envejecido, mucho más envejecido de lo que habría debido estar tras el transcurso de solo un año. Su rostro colorado y vigoroso estaba pálido y tenía los ojillos enrojecidos e hinchados.

—Intenté ponerte una conferencia el otro día, Erich.

—¿A Londres? Salimos pronto. —Eric extendió la mano como para apoyarse en el piano—. Bueno, ¿qué ha pasado? Dime.

—Käthe esperaba que vinieses en avión para llegar a tiempo, pero...

—¿La tía Rosie?

—Sí. Un infarto...

—¿Ha muerto?

—Sí, Erich. —Se le ahogó la voz—. Es terrible. La tía Rosie ha muerto. La enterramos ayer.

TRES

La tarde siguiente Eric, Nora y yo llevamos flores al cementerio; no sabía en qué parte de Berlín estábamos, pero cuando llegamos fue bonito ver que la tía Rosie reposaba protegida por árboles y flores, alejada del revuelo del tráfico. Un calor primaveral había irrumpido en el otoño, y al inclinarnos para dejar los enormes ramos de crisantemos amarillos en la estrecha tumba, la luz bañó las flores como polvo dorado.

—Debemos poner una lápida sencilla. La tía Rosie no habría querido nada recargado —dijo Eric tras un periodo de silencio que no había roto ninguna palabra—. Solo su nombre, la fecha, quizá un verso de algún poema. Le encantaba Heine.

Por encima de todo, había querido a la gente, eso pensamos; y ni siquiera en aquel momento conseguíamos asumir que la voz de la tía Rosie había callado; su recuerdo seguía tan vivo, la imagen de una mujer de pelo suavemente ondulado, teñido de un blanco azulado, con su figura baja y musculosa a la que favorecían las faldas con cinturón y las blusas de corte impecable, pero femeninas. Hablábamos de ella como si nos estuviese oyendo; y, mientras la brisa arrastraba una hoja sobre la tumba, nos parecía que la tía Rosie había revestido una importancia vital para todos los que la conocían, porque, de algún modo, simbolizaba a la mujer eterna, el pilar de la familia unida en todos los países, en todos los lugares, tras cualquier desastre, una mujer sin hijos propios que reunía a los enfermos y afligidos a su lado para consolarlos y devolverles la salud y la cordura con el fin de que pudiesen seguir viviendo. ¿Cómo resistiría la vida si no fuera por las tías Rosie de este mundo, cómo soportaría la gente la destrucción de la guerra, el estrés de la pérdida personal, cómo encontraría bastante amor y fe para seguir adelante a pesar de todo?

—Era una mujer extraordinaria —dijo Eric; y extendiendo la mano cogió un capullo de flor aún cerrado para colocárselo en la solapa.

Caminamos lentamente hacia el coche; lo único que se oía era el crujido de la gravilla bajo nuestros pies.

—Pobre Käthe —dijo cuando nos paramos un momento junto a la puerta para volver la vista hacia aquel mar de verde descolorido con toques de mármol blanco—. Yo tengo a Nora. Ella se queda sin nadie. Si al menos llorase o expresase su pena... Pero meterse en la cama y sumirse en tan terrible desesperación...

—Tendremos que vigilar a Käthe —dijo Nora, recordándole que la tía Rosie quiso matarse tras el funeral de su marido por sentirse tan absolutamente sola.

—Lo sé —respondió Eric—. Gracias a Dios que la buena de Else ha vuelto esta mañana. Sabía que no se mantendría al margen cuando se la necesitase, por vieja que sea. Pero verla llegar con sus escasas pertenencias, preparada para quedarse, para dejar su piso... Bueno, todavía no me he recuperado de la impresión.

Eric se había olvidado de comentárselo a Nora, pero Franz iba a llevarles una nueva muchacha aquella tarde, una joven refugiada de Danzig. Sabía unas cuantas palabras de inglés, había dicho, así que Nora podría explicarle sus obligaciones, y de ese modo Else solo tendría que encargarse de supervisar las tareas.

Nos metimos en el coche; yo pasé atrás y le dije a Nora que se sentase delante, con Eric.

Él quiso saber si nos gustaría echar un vistazo a la ciudad antes de irnos a casa, para ver qué había ocurrido en un año. Franz le había contado que la ciudad cambiaba tanto día a día que hasta los berlineses se confundían.

Nora respondió que ya que Käthe estaba descansando en la cama y Else estaba con ella, podíamos permitirnos sacar una horita para dar un tranquilo paseo en coche; el verano había sido de nuevo una sucesión de chaparrones, y el fresco de septiembre había dejado un dorado brillante en los árboles que se alineaban por las tranquilas calles de casas de ladrillo rojo, jardincitos y plazas con césped, íbamos siguiendo un tranvía de barrio bamboleante con dirección al centro. De repente, a lo lejos, distinguimos la imagen de la torre truncada de la Iglesia Memorial y supimos que la Kurfürstendamm no quedaba lejos.

Una hora más tarde aún dábamos vueltas por Berlín, con una sensación de asombro aún mayor que la de los berlineses; los cambios acontecidos en un año eran increíbles. La Kurfürstendamm contaba con más rascacielos y más bancos, y a un lado de la iglesia en ruinas habían terminado una manzana entera de edificios modernistas, que incluían un cine nuevo. El Tiergarten en el que Eric jugaba de niño, antes devastado, rebosaba de plantas en flor y árboles robustos que parecían llevar siglos allí enraizados. Estaban reconstruyendo la Brandenburger Tor por ambos lados; por fin ambos sectores se habían puesto de acuerdo en un plan común. En Unter den Linden un grupo de turistas fotografiaba el ala rehabilitada del viejo hotel Adlon, que estaba abierto, pero solo para los viajeros que llegaban a Berlín Oriental con un visado concreto que les permitía quedarse allí.

Además, el Berlín Oriental estaba limpiando los escombros; habían derruido muchas de las espectaculares ruinas que habíamos visto a nuestra llegada la primera vez para plantar en aquellas zonas, limpias y despejadas, flores rojas y césped que contrarrestasen el efecto apagado. Las flores de la Thälmann Platz formaban una resplandeciente media luna, y el campo que rodeaba los restos del búnker de Hitler estaba cercado por una valla de madera, en lugar de alambre de espinos combado. Por la recargada Stalinallee, la avenida principal del Berlín Oriental, se abrían más flores; pero un momento después de dar la vuelta a una esquina nos hallamos de nuevo en el terreno baldío que rodeaba a Spittelmarkt, donde se encontraba el almacén de los

Ahrenfeld, y donde se había escondido Eric antes de abandonar Berlín. Los contrastes entre ambos sectores de Berlín seguían siendo terroríficos.

De vuelta en el sector occidental, en el antaño glamuroso Tiergarten Viertel, el barrio donde Eric nos dijo que había vivido la tía Rosie cuando se casó con el tío Friedrich, se alzaba una nueva «ciudad del mañana», gracias a la colaboración de arquitectos de muchos países con el gobierno de Alemania Occidental, en un proyecto modelo de viviendas de protección oficial. En aquel momento se estaba celebrando una enorme exposición internacional de arquitectura, la Interbau, con pabellones en los que ondeaban las banderas de numerosas naciones formando un fantástico laberinto de calles nuevas y desconcertantes tipos de casas experimentales, algunas completamente terminadas, con fachadas radiantes rematadas en mosaicos de color, y otras con apenas los cimientos puestos.

—Si al menos la tía Rosie hubiese vivido un año o dos más para ver todo esto en el estadio final. Le encantaban las cosas nuevas e incluso atrevidas; poseía una mente de veras progresista, la tía Rosie, el espíritu abierto que nunca envejece o se estanca.

Tía Rosie. Tía Rosie. Había pronunciado aquellas palabras una y otra vez. Y de repente me di cuenta de que nunca había oído a Eric hablar de su madre. Ni siquiera ahora que su hermana también había muerto.

Había vuelto a oscurecer cuando volvimos a Grunewald; pero no era demasiado tarde para distinguir con todo detalle la impresionante limusina negra ante la casa, con un chófer esperando tras el volante.

—Que Dios nos asista; posiblemente haya venido uno de los viejos amigos de la tía Rosie a consolar a la pobre Käthe, que lo único que quiere es que la dejen tranquila —dijo Eric mientras aparcaba el cochecito justo detrás de aquel modelo resplandeciente con acabado en cromo.

Cuando llegamos a la puerta, Eric sacó la llave y abrió; al momento Else salió precipitadamente de la cocina, moviéndose con una furia nerviosa que se reflejaba en sus ojos oscuros tras las gafas con montura de metal.

—Ay, qué contenta estoy de que hayáis vuelto —susurró—. Tu primo está dentro con *Fräulein* Käthe y está discutiendo con ella.

—¿Qué primo? ¿Albrecht? —preguntó Eric, como con la esperanza de que cupiese otra posibilidad.

—Sí. Acuérdate de que a tu tía y a tus padres nunca les gustó.

—Else, no es necesario que me lo recuerdes.

—¿Te esperamos arriba? —preguntó Nora, con tacto.

—Por supuesto que no. Vamos a rescatar a Käthe.

El silencio del salón era el de una escena aún tirante de parlamentos llenos de malestar, a la espera de que un nuevo actor hiciese su entrada; Albrecht estaba sentado muy rígido en una silla de respaldo alto, fumándose un cigarrillo en una larga boquilla negra; llevaba un traje Oxford gris de rayas muy finas con una corbata negra

en señal de respeto por la pérdida de la familia. Käthe, que llevaba una bata larga de lana, parecía aplastada contra la esquina del sofá rojo, como si la hubiesen arrojado allí por la fuerza. Levantó la vista, vio a Eric y su rostro se suavizó al mostrar alivio.

—Hombre, Albrecht, ¿qué te trae a mi casa? —preguntó Eric, acercándose al sofá para acariciarle la frente a Käthe.

Albrecht vaciló un momento, intentando distinguir la nueva voz que reconocía pero no conseguía identificar por completo al principio.

—¿Erich? —Su tono delataba sorpresa—. Käthe no me ha dicho que habías vuelto.

—Käthe no debería estar aquí abajo diciéndote nada. El doctor ha dado instrucciones de que permanezca en cama.

Pero Albrecht no le hizo caso; por el contrario, efectuó una reverencia, el colmo de la educación, equilibrando su peso con una mano en el respaldo de la silla, y luego nos preguntó qué nos parecía Berlín aquel año, con tanto edificio nuevo, ¿habíamos visto la Interbau? ¿A que era un éxito rotundo? Él había ido con sus hijas, y las dos se habían dado mucha maña en describirle las escenas con todo detalle; «son mis ojos extra, así las llamo», concluyó con una encantadora sonrisa.

Luego se sentó de nuevo y echó la ceniza en un cenicero que no veía pero cuya presencia intuyó.

—Siento que Käthe esté enferma —comenzó de nuevo con una voz que no expresaba pesadumbre alguna—, pero tenía que verla. Hay cosas en la vida de las que no se puede uno zafar, por muy desagradables que...

—Especialmente tú, Albrecht.

Eric nos conminó a sentarnos junto a Käthe, pero él prefirió quedarse de pie.

Albrecht se pasó una mano nerviosa por el finísimo pelo rubio, suave como el de un bebé; todo en él estaba afinado al máximo, sus largos dedos, sus orejas, el arco ascendente de las cejas sobre unos ojos llenos de aplomo color azul grisáceo con los que recorría constantemente la habitación, como si aún poseyesen el don de la vista.

—¿Cuándo llegaste? —preguntó Albrecht.

—Ayer por la noche.

—¿Sabías que la tía Rosie había muerto?

—Hasta que llegué, no.

A Albrecht se le antojó desconcertante la respuesta.

—Käthe debería haberme informado en el momento en que pasó. Y en vez de eso mantuvo la muerte en secreto. Enterró a la tía Rosie sin la presencia del único miembro superviviente de su familia (al menos el único cuando tú no estás aquí, Erich), y gracias a esa increíble encerrona, Rosie von Ludowitz fue a su última morada rodeada de extraños o de simples conocidos, como Herr Rudneck, vuestra vieja ama de llaves, un tal Wehn, un pintor... Y todo esto lo ha hecho Käthe sola.

—Eso es mentira —exclamó Käthe—. Seguí las instrucciones de tía Rosie. Pregúntale al pastor. Él fue testigo.

—Deja de llamarla tía Rosie —reprendió Albrecht; y los ojos que antes mostraban suavidad parecían ahora helados de escarcha—. No era tu tía. El hecho de que su hermana se casase con tu tío no te convertía en pariente. Y, sin embargo, has actuado como si su verdadera familia no existiese.

—Es que para la tía Rosie no existía —dijo Eric—, si es que por verdadera familia te estás refiriendo a ti mismo. El invierno pasado, en Londres, la tía Rosie me confesó rebosante de felicidad que había encontrado a una verdadera hija en Käthe.

Pero Albrecht seguía sin estar convencido.

—Por supuesto, mañana mismo mandaré a mi abogado a hablar con Herr Rudneck a propósito del testamento de la tía Rosie —dijo Albrecht, mientras extendía de nuevo el brazo hacia el cenicero.

—Adelante —le dijo Eric—. El testamento está clarísimo. Claro que no tenía mucho que dejar...

—Por lo que sé —dijo Albrecht, y luego hizo una pausa—, esta casa le pertenecía.

—Mi padre la puso a su nombre temporalmente. Pero el año pasado me obligó a recuperarla. Ahora entiendo por qué.

—Y además —prosiguió Albrecht, frunciendo el ceño—, hay propiedades en la Prusia Oriental que han pertenecido a la familia desde hace generaciones. Cuando el abuelo murió se dividieron entre los tres hijos.

—Mi madre me dejó la suya y ahora también tengo la de la tía Rosie, todo legalmente. Claro que no son más que papeles, como los naipes de *Alicia en el país de las Maravillas*. De veras, Albrecht —dijo con una voz casi llena de compasión—, pero ¿tú crees que Alemania puede reclamar ya propiedades en la Prusia Oriental?

—Pues sí. Y quizá antes de lo que nadie se imagina.

Eric se rio, un sonido que alcanzó y se mezcló con el débil susurro de la araña de cristal, que agitaba sus lágrimas en la brisa procedente de la puerta abierta del jardín.

—La razón por la que quiero arreglar las cosas lo más pronto posible —continuó Albrecht, como si la araña, indiferente y distante, le hubiese despertado algún recuerdo—, es que me voy al extranjero, a un viaje muy importante.

—¿Negocios? —preguntó Eric.

—Algo así.

—Deben de pagarte bien —dijo Eric, echando un vistazo por la ventana—. El coche que has traído es impresionante.

—En realidad es de mi esposa, Klara. Es la hija de Wediman, ¿no lo sabías?

—Pues no. ¿Qué Wediman?

—Erich —le reprochó Käthe—. Te lo conté el año pasado. El hombre que posee un montón de carbón.

—Ah, uno de los barones del Ruhr de los que andan de nuevo por ahí.

—Exactamente. —La voz de Käthe sonó más suave y menos ahogada—. Los aliados lo metieron en la cárcel; luego lo necesitaron y lo sacaron. Ahora es más rico

que nunca, y Klara acaba de comprarle a Albrecht ese bonito coche nuevo.

—Así contado —protestó Albrecht—, todo parece de pésimo gusto.

—Lo cuentes como lo cuentes, es de un pésimo gusto —respondió Eric; se detuvo un momento para mirar a su primo con el interés pensativo de alguien a quien se le ofrece un grabado que no parece auténtico—. No me digas que vas a venderles carbón a los aliados. Ya tienen más del que necesitan.

—En realidad no puedo responder a preguntas sobre el viaje. Es confidencial. —Albrecht cruzó las largas piernas, que terminaban en unos zapatos con cordones de suave ante negro.

Eric levantó la vista hacia las paredes, claras y adornadas con retratos al óleo de sus antecesores.

—No me sorprendería que fueses a ayudar a organizar la defensa del mundo libre.

—Quizá sí —respondió Albrecht, con una leve expresión de irritación pintada en el rostro—. Y si es así, ¿qué?

—Nada. Nada de nada. —Eric bajó la vista pensativo a los zapatos negros de ante—. Solo que, personalmente, me daría mucha pena cualquier mundo libre que necesitase de tu defensa.

Albrecht aplastó el cigarrillo en el cenicero; luego abrió su tabaquera de plata y metió otro en la boquilla.

—De veras, Erich, no esperarás que me ponga a discutir sobre Alemania con un extranjero. Ahora eres inglés. Ya no eres uno de los nuestros. —El humo dibujó unas ondas inconexas en el aire—. No te imaginas cómo os despreciamos los alemanes a todos vosotros, los *deracinés*, que venís de visita, exhibiendo los pasaportes extranjeros e intentando aconsejarnos a nosotros, que nos quedamos aquí sufriendo y hemos reconstruido las ruinas con nuestra sangre.

—Si tenemos pasaportes extranjeros —dijo Eric con voz amable mientras fumaba— es culpa de Hitler, no nuestra. Pero ¿qué es un pasaporte, después de todo? Un simple trozo de papel. Si me hubiese ido a China en lugar de a Inglaterra y ahora fuese ciudadano chino, ¿me transformaría eso en oriental? —Le acercó el cenicero a Albrecht—. Lo siento muchísimo, querido primo, pero cada vez que te vea insistiré en expresar mi opinión sobre Alemania, y lo haré con la autoridad de alguien que, para empezar, intentó evitar la ruina de su patria.

La boca de Albrecht se relajó; la mano que sostenía la boquilla esbozó un gesto como de director de orquesta marcando un andante lírico; su voz bajó un tono entero.

—Quiero disculparme por lo que acabo de decir —murmuró—. Tienes razón, Erich. Ha hablado la irritación. Es cierto que ningún alemán puede ser otra cosa que alemán, por muchos pasaportes diferentes que tenga. En este caso, resulta estúpido que tú y yo nos peleemos, porque además de la raza nos unen vínculos de sangre familiar.

—Da la impresión de que «sangre» es una de tus palabras favoritas. Te pega, amigo. *Mein Kampf* rebosa de ella.

Albrecht no escuchaba; parecía haber abandonado la habitación, con todos sus bibelots, en favor de la noche que acechaba fuera.

—En este momento —entonó—, debemos olvidar todas las diferencias que nos separaron en el pasado, toda la amargura que nuestros corazones han conocido. Ha llegado el momento de unirse, con amor y humildad, y decir: «Expulsemos de nuestra mente todo pensamiento menos uno: ¿cómo podemos ayudar a nuestra amada Alemania a ser fuerte, sana y poderosa de nuevo?».

—Precioso —dijo Eric—, pero el problema es que yo soy humanista. Eso quiere decir que quiero ver todos los países, todas las sociedades humanas, sanas y salvas, no solo una o dos. Y en el pasado, cada vez que Alemania ha detentado poder, el resto del mundo ha tenido que pagar por ello.

Albrecht seguía lejos, pensando arrebatadamente; se sujetaba la barbilla entre el pulgar y el índice, que se hundían en la carne.

—Me han contado que tienes unos contactos excelentes en Londres, por la editorial y todo eso.

—Bueno, los típicos de alguien que ha vivido durante años en un país.

—Seguro que podrías ayudarnos.

—¿A quiénes?

—A Alemania, la Nueva Alemania.

—Albrecht —respondió Eric con voz paciente—. Tú y yo nunca nos pondremos de acuerdo sobre qué tipo de Alemania habría que reconstruir. Tú y tus amigos queréis llevarnos de nuevo a la época de los káiseres: las masas dóciles y obedientes presididas por un poder aristocrático y militar aliado con los barones de la industria. A mí, por otro lado, me gustaría ver una Alemania verdaderamente nueva, un lugar en el que un inofensivo comerciante de Colonia no empieza a temblar solo porque un hombre de uniforme se pone a gritarle. Pero no creo que tú ni nadie que haya rebasado la cuarentena tenga mucho que decir. El futuro de Alemania lo decidirán los jóvenes de ambas zonas.

—Deja de hablar como un colegial que acaba de descubrir a Schiller —dijo Albrecht, con la cara resplandeciente de furia una vez más—. Parece que no te das cuenta del estado en que se halla el mundo. Si los alemanes no nos movemos con rapidez e inteligencia, no quedarán nuevas generaciones (ni viejas tampoco) para el futuro. Así que dejémonos de conversaciones absurdas y pongámonos manos a la obra. Estaré en Washington el día 25, en Madrid el 30 y luego en Londres alrededor del 6 del mes próximo. Allí te necesitaré. Un primo británico, después de todo...

—No, Albrecht, no cuentas conmigo.

—¿Y por qué no?

—Porque mi padre no murió en una prisión nazi, y Leo Ahrenfeld en Bergen-Belsen, para que todos los antiguos oficiales nazis vayáis de país en país pregonando que sois los salvadores de la democracia.

—¡Supongo que preferirías a los comunistas! —gritó Albrecht.

—¡Cuando Hitler me dio esa opción no escogí ninguna! —le respondió Eric, también a gritos.

—Dios, menudo imbécil has resultado ser, Erich. Hoy no hay medias tintas. O estás con nosotros o contra nosotros. Y no creas que tu supuesta alianza democrática es algo que puede importarse en Alemania junto con los copos de maíz. El pueblo alemán no puede gobernarse a sí mismo. Necesita mano dura.

—¿Cuándo le ha dado la historia la oportunidad de autogobernarse un poco? —inquirió Eric.

Albrecht se enderezó de nuevo; la derrota no alteró el firme brote de humo que surgió de aquella nariz tan fina.

—Deja que te diga solo una cosa. Los rusos son realistas. Yo los respeto como enemigos por eso. Si mañana entran en el Berlín Occidental serás el primero en ir a la cárcel, porque si hay algo que un realista odia son los intelectuales frustrados e impotentes que nunca pueden levantar un dedo porque están preocupados por la integridad de su conciencia. Y si no te liquidan ellos, lo haremos nosotros. Porque no eres útil para nadie, ni siquiera para ti. —Cambió su actitud hostil por una de condescendencia—. Sigue mi consejo: métete en el primer avión con tu bonita esposa británica y tu desorientada prima Käthe y vete a Inglaterra a entretenerte con algún jardín, plantando rosas o petunias o lo que esté a la moda entre los caballeros ingleses este año.

—Ni hablar —dijo Eric—. Me quedo aquí.

Albrecht se detuvo para considerar la nueva situación, como si tuviera ante él un mapa militar.

—¿Y qué vas a hacer tú en Berlín?

—Pues editar, quizá. O quién sabe; de joven me consideraba escritor.

Albrecht sonrió lleno de conmiseración.

—Querido Erich... No me digas que estás planeando resucitar al pobre Hugo Krafft.

—En la Alemania de hoy en día están resucitando cosas mucho peores que Hugo.

Albrecht se puso en pie muy despacio, como si estuviese desentumeciendo un cuerpo rígido por el sueño.

—Tienes razón —dijo con la voz lejana que había usado al principio—. No hay posibilidad alguna de entendimiento entre nosotros. Si te quedas en Berlín, apártate de mi camino. Apártate del camino de todo el mundo. Porque lo que está ocurriendo es demasiado grande para tu incompetencia de aficionado.

—Un buen militar nunca subestima al enemigo, Albrecht.

—¿Quieres decir que...?

—Deja de tratarme como a un niño retrasado. Mi cerebro está en perfectas condiciones y sé cómo defenderme a mí mismo y a las personas que quiero.

—Bueno, me alegro de oírlo. En cualquier caso, ahora que ha muerto la tía Rosie...

—No necesitamos vernos más. Que tu abogado se ponga en contacto con Herr Rudneck si alguna vez surge algún asunto familiar, cosa que dudo.

Albrecht cogió su bastón con empuñadura de plata.

—No te molestes en acompañarme. Me las apañó. —Sacó del bolsillo un par de guantes de ante pardo—. Por cierto, Erich, ¿cómo se llamaba el libro de Hugo? *Hans Pichels Lehrjahre*, si mal no recuerdo. Pues debo confesar que lo encontré terriblemente divertido. Pero ya es demasiado tarde para esas cosas.

Eric se apartó para dejar pasar a Albrecht.

—Cuando me marché de Berlín, la sátira era la única arma que uno podía usar contra la dictadura. Me alegro de ver que ahora el pueblo alemán vuelve a leer, y creo que están listos para unos cuantos libros que les cuenten la amarga verdad.

—Qué aburrido suena eso —dijo Albrecht como despedida—. Ya somos bastante cargantes los alemanes por nosotros mismos (carecemos de fineza, de *esprit*), así que si estás planeando acribillarnos con lo que tú llamas la amarga verdad, yo, de partida, me quedo con Camus, cuya desesperación por la idiotez humana y su destino al menos va envuelta en un estilo literario de lo más brillante. *Nous ne pouvons agir que dans le moment qui est le nôtre parmi les hommes qui nous entourent*^[3] —citó.

—Muy típico de ti, Albrecht —dijo Eric extendiendo una mano para guiar a su primo hacia la puerta—. Recuerdas las palabras, pero eres incapaz de aprehender su verdadero significado.

Por la ventana vimos que el chófer se dirigía a la casa, al encuentro de Albrecht; un hombre vestido de librea negra con botas negras pulidas que centellearon cuando Eric encendió la intensa luz del umbral. Negras; qué apropiado para una familia que había sacado millones del carbón.

CUATRO

—Käthe —dijo Eric al regresar al salón—. Tienes que meterte en la cama. Tienes las manos heladas.

—Está completamente agotada —exclamó Nora, frotándoselas—. Y no es para menos. Albrecht basta para agotar a cualquiera.

Käthe se abrochó la bata hasta el cuello.

—No quiero irme a la cama ahora mismo. Dejad que me quede un rato aquí sentada.

—¿Por qué no traes un poco de jerez o algo, Eric? —preguntó Nora.

—Hay coñac en el armario que hay detrás del piano, donde tu madre lo guardaba siempre —le dijo Käthe.

Nora empezó a ahuecar un grueso cojín para colocarlo tras la cabeza de Käthe mientras Eric se acercaba al armario y sacaba una botella de color ámbar y unos vasitos de cristal.

—A ver, Käthe —propuso sirviéndole un poco de coñac—, bébete esto. Y luego quiero que me cuentes qué te hizo Albrecht en París. Es importante que yo lo sepa.

—Pero si ya te dije el año pasado que en realidad no fue culpa de Albrecht. Yo cometí un error. Pensé que era francesa.

Sorbió el líquido ambarino mientras él la contemplaba estupefacto.

—¿Qué quieres decir? Pensabas... Bueno, eras francesa, por matrimonio y naturalización, como yo soy inglés.

—No fue de mucha ayuda cuando llegó la crisis.

El dolor de recordar le provocó un espasmo en la boca. Lamentaba que Eric no hubiese conocido a Michel, pasaron tres años maravillosos juntos antes de que llegase la guerra y aplastara sus vidas y las de millones de personas. Una noche le anunciaron que a Michel lo habían capturado los alemanes (colaboraba con la Resistencia, cerca de Marsella) y luego lo mataron. A la mañana siguiente tuvo que levantarse para ir a trabajar, como todos los días. ¿Cómo se puede molestar a la gente con tu pequeño pesar cuando todos los que te rodean también están sufriendo?

—¿Por qué te quedaste en París? ¿No podías marcharte a la Francia libre?

—No —respondió Käthe—, estaba la niña, Christine. Solo tenía dos años. La escondimos con los tíos de Michel en Rambouillet. Eran buena gente, pero estaban muy asustados, especialmente después de la muerte de Michel. No querían que una alemana fuese a su casa. Solo me dejaban ver a Christine en secreto, una tarde a la semana. Pero si me hubiese marchado, entonces ni siquiera eso...

En fin, gracias a los amigos de Michel, pudo trabajar como traductora y ganar lo suficiente para comer; por supuesto que llevaba una vida terrible, en la clandestinidad, escondiéndose de los nazis y de la policía francesa. Y luego, justo antes de la liberación...

—Murió Christine. La familia hizo todo lo que pudo por ella, fue la fiebre tifoidea. Pero no me dejaron asistir al funeral. Así que me fui a los Jardines de Luxemburgo y me quedé allí sentada durante horas, enterrándola en mi mente, completamente sola.

La oscuridad de la noche pareció internarse en el salón, dejándola sin aire que respirar; boqueó un poco, y Eric extendió la mano para ponérsela en la frente.

—¿Cómo entra Albrecht en el asunto? —preguntó.

Por casualidad, dijo ella. Una noche, al volver a casa, Käthe se dio cuenta de que la seguía un oficial alemán, pero pensó, por la tranquilidad con la que caminaba, que habría salido a dar un paseo y querría hablar con una chica. A Käthe se le olvidó por completo el asunto y no le dijo una palabra a Paule, la mujer con la que compartía el estudio. Más tarde, la misma noche, alguien llamó a la puerta, y cuando Paule respondió, allí estaba el oficial, que hablaba un francés perfecto, diciéndole a Paule que no se preocupase. Le parecía haber visto entrar a su prima Käthe, y si era así, quería decirle que su hermano Rupert había muerto.

—Paule era una mujer mayor, y de una astucia sin igual. No obstante, Albrecht la convenció en un segundo de que estaba diciendo la verdad. Así que lo dejó pasar.

—Y luego os traicionó a las dos —dijo Eric.

—¡No! Un nazi lo habría hecho, pero Albrecht se precia de ser un aristócrata. Me visitó varias veces y lo único que hacía era sentarse en una silla y hablar de Rupert.

—¿Por qué de Rupert? ¿A ti?

—Erich, qué mala memoria tienes.

El estupor atravesó su rostro, pero luego sonrió.

—Ah, por supuesto, Rupert estaba enamorado de ti cuando éramos jóvenes.

—Me dio muchísima pena. Era mucho, mucho mejor persona que Albrecht. Nunca quiso hacer carrera militar, y fue el primero en morir. Parecía que aquello atormentaba a Albrecht cuando hablaba conmigo.

—¿Albrecht se daba cuenta de que la guerra estaba perdida?

—Perfectamente. Pero nunca lo mencionaba. Se limitaba a sentarse allí, hablando en aquel francés claro para que cualquiera que prestase oídos pudiese escuchar, y todo eran recuerdos de la infancia. Cada vez que venía me daba un paquete con comida que yo le daba a Paule para que lo pasase a la clandestinidad.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Eric con voz perpleja.

—La liberación —dijo Käthe; y por un momento no pudo seguir—. La gente perdió la cabeza. ¡Alguien me denunció!

—¿A ti?

—Dijeron que era una espía de la Gestapo que trabajaba con Albrecht y que habíamos usado la casa de Paule para reuniones secretas. Pensé que era francesa y que me protegerían. En lugar de ello, los franceses me metieron en la cárcel.

—¡Cielo santo! —exclamó Eric, con la vista puesta en el rostro absolutamente blanco de Käthe, en sus ojos casi desprovistos de expresión y en su mano, que se tocaba la garganta como si le doliese.

—Aprendí muchas cosas en la cárcel —continuó; lo ansiosa que estaba la gente por tomar el rumor por verdad; lo rápido que se creen lo peor de alguien. Solo una persona la defendió: Paule, una mujer como la tía Rosie. Pero era la palabra de Paule contra la de todos los amigos de Michel. Gente que aparentemente quería a Käthe y confiaba en ella le dio la espalda de un día para otro. Dijeron que no les sorprendía oír que era espía, que siempre habían sospechado algo, que había engañado al pobre Michel...

—Y entonces... —sonsacó Eric.

—Si metes a la gente en la cárcel, en algún momento tienes que presentar pruebas —le recordó Käthe; así que cuando se recobró un poco la calma, todas las «pruebas» contra ella llegaron de la lengua maliciosa de una *concierge*, que admitió entre refunfuños, cuando la obligaron, que no sabía que el oficial era un familiar y que quizá todo fuese un error. Así que llegó el día en que pusieron a Käthe en libertad y los viejos amigos de Michel intentaron compensarla por su rechazo. Pero el daño ya estaba hecho—. Pensé que era francesa —repitió de nuevo, arrastrando las palabras tras ella como niños cansados a los que hay que meter en la cama—. Nunca nadie se ha sentido más francesa que yo. Mi esposo, mi pasaporte, mi hija, mis lealtades personales, todo era francés. Pero cuando llegó el momento de crisis, los franceses se limitaron a recordarme que era alemana.

Y entonces se enfrentó, en su fuero interno, a la tragedia de ser una ciudadana naturalizada de cualquier país; crees que perteneces a esa nueva tierra, pero no es verdad; puedes entregarle todo tu amor, tu vida, tu lealtad, solo para que la gente te dé la espalda tras unos años y te diga: «Eres extranjera. Nunca nos comprenderás». Y allí, ante ti, se alza un muro de odio, soledad y suspicacia.

Así pues, cuando la liberaron, Käthe se dijo a sí misma: «Muy bien. Así que soy alemana después de todo. Entonces mejor me voy a casa, aunque no queden más que ruinas». Su vida también era una ruina, así que regresar se le antojó bastante apropiado.

—No entiendo cómo llegaste a casa. Todo estaba sumido en el caos en 1946: las carreteras llenas de refugiados, no había comida ni trenes... —dijo Eric, mirando las guirnaldas de la alfombra como si la estuviese convirtiendo en un paisaje devastado en su imaginación.

—Tardé dos semanas en ir de París a Berlín —dijo; sin dinero, solo con una maleta, con la salud bastante perjudicada. Pero sabía tres idiomas y eso la salvó. De

inmediato la llevó un coche militar estadounidense que iba a Aquisgrán; los oficiales necesitaban una intérprete. En Aquisgrán, la pasaron a otro coche que iba a Berlín.

—Aquellos muchachos americanos se portaron muy bien conmigo —admitió con voz suave ante un recuerdo feliz tras la procesión de pesadillas angustiosas. No sabían nada de ella, excepto lo que les dijo: que era una refugiada de la resistencia antinazi camino a casa. Podía haber sido espía o algo, pero la creyeron. Le dieron comida, le encontraron una cama para que durmiese por el camino, le enseñaron fotos de sus hijos...

—Acábate el coñac, querida —dijo Nora, llevándole el vaso a los labios a Käthe. Pero Käthe lo rechazó.

—¿Por qué me tomé tantas molestias? ¿Por qué seguí viviendo? —exclamó—. No hay paz en ningún lugar, no hay descanso para nosotros. Ya habéis oído a Albrecht. En la derrota fue casi humano. Yo era su prima. Ahora él y todos sus amigos tienen de nuevo la sartén por el mango. No sé qué tramará Albrecht, no sé qué ocurrirá en Alemania ni en el mundo. Pero pase lo que pase, no podré aguantarlo. He llegado al fin.

La vacuidad de la palabra resonó sobre la transparencia del jarrón sin flores que había encima de la mesa del café, y sobre una habitación en la que faltaba una presencia vital; Eric miró hacia la puerta que llevaba al vestíbulo como si esperase ver a una figura familiar destacada por la oscuridad.

—Pobre Käthe. Siempre has sido víctima de los que te rodean, empezando por mí —dijo; y el espacio que los separaba cobró vida, de repente, con su emoción—. De todas las cosas que hice por angustia y desesperación, perder el contacto contigo fue la peor. Ahora sé cómo ocurrió. Empezamos a ser injustos y crueles contigo ya desde la infancia.

—Pero si tus padres fueron muy buenos conmigo. Me acogieron cuando...

—¡Acogerte! Qué forma tan horrible de decirlo. Cumplieron con su deber. Qué amable por su parte. Pero tú eras una niña que había perdido a su madre porque había muerto y a su padre porque se había vuelto a casar. Necesitabas el amor de una familia de verdad para sustituir a la tuya. En lugar de eso mi madre te compró ropa y te besaba de aquel modo exasperantemente vago, porque era demasiado superficial para entender en profundidad cualquier necesidad emocional de otro. Y mi padre era un hombre que nunca aprendió a expresar su afecto, al menos hasta el final de su vida. Así que debías de sentirte terriblemente sola y excluida.

—Quizá... —admitió, con cierta reticencia.

—Yo me portaba fatal contigo —confesó Eric, que había comenzado a sentarse, pero la impaciencia lo puso de nuevo en pie—. Era un hijo único egoísta y mimado y, de pronto, mis padres me trajeron una niña a casa. Una rival. ¡La odiaba!

Por primera vez ella lo miró sin entender.

—Pero yo pensaba —dijo con voz teñida de sorpresa— que nos queríamos muchísimo, como hermanos de verdad.

—Así fue, con el tiempo. —Quizá fuese siempre así, incluso en las familias más unidas, esa extraña mezcolanza de amor y de odio, ese resentimiento nunca expresado que le empuja a uno a hacer las cosas más inexplicables—. Recuerda —le dijo— que yo esperaba que vinieses a mi encuentro en Londres cuando mamá murió. Y en lugar de eso escribiste desde Suiza para decirme que te casabas con un francés y te ibas a París. Me dominó una violenta ira. Me sentí abandonado, traicionado. Ahora, al volver la vista atrás, veo la verdad. Estaba celoso. Quería castigarte y desaparecí.

Se había sumergido en la sombra, pero al girarse la luz de la lámpara inundó su rostro, un rostro ensombrecido por el peso de la culpa.

—Erich... La tía Rosie tenía razón —respondió; la lástima quebró su silencio—. Nada puede deshacer el pasado. El año pasado fui de lo más cruel. Te culpaba por haber huido, por haberte quedado lejos. Pero mira, somos viejos, estamos destrozados y ya hemos sufrido demasiado. Vuelve a Inglaterra e intenta encontrar algo de paz antes de morir.

—¿Y qué pasa contigo?

Los azules ojos de Käthe se fijaron en los de Eric sin parpadear.

—No te preocupes por mí.

—No, claro. Supongo que esperas que nos marchemos y te dejemos aquí sola, para que te tires al primer canal...

—Pero tú eres feliz en Inglaterra —interrumpió ella.

—¿Feliz? Eso es lo que tú crees. ¿No has descrito tú misma el tormento de ser un ciudadano naturalizado? Bueno... Ahora que ha salido a la luz la verdad sobre mí he pasado un invierno de lo más miserable. No te imaginas cómo ha sido... Y Nora tampoco.

—Sí me lo imagino —replicó Nora, irguiéndose en la silla en señal de protesta—. Sé que has sido desgraciado.

—No es que los británicos me hayan hecho nada —se apresuró a añadir—. Nadie me ha metido en la cárcel ni ha pasado nada dramático. De hecho, nadie ha dicho ni una palabra. El cambio se ha producido en mi interior.

Eric se detuvo ante ella, con ambas manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Ella debería saberlo, dijo; si vas a quedarte en algún país del mundo y llevar una vida normal, tienes que sentirte libre para criticar y protestar contra las cosas que no te gustan, para reaccionar de manera sana. Pero desde el momento en que Eric admitió su origen alemán, tenía la impresión de que se había alzado un muro a su alrededor. En público vigilaba todas y cada una de sus palabras. Se sentía un forastero, alguien anormal, inhibido.

—Entonces comencé a observar a más ciudadanos naturalizados —dijo; y era terriblemente patético ver lo ansiosos que estaban por alabar siempre su nuevo país y no encontrar nunca ningún fallo, como esos conversos religiosos que intentan con todas sus fuerzas compensar el hecho de no haber nacido en esa religión en particular

desde el principio; de repente, Eric se dio cuenta de que censuraba sus palabras, de que vigilaba sus expresiones por miedo a que algún estúpido le dijese, como siempre hacían ante la gente de origen extranjero: «Si no te gusta, ¿por qué no te vuelves por donde has venido?».

Se detuvo un momento, se frotó la barbilla, pensativo, y luego le dijo a Käthe:

—Yo también estoy cansado, cansado de mentiras y engaños y subterfugios. Soy demasiado viejo para soportar esta farsa durante más tiempo. Así que no me pidas que vuelva.

—No te imaginas lo mal que están aquí las cosas —respondió ella.

—¿Qué quieres decir con que no me lo imagino? La situación en Berlín es peor de la que cualquier forastero pueda creerse, y no estoy hablando solo de la crisis política, sino de los valores humanos que están en juego.

—Entonces, ¿por qué...?

—Salí huyendo cuando era joven y lo tenía todo en mi contra. No puedo seguir huyendo para siempre, al menos no ahora, que estoy mucho más preparado para enfrentarme a las cosas.

—Pero piensa en Nora...

Se giró rápidamente, lleno de arrepentimiento.

—Ay, cariño, pobrecita... Nadie te consulta ni pide tu opinión. Pero siempre he contado de modo tan absoluto con tu amor y comprensión...

—Ya sabes que puedes contar con ellos —respondió en voz baja—. Dile a Käthe lo de Magda.

—¿Magda? —Käthe levantó la vista, boquiabierta.

—También vuelve —le dijo Eric.

—¿A Alemania?

—A todos nosotros.

—¡Pero no podéis hacer eso! —exclamó Käthe, con toda la angustia de un momento antes hinchándose de nuevo en su voz—. No podéis pedirles a los judíos que vuelvan a Alemania. Magda se volverá loca con tanto recuerdo. Herr Rosen recibió una carta anónima antisemita la semana pasada que decía «Judíos, volved a vuestro país: Palestina». ¡La semana pasada!

—He leído algunos casos. Ya han empezado a filtrarse en la prensa extranjera. El antisemitismo de nuevo en Alemania.

—Pues deja que Magda se quede tranquila en Israel.

—No puedo, por la simple razón de que allí es desgraciada. Ahora que David, el hijo de Leo, se ha casado, vive completamente sola, y su situación económica es desesperada. Herr Rosen tiene razón al decir que Israel necesita a gente joven y fuerte, no a los viejos y moribundos...

—Magda es más joven que nosotros.

—Magda está tan destrozada por el sufrimiento que aparenta ochenta años. —Daba la impresión de que Eric se estaba convenciendo a sí mismo tanto como a Käthe

—. No son solo los judíos; son los refugiados, en todas partes. Si encuentras un nuevo hogar y seguridad en el exilio, te quedas. Si no te adaptas, entonces estás mejor en tu propia tierra. En el momento en que Magda ponga el pie aquí se sentirá en casa, con los muebles de la abuela Lotte y las sillas de tía Hilde. Poco a poco irá reuniendo fuerzas para encontrarse con unos cuantos amigos que la quieran y que aún se acuerden de ella. Luego podrá decidir por sí misma si se quiere quedar para siempre con nosotros o si los recuerdos son demasiado pesados de soportar.

—El niño de Leo, casado —dijo Käthe suavemente, con los ojos brillantes de asombro—. Mi Christine tendría dieciocho años ahora... Imagíneme, con una hija mayor, si es que... Si...

En aquel momento, como una ola liberada, Käthe comenzó a sollozar con tal fuerza que la habitación pareció vibrar como si hubiese estallado una tormenta sobre el tejado; sus lágrimas eran la pena reprimida de mil pesares cuyo duelo no había hecho hasta entonces, las lágrimas de una mujer sentada sola en un jardín de París mientras unos parientes enterraban a su hija, de una mujer recluida injustamente en la cárcel y luego liberada sin una disculpa, de una mujer atravesando una Europa devastada por la guerra para volver a una ciudad en ruinas que aún consideraba su casa; todo aquel dolor cobraba vida por fin, mezclado con millares de protestas contra la soledad y la injusticia del mundo. Una vez desatado, el llanto no podía detenerse; y Else, al oírlo, acudió desde la cocina, lista para ayudar.

—Käthe, cariño. Ya ha pasado todo. No estás sola. Estamos aquí para cuidar de ti —dijo Nora, rodeando con sus brazos a la temblorosa mujer—. Estás exhausta. Else te va a meter en la cama y yo te voy a llevar un té calentito con un poco de coñac; luego te duermes un rato y cuando te levantes mañana, todo tendrá mejor cara.

La casa parecía haberse sumergido en un calmado ritmo que le era propio; unos pasos apresurados resonaron en el vestíbulo de la planta de arriba, se cerró una puerta, y luego se oyó el repique de los tacones de Nora al volver al salón.

—Ya está. Käthe se ha tomado todo el té y ya se siente mucho mejor —dijo Nora, profundamente aliviada—. La nueva muchacha es muy agradable. No sabe inglés, en realidad, solo un par de palabras, pero es muy buena adivinando. La cocina está limpiísima y llena de comida. Para cenar hay algo que tiene albóndigas. Else, supongo.

—Sí, Else. Pollo con albóndigas. Lo he pedido yo —respondió Eric mientras se inclinaba para desenredar un cable de la lámpara que había sobre el piano.

—Eric. —La voz de Nora había cambiado—. ¿Qué es la habitación pequeña que hay al final del pasillo?

—No sé lo que es ahora. Mi madre la usaba para coser.

—Cuando la he visto, he pensado... Bueno, Gerhard...

—No podemos alejar de nuevo a Gerhard de su padre... Y menos ahora, que están tan... *freundlich*.

—No quiero alejarlo. —Su tono sonaba algo ofendido—. Solo que quizá, en un par de días, podrías decirle como de pasada a Franz: «Tu estudio es bastante pequeño para dos hombres, ¿no? Si Gerhard te molesta para pintar, tengo una habitación vacía...».

Eric se irguió.

—De una exquisita sutilidad —dijo.

—Magda —continuó Nora, casi para sí— se queda con la habitación de la planta baja donde la tía Rosie alojaba a la pareja danesa. El jardín le sentará muy bien, y como tiene una entrada aparte podrá sentirse independiente.

Eric sonrió.

—Nora, te estoy viendo con nuevos ojos. Si alguna vez te quedas viuda te veo en Bloomsbury, regentando una pensión gratuita de lo más refinada para huéspedes cuyas familias han muerto o los han abandonado.

Al parecer, a ella no le gustó el ángulo en el que había colocado Eric la lámpara; se acercó al piano, la cogió y la puso tras las fotografías.

—Solo siento una cosa —dijo ella, con la mirada puesta en una fotografía.

—¿Qué?

—Que la tía Rosie haya muerto antes de saber que ibas a volver a vivir aquí.

Sujetaba en las manos la fotografía de boda: una muchacha llena de vitalidad, con la cabeza erguida y un vestido con cola de satén.

—¿Has visto la habitación de la tía Rosie, la que antes era de mi madre?

—Desde el año pasado no.

—Bueno, pues hace cosa de dos semanas la tía Rosie trasladó todos sus efectos personales a la habitación en la que se alojaba la chica canadiense. Después, con la ayuda de Else, colocó los muebles de mi madre en el sitio de antes. Dijo que sería nuestra habitación. Claro que lo sabía. Else no nos dejó dormir allí ayer por la noche porque las cortinas nuevas no están terminadas.

Las fotografías resplandecieron de nuevo a la luz de la lámpara, con sus guirnaldas de adornos dorados. Nora tocó una con el dedo.

—¿Tu... tu madre? —preguntó.

—Sí. ¿No la habías visto hasta ahora? ¿A que era muy guapa?

—Mucho —confirmó Nora, inclinándose para mirar a la frágil rubia con ojos desconcertados—. ¿Cómo era?

—¿Como madre? Imposible.

—¿Por qué?

—Porque ella misma era una niña, completamente inmadura. Lo único que quería era ser la criatura mimada de un marido mucho mayor. La gente no entendía a mi madre. Yo mismo acabo de empezar a entenderla y a perdonarla ahora.

Colocó su retrato junto al de la tía Rosie, la hermana morena con ojos que reflejaban ingenio e inteligencia.

—¡Pobre Agnes! No tenía el carácter de Rosie, por desgracia. Era débil e inestable y cada vez que intentaba hacer algo bien le salía el tiro por la culata.

—Pero lo intentaba —respondió Nora con dulzura.

—A su manera. —Contempló de nuevo la foto, estudiándola desde lejos, mientras la luz de la lámpara arrojaba extrañas sombras sobre el cristal—. Todo aquel absurdo sobre encontrarme la niñera adecuada, con el acento adecuado, lo de llevarme a Inglaterra. No era esnobismo, como creía la gente. La verdad es que mi madre tenía miedo de Alemania, de la violencia y la crueldad que siempre ha existido aquí bajo la superficie. Pensó que alejándome podría salvarme. Es imposible, por supuesto.

—¿Qué?

Le dio la espalda a su madre para volverse hacia la habitación, que esperaba.

—Es imposible proteger a nuestros seres queridos del sufrimiento, ¿sabes? Cuando uno lo intenta, al final solo los hace sufrir más.

CINCO

«Berlín, Navidad de 1958

»Querida...:

»No te puedes hacer una idea de la pena que nos ha dado que pasasen los meses y no recibiésemos tu visita este año, pero ahora albergamos la esperanza de que ocurra en este que entra. Aquí estamos, discutiendo el problema de cómo desearles a nuestros amigos íntimos un “feliz” Año Nuevo, con el mundo en tan terrible estado. Me temo que Käthe ha dado con la solución. Franz le hizo unas tarjetas preciosas con bocetos de la vida de Berlín, y así le desean a la gente, no ya una imposible “felicidad”, sino un mucho más vital “valor”.

»Adjunto un recorte de periódico sobre el espíritu festivo de esta ciudad *ohne Lärm und Betriebsamkeit*, sin ocio ni negocio, todo el mundo intenta actuar con la mayor normalidad posible ante la crisis que se avecina, una de lo más profundo esta vez. Esta semana ha sido inolvidable para nuestra familia. Dos Ahrenfeld más de los “perdidos” han venido en avión para estar con nosotros, uno desde Francia, el otro desde Estados Unidos. Nuestro primo estadounidense, que ahora se llama Arnold, opina que el inglés es una lengua mucho más expresiva y cómoda que el alemán. “¿Berlín? Podéis quedároslo”, dijo. ¿Se puede pedir más precisión?

»Sin embargo, y a pesar de la divergencia de nuestros caminos, somos los únicos supervivientes de aquel gran grupo de niños que antaño, hace décadas, nos reuníamos, llegados de los cuatro puntos de Alemania, para pasar las Navidades con la abuela Lotte. Nos une un sentimiento de profunda emoción cuando nos sentamos aquí, alrededor del fuego, bebiendo el fantástico ponche caliente de Else y hablando, no tanto del pasado, que resulta demasiado doloroso, como de un futuro que pinta poco o nada mejor.

»Ha sido un año raro para mí. ¿Cómo puedo describirlo? El exiliado, a su regreso, contempla la tierra que se extiende ante él con ojos agudos y críticos; y con igual claridad observa el mundo exterior y los frágiles puentes de comprensión fabricados por el hombre que siempre andan construyéndose entre ambos, solo para quedar arrasados al menor desastre. Suspendido en el aire, contemplando ambos mundos con esa perspectiva “universal” que tanto sufrimiento le ha costado, el exiliado sabe que ha abandonado para siempre una fe reconfortante, aunque rígida, en las virtudes de su propio grupo social nativo para sustituirla por una conciencia vasta y trágica de la

semejanza de todos los humanos en medio del sufrimiento y la angustia. Así pues, ¿a qué tierra pertenece este exiliado tras su regreso? A ninguna, y, sin embargo, a todas.

»He comenzado a escribir de nuevo, motivado por esta problemática. Pero casi me da miedo confesarlo por temor a que todo desaparezca, como escarcha a la luz del sol; el libro que quizá se publique podría resultar, en el frío borrador final, una criatura aún nonata que merece el olvido. Estoy escribiendo lo único que puedo en este momento: el drama de un joven, todo autobiográfico, por supuesto, en aquellos meses terribles de 1932, meses en los que los nazis eran solo una amenaza y el futuro de Alemania y del mundo pendía de un hilo que cortaron, por supuesto, la estupidez humana, la avaricia y la ceguera más rotundas.

»Un tema de lo más impopular, sin duda. Pero ¿qué más puedo escribir? Nadie conoce mejor que yo la tragedia de un ser que reprime su pasado. Cuánta tragedia y devastación se le añade a eso si es una nación entera la que imagina que puede luchar por recuperar la normalidad tras un periodo de locura colectiva cometiendo ese mismo error: apartando todo pensamiento de lo acontecido e intentando olvidar, olvidar. Lo que tengo que decir lo oirán quizá oídos reticentes y cansados. Pero mi conciencia (me imagino la sonrisita desdeñosa de Albrecht), mi absurdamente “poco realista” conciencia no me dará ni un momento de paz hasta que diga lo que hay que decir. Ahora que soy alemán de nuevo, lo mínimo es hacer todo lo posible, dentro de mis escasas posibilidades, para recordarle a la gente la necesidad de entender su pasado, de asimilarlo y de usar la lección para evitar un futuro aún más horrible. En Bergen-Belsen la muerte se producía lentamente, por inanición. La guerra nuclear matará con rapidez, con mayor agonía aún, y destruirá a tantos millones de personas de golpe que Bergen-Belsen, en contraste, ya no parecerá tan horrible. Qué pensamiento tan pavoroso. Pero ¿no hay alternativa? Si no creyese que la humanidad fue dotada de inteligencia precisamente para ayudarla a sobrevivir, y no a perecer, hace mucho que habría abandonado. Uno se aferra al menos a esa esperanza.

»Aquí en casa todo va bien; los pulmones de Magda nos dieron un susto, pero los médicos parecen esperanzados. Nora, como siempre, lo organiza todo estupendamente, como hacía la tía Rosie... ¿Hace falta decir más?

»Una noticia estupenda es que Gerhard se casa pronto. La muchacha es una huérfana de guerra, víctima de una tragedia demasiado horrible para contarla por carta. A Franz le parece que es una locura. ¿Qué van a hacer esos dos niños perdidos, inseguros, angustiados, juntos? Pero Nora y yo les damos nuestra aprobación. Para empezar, a los veintiuno, en este mundo precoz, nadie puede seguir siendo “un niño”. En segundo lugar, solo podemos esperar que su mutuo amor y su necesidad del otro los ayude a construir una red de fuerza y paz interior para protegerlos contra cualquier otra desgracia que pueda traerles el futuro. Cuando la sociedad en la que uno vive es una amenaza constante, entonces más que nunca uno necesita encontrar fuerza en su fuero interno.

»En realidad, si puedo escribir todo esto y enfrentarme al futuro con relativa calma, preparado para cualquier cosa, es solo porque ya no me hallo desgarrado por el conflicto; puedo sentarme aquí, junto al fuego, escribir un poco, y pensar, como Novalis, que la vida sigue valiendo la pena si uno puede estar “solo con lo que uno ama”.

»Quizá ese sea el mejor deseo que puedo enviarte desde Berlín para el Año Nuevo.

Con cariño, Erich Dalburg».



Verna B. Carleton, de madre inglesa y padre de ascendencia alemana, nació en 1914 en New Hampshire, Estados Unidos, y se casó en México —con Frida Kahlo y Diego Rivera como testigos—, donde vivió durante la Segunda Guerra Mundial y donde frecuentaba los círculos artísticos de los exiliados alemanes. Allí se hizo amiga de los grandes escritores Anna Seghers y Egon Erwin Kisch. Escribió artículos para diversos medios, como el *Saturday Evening Post* o *The New Yorker*. En París, su hogar adoptivo, había conocido a Sylvia Beach y a Walter Benjamin y se había encontrado con muchas personalidades de la vida literaria. Hasta su muerte, en 1967, fue amiga íntima de la fotógrafa Gisèle Freund, a quien acompañó a Alemania en 1957.

Regreso a Berlín, su primera novela, recibida con entusiasmo en su época, se inspira en aquel viaje: Freund se había exiliado de su país en los años treinta debido al nazismo; para ella, volver a poner un pie en territorio alemán era una difícil decisión vital: de Alemania y los alemanes no quería saber nada, pero tampoco lograba librarse de sus recuerdos. Verna la alentó a hacer aquel revelador viaje... que también era, en realidad, una búsqueda de su propio pasado.

Notas

[1] La creciente intimidad entre los protagonistas justifica el paso al tuteo. <<

[2] Puerta de Brandeburgo. En alemán en el original, al igual que muchos otros topónimos urbanos berlineses, que hemos decidido mantener en la traducción. <<

[3] Solo podemos actuar en el momento que nos pertenece y entre quienes nos rodean.

<<